

Diary of a Drug Fiend

Diario de un drogadicto

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

DIARY OF A DRUG FIEND

por ALEISTER CROWLEY

A ALOSTRAEL
Virgen Guardiana del Sangraal en la
Abadía de Thelema en «Telepylus», y a
ASTARTE LULU PANTHEA,

su miembro más joven, dedico esta historia
de sus hercúleos trabajos por liberar
a la Humanidad de toda forma de servidumbre.

PREFACIO

Esta es una historia verdadera.

Se la ha reescrito solo en la medida necesaria para ocultar a las personas.

Es una historia terrible; pero es también una historia de esperanza y de belleza.

Revela con una claridad sorprendente el abismo sobre el que tiembla nuestra civilización.

Pero la misma Luz ilumina el sendero de la humanidad: es culpa nuestra si caemos por el borde.

Esta historia es verdadera, además, no solo respecto de una clase de debilidad humana, sino (por analogía) de todas; y para todas por igual no hay más que un camino de salvación.

Como dice Glanvil: el hombre no se somete a los ángeles, ni siquiera a la muerte por entero, sino por la debilidad de su pobre voluntad.

Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley.

ALEISTER CROWLEY,

VII. VII.

ÍNDICE

LIBRO I: PARADISO

Capítulo	Título
I	UN CABALLERO DE PARRANDA
II	¡AL ASALTO!
III	FAETÓN
IV	AU PAYS DE COCAINE
V	UNA HEROÍNA DE LA HEROÍNA
VI	EL BRILLO SOBRE LA NIEVE
VII	LAS ALAS DEL PÁJARO DEL DINERO

Capítulo	Título
VIII	VEDERE NAPOLI E POI... PRO PATRIA... MORI
IX	EL GATTO FRITTO
X	LA BURBUJA ESTALLA

LIBRO II: INFERNO

Capítulo	Título
I	RACIONES ESCASAS
II	VERANO DE SAN MARTÍN
III	EL CHIRRIDO DE LOS FRENOS
IV	POR DEBAJO DE LAS BESTIAS
V	HACIA LA LOCURA
VI	CORTE EN SECO
VII	LA ZAMBULLIDA FINAL

LIBRO III: PURGATORIO

Capítulo	Título
I	KING LAMUS INTERVIENE
II	PRIMEROS AUXILIOS
III	LA VOZ DE LA VIRTUD
IV	FUERA DE PELIGRO
V	EN TELEPYLUS
VI	LA VERDADERA VOLUNTAD
VII	AMOR BAJO VOLUNTAD

EL DIARIO DE UN DROGADICTO

LIBRO I: PARADISO

CAPÍTULO I: UN CABALLERO DE PARRANDA

Sí, sin duda me sentía deprimido.

No creo que fuera del todo la reacción del día. Por supuesto, siempre hay una reacción después de la excitación de un vuelo; pero el efecto es más físico que moral. Uno no habla. Uno se queda tirado, fuma y toma champaña.

No, me sentía podrido de una manera muy distinta. Miré mi mente, como pronto aprende a hacerlo el aviador de buena clase, y de veras sentí vergüenza de mí mismo. Bien mirado, yo era uno de los hombres más afortunados del mundo.

La guerra es como una ola; a unos les pasa por encima, a otros los ahoga, a otros los hace pedazos contra el canto rodado; pero a algunos los arroja bien arriba en la playa, sobre una arena dorada y reluciente, fuera del alcance de cualquier otro capricho de la fortuna.

Permítanme explicarme.

Me llamo Peter Pendragon. Mi padre era un segundo hijo, y se había peleado con mi tío Mortimer cuando eran chicos. Era un médico generalista que luchaba por salir adelante en Norfolk, y no había mejorado las cosas casándose.

Sin embargo, juntó lo suficiente para darme algún tipo de educación, y al estallar la guerra yo tenía veintidós años y acababa de aprobar el examen intermedio de medicina en la Universidad de Londres.

Entonces, como dije, llegó la ola. Mi madre se fue con la Cruz Roja y murió el primer año de la guerra. Tal era la confusión que ni siquiera me enteré hasta más de seis meses después.

Mi padre murió de gripe justo antes del Armisticio.

Yo había entrado en el servicio aéreo; me fue bastante bien, aunque de algún modo nunca estaba seguro ni de mí mismo ni de mi máquina. El comandante de mi escuadrilla solía decirme que nunca iba a ser un gran aviador.

«Viejo», me decía, «te falta el instinto», y le agregaba al sustantivo un adjetivo enteramente carente de sentido que, quién sabe cómo, conseguía volver su frase de lo más esclarecedora.

«Donde te salvas», decía, «es en que tienes un cerebro analítico.»

Bueno, supongo que lo tengo. Por eso me encuentro escribiendo todo esto. En todo caso, al terminar la guerra me encontré con un título de caballero que todavía creo firmemente que se debió a un error de copia de algún funcionario.

En cuanto al tío Mortimer, siguió viviendo a su manera de crustáceo: un solterón viejo, malhumorado, rico y taciturno. Nunca supimos una palabra de él.

Y entonces, hace cosa de un año, murió; y descubrí con asombro que yo era el único heredero de sus cinco o seis mil libras al año y el dueño de Barley Grange, que es en verdad un lugar lindísimo

en Kent, lo bastante cerca como para resultarle cómodo al próspero joven de mundo en que me había convertido; y, lo mejor de todo, con un espejo de agua artificial lo bastante grande como para usarlo de acuatizaje para mi hidroavión.

Puede que yo no tenga el instinto del vuelo, como decía Cartwright, pero es el único deporte que me importa.

¿El golf? ¡Cuando uno ha volado sobre una cancha de golf, esa gente parece tan espantosamente miserable! ¡Qué solemnidades de pigmeos!

Ahora, lo de mi depresión. Cuando llegó el fin de la guerra, cuando me encontré sin un centavo, sin trabajo, completamente arruinado por la guerra (aun si hubiera tenido el dinero) para seguir con el hospital, había desarrollado una psicología enteramente nueva. Ustedes saben lo que se siente cuando uno pelea duelos en el aire: uno parece desprendido de todo. No hay nada en el Universo más que uno y el boche al que trata de bajar. Hay algo desprendido y divino en eso.

Y cuando me encontré en la calle por obra de un país agradecido, me convertí en un animal enteramente distinto. De hecho, muchas veces pensé que no hay ningún «yo» en absoluto; que somos simplemente el medio de expresión de alguna otra cosa; que cuando creemos que somos nosotros mismos, somos simplemente víctimas de una ilusión.

¡Bueno, al diablo con eso! El hecho liso y llano es que me había convertido en un animal salvaje y desesperado. Tenía demasiada hambre, por así decirlo, para perder siquiera tiempo pensando con amargura en las cosas.

Y entonces llegó la carta de los abogados.

Esa fue otra experiencia nueva. No tenía idea, hasta entonces, de las profundidades a las que puede descender el servilismo.

«A propósito, Sir Peter», dijo el señor Wolfe, «por supuesto, llevará un poco de tiempo arreglar estos asuntos. Es un patrimonio muy grande, muy grande. Pero pensé que, tal como están los tiempos, usted no se ofendería, Sir Peter, si le entregáramos un cheque abierto por mil libras, para ir tirando.»

Recién cuando estuve del otro lado de su puerta me di cuenta de cuánto deseaba quedarse con mis asuntos. No tenía por qué preocuparse. Había manejado bastante bien los negocios del pobre tío Mortimer durante todos esos años; no era probable que yo me molestara en ponerlos en manos de otro.

Lo que de verdad me agradó de todo el asunto fue la cláusula del testamento. Aquel viejo cascarrabias se había pasado toda la guerra sentado en su club, tirándole tarascones a todo el que veía; y sin embargo había seguido el rastro de lo que yo hacía. Decía en el testamento que me había hecho su heredero «por los espléndidos servicios que había prestado a nuestra amada patria en su hora de necesidad».

Esa es la verdadera psicología celta. Cuando todos terminamos de hablar, queda algo que nunca pronuncia una palabra, pero que baja derecho a través de la tierra, a plomo hasta el centro.

Y ahora viene la parte graciosa del asunto. Descubrí con asombro que el animal salvaje y desesperado que buscaba trabajo había sido, después de todo, un animal bastante feliz a su modo,

tal como había sido feliz el dios desesperado que combatía en el aire jugando a cara o cruz con la vida y la muerte.

Ninguno de esos dos hombres podía deprimirse por la desgracia; pero el próspero joven de mundo era una criatura muy inferior. Todo, más o menos, lo aburría, y se irritaba sin la menor duda por una chuleta demasiado cocida. La noche en que conocí a Lou entré en el Café Wisteria en una especie de estupor sordo y enojado. Y sin embargo el único incidente irritante del día había sido una carta de los abogados que encontré en mi club después de volar de Norfolk a Barley Grange y de venir en auto a la ciudad.

El señor Wolfe me había aconsejado, muy sensatamente, constituir un fideicomiso con una parte del patrimonio, previendo la eventualidad de que me casara; y había algún tropiezo estúpido para conseguir fiduciarios.

Detesto la ley. Me parece como si fuera meramente una serie complicada de obstáculos para hacer las cosas con sensatez. Y sin embargo, por supuesto, después de todo uno tiene que tener formalidades, igual que en el vuelo hay que tomar disposiciones para arrancar y para detenerse. Pero es una molestia inmunda tener que ocuparse de ellas.

Pensé en invitarme a mí mismo a una cenita. No tenía la sensatez suficiente para saber que lo que en realidad quería era compañía humana. Esas cosas no existen. Todo hombre está eternamente solo. Pero cuando uno se mezcla con un grupo bastante decente, se olvida de ese hecho espantoso el tiempo suficiente para darle al cerebro tiempo de reponerse de los síntomas agudos de su enfermedad: la de pensar.

Mi viejo comandante tenía razón. Pienso demasiado; lo mismo le pasaba a Shakespeare. Eso fue lo que lo llevó a escribir esas cosas maravillosas sobre el sueño. Me olvidé de cuáles eran, pero en su momento me impresionaron. Me dije: «Este viejo pájaro sabía lo terrible que es estar consciente».

Así que, cuando entré en el café, creo que la verdadera razón fue que esperaba encontrar a alguien allí y pasarme la noche hablando. La gente cree que hablar es señal de pensar. No lo es, en la mayoría de los casos; al contrario, es un truco mecánico del cuerpo para aliviarse de la tensión de pensar, del mismo modo que ejercitar los músculos ayuda al cuerpo a volverse momentáneamente inconsciente de su peso, de su dolor, de su cansancio y de la presciencia de su destino.

Ya ven qué pensamientos lúgubres puede tener un tipo, aun cuando sea el niño mimado de la Fortuna. Es una enfermedad de la civilización. Estamos en una etapa intermedia entre el estupor del campesino y algo que todavía no está debidamente desarrollado.

Entré en el café y me senté a una de las mesas de mármol. Tuve un momentáneo estremecimiento de alegría: me recordaba tanto a Francia, a todos aquellos días de feroz apuesta con la Muerte.

No vi un alma conocida. Pero al menos conocía de vista a los dos hombres de la mesa de al lado. Todo el mundo conocía a aquel lobo gris y feroz: un hombre hecho en cada línea para la batalla, y sin embargo con una frente que lo levantaba limpiamente por encima del tumulto. Los elementos encontrados de su naturaleza le habían hecho una jugada endiablada. Se llamaba Jack Fordham. A los sesenta años seguía siendo el más salvaje e implacable de los publicistas. «Rojo en diente y garra», como dijo Tennyson. Y sin embargo el hombre había encontrado tiempo para escribir gran

literatura; y sus trompadas con el mundo no habían degradado su pensamiento ni arruinado su estilo.

Sentado a su lado estaba un periodista de oficio, débil y bonachón, llamado Vernon Gibbs. Escribía prácticamente todo un semanario; lo había hecho año tras año, con la versatilidad de una pluma experimentada y la perseverancia mecánica de un instrumento que el uso ha gastado hasta una perfecta soltura.

Y sin embargo el hombre tenía cabeza, a pesar de todo. Algún instinto le decía que había sido hecho para cosas mejores. El resultado había sido que se había vuelto un bebedor cada vez más empedernido.

Aprendí en el hospital que el setenta y cinco por ciento del cuerpo humano se compone de agua; pero en este caso, como en la vieja canción, debía de ser pariente de aquel McPherson que tuvo un hijo

[Aquí la novela cita una canción popular de la época, que no se reproduce.]

Entró en el café la figura delgada de un hombre joven y viejo a la vez, con una nariz bulbosa que le restaba algo a su belleza, por lo demás notable, aunque estropeada por años de pasiones insensatas. Sus ojos azules y fríos eran huidizos y maliciosos. Uno tenía la impresión de una criatura inmunda de las tinieblas, un saqueador de otro mundo que mira a su alrededor buscando algo que despojar. Pegado a sus talones avanzaba pesadamente su chacal, una criatura enorme, hinchada y piojosa como una cucaracha, con ropa negra raída, mal cortada, sin cepillar y manchada, la ropa blanca sucia, la cara hinchada y llena de granos, una horrible sonrisa malvada en la boca babeante, con un mobiliario como el de un cementerio bombardeado.

El café chisporroteó cuando entraron los dos hombres. Eran célebres, aunque no fuera más que por su mala fama, y el que iba adelante era el conde de Bumble. Todo el mundo pareció olfatear alguna maldad en el aire. El conde llegó hasta la mesa de al lado de la mía y se detuvo en seco, deliberadamente. Una mueca de desprecio le cruzó los labios. Señaló a los dos hombres.

«El borracho Bardolph y el alférez Pistol», dijo, con la nariz crispada de rabia.

Jack Fordham no se quedó atrás con la réplica.

«Bien rugido, Bottom», contestó con calma, tan a punto como si toda la escena hubiera sido ensayada de antemano.

Una mirada peligrosa asomó en los ojos del conde demente. Dio un paso atrás y levantó el bastón. Pero Fordham, viejo veterano como era, había previsto el gesto. Había estado en los Estados del Oeste en su juventud, y lo que él no supiera de peleas no valía la pena saberlo. En particular, tenía muy presente que un hombre desarmado, sentado detrás de una mesa fija, no tiene ninguna posibilidad contra un hombre con un bastón en campo abierto.

Se escurrió como un gato. Antes de que Bumble pudiera bajar el bastón, el viejo se había metido por debajo de su guardia y había tomado al lunático por el cuello.

No hubo pelea de ninguna especie. El veterano sacudió a su adversario como un bulldog; y, cambiando de presa, lo arrojó al suelo de un tremendo envión. En menos de dos segundos el asunto había terminado. Fordham estaba arrodillado sobre el pecho del matón vencido, que

gimoteaba, jadeaba y pedía clemencia, y le decía al hombre veinte años mayor que él, a quien había provocado deliberadamente a pelear, que no debía hacerle daño porque eran ¡tan viejos amigos!

El comportamiento de una multitud en asuntos de esta clase siempre me parece muy singular. Todos, o casi todos, parecen hacer el ademán de intervenir; y nadie lo hace en realidad.

Pero este asunto amenazaba con ponerse más serio. El viejo había perdido de veras los estribos. Era probable que le sacara la vida a estrangulones al perro que tenía bajo la rodilla.

Tuve apenas la presencia de ánimo suficiente para abrirle paso al jefe de mozos, un francés jovial y corpulento que se metió a empujones en el círculo. Hasta le di una mano para apartar a Fordham del cuerpo postrado de su antagonista.

Bastó un toque. El viejo recobró la calma en un segundo y volvió tranquilamente a su mesa sin más señal de agitación que gritar: «¡Sesenta a cuarenta, sesenta a cuarenta!».

«¡Acepto!», gritó la voz de un hombre que acababa de entrar por el fondo del café y se había perdido la escena por un minuto. «¿Pero cuál es el caballo?»

Oí las palabras como un hombre en un sueño, porque mi atención se había distraído de golpe.

Bumble no había hecho ningún intento de levantarse. Seguía tirado allí, lloriqueando. Levanté los ojos de un espectáculo tan repugnante, y los encontré atrapados por dos orbes enormes. En el primer momento ni siquiera supe que eran ojos. Es raro decirlo, pero la primera impresión fue que eran uno de esos pensamientos que le llegan a uno de ninguna parte cuando vuela a tres mil metros o algo así. Cosa terriblemente extraña, se lo aseguro: recuerda las interferencias que uno capta en la radio, y dan una sensación horrible. Es una especie de advertencia siniestra de que hay alguna persona o alguna cosa en el Universo fuera de uno mismo; y darse cuenta de eso es tan francamente aterrador como horrible es darse cuenta de lo otro, de que uno está eternamente solo.

Me deslicé por completo fuera del tiempo, a la eternidad. Me sentí en presencia de alguna influencia tremenda para el bien o para el mal. Me sentí como si hubiera nacido; no sé si ustedes entienden lo que quiero decir. No puedo evitarlo, pero no puedo expresarlo de otra manera.

Es así: nunca antes me había pasado nada en la vida. Ustedes saben cómo es cuando uno sale del éter o del óxido nitroso en el dentista: uno vuelve a algún lugar, a un lugar familiar; pero el lugar de donde uno viene no está en ninguna parte, y sin embargo uno ha estado allí.

Eso es lo que me pasó.

Desperté de la eternidad, del infinito, de un estado mental enormemente más vital y consciente que cualquier cosa que conozcamos de otro modo, aunque no se le pueda dar nombre, para descubrir que ese pensamiento sin nombre de la nada era en realidad dos vastas esferas negras en las que me veía a mí mismo. Pensé en alguna visión de un cuento de la Edad Media sobre un hechicero, y despacio, despacio, fui subiendo desde el fondo hasta reconocer que esas dos esferas eran simplemente dos ojos. Y entonces se me ocurrió (el pensamiento tenía la naturaleza de un chiste particularmente absurdo y ridículo) que esos dos ojos pertenecían a la cara de una muchacha.

Por encima del cuerpo quejumbroso del chantajista, yo miraba la cara de una muchacha a la que nunca había visto antes. Y me dije: «Bueno, está todo bien, te conozco de toda la vida». Y cuando me dije «de toda la vida», no quería decir en lo más mínimo mi vida como Peter Pendragon, ni

siquiera una vida que se extendiera a lo largo de los siglos; quería decir una clase distinta de vida, algo con lo que los siglos no tienen absolutamente nada que ver.

Y entonces Peter Pendragon volvió del todo en sí con un sobresalto, y se preguntó si no habría mirado con alguna descortesía a la que su sentido común le aseguraba que era una muchacha bastante común y no especialmente atractiva.

Mi mente se turbó de inmediato. Volví apresuradamente a mi mesa. Y entonces me pareció que pasaban horas mientras los mozos convencían al conde de ponerse de pie.

Sorbí mi trago de manera automática. Cuando levanté la vista, la muchacha había desaparecido.

Es una observación bastante trivial la que voy a hacer. Espero al menos que sirva para despejar de cualquier mente la idea de que yo pueda ser un hombre anormal.

En realidad, todo hombre es en última instancia anormal, porque es único. Pero podemos clasificar al hombre en unas pocas series sin preocuparnos mucho por lo que cada uno de ellos es en sí mismo.

Espero, entonces, que quede bien entendido que soy muy parecido a otros cien mil jóvenes de mi edad. Hago además la observación porque su alcance esencial es prácticamente toda la historia de este libro. Y la observación, después de semejante toque de trompetas, es esta: aunque personalmente no me interesaba en absoluto lo que había presenciado, la depresión se me había ido de la mente. Como dicen los franceses: «Un clou chasse l'autre».

Desde entonces aprendí que ciertas razas, en particular los japoneses, han hecho una ciencia definida a partir de este hecho. Por ejemplo, aplauden cuatro veces «para ahuyentar a los malos espíritus». Eso es, por supuesto, solo una manera de decir. Lo que en realidad hacen es esto: el gesto físico sobresalta a la mente y la saca de su letargo, de modo que la idea que la perturbaba queda reemplazada por otra nueva. Tienen diversos trucos para conseguir una nueva y asegurarse de que la nueva sea agradable. Más sobre esto después.

Lo que sucedió es que en ese momento mi mente fue presa de una cólera aguda y negra, enteramente sin objeto. En ese momento no tenía el menor indicio de su naturaleza, pero ahí estaba. El café era intolerable, como un lazareto. Tiré una moneda sobre la mesa y me sorprendió notar que se caía rodando. Salí como si el diablo me pisara los talones.

No recuerdo prácticamente nada de la media hora siguiente. Tenía una especie de sensación desamparada de estar perdido en un mundo de enanos increíblemente estúpidos y maliciosos.

Me encontré en Piccadilly de golpe. Una voz me ronroneó al oído: «Querido Peter, viejo camarada, qué alegría encontrarte; ¡vamos a hacer de esta una noche de juerga!».

El que hablaba era un galés apuesto, todavía en la flor de la edad. Algunos lo consideraban uno de los mejores escultores vivos. Tenía, de hecho, una corte de discípulos que solo puedo calificar de «casi desagradablemente tal».

En el fondo de su corazón no tenía ningún interés en la humanidad, salvo como formas convenientes que pudiera modelar. Le aburría y le asqueaba encontrarlas fingiendo estar vivas. La molestia había crecido hasta que había tomado el hábito de beber bastante más, y bastante más seguido, de lo que habría necesitado un hombre menor. Era un hombre mucho más grande que yo

físicamente, y me tomó del brazo casi como si me estuviera llevando detenido. Me volcó en el oído una serie interminable de recuerdos deshilvanados, cada uno de los cuales le parecía increíblemente divertido.

Durante cosa de medio minuto lo resentí; después me dejé llevar y me encontré arrullado casi hasta el sueño por el fluir de su charla. Un hombre maravilloso, como un niño imbécil las nueve décimas partes del tiempo, y sin embargo, en el fondo de todo, uno veía de algún modo la noche profunda de su mente bañada por débiles chispas de su genio.

No tenía la menor idea de adónde me llevaba; no me importaba. Me había dormido por dentro. Desperté para encontrarme sentado otra vez en el Café Wisteria.

El jefe de mozos le explicaba excitado a mi compañero la escena maravillosa que se había perdido.

«Monsieur Fordham, él casi mata al lord», borboteaba, retorciéndose las manos gordas. «Él casi mata al lord.»

Algo en la frase le hizo cosquillas a mi sentido de la irreverencia. Estallé en una carcajada aguda y estridente.

«Pésimo», dijo mi compañero. «¡Pésimo! Ese Fordham nunca parece hacer un trabajo limpio. Oiga, mire, esta es mi noche libre. Vaya, sea buen chico, dígales a todos esos muchachos y muchachas que vengan a cenar.»

El mozo sabía muy bien a quiénes se refería; y al rato me encontré estrechando la mano de varios perfectos desconocidos en términos que implicaban el afecto más cálido e inextinguible. Era en verdad un grupo bastante distinguido. Uno de los hombres era un judío alemán gordo que a primera vista parecía un pedazo de cerdo enlatado que se ha traspapelado demasiado tiempo en verano. Pero cuanto menos decía, más hacía; y lo que hacía es uno de los más grandes tesoros de la humanidad.

Después había un hombre locuaz y simpático, con una mata de pelo gris y una extraña sonrisa torcida en la cara. Parecía un personaje de Dickens. Pero había hecho más por revitalizar el teatro que ningún otro hombre de su tiempo.

Las mujeres me cayeron antipáticas. Parecían tan indignas de los hombres. Los grandes hombres parecen disfrutar andando con fenómenos. Supongo que es por el mismo principio por el que los antiguos reyes tenían bufones y enanos para divertirse. «Algunos nacen grandes, otros alcanzan la grandeza y a otros la grandeza se les impone.» Pero de cualquier manera que sea, la carga suele ser demasiado pesada para sus hombros.

¿Recuerdan el cuento del Patito Feo de Frank Harris? Si no lo recuerdan, más vale que se pongan a leerlo.

Eso es en realidad lo que tiene de espantoso el vuelo: el miedo de uno mismo, la sensación de que uno ha salido de su categoría, de que todas las viejas cosas amables y familiares de abajo se han vuelto enemigos duros y monstruosos listos para destrozarlo a uno si las toca.

La primera de esas mujeres era una pelirroja gorda, descarada y desaliñada. Me recordaba a un gusano blanco. Exudaba corrupción. Era pomposa, pretenciosa y estúpida. Se presentaba como una gran autoridad en literatura; pero todo su saber era de loro, y sus propios intentos en esa dirección

eran la palabrería más deplorablemente aburrida que jamás hubiera impreso incluso la camarilla parlanchina a la que ella financiaba. Sobre su hombro desnudo descansaba la mano de una mujer baja y delgada, de cara bonita y vulgar y modales que pretendían ser aniñados. Era una alemana de la clase más baja. Su marido era un influyente miembro del Parlamento. La gente decía que él vivía de lo que ella ganaba. Había incluso murmuraciones más oscuras. Dos o tres pájaros bastante sabios me habían dicho que pensaban que era ella, y no la pobrecita Mata Hari, quien les había pasado a los boches el dato de los tanques.

¿Mencioné que mi escultor se llamaba Owen? Pues sí, se llamaba, se llama y se llamará mientras perdure el nombre del Arte. Se sostenía con inestabilidad con una mano apoyada en la mesa, mientras con la otra acomodaba a sus invitados en sus asientos. Pensé en un chico jugando con muñecas.

Cuando se sentaron los cuatro primeros, vi detrás de ellos a otras dos muchachas. A una la conocía de antes, Violet Beach. Era una cosita rara; judía, me imagino. Llevaba una gavilla de pelo amarillo encrespado como un Struwwelpeter y un vestido de un bermellón violento, por si a alguien se le ocurría no fijarse en ella. Su afectación era hacerse la apache, así que llevaba una vieja gorra de críquet calada sobre un ojo, y un cigarrillo rancio le colgaba del labio. Pero tenía cierto talento para escribir, y me alegré muchísimo de volver a verla. Admito que siempre soy un poco tímido con los desconocidos. Mientras nos dábamos la mano, la oí decir con su voz curiosa, aguda y sin embargo apagada, como si tuviera algo mal en la garganta:

«Quiero que conozcas a la señorita...»

No capté el nombre; nunca puedo oír palabras desconocidas. Según resultó, antes de que pasaran cuarenta y ocho horas descubrí que era Laleham, y después, otra vez, que no lo era. Pero me estoy adelantando; no traten de sacarme de mi paso. Todo a su tiempo.

Mientras tanto descubrí que se esperaba que la llamara Lou. «Lou la Ilimitada» era su apodo entre los iniciados.

Ahora bien, lo que me interesa que todo el mundo entienda es simplemente esto. Casi nadie entiende cómo funciona su mente; no hay dos mentes iguales, como dijo Horacio o algún otro burro viejo; y, de todos modos, el proceso del pensamiento casi nunca es lo que imaginamos.

Así que, en lugar de reconocer en la muchacha a la dueña de los ojos que me habían atrapado de manera tan extraña una hora antes, el hecho mismo del reconocimiento me desvió del reconocimiento; no sé si me hago entender. Quiero decir que el hecho liso y llano se negaba a salir a la superficie. Mi mente hervía de preguntas. ¿Dónde la había visto antes?

Y aquí va otra cosa rara. No creo que la hubiera reconocido nunca de vista. Lo que me puso sobre la pista fue el apretón de su mano, aunque nunca antes en mi vida la había tocado.

Ahora, no piensen que me estoy yendo por las ramas con esto. No me descarten como a un traficante de misticismo. Que cada uno mire hacia atrás en su propia vida, y si no encuentra media docena de incidentes igualmente inexplicables, igualmente irrazonables, igualmente repugnantes para el tipo de mente mediovictoriana mejor ordenada, lo mejor que puede hacer es ir a dormir con sus antepasados. Así que asunto terminado. Buenas noches.

Les dije que Lou era «una muchacha bastante común y no especialmente atractiva». Recuerden que ese fue el primer pensamiento de mi «mente carnal», que, como dice San Pablo, es «enemistad contra Dios».

Mi verdadera primera impresión había sido la tremenda experiencia psicológica para la cual todas las palabras son insuficientes.

Sentado a su lado, con tiempo para mirarla mientras parloteaba, encontré que mi mente carnal quedaba revocada en apelación. Ciertamente no era una muchacha bonita desde el punto de vista del público de un music hall. Había algo indefiniblemente mongol en su cara. Los planos eran chatos; los pómulos altos; los ojos oblicuos; la nariz ancha, corta y vital; la boca una curva larga, fina y ondulante como un atardecer enloquecido. Los ojos eran diminutos y verdes, con una picante expresión de duende. Su pelo era curiosamente incoloro; era muy abundante; se había enrollado grandes trenzas alrededor de la cabeza. Me recordaba la armadura de una dínamo. Producía un efecto extraño, esa mezcla del tipo salvaje mongol con el tipo salvaje nórdico. Su pelo extraño me fascinaba. Era de ese delicado tono de lino, tan fino... no, no sé cómo contárselo, no puedo pensar en él sin hacerme un lío.

Uno se preguntaba cómo había llegado allí. Uno veía de un vistazo que no pertenecía a ese grupo. El refinamiento, casi la aristocracia, eran como un resplandor en torno de su gesto más mínimo. No tenía ninguna afectación de artista. Simplemente le gustaba esa gente, exactamente del mismo modo en que una solterona metodista de Balham podría interesarse por los nativos de Tonga, y por eso andaba con ellos. A su madre no le importaba. Probablemente, además, tal como están las cosas hoy en día, su madre no importaba.

No deben pensar que ninguno de nosotros estaba borracho, salvo el viejo Owen. En realidad, todo lo que yo había tomado era una copa de vino blanco. Lou no había probado nada en absoluto. Parloteaba como la niña inocente que era, por pura alegría del corazón. En circunstancias normales, supongo, yo habría bebido mucho más de lo que bebí. Y tampoco comí mucho. Por supuesto, ahora sé lo que era: ese fenómeno tan ridiculizado, el amor a primera vista.

De pronto nos interrumpieron. Un hombre alto le estrechaba la mano a Owen por encima de la mesa. En vez de usar alguno de los saludos corrientes, dijo con una voz muy baja y clara, muy clara y vibrante, como tensa por alguna pasión inescrutable:

«Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley.»

Hubo un movimiento incómodo en el grupo. En particular, la mujer alemana pareció afligida por la mera presencia de aquel hombre.

Levanté la vista. Sí, entendía bastante bien el cambio de clima. Owen decía:

«Está bien, está bien, eso es exactamente lo que yo hago. Venga a ver mi nuevo grupo escultórico. Le haré otro boceto: el mismo día, a la misma hora. Está bien.»

Alguien presentó al recién llegado, el señor King Lamus, y murmuró nuestros nombres.

«Siéntese aquí mismo», dijo Owen, «lo que usted necesita es un trago. Lo conozco perfectamente; lo conozco desde hace años y años y años, y sé que ha hecho un buen día de trabajo y que se ha ganado un trago. Siéntese aquí mismo y llamo al mozo.»

Miré a Lamus, que no había pronunciado una palabra desde su saludo inicial. Había algo espantoso en sus ojos: no enfocaban el primer plano. Yo era apenas un incidente de absoluta insignificancia en un paisaje ilimitado. Sus ojos eran paralelos; miraban al infinito. Nada le importaba. ¡Odié a esa bestia!

Para entonces el mozo se había acercado.

«Lo siento, señor», le dijo a Owen, que había pedido un brandy del '65.

Resultó que eran ahora las ocho horas, cuarenta y tres minutos, trece segundos y tres quintos pasado el mediodía. No sé cuál es la ley; nadie en Inglaterra sabe cuál es la ley, ni siquiera los necios que hacen las leyes. No estamos bajo las leyes ni gozamos de las libertades que nos legaron nuestros padres; estamos bajo un sistema complejo y fantástico de administración policial casi tan pernicioso como cualquier cosa, aun en Estados Unidos.

«No se disculpe», le dijo Lamus al mozo en un tono de helado desapego. «Esta es la libertad por la que peleamos.»

Yo estaba enteramente del lado del que hablaba. No había querido un trago en toda la noche, pero ahora que me decían que no podía tomarlo, quería asaltar sus malditas bodegas, pelear con la Policía Metropolitana, subir en mi aeroplano y tirarle unas cuantas bombas a la estúpida y vieja Cámara de los Comunes. Y sin embargo no tenía la menor simpatía por aquel hombre. El desprecio de su tono me irritaba. Era inhumano, de algún modo; eso era lo que me ponía en su contra.

Se volvió hacia Owen.

«Mejor venga a mi estudio», dijo arrastrando las palabras; «tengo una ametralladora apuntada a Scotland Yard.»

Owen se levantó con presteza.

«Me encantará ver a cualquiera de ustedes», continuó Lamus. «Lo lamentaría hasta el día de mi muerte si fuera el medio inocente de deshacer una reunión tan perfecta.»

La invitación sonó como un insulto. Me puse colorado hasta detrás de las orejas; apenas pude dominarme lo suficiente para dar alguna clase de excusa formal.

En realidad, hubo una reacción muy curiosa en todo el grupo. El judío alemán se levantó en el acto; nadie más se movió. La rabia me hirvió en el corazón. Entendí al instante lo que había ocurrido. La intervención de Lamus había dividido automáticamente al grupo en gigantes y enanos; y yo era uno de los enanos.

Durante la cena, la señora Webster, la mujer alemana, casi no había hablado. Pero en cuanto los tres hombres dieron la espalda, observó con acidez:

«No creo que dependamos del señor King Lamus para nuestros tragos. Vamos al Smoking Dog.»

Todos estuvieron de acuerdo con presteza. La sugerencia pareció aliviar la tensión no expresada.

Nos encontramos en taxis, a los que por alguna razón inescrutable todavía se les permite circular prácticamente sin control por las calles de Londres. ¡Mientras se permita comer, respirar y andar por ahí, nunca seremos una raza verdaderamente virtuosa!

CAPÍTULO II: ¡AL ASALTO!

Tardamos apenas cosa de un cuarto de hora en llegar a «El Dog»; pero el tiempo pasó pesadamente. Me había anexado el gusano blanco. Su presencia me hacía sentir como si ya fuera un cadáver. Era el colmo.

Pero creo que la prueba sirvió para despertar en mi mente algún indicio de la verdadera naturaleza de mi sentimiento por Lou.

El Smoking Dog, hoy ignominiosamente extinguido, era un club nocturno decorado por un canallita horrible que se pasaba la vida metiéndose a empujones en el arte y la literatura. El salón de baile era una mala imitación de Klimmt, ridícula, sin sentido y chillona.

Al diablo con todo, puede que yo no sea un gran aviador, pero soy un hombre de aire libre. Detesto a estos casi artistas con sus poses, su farsa y su pedantería. Odio las imposturas.

Antes de que pasaran cinco minutos me encontré en un estado de furiosa impaciencia. La señora Webster y Lou no habían llegado. Diez minutos, veinte; caí en una rabia ciega, bebí copiosamente del licor inmundo que apestaba el lugar y me lancé al baile con no sé qué mujer.

Una sirena danesa de voz chillona, la dueña, le gritaba insultos a uno de sus animadores profesionales: alguna historia larga, sórdida y tonta de celos sexuales, supongo. La orquesta era ensordecedora. El filo de mis sentidos se había embotado. Fue en una especie de pesadilla caliente que vi, a través del humo y la hediondez del club, la sonrisa malvada de la señora Webster.

Pequeña como era la mujer, parecía llenar la puerta. Acaparaba la atención del mismo modo que lo habría hecho una serpiente. Me vio en el acto y corrió casi a mis brazos, excitada. Me susurró algo al oído. No lo oí.

El club, por así decirlo, había quedado mudo de repente. Lou entraba por la puerta. Sobre los hombros llevaba una capa de ópera de un púrpura intenso y rico, ribeteada de oro, la vestidura de una emperatriz o (¿diré?) de una sacerdotisa.

Todo el lugar se detuvo a mirarla. ¡Y yo que había pensado que no era hermosa!

No caminaba sobre el suelo. «Vera incessu patuit dea», como decíamos en el colegio. Y mientras avanzaba, entonaba aquella magnífica letanía del capitán J. F. C. Fuller.

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

Cantaba a pleno pecho, con una cualidad masculina en la voz. Su belleza era tan radiante que mi mente corrió al romper del alba después de un largo vuelo nocturno.

«Adelante, el sol sube despacio, qué despacio; ¡pero hacia el oeste, miren, la tierra está luminosa!»

Como en respuesta a mi pensamiento, su voz volvió a rodar:

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

La primera parte de la adoración era una especie de canto gregoriano que variaba con la cadencia de las palabras. Pero el estribillo volvía siempre a lo mismo.

EE-AH-OH da la pronunciación de la última palabra. Cada vocal se estira todo lo posible. Parecía como si ella tratara de sacar el último milímetro cúbico de aire de sus pulmones cada vez que la

cantaba.

Lou llegó a la mesa, con su mantel sucio y torcido, a la que estábamos sentados. Me miró directo a los ojos, aunque estoy seguro de que no me veía.

Se alejó de nosotros como una nube de tormenta purpúrea, coronada de sol, arrancada de los pechos de la mañana por algún rayo invisible.

Una ola de excitación casi demente barrió el club. Fue como el estallido de los cañones antiaéreos. La orquesta arrancó con un jazz más enloquecido.

Los bailarines deliraban con una furia más tumultuosa y sin aliento.

Lou había vuelto a acercarse a nuestra mesa. Nosotros tres estábamos desprendidos del mundo. A nuestro alrededor resonaban las risas chillonas de la multitud enloquecida. Lou pareció escuchar. Estalló una vez más.

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

Me di cuenta, con una claridad nauseabunda, de que la señora Webster me estaba volcando en los oídos un relato del carácter y la carrera de King Lamus.

«No sé cómo se atreve a venir a Inglaterra», dijo. «Vive en un lugar llamado Telepylus, quién sabe dónde queda. Tiene más de cien años, a pesar de su aspecto. Ha estado en todas partes y lo ha hecho todo, y cada paso que da está embadurnado de sangre. Es el hombre más malvado y peligroso de Londres. Es un vampiro, vive de vidas arruinadas.»

Admito que le tenía a aquel hombre la aversión más cordial. Pero esa denuncia ferozmente amarga de alguien que evidentemente era amigo íntimo de dos de los más grandes artistas del mundo no hacía que su caso pareciera más negro. Francamente, la señora Webster no me impresionaba como autoridad en la conducta ajena.

Una punzada salvaje de celos me atravesó. Fue un espasmo lívido, demoníaco. Por alguna razón yo había asociado este verso del canto misterioso de Lou con la personalidad de King Lamus.

Gretel Webster entendió. Me insinuó otra dosis de veneno.

«Oh, sí, el señor Basil King Lamus es todo un hombre de mujeres. Las fascina con mil trucos diferentes. Lou está terriblemente enamorada de él.»

Una vez más la mujer se había equivocado. Me molestó su alusión a Lou. No recuerdo lo que contesté. Una parte fue en el sentido de que Lou no parecía haber salido muy perjudicada.

La señora Webster sonrió con su sonrisa más sutil.

«Estoy muy de acuerdo», dijo con voz sedosa. «Lou es la mujer más hermosa de Londres esta noche.»

El estado de la muchacha era extraordinario. Era como si poseyera dos personalidades en sus más plenas posibilidades: la divina y la humana. Estaba intensamente consciente de todo lo que sucedía a su alrededor, dueña absoluta de sí misma y de su entorno; y sin embargo al mismo tiempo estaba perdida en alguna forma sobrenatural de arrobamiento de una clase que, aunque esencialmente

ininteligible para mí, me recordaba ciertas experiencias extrañas y fragmentarias que había tenido mientras volaba.

Supongo que todo el mundo ha leído The Psychology of Flying, de L. de Giberne Sieveking. Todo lo que necesito es recordarles lo que dice:

«Todos los tipos de hombres que vuelan son conscientes de esta diferencia muy oscura y sutil que el vuelo ha obrado en ellos. Muy pocos saben exactamente qué es. Casi ninguno puede expresar lo que siente. Y ninguno lo admitiría si pudiera. . . . Uno se da cuenta, sin ninguna formulación en palabras, de que uno es uno mismo, y de que cada uno está enteramente separado y nunca puede entrar en los recovecos de otro, que son su fundamento de vida individual.»

Uno se siente fuera de toda relación con las cosas, aun las más esenciales. Y sin embargo uno sabe al mismo tiempo que todo aquello de lo que alguna vez ha tenido conciencia es un cuadro inventado por su propia mente. El Universo es el espejo del alma.

En ese estado uno entiende toda clase de disparates.

Me ruboricé de rabia, entendiendo lo suficiente para saber lo que Lou debía de estar sintiendo mientras hacía rodar aquellas palabras apasionadas y sin sentido de su boca volcánica. La sugerencia de Gretel se me filtró en el cerebro.

«Este alcohol inmundo embrutece a los hombres. ¿Por qué está Lou tan soberbia? Ha aspirado la nieve pura del Cielo por la nariz.»

Yo temblaba y me estremecía mientras ella cantaba; y entonces algo, apenas sé qué, me hizo volverme y mirar la cara de Gretel Webster. Estaba sentada a mi derecha; tenía la mano izquierda debajo de la mesa y la estaba mirando. Seguí su mirada.

En el pequeño cuadrilátero de venas cuyo vértice inferior está entre el índice y el dedo mayor había un montoncito diminuto de polvo centelleante. Nada de lo que había visto antes me había atraído tanto. ¡La pura belleza brillante e infinita de aquella sustancia! La había visto antes, por supuesto, bastantes veces, en el hospital; pero esto era algo muy distinto. Lo realzaba su entorno como a un diamante su engarce. Parecía vivo. Centelleaba intensamente. No se parecía a nada en la Naturaleza, salvo quizá a esos cristales plumosos, llevados por el viento, que relucen en los labios de las grietas de los glaciares.

Lo que siguió se me quedó grabado en la memoria como si fuera un truco de prestidigitador. No sé con qué gesto me obligó. Pero su mano se levantó despacio, sin llegar del todo al nivel de la mesa; y mi cara, caliente, encendida, enojada y ansiosa, se había inclinado hacia ella. Parecía puro instinto, aunque ahora tengo pocas dudas de que fue el resultado de una sugestión no expresada. Aspiré el montoncito de polvo por la nariz en una sola inspiración larga. Ya entonces me sentí como un hombre que se asfixia en una mina de carbón y es liberado en el último momento, llenándose los pulmones de oxígeno por primera vez.

No sé si esta es una experiencia común. Sospecho que mi formación médica y mis lecturas, y oír hablar a la gente, y el efecto de todos esos artículos macabros de los diarios tuvieron algo que ver.

Por otra parte, creo que debemos tener bastante en cuenta a una experta como Gretel Webster. Sin duda valía su sueldo para los boches. Sin duda me había elegido como parte de «Die Rache». Yo

había derribado a unos cuantos aviadores bastante famosos.

Pero ninguno de estos pensamientos se me ocurrió en ese momento. No creo haber explicado con énfasis suficiente el estado mental al que me había reducido la aparición de Lou. Ella había llegado a estar tan lejos, más allá de mis sueños: la inalcanzable.

Dejando de lado el efecto del alcohol, eso me había dejado en una depresión intolerable. Había algo embrutecido, algo de rata acorralada, en mi conciencia.

¿Pensaba en Gretel o en sí misma? Su belleza me había ahogado, estrangulado, arrancado la garganta. Me había vuelto loco de una lujuria sorda y áspera. La odiaba. Pero cuando levanté la cabeza, cuando la súbita, la instantánea locura de la cocaína barrió de mis fosas nasales a mi cerebro (eso es un verso de poesía, pero no puedo evitarlo; ¡sigamos!), la depresión se levantó de mi mente como el sol que sale de entre las nubes.

Oí como en un sueño la voz rica y madura de Lou:

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

Todo era distinto: entendía lo que ella decía, era parte de ello. Reconocí, durante un segundo veloz, el sentido de mi depresión anterior. ¡Era mi sentimiento de inferioridad frente a ella! ¡Ahora yo era su hombre, su compañero, su amo!

Me levanté para tomarla por la cintura; pero ella se alejó girando por la pista del club como una hoja de otoño ante la tormenta. Capté la mirada de los ojos de Gretel Webster. Los vi brillar de malicia triunfante; y por un momento ella y Lou y la cocaína y yo quedamos todos inextricablemente trabados en una confusión enmarañada de pensamientos ruinosos.

Pero mi cuerpo físico me levantaba. Era la misma vieja euforia salvaje que uno siente al despegar del suelo en sus días buenos. Me encontré en medio de la pista sin saber cómo había llegado allí. Yo también caminaba en el aire. Lou se volvió, la boca un orbe escarlata, como he visto el atardecer sobre Bélgica, sobre la línea arrugada de la costa, sobre la curva azul, tenue y mística del mar y el cielo; con el pensamiento en mi mente latiendo al compás de mi corazón excitado. Esta vez no erramos el arsenal. Yo era también el arsenal. ¡Había estallado! ¡Yo era el que mata y el que muere! Y allí venía Lou navegando por el cielo a mi encuentro.

Caímos uno en brazos del otro con la inevitabilidad de la gravitación. Éramos las únicas dos personas en el Universo: ella y yo. La única fuerza que existía en el Universo era la atracción entre nosotros. La fuerza con que nos juntamos nos hizo girar.

Recorrimos de arriba abajo la pista del club; pero, por supuesto, no era la pista del club, no existía el club, no existía nada en absoluto salvo una sensación delirante de que uno era todo y tenía que seguir adelante con todo. Uno era el Universo girando eternamente. No había posibilidad de cansancio; la energía de uno estaba a la altura de su tarea.

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

El cuerpo delgado y ágil de Lou descansaba en mi brazo. Suena absurdo, pero me recordaba a un abrigo liviano. Tenía la cabeza echada hacia atrás, y las pesadas trenzas del pelo se le soltaron.

De pronto la orquesta se detuvo. Por un segundo la agonía fue indescriptible. Parecía la aniquilación.

Me invadió una repulsión absoluta contra todo lo que me rodeaba. Susurré, como un hombre con una prisa furiosa que tiene que hacer algo vital antes de morir, unas palabras más o menos en el sentido de que ya no podía «aguantar ni un minuto más este lugar inmundo».

«Salgamos a tomar aire.»

No contestó ni sí ni no. Había desperdiciado palabras al hablarle siquiera.

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

Su voz había bajado hasta un murmullo claro. Nos encontramos en la calle. El portero nos llamó un taxi. Por fin interrumpí su canto. Mi boca estaba sobre su boca. Íbamos en el carro del Sol a través del circo del Universo. No sabíamos adónde íbamos, y no nos importaba. No teníamos ningún sentido del tiempo. Había una sucesión de sensaciones, pero no había modo de regularlas. Era como si el reloj mental de uno se hubiera vuelto loco de repente.

No tengo medida del tiempo, hablando subjetivamente, pero debió de pasar un largo rato antes de que nuestras bocas se separaran, porque cuando eso ocurrió me di cuenta de que estábamos muy lejos del club.

Me habló por primera vez. Su voz hacía vibrar oscuras profundidades insondables del ser. Me estremecí en cada fibra. Y lo que dijo fue esto:

«Tu beso es amargo de cocaína.»

Es del todo imposible transmitir a quienes no tienen experiencia de estas cosas el significado de lo que dijo.

Era un caldero hirviente de maldad que de pronto se había desbordado. Su voz sonaba llena de un regocijo infernal. Me estimuló hasta una intensidad viril. La tomé en mis brazos con más ferocidad. El mundo se volvió negro ante mis ojos. Ya no percibía nada. Apenas puedo decir siquiera que sentía. ¡Yo era el Sentir mismo! Era todas las posibilidades del Sentir colmadas hasta el extremo. Sin embargo, al mismo tiempo, mi cuerpo seguía automáticamente con sus propios asuntos privados.

Ella se me escapaba. Su cara eludía la mía.

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

Su pecho sollozaba su canto con una intensidad extraña.

Comprendí en un relámpago que esa era su manera de resistirse. Trataba de convencerse de que era una fuerza cósmica; de que no era en absoluto una mujer; de que un hombre no significaba nada para ella. Luchaba desesperadamente contra mí, deslizándose como una serpiente por los confines del espacio. Por supuesto, en realidad era el taxi, pero yo no lo sabía entonces, y todavía ahora no estoy del todo seguro.

«Ojalá, por Dios», me dije con furia, «tuviera una aspirada más de esa Nieve. ¡Ya le mostraría!»

En ese momento me apartó de un empujón como si yo hubiera sido una pluma. De pronto me sentí inútil. De un modo del todo inexplicable me había derrumbado, y me encontré, para mi asombro, sacando sobre la mano un montoncito de cocaína de un frasco de diez gramos que había estado en el bolsillo de mi pantalón, y aspirándolo por la nariz con un gusto voraz.

No me pregunten cómo había llegado ahí. Supongo que Gretel Webster debió de arreglárselas de algún modo. Mi memoria está en blanco por completo. Esa es una de las cosas curiosas de la cocaína. Uno nunca sabe bien qué jugarreta le va a hacer.

Me acordé del profesor norteamericano que se jactaba de tener una memoria de primera clase cuyo único defecto era que no era confiable.

Tampoco puedo decirles si la nueva provisión de la droga aumentó mis poderes, o si Lou simplemente se había cansado de provocarme, pero por su propia voluntad se retorció hasta caer en mis brazos; sus manos y su boca pesaban sobre mi corazón. Ahí va más poesía (así es como lo toma a uno), el ritmo parece venir solo, todo es una gran armonía. Es imposible que algo desafine. La voz de Lou parecía venir de una distancia enorme, un canto hondo, bajo y sombrío:

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

¡Eso era: su motor y mi motor funcionando juntos por primera vez! Todos los accidentes habían desaparecido. No había nada más que el unísono de dos ritmos ricos y desbocados.

Ustedes saben cómo es cuando uno vuela: ve una mota en el aire. No puede saber con los ojos si es su hermano el boche que viene a cazarlo, o uno de los nuestros, o uno de los aviones aliados. Pero puede distinguirlos, al enemigo del amigo, por el latido distinto de sus motores. Así uno llega a captar un ritmo determinado como simpático y otro como hostil.

Así estábamos Lou y yo, volando juntos más allá de los confines de la eternidad, lado a lado; su latido bajo y persistente en perfecta segunda voz de mi gran estruendo galopante.

Las cosas de este tipo ocurren fuera del tiempo y del espacio. Es del todo erróneo decir que lo que pasó en el taxi empezó o terminó alguna vez. Lo que pasó fue que nuestra atención fue distraída de la verdad eterna de este matrimonio esencial de nuestras almas por el chofer, que había detenido el taxi y abierto la puerta.

«Llegamos, señor», dijo con una sonrisa burlona.

Sir Peter Pendragon y Lou Laleham reaparecieron automáticamente. ¡Ante todo, el decoro!

El sobresalto grabó el incidente hondamente en mi mente. Recuerdo con la mayor nitidez haberle pagado al hombre, y después haberme perdido en un asombro absoluto y vacío sobre cómo era que estábamos donde estábamos. ¿Quién le había dado la dirección al hombre, y dónde estábamos?

Solo puedo suponer que, consciente o inconscientemente, lo había hecho Lou, porque no mostró ninguna turbación al apretar el timbre eléctrico. La puerta se abrió de inmediato. Quedé sepultado bajo una avalancha de luz carmesí que se derramaba desde un vasto estudio.

La voz de Lou se elevó alta y clara:

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

Me invadió como una tormenta un vuelco del sentimiento, porque en el umbral, con los brazos de Lou alrededor del cuello, estaba la figura alta, negra y siniestra de King Lamus.

«Sabía que no te molestaría que pasáramos, aunque sea tan tarde», estaba diciendo ella.

Habría sido perfectamente sencillo para él asentir con unas pocas palabras convencionales. En cambio, se puso pontifical.

«Hay cuatro puertas para un palacio; el suelo de ese palacio es de plata y oro; lapislázuli y jaspe hay allí; y todos los perfumes raros; jazmín y rosa, y los emblemas de la muerte. Que entre por turno o a la vez por las cuatro puertas; que se pare sobre el suelo del palacio.»

Yo estaba insondablemente enojado. ¿Por qué tenía ese hombre que portarse siempre como un patán o como un payaso? Pero no había nada que hacer salvo aceptar la situación y entrar cortésmente.

Me estrechó la mano con formalidad, pero con más intensidad de la que es habitual entre desconocidos bien educados en Inglaterra. Y mientras lo hacía, me miró directo a la cara. Sus ojos mortíferos e inescrutables se abrieron paso, quemando, de punta a punta hasta el fondo de mi cerebro y más allá. Sin embargo, sus palabras no guardaban ninguna relación con sus actos.

«¿Qué dice el poeta?», dijo con altivez. «"Qué broma tan grata atiborrarse de coca", o palabras por el estilo, Sir Peter.»

¿Cómo diablos sabía lo que yo había estado tomando?

«Los hombres que saben cosas no tienen derecho a andar por el mundo», dijo algo irritado dentro de mí. Pero otra cosa le contestó oscuramente:

«Eso explica lo que el mundo ha hecho siempre: convertir a sus pioneros en mártires.»

Me sentí un poco avergonzado, a decir verdad; pero Lamus me hizo sentir cómodo. Señaló con la mano un enorme sillón cubierto de tapices persas. Me dio un cigarrillo y me lo encendió. Sirvió un trago de Benedictine en una enorme copa curva y lo puso sobre una mesita a mi lado. Su hospitalidad desenvuelta me desagradaba tanto como todo lo demás. Tenía la incómoda sensación de ser un títere en sus manos.

Había solo otra persona en la habitación. En un diván cubierto de pieles de leopardo yacía una de las mujeres más extrañas que yo hubiera visto jamás. Llevaba un vestido de noche blanco con rosas amarillo pálido, y las mismas flores tenía en el pelo. Era una mestiza negra del norte de África.

«La señorita Fatma Hallaj», dijo Lamus.

Me levanté e hice una reverencia. Pero la muchacha no me prestó atención. Parecía hallarse en un olvido total de los asuntos sublunares. Su piel era de ese azul hondo y rico de cielo nocturno que solo los ojos muy vulgares imaginan negro. La cara era tosca y sensual, pero la frente era ancha e imponente.

No hay tipo de intelecto tan esencialmente aristocrático como el egipcio cuando resulta ser de la rara cepa correcta.

«No se ofenda», dijo Lamus con voz suave, «ella nos incluye a todos en su sublime desdén.»

Lou estaba sentada en el brazo del diván; sus dedos largos, torcidos, de un blanco de marfil, tanteaban el pelo de la muchacha oscura. De algún modo sentí náuseas; estaba inquieto, turbado. Por primera vez en mi vida no sabía cómo comportarme.

Un pensamiento me saltó a la mente: era simplemente cansancio, no tenía por qué preocuparme por eso.

Como en respuesta a mi pensamiento, Lou sacó del bolsillo un frasquito de cristal tallado con tapa de oro cincelado, lo desenroscó y se echó un poco de cocaína en el dorso de la mano. Lanzó una mirada provocativa en mi dirección.

El estudio se llenó de pronto con la reverberación de su canto:

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

«Así es», asintió alegremente King Lamus. «Sé que me disculpará si le pregunto si tiene mucha experiencia de los efectos de la cocaína.»

Lou le echó una mirada furiosa. Yo preferí encararlo con franqueza. Deliberadamente me puse una dosis grande en el dorso de la mano y la aspiré. Antes de haber terminado, el efecto ya se había producido. Me sentí dueño de cualquier hombre.

«Bueno, a decir verdad», dije con altanería, «esta noche es la primera vez que la tomo, y me parece una cosa bastante buena.»

Lamus sonrió enigmáticamente.

«Ah, sí, ¿qué dice el viejo poeta? ¿Milton, no es cierto?

"Clava tu sonrisa demoníaca en mi cerebro,
empápame de coñac, de amor y de cocaína."»

«Qué tonto eres», exclamó Lou. «La cocaína no se había inventado en tiempos de Milton.»

«¿Y eso fue culpa de Milton?», replicó King Lamus. La incongruencia, la inconexión de su pensamiento resultaba de algún modo desconcertante.

Le dio la espalda a ella y me miró directo a la cara.

«Le parece una cosa bastante buena, Sir Peter», dijo, «y lo es. Yo mismo tomaré una dosis para mostrarle que no hay resentimiento.»

Acompañó las palabras con la acción.

Tuve que admitir que el hombre empezaba a intrigarme. ¿Cuál era su juego?

«Oigo decir que usted es uno de nuestros mejores aviadores, Sir Peter», prosiguió.

«He volado un poco de vez en cuando», admití.

«Bueno, un aeroplano es un medio de viaje bastante bueno, pero a menos que uno sea un experto, es probable que tenga un final bastante desagradable.»

«Muchas gracias», dije, picado por su tono. «Da la casualidad de que soy estudiante de medicina.»

«Ah, entonces todo está bien, por supuesto.»

Asintió con una cortesía que de algún modo hirió mi amor propio más hondo que si hubiera puesto en duda abiertamente mi competencia.

«En ese caso», continuó, «espero despertar su interés profesional en un caso de lo que creo que usted convendrá en que se acerca a la imprudencia. Mi amiguita aquí presente llegó esta noche, o más bien anoche, llena hasta el cuello de morfina. Insatisfecha con los resultados, se tragó una gran dosis de Anhalonium Lewinii, sin importarle la incompatibilidad farmacéutica. Presumiblemente para pasar el rato, se ha bebido una botella entera de Grand Marnier Cordon Rouge; y ahora, sintiéndose levemente indispuesta, por alguna razón que sería presuntuoso adivinar, está arreglando las cosas con algún que otro desliz en esta cosa bastante buena de usted.»

Se había apartado de mí y observaba a la muchacha con atención. Mi mirada siguió la suya. Vi su piel de azul hondo desvanecerse en una palidez espantosa. Había perdido su color saludable; hacía pensar en un trozo de carne cruda que empieza a echarse a perder.

Me puse de pie de un salto. Supe por instinto que la muchacha estaba por desmayarse. El dueño del estudio estaba inclinado sobre ella. Me miró por encima del hombro, con el rabillo del ojo.

«Un caso de imprudencia», observó con amarga ironía.

Durante el cuarto de hora siguiente luchó por la vida de la muchacha. King Lamus era un médico muy hábil, aunque nunca había estudiado medicina oficialmente.

Pero yo no me daba cuenta de lo que pasaba. La cocaína cantaba en mis venas. Nada me importaba. Lou se acercó impulsivamente y se arrojó atravesada sobre mis rodillas. Me acercó a la boca la copa de Benedictine, cantando extática:

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

Nos desvanecimos en un trance hondo, muy hondo. Lamus nos interrumpió.

«No deben creerme inhospitalario», dijo. «Ella ya se ha recuperado; pero debería llevarla a su casa. Pónganse cómodos mientras estoy fuera, o permítanme llevarlos adonde quieran ir.»

Hubo otra interrupción. Sonó el timbre. Lamus saltó hacia la puerta. Un anciano alto estaba de pie en los escalones.

«Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley», dijo Lamus.

«Amor es la ley, amor bajo voluntad», respondió el otro.

Era como un santo y seña.

«Tengo que hablar con usted durante una hora.»

«Por supuesto, estoy a su servicio», respondió nuestro anfitrión. «Lo único es...» Se interrumpió.

Mi cerebro estaba extraordinariamente lúcido. Mi confianza en mí mismo no tenía límites. Me sentía inspirado. Vi la salida.

Un diablillo se rio en mi corazón: «¡Qué excelente plan para quedarme a solas con Lou!»

«Escuche, señor Lamus», dije, hablando muy rápido, «sé manejar cualquier clase de auto. Déjeme llevar a la señorita Hallaj a su casa.»

La muchacha árabe estaba de pie detrás de mí.

«Sí, sí», dijo con voz débil pero excitada. «Eso será lo mejor de todo. Muchísimas gracias.»

Eran las primeras palabras que pronunciaba.

«Sí, sí», intervino Lou. «Quiero pasear en auto a la luz de la luna.»

El pequeño grupo se apiñaba en la puerta abierta. De un lado, las oscuras mareas carmesíes de la electricidad; del otro, el esplendor inmaculado de nuestro satélite.

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

La escena avanzó con la rapidez vívida de un sueño. Estábamos en el garaje, fuera de él, en las calles, en el hotel de la muchacha egipcia, y después...

CAPÍTULO III: FAETÓN

Lou se aferraba a mí mientras yo empuñaba el volante. No había necesidad de que habláramos. El torrente tembloroso de nuestra pasión nos arrastraba. Me había olvidado por completo de Lamus y de su auto. Íbamos manejando como el diablo hacia Ninguna Parte. Una idea loca me cruzó la mente. La había arrojado mi «Inconsciente», el yo esencial de mi ser. Entonces algún objeto familiar de las calles me recordó que no estaba volviendo al estudio. Alguna fuerza dentro de mí, de la que yo no tenía conciencia, había vuelto mi rostro hacia Kent. Me estaba interpretando a mí mismo para mí mismo. Sabía lo que iba a hacer. Íbamos rumbo a Barley Grange; y después, ¡ah, el loco viaje a la luz de la luna hasta París!

La idea se había determinado en mí sin ninguna intervención mía. Había sido, en cierto modo, la solución de una ecuación cuyos términos eran: en primer lugar, una especie de identificación loca de Lou con todas las ideas románticas que uno tiene sobre la luz de la luna; después, mi hábito físico de aviador; y en tercer lugar, la conexión tradicional de París con la alegría extravagante y el amor exuberante.

En ese momento yo tenía plena conciencia de que mi sentido moral y mi sentido mental habían sido arrojados por la borda por el momento; pero mi actitud era simplemente: «¡Adiós, Jonás!»

Por primera vez en mi vida estaba siendo absolutamente yo mismo, libre de todas las inhibiciones del cuerpo, del intelecto y de la educación que nos mantienen, normalmente, en lo que llamamos cursos de acción sensatos.

Me parece recordar que me pregunté si estaba loco, y que me contesté: «Por supuesto que lo estoy: la cordura ES un compromiso. La cordura es lo que lo frena a uno.»

Sería del todo inútil intentar describir el viaje a Barley Grange. Duró apenas medio segundo. Duró eones sin edad.

Cualquier duda que pudiera haber tenido sobre mí mismo quedó pisoteada por los hechos innegables. Nunca había manejado mejor en mi vida. Saqué el hidroavión como otro hombre sacaría un cigarrillo de su cigarrera. Arrancó como un águila. Con el zumbido del motor llegó la voz suave y tersa de Lou en una antífona exquisita:

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

Nos elevamos hacia el alba. Subí directo a más de tres mil. Podía oír el latido de mi corazón. Era uno con el latido del motor.

Llevé a mis pulmones el aire puro e inmaculado. Era una octava de la cocaína; la misma fuerza espiritual vigorizante expresada en otros términos.

Las palabras magníficamente melodiosas de Sieveking me saltaron a la mente. Las repetí arrebatado. Es el latido del motor británico.

«¡Hondas bocanadas de pulmón! ¡Hondas bocanadas de boca! ¡Hondas, hondas bocanadas mentales!»

El viento de nuestra velocidad abolió todas mis sensaciones corporales familiares. La cocaína se combinó con él para anestesiarlas. Yo estaba desencarnado; un espíritu eterno; una Cosa suprema, aparte.

«¡Lou, amor mío! ¡Lou, amor mío! ¡Lou, Lou, amor perfecto!»

Debo de haber gritado el estribillo. Aun en medio del rugido, la oí contestarme cantando.

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

No podía soportar el peso del aire. ¡Subamos más alto, siempre más alto! Aumenté la velocidad.

«¡Feroz frenesí! ¡Feroz locura! ¡Feroz, feroz, frenética locura!»

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

Y sentí que nos llevaba una tempestad tremenda. La tierra se nos cayó de debajo como una piedra en la nada ciega. ¡Éramos libres, libres para siempre, de las cadenas de nuestro nacimiento!

«¡Vuela más veloz! ¡Vuela más veloz! ¡Vuela, vuela más veloz, más veloz!»

Delante de nosotros, alto en el gris pálido, estaba Júpiter, una chispa de zafiro cuadrangular.

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

Le contesté a los gritos.

«¡Buscadores de estrellas! ¡Halladores de estrellas! ¡Estrellas gemelas, de brillo plateado!»

Arriba, todavía arriba, conduje. Una masa de nubes de tormenta colgaba entre el alba y yo. ¡Maldita sea, cómo se atrevía! No tenía por qué estar ahí. Tenía que elevarme por encima de ella, pisotearla.

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

Frágiles jirones de niebla nos acosaban. Yo había comprendido la alegría de Lou en la nube. Era yo el que estaba equivocado. No había tomado suficiente cocaína como para poder aceptar todo como un éxtasis infinito. Su amor me sacó de mí mismo y me elevó hasta su pasión triunfal. Comprendí la niebla.

[Aquí la novela cita una letanía de J. F. C. Fuller, cuyo texto sigue protegido y no se reproduce.]

En ese momento, la parte práctica de mí se impuso con una brusquedad sorprendente. Vi la línea tenue de la costa. Conocía esa línea como la palma de mi mano. Estaba un poco desviado de la línea más corta hacia París. Viré levemente hacia el sur.

Abajo rodaban mares grises. Me pareció (de un modo bastante demente) que sus arrugas en movimiento eran la risa de un hombre muy viejo. Tuve una intuición repentina de que algo andaba mal; y un instante después llegó un indicio inequívoco del problema. Me había quedado sin nafta.

Mi mente volvió como un relámpago vívido de odio hacia King Lamus. «¡Un caso de imprudencia!» Prácticamente me había llamado tonto en la cara. Pensé en él como en el mar, sacudiéndose de risa burlona.

Todo el tiempo me había estado riendo por dentro de mi querido viejo comandante de escuadrilla. No soy un gran aviador, ¿eh? ¡Esto le va a demostrar! Y eso era bastante cierto. Yo era incomparablemente mejor de lo que había sido nunca. Y sin embargo había omitido una única precaución obvia.

De pronto me di cuenta de que las cosas podían ponerse sumamente feas. Lo único que se podía hacer era cortar el motor y planear hasta el estrecho. Y había aspectos del problema que me horrorizaban.

¡Ah, por otra aspirada! Mientras descendíamos hacia el mar en enormes espirales anchas, me las arreglé para sacar mi frasco. Por supuesto, me di cuenta al instante de que era imposible tomarla por la nariz con semejante viento. Saqué el corcho y metí la lengua en el cuello del frasco.

Todavía estábamos a tres mil pies o más sobre el mar. Tenía tiempo de sobra, tiempo infinito, pensé, mientras la droga hacía efecto, para tomar mi decisión. Actué con un aplomo soberbio. Toqué el mar a menos de cien yardas de un pesquero que acababa de zarpar de Deal.

Nos recogieron, como era natural, en un par de minutos. Volvieron y remolcaron el avión hasta la costa.

Mi primer pensamiento fue conseguir más nafta y seguir, a pesar de lo absurdo de nuestra situación. Pero la simpatía de los hombres de la playa venía mezclada con una buena dosis de burla campechana. ¡Chorreando agua, en traje de noche, a las cuatro de la mañana! Como dice Hedda Gabler, «esas cosas no se hacen».

Pero la cocaína me ayudó otra vez. ¿Por qué diablos tenía que importarme lo que pensara nadie?

«¿Dónde puedo conseguir nafta?», le pregunté al patrón del pesquero.

Sonrió con sorna.

«Le va a hacer falta algo más que nafta.»

Eché una mirada al avión. El hombre tenía toda la razón. Una semana de reparaciones, por lo menos.

«Más vale que vaya al hotel, señor, y consiga ropa abrigada. Mire cómo tiembla la señora.»

Era perfectamente cierto. No había otra cosa que hacer. Subimos juntos despacio por la playa.

No se trataba de dormir, por supuesto. Los dos estábamos frescos como lechugas. Lo que necesitábamos era comida caliente, y mucha.

La conseguimos.

Parecía que hubiéramos entrado en una fase enteramente nueva. El desastre nos había purgado de todo aquel asunto de oratorio orquestal; pero, por otra parte, seguíamos llenos de una intensa actividad práctica.

Comimos tres desayunos cada uno. Y mientras comíamos hablábamos; hablábamos disparates picantes y violentos, en su mayor parte. Sin embargo, los dos sabíamos muy bien que todo aquello era camuflaje. Lo que teníamos que hacer era casarnos lo antes posible, hacer provisión de cocaína, e irnos a pasar un tiempo perfectamente glorioso por los siglos de los siglos.

Mandamos a buscar ropa de emergencia al pueblo y salimos a la caza de un clérigo. Era un anciano que había vivido durante años apartado del mundo. No vio en nosotros nada particularmente malo, salvo juventud y entusiasmo, y lamentó mucho que llevara tres semanas casarnos.

El buen viejo nos explicó la ley.

«Ah, eso es fácil», dijimos a una voz. «Tomemos el primer tren a Londres.»

No hay incidentes que registrar. Los dos estábamos completamente anestesiados. Nada nos molestaba. No nos importó la espera en el andén, ni la manera en que el viejo tren avanzaba pesadamente hacia Londres.

Todo era parte del plan. Todo era puro placer. Vivíamos por encima de nosotros mismos, vivíamos a un ritmo tremendo. La velocidad del avión se volvió apenas un símbolo, una proyección física de nuestra sublimidad espiritual.

Los dos días siguientes pasaron como una pantomima. Nos casó en una oficinita sucia un hombrecito sucio. Le devolvimos el auto a Lamus. Me divirtió descubrir que lo había dejado a la intemperie, medio asomado al borde del lago.

Hice un millón de arreglos con una especie de sabiduría arremolinada. Antes de que pasaran cuarenta y ocho horas, habíamos hecho las valijas y salíamos para París.

No recordaba nada en detalle. Todos los acontecimientos eran otros tantos metales viles fundidos en una aleación cuyo nombre era Excitación. Durante todo ese tiempo dormimos una sola vez, y entonces dormimos bien y nos despertamos frescos, sin rastro de cansancio.

Habíamos visitado a Gretel y obtenido una provisión de cocaína. Ella no quiso aceptar dinero de su querido Sir Peter, y estaba tan feliz de ver a Lou, Lady Pendragon, y ¿no iríamos a verla después de la luna de miel?

Esa visita es lo único que se me quedó grabado. Supongo que me di cuenta oscuramente, de algún modo, de que esa mujer era en realidad el resorte principal de toda la maniobra.

Nos presentó a su marido, un viejo pesado y barrigón, con panza y barba, reputación de rectitud y una manera untuosa de decir la clase correcta de nada. Pero adiviné cierta astucia en sus ojos; desmentía su máscara de inocencia ostentosa.

Había también otro hombre, una especie de pastor disidente a medio cocer, un tal Jabez Platt, que se había dado cuenta temprano en la vida de que su misión era andar por ahí haciendo el bien. Algunos decían que había hecho mucho bien... a sí mismo. Su principio en política era muy simple: si ves algo, prohíbelo; todo lo que existe está mal; el mundo es un lugar muy perverso.

Estaba muy entusiasmado con sacar adelante una ley para reprimir el mal de las drogas.

Sonreímos nuestro asentimiento comprensivo, con miradas furtivas a nuestra anfitriona. ¡Si el viejo tonto hubiera sabido que estábamos llenos de cocaína mientras estábamos sentados aplaudiendo sus pomposas perogrulladas!

Nos reímos con toda el alma del incidente tonto mientras íbamos sentados en el tren. Visto en perspectiva no parece particularmente cómico; pero es muy difícil saber, en cualquier momento, qué le va a hacer cosquillas al sentido del humor de uno. Probablemente cualquier otra cosa habría servido igual. Estábamos en la curva ascendente. La exaltación del amor se combinaba con la de la cocaína; y el romance y la aventura de nuestras vidas formaban un engaste estimulante para esas joyas soberbias.

«Cada día, en todos los sentidos, estoy cada vez mejor.»

La fórmula ahora famosa de M. Coué es la expresión intelectual precisa de la curva de la luna de miel de cocaína. La vida normal es como un aeroplano antes de despegar. Hay una serie de pequeños barquinazos; todo lo que uno puede decir es que va avanzando más o menos. Entonces empieza a elevarse despejándose de la tierra. Ya no hay más obstáculos para el vuelo.

Pero todavía hay obstáculos mentales: una cerca, una hilera de casas, una arboleda de olmos o lo que sea. Uno está un poco ansioso al darse cuenta de que hay que salvarlos. Pero a medida que se eleva hacia el azul sin límites, llega esa sensación de euforia mental que acompaña a la libertad sin límites.

Nuestros abuelos debieron de saber algo de ese sentimiento por haber vivido en Inglaterra antes de que la libertad del país fuera destruida por la legislación, o más bien por la delegación de la legislación en una burocracia mezquina.

Hace unos seis meses importé algo de tabaco, rollos de perique negro, el mejor y más puro del mundo. Al cabo de un tiempo me cansé de picarlo yo mismo, y se lo mandé a un tabaquero para que lo hiciera.

¡Ah, no, de ninguna manera, completamente imposible sin un permiso de la Aduana!

Supongo que en realidad debería entregarme a la policía.

Sí, a medida que uno entra de lleno en el ritmo de la cocaína, pierde toda conciencia del carácter accidentado de este curioso y viejo esferoide achatado. Uno es realmente mucho más competente para ocuparse de los asuntos de la vida, es decir, en cierto sentido de la palabra.

M. Coué tiene toda la razón, igual que la tienen los científicos cristianos y toda esa gente, al decir que la mitad de nuestros problemas vienen de nuestra conciencia de que existen, de modo que si olvidamos su existencia, ¡realmente dejan de existir!

¿No tenemos acaso un viejo refrán que dice «ojos que no ven, corazón que no siente»?

Cuando uno está en su luna de miel de cocaína, es realmente, hasta cierto punto, superior a sus semejantes. Uno ataca cada problema con perfecta confianza. Es una combinación de lo que los franceses llaman élan y de lo que llaman insouciance.

El Imperio británico se debe a este espíritu. Nuestros jóvenes salían hacia la India y toda clase de lugares, y pasaban por encima de todo el mundo porque eran demasiado ignorantes para darse cuenta de las dificultades que tenían por delante. Se les enseñaba que si uno tenía buena sangre en las venas, y una formación de colegio privado y de universidad que lo habituara a ser un señor de la creación, y a la sensación de que era imposible fracasar, y a no saber lo suficiente como para saber cuándo estaba vencido, nada podía salir mal nunca.

Macbeth. A Macbeth solo le salieron mal las cosas porque Macduff le quitó el coraje con su interpretación de lo que habían dicho las brujas.

Coriolano solo fracasó cuando se detuvo a pensar. Como dice el poeta: «El amor del conocimiento es el odio de la vida.»

La cocaína elimina toda vacilación. Pero nuestros antepasados debían su libertad de espíritu a la libertad real que habían conquistado; y la cocaína no es más que coraje prestado por la botella. Sin embargo, mientras dura, todo está bien.

CAPÍTULO IV: AU PAYS DE COCAINE

No puedo recordar ningún detalle de nuestra primera semana en París. Los detalles habían dejado de existir. Girábamos de placer en placer en una única carrera inagotable. Lo tomábamos todo sin esfuerzo. No puedo ni empezar a describir la beatitud ciega e ilimitada del amor. Cada incidente era igualmente exquisito.

Por supuesto, París se dispone especialmente para atender a la gente justo en ese estado de ánimo. Vivíamos a diez veces el voltaje normal. Esto era cierto en más de un sentido. Me había llevado mil libras en efectivo de Londres, pensando mientras lo hacía qué divertido era ser temerario. ¡Íbamos a pasarla bien, y al diablo con los gastos!

Pensaba en mil libras como suficientes para pintar París de todos los colores del espectro durante un período bastante indefinido; pero al final de la semana las mil libras se habían ido, y también otras mil libras que había pedido por cable a Londres; y no teníamos absolutamente nada que mostrar, salvo un par de vestidos para Lou y unas pocas joyas no muy caras.

Sentíamos que éramos muy económicos. Éramos demasiado felices para necesitar gastar dinero. Por un lado, el amor nunca necesita más que una miseria, y yo nunca antes había sabido lo que podía significar el amor.

Lo que podría llamar la parte de luna de miel de la luna de miel parecía ocupar todas nuestras horas de vigilia. No nos dejaba tiempo para frecuentar Montmartre. Apenas nos molestábamos en comer, apenas sabíamos que estábamos comiendo. No parecíamos necesitar dormir. Nunca nos cansábamos.

El primer indicio de cansancio llevaba la mano al bolsillo. Una aspirada, que nos daba una sensación de maldad de lo más exquisitamente deliciosa, ¡y otra vez estábamos en cuarta!

El único incidente digno de registro es la llegada de una carta y una caja de Gretel Webster. La caja contenía un kimono acolchado para Lou, una de esas espléndidas sedas japonesas de geisha, azul como un cielo de verano, con dragones bordados por todas partes en oro, de ojos y lenguas escarlata.

Lou estaba más enloquecedora y deliriosamente gloriosa que nunca.

Nunca me habían entusiasmado particularmente las mujeres. Los pocos amoríos que se me habían cruzado habían sido bastante tontos y sórdidos. No me habían revelado las posibilidades del amor; de hecho, lo había considerado un placer algo sobrevalorado, una ceguera breve y brutal con el aburrimiento y el asco pisándole los talones.

Pero con la cocaína las cosas son absolutamente distintas.

Quiero subrayar el hecho de que la cocaína es en realidad un anestésico local. Esa es la explicación real de su acción. Uno no puede sentir su cuerpo. (Como todo el mundo sabe, este es el propósito para el que se la usa en cirugía [ilegible en la fuente] transmutado.

Vengo de una raza muy refinada, aguda en la observación y fácil de asquear. Los pequeños incidentes íntimos inseparables de los asuntos amorosos, que en circunstancias normales tienden a herir la delicadeza de la sensibilidad de uno, ya no lo hacen cuando el horno de uno está lleno de coque. Todo, sea lo que fuere, se transmuta como por una «alquimia celestial» en una beatitud espiritual. Uno es intensamente consciente del cuerpo. Pero, como nos dicen los budistas, el cuerpo es en realidad un instrumento de dolor o de incomodidad. Todos tenemos una intuición subconsciente de que así es; y eso queda aniquilado por la cocaína.

Permítanme subrayar una vez más la ausencia de cualquier reacción. Ahí es donde entra la sutileza infernal de la droga. Si uno se va de juerga de la manera ordinaria con alcohol, le llega lo que los norteamericanos llaman «la mañana siguiente a la noche anterior». La Naturaleza nos advierte que hemos estado violando las reglas; y la Naturaleza nos ha dado el sentido común suficiente para saber que, aunque podemos pedir un poco prestado, tenemos que devolverlo.

Hemos bebido alcohol desde el principio de los tiempos; y está en nuestra conciencia racial que, aunque «un pelo del perro» lo deja a uno bien después de una juerga, no conviene atragantarse con pelo.

Pero con la cocaína toda esta cautela queda completamente abolida. Nadie quedaría realmente mucho peor por una noche con la droga, siempre que tuviera el sentido de pasar el día siguiente en un baño turco, y recuperarse con comida y una ración doble de sueño. Pero la cocaína insiste en que uno viva de su capital, y le asegura que el fondo es inagotable.

Como dije, es un anestésico local. Amortigua cualquier sensación que pudiera despertar lo que los fisiólogos llaman inhibición. Uno se vuelve absolutamente temerario. Uno rebosa de salud y desborda de buen ánimo. Es una excitación ciega de un carácter tan sublime que es imposible preocuparse por nada. Y sin embargo esta excitación es singularmente calma y profunda. No hay nada de la sugerencia de grosería que asociamos con la borrachera ordinaria. La idea misma de grosería o de vulgaridad queda abolida. Es como la visión de Pedro en los Hechos de los Apóstoles, en la que se le dijo: «No hay nada común ni inmundo.»

Como dijo Blake: «Todo lo que vive es sagrado.» Cada acto es un sacramento. Incidentes que en el curso ordinario lo frenarían o lo molestarían a uno se vuelven mera materia de risa gozosa. Es igual que cuando uno deja caer un terroncito de azúcar en el champán: burbujea de nuevo.

Bueno, esto es una digresión. Pero eso es precisamente lo que hace la cocaína. La sobria continuidad del pensamiento se quiebra. Uno sale por la tangente, una tangente fresca, feroz,

fantástica, con el menor pretexto. El sentido de la proporción se pierde; y a pesar de todos los millones de millas que uno se desvía alegremente de su camino, nunca pierde de vista su meta.

Mientras escribía todo esto, no perdí de vista ni por un momento el hecho de que les estoy contando lo de la caja y la carta de Gretel.

Conocimos en París a una muchacha, mitad piel roja, una criatura adorable con la fascinación de un demonio y un repertorio de las historias más obscenas que se hayan contado jamás. Vivía de cocaína. Era una muchacha más o menos sin educación; y la manera en que lo decía era esta: «Estoy en un jardín largo y precioso, con los brazos llenos de paquetes, y se me cae uno; y cuando me agacho a levantarlo, siempre se me cae otro, y todo el tiempo voy navegando jardín arriba.»

Pues así era la carta de Gretel.

«Mi querida Lou: No podría empezar a decirte el otro día lo encantada que estaba de verte convertida en Mi Lady, y con un hombre tan espléndido por marido. No te culpo por haberte casado con tanto apuro; pero, por otra parte, no debes culpar a tus viejos amigos [ilegible en la fuente] lo pobre que soy, pero espero que valores el pequeño regalo que te mando, no por sí mismo, sino como prenda de mi profundo afecto por la muchacha más encantadora y adorable que conozco. Una palabra al oído, mi querida Lou: a veces el interior es mejor que el exterior. Con mis más cordiales saludos y mis mejores deseos para el querido Sir Peter y para ti, aunque no puedo esperar que sepan siquiera que existo por el momento,

»Siempre tuya, con devoción,

»GRETEL.»

Lou me arrojó la carta por encima de la mesa. Por alguna razón, o por ninguna, me irritó. No quería saber nada de gente así. Ella no me gustaba ni me inspiraba confianza.

«Qué bicho raro», dije con bastante brusquedad.

No era mi propia voz; era, creo, algún hondo instinto de conservación que hablaba dentro de mí.

Lou, en cambio, estaba radiante. Ojalá pudiera darles una idea de la calidad chispeante de todo lo que decía y hacía. Le brillaban los ojos, le gorjeaban los labios, le resplandecían las mejillas como capullos recién abiertos en primavera. Era el espíritu de la cocaína encarnado; la cocaína hecha carne. Su mera existencia volvía al Universo infinitamente excitante. ¡Digan, si quieren, que estaba poseída por el diablo!

Cualquier persona buena, como se dice, se habría escandalizado y asustado ante su aspecto. Representaba a la sirena, a la vampiresa, a Melusina, al diablo peligroso y delicioso que los cobardes han inventado para explicar su falta de hombría. Nada convenía a su humor sino que cenáramos allá arriba en la habitación, para que ella pudiera ponerse el kimono nuevo y bailar para mí durante la cena.

Comimos caviar gris, cucharada tras cucharada. ¿A quién le importaba que valiera tres veces su peso en oro? No tiene sentido llamarme derrochador; si quieren culpar a alguien, culpen al Káiser. Él empezó todo el alboroto; y cuando tengo ganas de comer caviar gris, voy a comer caviar gris.

Lo devoramos. Es tonto pensar que las cosas importan.

Lou bailaba como un demonio delirante entre plato y plato. Le gustaba asumir la psicología de la mujer oriental dedicada al placer. Yo era su Bajá de tres colas, su guerrero samurái, su espléndido marajá, con una cimitarra sobre las rodillas, listo para cortarle la cabeza al primer pretexto.

Ella era la Ouled Naïl de mejillas y mentón tatuados, de cejas pintadas con antimonio y labios embadurnados de rojo.

Yo era el tuareg enmascarado, el bandolero del desierto que la había capturado.

Interpretó mil papeles exquisitos y disparatados.

Tengo muy poca imaginación, mi cerebro se inclina enteramente al análisis; pero me deleito en interpretar un papel que se me ha ideado. No sé cuántas veces durante aquella sola cena pasé de ser un marido civilizado en pijama de Bond Street a ser un loco furioso.

Fue solo después de que los mozos nos dejaron con el café y los licores (que bebíamos como agua sin que nos afectaran) cuando Lou se quitó de pronto su prenda resplandeciente.

Se paró en medio de la habitación y se bebió una copa de champán medio llena de coñac. La audacia fascinante de su gesto me hizo empezar a gritar por dentro. Salté como un tigre agazapado que de pronto ve un ciervo.

Lou se reía toda entera con una excitación irreprimible. Sé que «reírse toda entera» no es castellano correcto, pero no puedo expresarlo de otro modo.

Detuvo mi embestida como si hubiera estado jugando de zaguero en un partido internacional de rugby.

«Trae las tijeras», susurró.

Comprendí en un segundo lo que quería decir. Era [ilegible en la fuente] una quincena.

Gwendolen Otter dice:

«Corazón de mi corazón, bajo la luna pálida,
¿para qué esperar a mañana a la noche?»

Y en realidad es más o menos el mismo espíritu.

«Corazón de mi corazón, sal ya de la lluvia,
vamos a darle otra vez a la cocaína.»

Sé que no cuento cuando se trata de poesía, y la distinguida autora bien puede permitirse sonreír, aunque sea con la sonrisa de salón, y pasar tranquilamente por encima de mis restos. Pero de verdad he captado el espíritu de la cosa.

«Sigue siempre hasta que tengas que parar,
vamos por otra aspirada, viejo...»

No, eso es poco digno.

«¡Adelante! ¡Al asalto!»

sería mejor. Es más digno y patriótico, y expresa la idea mucho mejor. Y si no les gusta, pueden ir a preguntar a otra parte.

No, no voy a admitir que fuéramos temerarios. Teníamos recursos sustanciales a nuestra disposición. No había en nosotros absolutamente nada de esos estafadores que compran a crédito sin intención de pagar.

Todos ustedes saben perfectamente lo difícil que es conservar los fósforos. Cosas perfectamente triviales, los fósforos: uno los usa siempre, siempre es fácil reponerlos, no hay nada de qué sorprenderse si uno encuentra vacía la caja; y no admito ni por un momento que yo haya mostrado alguna falta de proporción en el asunto.

Ahora no me echen en cara aquel vuelo a la luz de la luna hasta París. Admito que me quedé sin nafta; pero todo el mundo sabe que la preocupación de uno con su primer amor puede causar un trastorno pasajero de sus hábitos ordinarios.

Lo que me gustó del asunto fue que evidentemente Gretel era una persona de lo más leal, dijera la gente lo que dijera de ella. Y tampoco era una buena compinche cualquiera. No veo ninguna razón para no admitir que es lo que podríamos llamar una verdadera amiga, en el sentido más victoriano temprano de la palabra que puedan imaginar.

No solo era una verdadera amiga, sino una amiga sabia. Evidentemente había previsto que nos íbamos a quedar cortos de la buena y vieja nieve.

Ahora quiero que todos ustedes, muchachos, den por sentado que un hombre, si se considera un hombre, no es la clase de hombre que quiere interrumpir una luna de miel con una muchacha en un kimono japonés de la variedad descrita para tener que ponerse un montón de ropa odiosa y recorrer todo París en busca de un vendedor de droga.

Por supuesto, ustedes dirán enseguida que yo podría haber llamado al mozo para que me trajera unos cuantos kilómetros cúbicos. Pero eso es simplemente porque no entienden la clase de hotel en que tuvimos la desgracia de alojarnos. Habíamos ido allí sin pensar nada malo en absoluto. Estaba justo arriba, cerca de l'Étoile, y parecía a simple vista un hotel familiar de primera clase absolutamente respetable para los hijos de la nobleza y la alta burguesía.

Ahora no se vayan con la idea de que quiero hablar mal del hotel. Era simplemente porque Francia había quedado desangrada; pero el mozo de nuestro piso era un padre de familia de mediana edad, y probablemente leía a Lamartine y a Pascal y a Taine y a todos esos viejos pesados espantosos cuando no estaba haciendo ejercicios de bala de cañón con el caviar. Pero no tiene el menor sentido que trate de ocultarles el hecho de que siempre tenía una expresión levemente escandalizada, sobre todo en la manera en que se recortaba la barba. Decididamente no era lo indicado cada vez que entraba en la suite.

Yo mismo soy un poco psicólogo, y sé perfectamente bien que ese hombre no nos habría conseguido cocaína, ni aunque le hubiéramos ofrecido un Bureau de Tabac por hacerlo.

Ahora, por supuesto, no voy a pedirles que crean que Gretel Webster sabía algo de ese mozo (¡viejo mojigato odioso!). Todo lo que había hecho era mostrar una sabia previsión y una amistad inteligente. Tenía experiencia, sin duda, fanegas de ella, barriles de ella, toneles de ella, todas esas medidas que yo no lograba aprender en la escuela.

Se había dicho a sí misma, en términos perfectamente generales, sin contemplar necesariamente ninguna serie particular de acontecimientos, lo siguiente:

«Por una causa o por otra, esos chicos tan simpáticos pueden encontrarse cortos de nieve en un momento crítico de sus carreras, así que me toca a mí ocuparme de que la tengan.»

Mientras estos pensamientos me pasaban por la mente, yo había conseguido las tijeras de manicura, y Lou estaba cortando los hilos del forro de su kimono alrededor de aquellos lugares donde esos dedos suyos ferozmente fascinantes habían palpado lo que en el hospital solíamos llamar un cuerpo extraño.

Sí, no había error. Gretel había captado nuestra psicología, nosotros habíamos captado la suya, todo marchaba tan bien como las arvejas con el pato.

No se imaginen que tuvimos que arruinar el kimono. Era apenas un pliegue en el acolchado. Sale una bolsita de seda blanca, preciosa; y la abrimos, y ahí hay un montón de nieve que yo preferiría mucho más ver que el Mont Blanc.

Bueno, ustedes saben, cuando uno la ve, tiene que aspirarla. ¿Para qué sirve, si no? Nadie puede contestar eso. No me hablen de «uso en operaciones de garganta». Lou no necesitaba que le hicieran nada en la garganta. Cantaba como la Melba y parecía un durazno; y era un Pêche Melba, tan cierto como que dos y dos son cuatro.

¡Claro que aspiramos! Y después bailamos por toda la suite durante varios años (probablemente hasta ocho o nueve minutos de reloj); pero ¿de qué sirve hablar de relojes cuando Einstein ha demostrado que el tiempo no es más que otra dimensión del espacio? ¿De qué sirve que los astrónomos demuestren que la tierra gira a mil millas por hora, y avanza a mil millas por minuto, si uno no puede seguir andando?

Sería absolutamente tonto quedarse dando vueltas y quedar rezagado, y muy probablemente encontrarnos en la luna, sin nadie con quien hablar salvo Julio Verne, H. G. Wells y esa banda.

Ahora no quiero que piensen que aquel paquete de seda blanca era muy grande.

Lou se inclinó sobre la mesa, su lengua larga y fina salió disparada de la boca como la de un oso hormiguero en el Diccionario de Biografía Nacional o como se llame, y la hizo girar en esa nieve hasta que casi perdí la cabeza.

Me reí como una hiena al pensar en lo que me había dicho: «Tu beso es amargo de cocaína.» Ese tipo, Swinburne, siempre hablaba de besos amargos. ¿Qué sabía él, pobre viejo?

Hasta que uno no tiene la boca llena de cocaína, no sabe lo que es besar. Un beso sigue desde [ilegible en la fuente] esos tipos. ¡Y uno nunca se cansa! Va en cuarta todo el tiempo, y el motor ronronea como un gatito, un gran gatito blanco con las estrellas en los bigotes. Y siempre es distinto y siempre es lo mismo, y [ilegible en la fuente]

«Clávame en el cerebro tu sonrisa demoníaca,
empápame en coñac, en besos, en cocaína».

¡Raro sujeto, ese Lamus! Pero me parece que es una prueba bastante buena de que sabía algo del asunto. Claro que sabía. Yo mismo lo vi tomar cocaína. ¡Tipo profundo! Apuesto un chelín. Sabe mucho. Eso no es motivo de sospecha. No veo por qué la gente lo critica como lo critica. No veo por qué yo mismo desconfié tanto. Probablemente en el fondo es un tipo perfectamente decente. Tiene sus manías, y nadie es peor por eso.

Caramba, si uno empezara a preocuparse por las manías, ¡qué decir de Lou! La carta más rara de la baraja, y la amo.

«Dame otra aspirada de tu mano».

Lou se rió como un repique de campanas en Moscú la mañana de Pascua. Recuerden que la Pascua rusa no cae en la misma fecha que la nuestra. Se corrieron quince días para un lado o para el otro (nunca me acuerdo para cuál), con tal de que ustedes entiendan lo que quiero decir.

Tiró al aire la bolsita de seda vacía y la atrapó con los dientes con un mordisco apasionado, que casi me volvió loco otra vez. Me habría encantado ser un pájaro y que me arrancaran la cabeza de un mordisco esos incisivos blancos, pequeños y afilados.

¡Muchacha práctica, mi Lady Pendragon! En vez de perder los estribos, estaba cortando otro paquete, y cuando estuvo abierto, en vez de ponerse a cantar los pájaros, dijo con una excitación chillona: «Mira, Cockie, esto no es nieve».

Debo explicar que me llama Cockie en alusión al hecho de que me llamo Peter.

Salí de mi trance. Miré la sustancia con lo que me imagino que fue un ojo apagado y vidrioso. Entonces mi vieja formación vino en mi auxilio.

Era un polvo blanco con tendencia a formar grumitos, bastante parecido a la tiza. Lo froté entre el índice y el pulgar. Lo olí. Eso no me dijo nada. Lo probé. Eso tampoco me dijo nada, porque los nervios de mi lengua estaban del todo anestesiados por la cocaína.

Pero la investigación fue una mera formalidad. Ahora sé por qué la hice. Fue el simple gesto del macho. Quería lucirme ante Lou. Deseaba grabarle en la mente mi importancia como hombre de ciencia; y todo el tiempo supe, sin que nadie me lo dijera, qué era.

Ella también. Cuanto más tiempo conozco a Lou, más me impresionan la amplitud y la variedad de sus conocimientos.

«Ay, Gretel es un encanto», gorjeó. «Adivinó que podíamos cansarnos de la coco, por "grata y reconfortante" que sea. Así que la buena vieja nos mandó un poco de heroína. ¡Y todavía hay gente que nos dice que la vida no vale la pena!».

«¿La probaste alguna vez?», le pregunté, y demoré la respuesta con un beso.

Cuando pasó lo peor, me contó que la había tomado una sola vez, y entonces en una dosis muy pequeña, que no le había hecho ningún efecto, por lo que ella sabía.

«Está bien», dije, desde la altura de mi saber superior. «Todo es cuestión de calcular la dosis fisiológica. Es realmente muy buena. La estimulación es mucho mejor que la de la morfina. Uno siente la misma calma beatífica e intensa, pero sin la languidez. Vamos, Lou, querida, tú leíste a De Quincey y a toda esa gente que escribió sobre el opio, ¿no? El opio es una mezcla, sabes: tiene unos veinte alcaloides distintos. El láudano: lo tomaban Coleridge, y Clive, toda clase de gente importante. Es una solución de opio en alcohol. Pero la morfina es el más activo e importante de los principios del opio. Se la podía tomar de toda clase de maneras. La inyección da los mejores resultados; pero es bastante engorrosa, y siempre existe el peligro de que entre suciedad. Hay que cuidarse todo el tiempo de una septicemia. Estimula la imaginación de maravilla. Mata todo dolor y toda preocupación como por encanto. Pero en el preciso momento en que uno tiene las ideas más

espléndidas, cuando construye palacios de oro con lo que va a hacer, siente al mismo tiempo que nada vale realmente la pena de hacerse, y eso mismo le da a uno un sentimiento de superioridad tremenda sobre todo lo demás en el mundo. Y así, desde el punto de vista objetivo, todo queda en nada. Pero la heroína hace todo lo que hace la morfina. Es un derivado de la morfina, sabes: diacetilmorfina es el nombre técnico. Solo que, en lugar de bañarlo a uno en inercia filosófica, uno tiene unas ganas locas de llevar a cabo sus ideas. Yo nunca la tomé. Supongo que podríamos empezar ahora mismo».

Tuve una visión de mí mismo como un pavo real que se pavoneaba y se arreglaba las plumas. Lou, con la boca entreabierta, me miraba fascinada con unos ojos enormes, las pupilas dilatadas por la cocaína. Era simplemente el pájaro macho luciéndose ante su hembra. Yo quería que me adorara por mis pedacitos de saber, los fragmentos que había recogido en mi educación abandonada.

Lou es siempre práctica, y pone algo de sacerdotisa en todo lo que hace. Hubo cierta solemnidad en el modo en que tomó la heroína con la hoja de un cuchillo y la puso sobre el dorso de su mano.

«Mi Caballero», dijo con ojos centelleantes, «tu Dama te arma para el combate».

Y me tendió el puño hasta las fosas nasales. Aspiré la heroína con una especie de reverencia ritual. No me imagino de dónde vino ese instinto. ¿Será el chispazo de la cocaína lo que lo incita a uno a tomarla con avidez, y la opacidad de la heroína lo que la hace parecer un asunto mucho más serio?

Sentí como si estuviera celebrando una ceremonia importantísima. Cuando terminé, Lou midió una dosis para ella. La tomó con un interés profundo y grave.

Me acordé de la actitud de mi viejo profesor del U.C.H. cuando venía a examinar un caso nuevo, un caso misterioso pero evidentemente grave. La excitación de la cocaína se había solidificado de algún modo. Nuestras mentes se habían detenido, y sin embargo su detención era tan intensa como su movimiento anterior.

Nos encontramos mirándonos a los ojos con no menos ardor que antes; pero de algún modo era una clase distinta de ardor. Era como si nos hubieran liberado de la necesidad de existir en el sentido común de la palabra. Los dos nos preguntábamos quiénes éramos y qué éramos y qué iba a pasar; y, al mismo tiempo, teníamos la certeza positiva de que nada podía pasar.

Era una sensación de lo más extraordinaria. Era de una clase del todo inimaginable para una mente común. Iré un poco más lejos. No creo que el más grande artista del mundo pudiera inventar lo que sentimos, y si pudiera, no podría describirlo.

Yo mismo estoy tratando de describirlo, y siento que no me sale muy bien. Pensándolo bien, el idioma inglés tiene sus limitaciones. Cuando los matemáticos y los hombres de ciencia quieren intercambiar ideas, el inglés no sirve de mucho. Han tenido que inventar palabras nuevas, símbolos nuevos. Miren las ecuaciones de Einstein.

Una vez conocí a un hombre que conocía a James Hinton, el que inventó la cuarta dimensión. Era un tipo bastante brillante, pero Hinton pensaba, sobre los temas más corrientes, por lo menos seis veces más rápido que él, y cuando se trataba de que Hinton se explicara, sencillamente no podía.

Ese es el gran problema cuando aparece un pensador nuevo. Todos se lamentan de que no pueden entenderlo; el hecho los fastidia muchísimo; y lo más probable es que lo persigan y lo llamen ateo o

degenerado o germanófilo o bolchevique, o el insulto que esté de moda en ese momento.

Wells nos contó algo de esto en aquel libro suyo sobre gigantes, y también Bernard Shaw en su Back to Methuselah. No es culpa de nadie en particular, pero así son las cosas, y no hay manera de evitarlo.

Y aquí estaba yo, un hombre perfectamente común, con más o menos la ración media de sesos, encontrándome de pronto aislado del mundo, en una categoría aparte. Sentía que tenía algo absolutamente tremendo que contar, pero no podía decirme ni a mí mismo qué era.

Y allí estaba Lou, justo enfrente, y reconocí instintivamente, por simpatía, que estaba exactamente en el mismo lugar.

No necesitábamos comunicarnos por medio del habla articulada. Nos entendíamos a la perfección; expresábamos el hecho en cada armonía sutil de la mirada y del gesto.

El mundo se había detenido de golpe. Estábamos solos en la noche y en el silencio de las cosas. Pertenecíamos a la eternidad de un modo indefinible; y ese silencio infinito florece inescrutablemente en abrazo.

La heroína había empezado a hacer efecto. Nos sentíamos coronados de una calma colosal. ¡Éramos amos; habíamos brotado de la nada a la existencia! Y ahora la existencia nos empujaba lentamente a la acción. Había una necesidad en nuestra propia naturaleza que exigía expresión, y después de la primera interpenetración intensa de nuestras individualidades, habíamos llegado a la resultante de todas las fuerzas que nos componían.

En un sentido, era que nuestra felicidad era tan inmensa que no podíamos soportarla; y nos deslizamos imperceptiblemente a admitir que los misterios inefables debían expresarse por medio de una acción sacramental.

Pero todo esto ocurría a una distancia inmensa de la realidad. Una cadena oculta de interpretación unía la verdad con el hecho obvio y vulgar de que era un buen momento para cruzar a Montmartre y pasar la noche de juerga.

Nos vestimos para salir con, me imagino, la misma clase de sentimiento que tendría un obispo recién nombrado la primera vez que se pone sus vestiduras.

Pero nada de esto habría sido inteligible para nadie que nos hubiera visto, ni nadie lo habría sospechado. Nos reíamos y cantábamos e intercambiábamos naderías alegres mientras nos vestíamos.

Cuando bajamos, nos sentíamos como dioses que descendían a la tierra, inconmensurablemente más allá de la mortalidad.

Con la cocaína habíamos notado que la gente sonreía de un modo bastante extraño. Nuestro entusiasmo llamaba la atención. Hasta sentíamos un poquito de fastidio porque no todos iban al mismo ritmo; pero esto era perfectamente distinto. La sensación de nuestra superioridad sobre la humanidad estaba siempre presente. Teníamos una dignidad que no hay palabras para expresar. Nuestras propias voces sonaban lejos, muy lejos. Estábamos perfectamente convencidos de que el portero del hotel se daba cuenta de que recibía las órdenes de Júpiter y Juno de conseguir un taxi.

Nunca dudamos de que el chofer se sabía el auriga del sol.

«Esto es una sustancia absolutamente maravillosa», le dije a Lou cuando pasábamos el Arco de Triunfo. «No sé qué quisiste decir con que la sustancia no te había hecho ningún efecto especial. ¡Si estás absolutamente espléndida!».

«Ya lo creo que lo estoy», se rió Lou. «La hija del rey es toda gloriosa por dentro; su vestido es de oro bordado, y adelanta el rostro para que la besen, como un cometa que se abre paso hacia el sol. ¿No sabías que yo era la hija del rey?», sonrió, con una sublimidad tan seductora que algo dentro de mí casi se desmayó de deleite.

«Aguanta, Cockie», gorjeó. «Está todo bien. Tú eres el elegido, y yo soy la elegida, y soy tu mujercita».

Podría haber arrancado el tapizado del taxi. Me sentía un gigante. Gargantúa era un pigmeo. Sentía la necesidad de hacer astillas algo, y estaba todo confundido al respecto porque era a Lou a quien quería hacer astillas, y al mismo tiempo ella era la pieza de porcelana más preciosa y delicada que jamás salió de la dinastía Ming o de cualquiera que sea el maldito período.

¡La belleza más frágil y exquisita! Tocarla era profanarla. Tuve una repentina y nauseabunda sensación de la bestialidad del matrimonio.

No tenía idea en ese momento de que esta súbita repulsión se debía a una premonición misteriosa de los efectos fisiológicos de la heroína, que destruye el amor. Las cosas francamente estimulantes, como el alcohol, el hachís y la cocaína, le dan rienda suelta a Cupido. Su efecto destructivo sobre él se debe simplemente a la reacción. Uno queda endeudado, por así decir, porque ha gastado más de lo que tenía.

Pero lo que puedo llamar los tipos filosóficos de droga, de los cuales la morfina y la heroína son los ejemplos principales, son directamente hostiles a la emoción activa y a la acción emotiva. Los sentimientos humanos normales se transmutan en lo que en la superficie parecen sus equivalentes espirituales. El buen sentimiento corriente se vuelve benevolencia universal, una filantropía infinitamente tolerante porque el código moral ha perdido para ella todo sentido. Un orgullo más que satánico se hincha en el alma. Como dice Baudelaire: «¿No tienes acaso el desprecio soberano que vuelve tan bondadosa al alma?».

Mientras subíamos en el auto por la Butte Montmartre hacia el Sacré Cœur, permanecimos completamente callados, perdidos en nuestra serena beatitud. Deben entender que ya estábamos excitados hasta el punto más alto. El efecto de la heroína había sido estabilizarnos en ese estado.

En vez de batir apasionadamente el cielo con alas llameantes, nos manteníamos suspendidos en lo alto, en el éter ilimitado. De vez en cuando tomábamos nuevas dosis del polvo blando y opaco. Lo hacíamos sin avidez, sin prisa y hasta sin deseo. La sensación era la de un poder infinito que podía permitirse una deliberación infinita. La voluntad misma parecía haber sido abolida. No íbamos a ninguna parte en particular, simplemente porque estaba en nuestra naturaleza hacerlo así. Nuestra beatitud se volvía más absoluta a cada momento.

Con la cocaína uno es, en efecto, amo de todo; pero todo importa intensamente.

Con la heroína, la sensación de dominio aumenta hasta tal punto que nada importa en absoluto. Ni siquiera existe esa desgana de hacer lo que uno esté haciendo que mantiene inactivo al fumador de

opio. El cuerpo queda tan perfectamente librado a sí mismo que a uno no le molestan sus actividades naturales.

Además, pese a nuestra conciencia del infinito, conservábamos al mismo tiempo un sentido perfecto de la proporción respecto de los asuntos corrientes.

CAPÍTULO V: UNA HEROÍNA DE LA HEROÍNA

Detuve el taxi en la Place du Tertre. Queríamos caminar por el borde de la Butte y dejar vagar la mirada sobre París.

La noche era deliciosa. En ningún lugar fuera de París se experimenta ese silencio suave y blando; el calor es seco, el aire es liviano, no se parece en nada a lo que uno encuentra en Inglaterra.

Una brisa muy suave, a la que nuestra fantasía atribuía la fragancia del Sur, subía del Sena. París mismo era una mancha de azul brumoso; el Panteón y la Torre Eiffel saltaban de sus pliegues. Parecían símbolos de la historia de la humanidad: el pasado noble y sólido y el futuro mecánico y eficiente.

Me apoyé en el parapeto, extasiado. El brazo de Lou me rodeaba el cuello. Estábamos tan quietos que yo podía sentir latir suavemente su pulso.

«¡Santo cielo, Pendragon!».

Pese a toda su sugestión de sorpresa, la voz era baja y seductora. Miré alrededor.

Si me lo hubieran preguntado, sin duda habría dicho que me molestaría cualquier interrupción; y aquí había una interrupción repentina, violenta, desagradable; y no me perturbó. Había una sonrisa algo vacilante en el rostro del hombre que había hablado. Lo reconocí al instante, aunque no lo veía desde que estábamos juntos en el colegio. El hombre se llamaba Elgin Feccles. Estaba en el sexto de matemáticas cuando yo estaba en los cursos inferiores.

En mi tercer trimestre había llegado a ser el prefecto principal; había ganado una beca en Oxford, una de las mejores que había. Después, sin un momento de aviso, había desaparecido del colegio. Muy poca gente sabía por qué, y los que lo sabían fingían no saberlo. Pero nunca fue a Oxford.

Solo había oído hablar del hombre una vez desde entonces. Fue en el club. Su nombre salió a relucir en relación con un chisme vago acerca de un asunto financiero turbio. Yo tenía la idea, bastante vaga, de que eso debía de haber tenido algo que ver con el problema del colegio. No era la clase de muchacho al que se expulsa por alguna de las razones corrientes. Seguramente tenía algo que ver con la sutileza de su intelecto. A decir verdad, había sido una especie de héroe para mí en el colegio. Poseía en su más plena expansión todas las cualidades que yo más admiraba y de las que más carecía.

Lo había conocido muy poco; pero su desaparición había sido un gran golpe. Se me había quedado grabada en la mente cuando muchas cosas más importantes no habían dejado rastro.

Apenas había cambiado desde la última vez que lo vi. De estatura mediana, tenía la cara larga y bastante angosta. Había un toque eclesiástico en su expresión. Sus ojos eran pequeños y grises; tenía la costumbre de parpadear. La nariz era larga y ganchuda como la de Wellington; la boca era delgada y tensa; la piel era fresca y rosada. No le había salido ni la más mínima arruga.

Conservaba el viejo movimiento inquieto y nervioso que tanto lo había distinguido de muchacho. Uno habría dicho que estaba siempre alerta, esperando que algo ocurriera, y sin embargo lo último que alguien podría haber dicho de él era que se sintiera incómodo. Poseía una confianza soberbia.

Antes de que yo terminara de reconocerlo, ya me había estrechado la mano y parloteaba sobre los viejos tiempos.

«Me dicen que ahora usted es Sir Peter, a propósito», dijo. «Bien hecho. Siempre lo tuve por ganador».

«Creo que lo conozco», interrumpió Lou. «Usted es el señor Feccles, ¿verdad?».

«Ah, sí, la recuerdo muy bien. La señorita Laleham, ¿no es así?».

«Por favor, olvidemos el pasado», sonrió Lou, tomándome del brazo.

No sé por qué habría de sentirme incómodo al explicar que estábamos casados.

Feccles soltó una retahíla de felicitaciones.

«¿Me permiten presentarles a Mademoiselle Haidée Lamoureux?».

La muchacha que estaba a su lado sonrió e hizo una inclinación.

Haidée Lamoureux era una morena brillante, de sonrisa centelleante y ojos con pupilas como cabezas de alfiler. Era una masa de contradicciones encantadoras. La nariz y la boca sugerían más que un rastro de sangre semítica, pero el contorno en cuña del rostro denotaba alguna cepa muy opuesta. Tenía las mejillas hundidas, y patas de gallo le afeaban las comisuras de los ojos. Unas ojeras de un morado oscuro sugerían una indulgencia sensual llevada hasta el cansancio. Aunque su cabello era abundante, las cejas eran casi inexistentes. Se había dibujado con lápiz unos finos arcos negros por encima. Estaba maquillada en exceso y con torpeza. Llevaba un vestido de noche suelto y bastante atrevido, azul con lentejuelas plateadas, y una faja amarilla moteada de negro. Por encima se había echado una capa de encaje negro guarnecida con borlas bermellón. Sus manos eran de una delgadez mortal. Había algo obsceno en lo torcido de sus dedos, cubiertos de enormes anillos de zafiros y diamantes.

Sus modales eran de una languidez vívida. Parecía como si siempre hubiera que sobresaltarla para que actuara, y que en el instante en que pasaba el primer estímulo recayera en sus propios pensamientos profundos.

Su cordialidad era una afectación evidente; pero tanto Lou como yo, al estrecharle la mano, advertimos una simpatía sutil y misteriosa que dejaba tras de sí una mancha de mal inexpresable.

También tuve la certeza de que Feccles entendía esta tácita [ilegible en la fuente]

«¿Puedo atreverme a sugerir que usted y Lady Pendragon cenen con nosotros en el Petit Savoyard?».

Haidée deslizó su brazo en el mío, y Lou abrió la marcha con Feccles.

«Nosotros mismos íbamos para allá», le dijo ella, «y será absolutamente encantador estar con amigos. Veo que usted es un viejo amigo de mi marido».

Él empezó a hablarle del viejo colegio. Como por casualidad, le contó las circunstancias que lo habían llevado a irse.

«Mi viejo estaba en la City, sabe», le oí decir, «y perdió su fortuna "en algún lugar de Lombard Street"» (soltó una risita falsa), «de donde no pudo recogerla, así que ese fue el fin de mi carrera académica. Convenció al viejo Rosenbaum, el banquero, de que yo tenía cierto talento para las finanzas, y me consiguió un puesto de secretario privado. Realmente me sentí como pez en el agua, y desde entonces las cosas me han ido muy bien. Pero Londres no es lugar para hombres con verdadera ambición. No ofrece campo de acción. Para un servidor, Elgin Feccles, es o París o Nueva York».

No sé por qué no le creí una palabra del cuento; pero no se la creí. La heroína funcionaba de maravilla. No tenía la menor gana de hablar con Haidée. Del mismo modo, ella no me prestaba ninguna atención. No pronunció una sola palabra.

Lou estaba en el mismo estado. Aparentemente escuchaba lo que decía Feccles; pero no hacía ningún comentario, y conservaba un desapego total. Toda la escena no había durado tres minutos. Llegamos al Petit Savoyard y tomamos asiento.

El patrón parecía conocer muy bien a nuestros amigos. Los recibió con más alboroto aún que el habitual en los franceses. Nos sentamos junto a la ventana.

El restaurante cuelga sobre las empinadas laderas de Montmartre como un nido de águilas. Pedimos la cena, Feccles con viva inteligencia, los demás con total desgana. Miré a Lou al otro lado de la mesa. No había visto a esa mujer en mi vida. No significaba absolutamente nada para mí. Sentí un deseo repentino y urgente de beber muchísima agua. No podía tomarme el trabajo de servirme [ilegible en la fuente] estrechar la mano había sido más bien un reflejo mecánico que una acción voluntaria. Había algo siniestro e inquietante en su gesto. Era como si tuviera en la boca el regusto de [ilegible en la fuente]

Miré a Lou al otro lado de la mesa. Vi que había cambiado de color. Se la veía terriblemente enferma. No me importaba nada. Tuve un pequeño y divertido ciclo de pensamientos sobre el tema. Recordé que la amaba apasionadamente; al mismo tiempo, resultaba que ella no existía. Mi indiferencia era una fuente de lo que solo puedo llamar beatitud diabólica.

Se me ocurrió, como una especie de broma, que quizá se había envenenado. Yo ciertamente me sentía muy mal. Eso tampoco me perturbaba.

El mozo trajo una fuente de mejillones. Los comimos como en sueños. Era parte de la tarea del día. Los disfrutábamos porque eran disfrutables; pero nada importaba, ni siquiera el disfrute. Me pareció extraño que Haidée solo fingiera comer, pero lo atribuí a alguna preocupación.

Me sentí mucho mejor. Feccles hablaba con soltura y ligereza de diversos asuntos sin importancia. Nadie le prestaba atención. Él, por su parte, no parecía advertir ninguna falta de cortesía.

Sin duda me sentía cansado. Pensé que el Chambertin me reanimaría, y me tragué un par de copas.

Lou no dejaba de levantar la vista hacia mí con una especie de ansiedad, como si quisiera algún consejo y no supiera cómo pedirlo. Era bastante divertido.

Empezamos con la entrada. Lou se levantó de golpe de su asiento. Feccles, con una alarma fingida en el rostro, la siguió apresuradamente. Vi que el mozo la tenía tomada del otro brazo. Era realmente muy divertido. Siempre pasa lo mismo con las chicas: nunca saben cuándo es suficiente.

Y entonces me di cuenta, con una brusquedad sorprendente, de que el caso no se limitaba al sexo débil. Salí justo a tiempo.

Si paso en silencio los acontecimientos de la hora siguiente, no es por escasez de incidentes. Al final de ella estábamos sentados otra vez a la mesa.

Tomamos sorbitos de un Armagnac muy añejo; nos reanimó. Pero toda la virtud se había ido de nosotros; podríamos haber sido convalecientes de una enfermedad muy larga y extenuante.

«No hay nada de qué alarmarse», dijo Feccles, con su curiosa risita. «Una pequeña indiscreción».

Me estremecí al oír la palabra. Me devolvió al recuerdo de King Lamus. Odiaba a ese sujeto más que nunca. Había empezado a obsesionarme. ¡Maldito sea!

Lou le había confiado toda la historia a nuestro anfitrión, quien admitió estar familiarizado con estos asuntos.

«Verá, mi querido Sir Peter», dijo, «no se puede tomar H. como se toma C., y cuando se mezclan las bebidas, se arma la gorda. Es como todo en la vida: hay que descubrir el propio límite. Es muy peligroso moverse cuando uno está trabajando con H. o con M., y comer es un desastre casi seguro».

Debo admitir que me sentí un perfecto tonto. Al fin y al cabo, yo había estudiado medicina bastante en serio; y era la segunda vez que un lego me leía la cartilla.

Pero Lou asintió con bastante alegría. El brandy le había devuelto el color a las mejillas.

«Sí», dijo, «ya había oído todo eso antes, pero, sabe, una cosa es oír algo y otra pasar por eso en carne propia».

«La experiencia es la única maestra», admitió Feccles. «Todas estas cosas están perfectamente bien, pero lo principal es ir despacio al principio y darse la oportunidad de aprender los trucos del oficio».

Todo este tiempo Haidée había estado sentada allí como una estatua. Exhalaba una atmósfera muy curiosa. Había cierta fascinación en su completa falta de fascinación.

Les ruego que disculpen esta manera paradójica de decirlo. Quiero decir que tenía todas las cualidades que normalmente atraen. Tenía los restos de una belleza asombrosa, aunque extravagante. Tenía, evidentemente, una vasta riqueza de experiencia. Poseía una intensidad serena que debería haberla hecho irresistible; y sin embargo carecía por completo de lo que llamamos magnetismo. No es una palabra científica: tanto peor para la ciencia. Describe un hecho de la naturaleza, y uno de los hechos más importantes en los asuntos prácticos. Todo lo que tiene interés humano, desde los números de music-hall hasta los imperios, funciona a fuerza de magnetismo y de muy poco más. ¡Y la ciencia lo ignora porque no se puede medir con instrumentos mecánicos!

Toda la vitalidad de la mujer estaba dirigida a algún santuario interior y secreto de su propia alma.

Entonces empezó a hablar por primera vez. El único tema que le interesaba en este vasto universo era la heroína. Su voz era monótona.

Lou me dijo después que le había recordado un canto fúnebre que entonaban monjes tibetanos muy lejos, al otro lado de una nieve implacable.

«Es lo único que existe», dijo, en un tono de extraordinario desapego extático. Se podía adivinar una alegría infinita e impía extraída de su propia tristeza. Era como si sintiera un placer morboso en ser algo melancólico, algo monstruoso; había, de hecho, una especie de majestad martirizada en su ánimo.

«No deben esperar obtener el resultado enseguida», prosiguió. «Hay que nacer en ella, casarse con ella y morir de ella antes de entenderla. Cada persona es distinta. Pero siempre lleva por lo menos algunos meses librarse de esa estúpida molestia: la vida. Mientras uno tenga pasiones animales, es un animal. ¡Qué asqueroso es pensar en comer y en amar y en todos esos apetitos, como el ganado! Hasta respirar sería bestial si uno supiera que lo está haciendo. Qué intolerable sería la vida para gente de un refinamiento siquiera mediano si tuviera siempre una conciencia aguda del proceso de la digestión».

Tuvo un leve escalofrío.

«¿Usted ha leído a los místicos, Sir Peter?», interrumpió Feccles.

«Me temo que no, mi querido amigo», respondí. «El hecho es que no he leído casi nada, salvo cuando no me quedaba más remedio».

«Yo me metí bastante en eso durante un par de años», replicó él, y luego se detuvo en seco y se sonrojó.

Al parecer, la idea le había traído recuerdos muy desagradables. Trató de disimular su confusión con locuacidad, y empezó una exposición minuciosa de las doctrinas de Santa Teresa, de Miguel de Molinos y de varios otros célebres en ese terreno.

«El punto principal, ¿ve?», recapituló finalmente, «es la teoría de que todo lo humano que hay en nosotros es, ante todo, un obstáculo en el camino de la santidad. Ese es el secreto de los santos: renuncian a todo por una sola cosa a la que llaman la pureza divina. No se trata simplemente de las cosas que de ordinario llamamos pecados o vicios: esas son meramente las formas elementales de la iniquidad, una grosería exuberante. La verdadera dificultad apenas empieza cuando las cosas de esa clase se han desechado para siempre. En el camino de la santidad, toda manifestación corporal o mental es en sí misma un pecado, aun cuando sea algo que la piedad corriente clasificaría como virtud. Haidée, aquí presente, tiene la misma idea».

Ella asintió serenamente.

«No tenía idea», dijo, «de que esa gente tuviera tanto sentido común. Siempre pensé en ellos como enredados en ideas religiosas. Ahora entiendo. Sí, es la vida de santidad, si hay que tomarse el trabajo de ponerlo en términos de moral, como supongo que tienen que hacer ustedes los ingleses. Siento que el contacto de cualquier clase, aun conmigo misma, me contamina. En mis tiempos fui la primera de los pecadores, en el sentido inglés de la palabra. Ahora he olvidado lo que significa el amor, salvo por una leve sensación de náusea cuando se me presenta. Casi no como: solo los brutos

que quieren revolcarse en la acción necesitan tres comidas por día. Casi nunca hablo: las palabras me parecen un derroche tan grande, y ninguna de ellas es verdadera. Nadie ha inventado todavía un lenguaje desde mi punto de vista. ¿Vida humana o vida de heroína? He probado las dos, y no me arrepiento de haber elegido como elegí».

Dije algo sobre que la heroína acortaba la vida. Una sonrisa pálida se insinuó en sus mejillas hundidas. Había algo espantoso en su esplendor invernal. Nos hizo callar.

Ella se miró las manos. Noté por primera vez, con extrema sorpresa, que estaban extraordinariamente sucias. Explicó su sonrisa.

«Claro que, si uno cuenta el tiempo por años, es muy probable que tenga razón. Pero ¿qué tienen que ver los cálculos de los astrónomos con la vida del alma? Antes de empezar con la heroína, un año seguía a otro, y no pasaba nada que valiera la pena. Era como un chico que garabatea en un libro de contabilidad. Ahora que entré en la vida de la heroína, un minuto o una hora (no sé cuál y no me importa) contiene más vida real que cualquier período de cinco años de mis días sin regenerar. Usted habla de la muerte. ¿Por qué no habría de hacerlo? Para usted está perfectamente bien. Ustedes, los animales, tienen que morir, y lo saben. Pero yo estoy muy lejos de estar segura de que vaya a morir alguna vez; y la idea me es tan indiferente como cualquier otra de sus ideas de mono».

Volvió a sumirse en el silencio, se reclinó y cerró los ojos una vez más.

No pretendo ser filósofo de ninguna clase; pero era muy evidente para el sentido común más corriente que su posición era inexpugnable si alguien decidía adoptarla. Como dice G. K. Chesterton: «No se puede discutir la elección del alma».

De hecho, se ha sostenido a menudo que la humanidad perdió la felicidad característica de sus compañeros los animales cuando adquirió la conciencia de sí. Este es, de hecho, el significado de la leyenda de «la Caída». Nos hemos vuelto como dioses, conocedores del bien y del mal, y el precio es que vivimos del trabajo, y «en sus ojos la presciencia de la muerte».

Feccles captó mi pensamiento. Citó con lento énfasis:

«Teje, y se viste de escarnio;
siembra, y no ha de cosechar.
Su vida es una vigilia o una visión
entre un sueño y otro sueño».

El pensamiento del gran victoriano pareció helarlo. Se sacudió la depresión, encendiendo un cigarrillo y dando un buen trago a su brandy.

«Haidée», dijo con fingida ligereza, «vive en pecado público con un sujeto llamado Baruch de Espinosa. Creo que es Schopenhauer quien lo llama “Der Gottbetrunkene Mann”».

«El hombre ebrio de Dios», murmuró Lou débilmente, lanzándole a Haidée una mirada soñolienta por debajo de sus pesados párpados de venas azules.

«Sí», siguió Feccles. «Siempre lleva consigo uno de sus libros. Se duerme con sus palabras; y cuando abre los ojos, caen sobre la página».

Tamborileaba en la mesa mientras hablaba. Su rápida intuición había comprendido que este extraño incidente nos inquietaba. Agitó en el aire el pulgar y el índice hacia el mozo. El hombre interpretó el gesto como un pedido de la cuenta, y fue a buscarla.

«Permítame llevarlos a usted y a Sir Peter de vuelta al hotel», le dijo nuestro anfitrión a Lou. «Han pasado un momento bastante feo. Les receto una buena noche de descanso. Una dosis de H. por la mañana les resultará un reconstituyente muy útil, pero, por el amor de Dios, no apuren al caballo que tira de buena gana. Solo la más mínima aspirada, y después vayan subiendo de a poco con la coca cuando empiecen a tener ganas de levantarse. Para la hora del almuerzo se sentirán como un par de potrillos de dos años».

Pagó la cuenta, y salimos. Por suerte, un taxi acababa de dejar a unos pasajeros en la puerta. Así que volvimos a casa sin ningún problema.

Lou y yo nos sentíamos completamente agotados. Ella se recostó sobre mi pecho y me tomó la mano. Sentí que me volvía la fuerza cuando se la llamó a sostener su debilidad. Y nuestro amor creció de nuevo de aquel páramo de oscuridad ventosa. Me sentí completamente purgado de toda pasión; y en esa lustración fuimos bautizados de nuevo y recibimos el nombre de Amor.

Pero aunque la naturaleza había hecho todo lo posible por librarse del exceso del veneno que habíamos tomado, quedaba un efecto residual. Llegamos al hotel muy cansados, aunque, como era de rigor, habíamos insistido en que Feccles y Haidée subieran a tomar una última copa. Pero apenas podíamos mantener los ojos abiertos; y en cuanto se fueron nos dimos toda la prisa posible para meternos entre las sábanas de las camas gemelas.

No necesito decirles a mis amigos casados que las noches anteriores el proceso de acostarse había sido un ritual muy elaborado. Pero en esta ocasión fue un mero intento de batir el récord de velocidad. A los cinco minutos de la partida de Feccles y Haidée, las luces estaban apagadas.

Me había imaginado que me dormiría al instante. De hecho, me llevó un tiempo darme cuenta de que no había sido así. Estaba en un estado anestésico difícil de distinguir del sueño. De hecho, si uno se pusiera a establecer definiciones y explicar las diferencias, cuanto más avanzara, más oscura se volvería la controversia.

Pero mis ojos estaban sin duda bien abiertos, y yo estaba acostado de espaldas, mientras que nunca puedo dormir sino sobre el lado derecho o, cosa bastante extraña, sentado. Y los pensamientos empezaron a hacerse más conscientes mientras yacía.

Ustedes saben cómo los pensamientos se desvanecen imperceptiblemente cuando uno se duerme. Pues bien, aquí estaban, apareciendo poco a poco.

Me encontré prácticamente privado de voluntad en el plano físico. Era como si se me hubiera vuelto imposible desear moverme o hablar. Estaba bañado en un océano de calma extrema. Mi mente estaba muy activa, pero solo dentro de ciertos límites peculiares. No parecía que yo dirigiera la corriente de mis pensamientos.

En circunstancias corrientes ese hecho me habría fastidiado intensamente. Pero ahora solo me daba curiosidad. Intenté, como experimento, fijar la mente en algo definido. Técnicamente era capaz de hacerlo, pero al mismo tiempo era consciente de que consideraba que no valía la pena hacer el esfuerzo. Noté también que mis pensamientos eran uniformemente agradables.

La curiosidad me impulsó a fijar la mente en ideas que normalmente son fuente de irritación y preocupación. No hubo dificultad en hacerlo, pero la amargura había desaparecido.

Repasé incidentes del pasado que casi había olvidado en virtud de ese singular proceso mental que protege a la mente de las molestias.

Descubrí que esa pérdida de memoria era aparente y no real. Recordaba cada detalle con la exactitud más minuciosa. Pero los episodios más fastidiosos y humillantes ya no significaban nada para mí. Sentía al recordarlos el mismo placer que se siente al leer un cuento melancólico. Casi podría llegar a decir que los incidentes desagradables eran preferibles a los otros.

La razón es, creo, que dejan una marca más profunda en la mente. Nuestras almas han inventado nuestras mentes, por así decir, con el objeto de registrar experiencias conscientes, y por lo tanto, cuanto más profundamente se siente una experiencia, mejor cumplen nuestras mentes la intención de nuestras almas.

«Forsitan haec olim meminisse juvabit», dice Eneas en Virgilio cuando cuenta sus penurias. (¡Curioso, por cierto! No he pensado en una cita latina ni una docena de veces desde que dejé el colegio. Las drogas, como la vejez, despojan a uno de sus recuerdos recientes y dejan al descubierto las ideas olvidadas).

El instinto más profundamente arraigado en nosotros es nuestra ansia de experiencia. Y por eso los esfuerzos de los utopistas por hacer de la vida una rutina agradable despiertan siempre una rebelión subconsciente en el espíritu del hombre.

Fue la prosperidad progresiva de la época victoriana lo que causó la Gran Guerra. Fue la reacción del colegial contra la abolición de la aventura.

Este curioso estado mental poseía una cualidad eterna; la corriente de pensamientos fluía por mi cerebro como un río vasto e irresistible. Sentía que nada podría detenerla jamás, ni siquiera cambiar su curso en ningún aspecto importante. Mi conciencia tenía algo de la cualidad de una estrella fija que avanza por el espacio por derecho de su destino eterno. Y la corriente me llevaba de un conjunto de pensamientos a otro, lentamente y sin tensión; era como una sinfonía en sordina. Incluía todos los recuerdos posibles, que cambiaban imperceptiblemente de uno a otro sin el más leve indicio de discordancia.

Era consciente del paso del tiempo, porque un reloj de iglesia daba la hora en algún lugar lejano, a intervalos inmensos e incalculables. Sabía, por lo tanto, que estaba pasando la noche en blanco. Me di cuenta del amanecer a través de las puertaventanas abiertas del balcón.

Eras, largas eras más tarde, hubo un repique de campanas que anunciaba la primera misa; y poco a poco mi pensamiento se volvió más lento, más tenue; el placer activo de pensar se volvió pasivo. Poco a poco las sombras se deslizaron sobre mi ensueño, y después ya no supe nada más.

CAPÍTULO VI: EL BRILLO SOBRE LA NIEVE

Desperté y encontré a Lou completamente vestida. Estaba sentada en el borde de mi cama. Me había tomado la mano, y su rostro se inclinaba sobre el mío como una flor pálida. Vio que estaba despierto, y su boca descendió sobre la mía con una ternura exquisita. Sus labios eran suaves y firmes; su beso me devolvió a la vida.

Estaba extraordinariamente pálida, y sus gestos eran flojos y lánguidos. Me di cuenta de que yo estaba completamente exhausto.

«No pude dormir nada», dijo, «después de lo que me pareció muchísimo tiempo tratando de recomponerme. La mente me corría como loca: ¡lo pasé absolutamente de maravilla, absolutamente de primera! Simplemente no podía levantarme hasta que me acordé de lo que dijo ese hombre, Feccles, sobre un pelo del perro que te mordió. Así que rodé fuera de la cama y me arrastré hasta la H. y tomé una aspiradita, y me senté en el piso hasta que hizo efecto. Es una sustancia formidable cuando uno conoce los trucos. Me levantó en un minuto. Así que me di un baño y me puse esto. Todavía estoy un poco hecha polvo. Sabes que nos pasamos de la raya, ¿no, Cockie?».

«Ya lo creo», dije débilmente. «Me alegro de tener una enfermera».

«Muy bien», dijo, con una sonrisa extraña. «Es hora de la medicina de Su Majestad».

Fue hasta el escritorio y me trajo una dosis de heroína. ¡El efecto fue sorprendente! Me había sentido como si no pudiera mover un músculo, como si todos los resortes de mis nervios hubieran cedido. Sin embargo, en dos minutos, una pequeña aspirada me devolvió a una actividad completa.

En esto, sin embargo, apenas había elemento alguno de alegría. Había vuelto a mi estado normal, pero no a lo que podría llamarse buena forma. Era perfectamente capaz de hacer cualquier cosa que se requiriera, pero la idea de hacerla no me atraía. Pensé que un baño y una ducha me pondrían bien; y desde luego me sentía un hombre muy distinto para cuando me puse la ropa.

Cuando volví a la sala, encontré a Lou bailando con gracia alrededor de la mesa. Se me vino encima como un toro que embiste; me arrastró hasta el sofá y se arrodilló a mi lado mientras yo estaba acostado, abrumándome con besos apasionados.

Adivinó que no estaba en condiciones de corresponder.

«Todavía necesitas a tu enfermera», se rió alegremente, con ojos chispeantes y dientes relucientes y las fosas nasales temblando de excitación. Vi en la punta de uno de sus deliciosos pelitos enrulados un destello cristalino que conocía.

¡Había salido a la tormenta de nieve!

Mi sonrisa astuta y torcida le dijo que yo estaba al tanto del juego.

«Sí», dijo excitada, «ahora veo cómo se hace. Te recompones con la H. y después arrancas el cacharro con la C. Vamos, mete el embrague».

Le temblaba la mano de excitación. Pero sobre el dorso relucía un montoncito diminuto de nieve brillante.

Lo aspiré con un éxtasis contenido. Sabía que era cuestión de segundos hasta que me contagiara de su embriaguez loca y sublime.

¿Quién fue el que dijo que bastaba con ponerle sal en la cola a un pájaro para poder atraparlo? Probablemente ese tipo creía saberlo todo al respecto, pero lo entendió todo al revés. Lo que hay que hacer es meterse nieve en la propia nariz, y entonces sí se atrapa al pájaro.

¿Qué sabía Maeterlinck de ese tonto Pájaro Azul?

La felicidad está dentro de uno mismo, y la manera de desenterrarla es la cocaína.

Pero no vayan a olvidarse de lo que espero que no les moleste que llame prudencia común. Usen un poco de sentido común, tomen precauciones, tengan buen criterio. Por hambriento que uno esté, no quiere comerse una docena de bueyes en brochette. Natura non facit saltum.

Es solo cuestión de aplicar el conocimiento de manera razonable. Habíamos descubierto cómo manejar la máquina, y no había razón en el mundo para que no voláramos de aquí a Kalamazoo.

Así que tomé tres aspiradas bastante pequeñas a intervalos razonables, y estuve de nuevo en acción.

Perseguí a Lou por toda la suite; y me atrevo a decir que volcamos buena parte de los muebles, pero eso no importa, porque no somos nosotros los que tenemos que levantarlos.

Lo importante es que atrapé a Lou; y al rato nos encontramos completamente sin aliento; y entonces, maldita sea, justo cuando yo quería fumar tranquilo una pipa antes del almuerzo, sonó el teléfono, y el portero quería saber si estábamos en casa para el señor Elgin Feccles.

Bueno, ya les dije antes que el hombre no me caía tan bien. Como observa Stevenson, si él fuera el único lazo que lo atara a uno al hogar, creo que la mayoría de nosotros votaría por viajar al extranjero. Pero había jugado bastante limpio la noche anterior; y qué diablos, uno no podía hacer menos que invitar al tipo a almorzar. De todos modos, podía tener algunos consejos más sobre la técnica de este asunto. No soy de esos tipos engreídos que se imaginan, cuando tienen un pedacito de conocimiento, que han secado la fuente de la sabiduría.

Así que dije: «Pídale que tenga la bondad de subir, por supuesto».

Lou voló a la otra habitación a arreglarse el pelo y la cara y todas esas cosas que las mujeres siempre parecen tener que arreglarse, y sube el señor Feccles con los modales más perfectos que he observado jamás en un ser humano, y una sarta de amables preguntas y disculpas en la punta de la lengua.

Dijo que no nos habría molestado viniendo tan pronto después del caso de indiscreción, solo que estaba seguro de haber dejado su cigarrera con nosotros, y la apreciaba mucho porque se la había regalado su tía Sophronia.

Bueno, ya saben, ahí estaba, justo sobre la mesa, o mejor dicho debajo de la mesa, porque la mesa estaba encima de ella.

Cuando pusimos la mesa otra vez sobre sus patas, vimos con toda claridad que la cigarrera había estado debajo, y que por lo tanto debía de haber estado encima antes de que la volcaran.

Feccles se rió con ganas del carácter humorístico del incidente. Supongo que era gracioso, en cierto modo. Por otra parte, no creo que fuera del todo correcto llamar la atención sobre eso. Sin embargo, supongo que el tipo tenía que recuperar su cigarrera, y al fin y al cabo, cuando uno encuentra una mesa patas arriba, no sirve de mucho fingir que no se da cuenta. Y muy probablemente, en conjunto, la mejor manera de pasar por alto el incidente de manera agradable es convertirlo en una especie de broma.

Y debo decir que Feccles mostró el tacto de un perfecto caballero al evitar toda alusión directa a las circunstancias que causaron las circunstancias que fueron responsables de las circunstancias que

dieron lugar a las circunstancias que era tan difícil pasar por alto.

Bueno, ya saben, este hombre Feccles había sido un verdadero encanto la noche anterior. Había acompañado a Lou en lo peor del trance con el mejor gusto, en el momento en que su protector natural, yo mismo, estaba físicamente incapacitado para aplicar el necesario cómo se llame.

Bueno, claro, tal como estaban las cosas en ese momento, yo deseaba a Feccles en el lugar que el cristianismo moderno ha decidido olvidar. Pero lo menos que podía hacer era invitarlo a almorzar. Pero antes de que tuviera tiempo de poner en palabras este impulso generoso, Lou entró como un ángel que descendiera del cielo.

Fue derecho hacia Feccles, y realmente lo besó delante de mis ojos, y le rogó que se quedara a almorzar. Realmente me sacó las palabras de la boca.

Pero debo admitir que yo quería estar a solas con Lou, no solo entonces sino para siempre; y me alegré enormemente cuando oí decir a Feccles:

«Vaya, es usted demasiado amable, Lady Pendragon, y espero que repita la invitación algún otro día, pero tengo que almorzar con dos pájaros de la Bolsa. Tenemos entre manos un negocio tremendo. Sir Peter ya tiene más dinero del que sabe qué hacer con él; si no, me encantaría hacerlo entrar en el rez-de-chaussée».

Bueno, ya saben, eso de que yo sea millonario y todo eso está muy bien. Una cosa es ser soltero y andar por Londres perfectamente feliz con un cigarro de un chelín y una butaca de platea en el Victoria Palace, y otra muy distinta es estar de luna de miel con una muchacha a la que sus amigos más íntimos llaman «Unlimited Lou».

Feccles no sabía que yo había gastado más de un tercio de mi renta anual en quince días. Pero, desde luego, no podía decirle a ese hombre en qué situación me encontraba. Los Pendragon somos gente bastante orgullosa, sobre todo desde que Sir Thomas Malory nos dedicó aquella reseña en tiempos de Enrique VIII. Siempre nos hemos creído un poco más de lo que somos. Fue por ahí por donde mi pobre viejo se volvió chocho.

Sin embargo, lo único que podía hacer era rogarle que buscara una fecha próxima para que diéramos batalla a Paillard hasta el final.

Yo creo que Paillard es el mejor restaurante de París, ¿no les parece?

Así que sale a relucir una libretita roja, y ahí está el señor Feccles mordiendo el lápiz entre los labios, y después ladeando la cabeza, primero hacia un lado y luego hacia el otro.

«¡Maldito París!», dijo por fin. «A uno lo arrastran sin remedio los compromisos sociales. No tengo un solo hueco en toda la semana.»

Y justo entonces sonó el teléfono. Lou cruzó hasta el aparato a paso de two-step.

«Ah, es para usted, señor Feccles», dijo. «¿Cómo diablos supo alguien que usted estaba aquí?»

Él soltó su risita graciosa.

«Es justamente lo que le venía diciendo, Lady Pendragon», dijo, mientras se acercaba al auricular. «Soy un hombre muy buscado. Todo el mundo parece buscarme, menos la policía», se rió por lo bajo, «y esa puede caerme encima en cualquier momento, bien lo sabe Dios.»

De pronto se puso serio mientras hablaba por teléfono.

«Ah, sí», le dijo a quien llamaba, «muy fastidioso, por cierto. ¿Cómo dice? ¿A las cuatro? Muy bien, allí estaré.»

Colgó. Volvió hacia nosotros radiante, tendiéndonos las manos.

«Mis queridos amigos», dijo. «Esto es una providencia especial, nada menos. El almuerzo se suspendió. Si la invitación sigue en pie, seré el hombre más feliz de Europa.»

Bueno, desde luego, no podía haber dos hombres así en Europa. Yo estaba aburrido como un demonio. Pero no había otra cosa que hacer que expresar la alegría más desbordante.

No aumentó mi placer ver que Lou estaba realmente contenta. Rompió en una sonata veloz.

«Almorcemos aquí arriba», dijo. «Es más íntimo. Detesto comer en público. Quiero bailar entre plato y plato.»

Llamó al maître por el teléfono interno mientras yo le daba un cigarrillo a Feccles, lamentando mi falta de previsión por no haber insinuado una carga de trinitrotolueno entre el tabaco.

Lou tuvo una controversia apasionada con el maître. Ganó por puntos al final del sexto round. Media hora después empezábamos con el caviar gris.

No sé por qué todo el mundo tiene que regocijarse con el caviar gris; pero de nada sirve tratar de interferir en el curso de la Civilización. Lo comí; y si mañana me encontrara en circunstancias parecidas, volvería a hacerlo.

Con las palabras inmortales de Browning: «Mentiste, D'Ormea, no me arrepiento». Además, aquel no era un almuerzo cualquiera. Estaba preñado de futuro.

Fue un éxito rotundo desde el principio. Todos estábamos en nuestra mejor forma. Feccles hablaba con soltura y con despreocupación, con la ligereza del champán. Hablaba de sí mismo y de su asombrosa suerte en asuntos financieros; pero nunca se quedaba en un tema el tiempo suficiente para causar una impresión definida o, podría decirse, para dar lugar a una respuesta. Salpicaba sus comentarios con las anécdotas más vivaces, y hacia el final de la comida se disculpó por haber estado preocupado con el negocio que tenía entre manos en ese momento.

«Me temo que me tiene literalmente obsesionado», dijo. «Pero, sabes, representa, o mejor dicho representará, una gran diferencia para mis perspectivas. Por desgracia, yo no soy millonario como tú, viejo. Me ha ido muy bien, pero de alguna manera el dinero se fue tan fácil como vino. Pero junté veinte mil de las buenas para comprar una octava parte de este asunto del petróleo del que les hablé.»

«No», intervino Lou, «no nos dijo de qué se trataba.»

«Juraría que sí», contestó riendo; «lo tengo metido en la cabeza, sobre todo desde que se suspendió aquel almuerzo. Necesito otros cinco mil, ¿saben?, y pensaba sacárselos a esos pájaros. La única dificultad era que no puedo pedirlos prestados así, por mi linda cara, ¿no es cierto?, y no quiero que esos pájaros se enteren del secreto: se quedarían con todo el negocio para ellos. A propósito, eso me recuerda una cosa muy buena que oí el otro día...», y se largó con una historia divertida que no tenía ninguna relación con lo que había estado diciendo antes.

No escuché qué era. Mi cerebro trabajaba muy rápido con el champán encima de las otras cosas. Su charla me había traído a la mente que tendría que telegrafiar pidiendo otras mil libras hoy o mañana.

Tuve conciencia de una violenta irritación subconsciente. Aquel hombre había hablado con tanta liviandad de millones que no pude dejar de reconocer que yo era, en verdad, un hombre muy pobre según los criterios modernos. Cinco o seis mil al año, y quizás otras mil quinientas de las rentas de la finca de Barley Grange, y ese maldito impuesto a los réditos y todo lo demás: en realidad yo era poco más que un indigente, y había que pensar en Lou.

Siempre me habían parecido vulgares las joyas; un anillo de sello y un alfiler de corbata para un hombre; para una mujer, algunas alhajitas, muy discretas, de buen gusto: ese era el límite.

Pero Lou era absolutamente distinta. Podía llevar cualquier cantidad de esas cosas y lucirlas de manera soberbia. Ayer a la tarde le había comprado un par de pendientes en Cartier: tres diamantes en hilera, y el colgante era un maravilloso blanco azulado en forma de pera; y mientras ella comía, y bebía, y hablaba, se balanceaban detrás del ángulo de su mandíbula del modo más deliciosamente fascinante, y no la vulgarizaban en absoluto.

Me di cuenta de que, como hombre casado, era mi deber comprarle aquel collar de perlas con la gran perla negra de colgante, ¡y estaba también aquel anillo con la esmeralda cabujón! Qué locamente iría con su pelo. Y después, desde luego, cuando volviéramos a Inglaterra, tendría que ser presentada en la Corte (no es que a los Pendragon no nos resulte un poco humillante), y eso significaba una tiara, por supuesto.

¡Y además ya saben ustedes cómo son las modistas!

¡Simplemente no tienen fin las cosas que un hombre civilizado necesita tener cuando está casado! Y ahí estaba yo, a todos los efectos, un caso para la beneficencia pública.

Salí de mi ensueño con un sobresalto. Había tomado una decisión.

Lou se reía histéricamente con alguna historia de un ciego y una barrena.

«Mira, Feccles», dije. «Me gustaría que me contaras un poco más de este asunto del petróleo. A decir verdad, no soy el hombre rico que pareces creer…»

«Mi querido amigo…», dijo Feccles.

«Te lo aseguro, en serio», dije yo. «Desde luego, todo andaba muy bien cuando era soltero. Gustos sencillos, ¿sabes? Pero esta damita lo cambia todo.»

«Pues claro», respondió Feccles, muy serio. «Sí, lo entiendo perfectamente. De hecho, si me permites decirlo, es realmente un deber para contigo mismo y con tus herederos ponerte a salvo, en la buena vida. Pero el dinero está terriblemente escaso desde la guerra, como sabes. Entre el derrumbe de los cambios extranjeros, la disminución del poder adquisitivo del dinero y todo el oro del mundo encerrado en Washington, las cosas están bastante complicadas. Pero, claro, ¿sabes?, es justamente esa clase de situación la que ofrece oportunidades a un hombre con verdadero cerebro. La prosperidad victoriana nos hizo ricos a todos sin que supiéramos nada del asunto ni hiciéramos nada para lograrlo.»

«Sí», admití, «parece que a los valores de primera se les saltó el dorado.»

«Bueno, mira, Pendragon», dijo, girando la silla a medias para quedar bien de frente a mí, y marcando cada argumento con golpecitos de su Corona sobre un plato, «en lo que se refiere al gran dinero, el futuro está en dos cosas nada más. Una es el petróleo y la otra es el algodón. Ahora bien, yo no sé nada de algodón, pero en materia de petróleo le doy cuatro mil puntos de ventaja en doce mil a cualquier cachalote que haya resoplado jamás, y puedes apostar la camisa al retador.»

«Sí, ya lo veo», respondí con viveza. «Desde luego, yo no sé lo más elemental de finanzas; pero lo que dices es puro sentido común. Y creo que tengo una especie de olfato para estas cosas.»

«Mira qué curioso que digas eso», replicó Feccles, como muy sorprendido. «Yo estaba pensando lo mismo. Sabemos que tienes coraje, y eso es lo primero que hace falta en cualquier juego. Y hacer dinero es el juego más grande que existe. Pero además de eso, tengo la corazonada de que tienes la clase de cerebro justa para este negocio. Eres de lo más astuto que hay, y tienes buena imaginación. No me refiero a las fantasías desatadas que uno encuentra en un chiflado, sino a una imaginación buena, sana, sólida.»

En circunstancias normales, me habría incomodado un elogio tan directo de un hombre que estaba tan evidentemente en el secreto, un hombre que se medía de igual a igual con las mentes más brillantes de todo el mundo. Pero en mi estado de ánimo de entonces lo tomé como algo perfectamente natural.

Lou se rió en mi oído. «Así se habla, Cockie, querido», gorjeó. «Ahora es cuando entras y ganas. Sabes que esas perlas las tengo que tener sí o sí.»

«Tiene toda la razón», convino Feccles. «Cuando termines con esta luna de miel, vente conmigo, nos sacamos el saco y nos metemos en el juego con todo lo que valemos y un poco más, y cuando salgamos, vamos a dejar a J. D. Rockefeller aplastado como un panqueque.»

«Bueno», dije yo, «no hay mejor momento que el presente. No quiero entrometerme, pero si pudiera serte útil en este negocio tuyo...»

Feccles sacudió la cabeza.

«No», dijo, «esto no es para nada de esa clase de cosas. Yo pongo en el negocio hasta mi último chelín; pero es un asunto arriesgado en el mejor de los casos, y no me arriesgaría a que perdieras cinco mil en la primera apuesta. Desde luego, es una cosa bastante buena si sale bien...»

«Vamos a los detalles, querido», dije, tratando de sentirme un hombre de negocios hasta la médula.

«La cosa en sí es bastante simple», dijo Feccles. «Se trata nada más que de tomar una opción sobre unos pozos en un lugar llamado Sitka. Antes de la guerra andaban bien, pero en mi opinión nunca se explotaron como corresponde. Desde entonces no se trabajaron más, y podría hacer falta toda clase de dinero para volver a ponerlos en el mapa. Pero ese es el punto menor. Lo que yo y mis amigos sabemos, y nadie más ha descubierto, es que si aplicamos el procedimiento Feldenberg a la clase particular de petróleo que da Sitka, tenemos prácticamente el monopolio mundial del petróleo de más alta calidad que existe. No hace falta que te diga que podemos venderlo al precio que se nos antoje.»

Vi en un relámpago las magníficas posibilidades del plan.

«Desde luego, no hace falta que te diga que lo guardes tan oscuro como la boca del lobo», continuó Feccles. «Si esto se supiera, todos los financistas de París comprarían el asunto por encima de nuestras cabezas. Ni te lo habría mencionado de no ser por dos cosas. Sé que eres derecho, eso ni hace falta decirlo; pero el verdadero punto es este: te dije que yo creo bastante en lo Oculto.»

«¡Ah, sí!», exclamó Lou, «entonces, claro, conocerá a King Lamus.»

Feccles se sobresaltó como si hubiera recibido un golpe en la cara. Por un momento perdió por completo la compostura. Pareció que iba a decir varias cosas y que decidía no decirlas. Pero tenía la cara negra como una tormenta. Era imposible equivocarse sobre el sentido de la situación.

Me volví hacia Lou con lo que supongo que fue una risita bastante desagradable.

«La reputación de nuestro amigo», dije, «parece haber llegado a oídos del señor Feccles.»

«Bueno», dijo Feccles, reponiéndose con un esfuerzo visible, «tengo por norma no hablar mal de la gente, pero lo cierto es que la cosa pasa un poco de castaño oscuro. Ustedes parecen saberlo todo, así que no hay nada de malo en que diga que ese hombre es un canalla indescriptible.»

Todo mi odio y mis celos brotaron del subconsciente. Sentí que si Lamus hubiera estado allí, lo habría matado de un tiro como a un perro, apenas verlo.

Mi viejo compañero de colegio se deslizó lejos del tema odioso.

«No me dejaste terminar», se quejó. «Iba a decir que no tengo un talento particular para las finanzas y esas cosas, en el sentido corriente, pero tengo una intuición que nunca me falla: como el demonio de Sócrates, ¿te acuerdas, eh?»

Asentí. Tenía algún vago recuerdo de Platón.

«Bueno», dijo Feccles, golpeando el cigarro con aire de Venerable Maestro que llama a la Logia al orden, «yo me dije anoche, cuando te encontré: “Más vale nacer con suerte que rico, y ahí hay un hombre que nació con suerte”.»

Era perfectamente cierto. Nunca había sido capaz de hacer nada por mis propios méritos, y sin embargo me había caído encima una fortuna razonablemente buena.

«Tienes el don, Pen», dijo con animación. «Cuando te quedes sin trabajo, te doy diez mil al año como amuleto.»

Lou y yo estábamos los dos intensamente excitados. Apenas teníamos paciencia para escuchar los detalles del plan de nuestro amigo. Las cifras eran convincentes; pero el efecto era simplemente deslumbrarnos. Nunca habíamos soñado con riqueza en esta escala.

Por primera vez en mi vida tuve la visión del poder que confiere la riqueza, y comprendí también por primera vez cuán vastas eran mis verdaderas ambiciones.

Además, el hombre tenía razón, eso estaba bien claro, en cuanto a que yo era afortunado. Mi suerte en la guerra había sido prodigiosa. Después estaba esta herencia, y Lou encima de eso; y ahora me había encontrado con el viejo Feccles por pura casualidad, y había esta brillante inversión. Esa era la palabra (él tuvo cuidado de señalar que no era una especulación, en sentido estricto), esperándome sin más.

Estábamos tan contentos que apenas podíamos captar los detalles prácticos. La suma necesaria era de cuatro mil novecientas cincuenta libras.

Desde luego, no había dificultad para conseguir una pequeñez así, pero como le dije a Feccles, significaría vender alguna porquería de acciones o algo por el estilo, lo cual podía llevar dos o tres días. No había tiempo que perder, porque la opción caducaría si no se tomaba dentro de la semana, y ya era miércoles.

Sin embargo, Feccles me ayudó a redactar un telegrama a Wolfe para explicarle la urgencia, y quedó en que Feccles vendría el sábado a las nueve con los papeles.

Mientras tanto, desde luego, él no me iba a dejar plantado, pero al mismo tiempo no podía arriesgarse a perder el golpe de su vida en caso de que hubiera algún tropiezo, así que se movería y vería si no podía reunir cinco mil por su cuenta en otra parte, en cuyo caso me dejaría de todos modos algunas de sus propias acciones. Me quería en el negocio aunque fuera por un soberano, simplemente por mi suerte.

Así que salió corriendo muy apurado. Lou y yo tomamos un auto y pasamos la tarde en el Bois du Boulogne. Parecía como si la cocaína se hubiera apoderado de nosotros con nueva fuerza, o bien era el agregado de la heroína.

Vivíamos a la misma velocidad terrible que en aquella primera noche salvaje. La intensidad era todavía más extraordinaria; pero no nos dejábamos arrastrar por ella.

En un sentido, cada hora duraba una fracción de segundo y, sin embargo, en otro sentido, cada segundo duraba una vida entera. Éramos capaces de apreciar a fondo los más mínimos detalles de la vida.

Quiero explicar esto con mucho detenimiento.

«Guillermo el Conquistador, 1066; Guillermo el Rojo, 1087.»

Uno puede resumir todo el período del reinado del duque de Normandía en una frase. Al mismo tiempo, un historiador que hubiera hecho un estudio especial de esa parte de la historia de Inglaterra podría escribir diez volúmenes de detalles, y podría, en cierto sentido, tener presentes en la mente ambos aspectos de su conocimiento en el mismo momento.

Nosotros estábamos en una condición parecida. Las horas pasaban como otros tantos rayos y, sin embargo, cada descarga iluminaba cada detalle del paisaje; podíamos abarcarlo todo de una vez. Era como si hubiéramos adquirido una facultad mental totalmente nueva, tan superior al curso normal del pensamiento como el cerebro omnicomprensivo de un gran hombre de ciencia lo es al de un salvaje, aunque los dos hombres estén mirando con los mismos instrumentos ópticos al mismo escarabajo negro.

Es imposible transmitir a quien no lo ha experimentado el éxtasis abrumador de este estado.

Otro rasgo extraordinario de la situación era este: parecíamos estar dotados de lo que, a falta de una palabra mejor, debo llamar el poder de la telepatía. No necesitábamos explicarnos el uno al otro. Nuestras mentes funcionaban juntas como las de dos tres cuartos de primera categoría acostumbrados a jugar juntos.

Parte del goce, además, venía de saber que éramos infinitamente superiores a cualquier cosa que pudiéramos llegar a encontrar. El mero hecho de que tuviéramos tanto más tiempo para pensar que los demás nos lo aseguraba.

Éramos como una traílla de galgos, y el resto del mundo otras tantas liebres, pero con la desproporción de velocidad inmensamente aumentada. Era el aviador contra el carretero.

Esa noche nos acostamos temprano. Ya estábamos un poco cansados de París. El ritmo era demasiado lento para nosotros. Era más bien como estar sentado en una ópera de Wagner. Había algunos momentos emocionantes, desde luego, pero la mayor parte del tiempo nos aburrían pasajes largos y monótonos como el diálogo entre Wotan y Erda. Queríamos estar solos; nadie más podía seguir aquel torbellino.

La diferencia entre el sueño y la vigilia, a su vez, había disminuido; no, casi se había abolido. El período de sueño era simplemente como una breve distracción de la atención, y hasta nuestros sueños continuaban la exaltación de nuestro amor.

La importancia de cualquier incidente era insignificante. De ordinario, los actos de uno están inhibidos hasta cierto punto. Como dice la frase, uno lo piensa dos veces antes de hacer tal o cual cosa. Nosotros ya no lo pensábamos dos veces. El deseo se transformaba en acción sin el menor freno. También la fatiga había sido desterrada por completo.

A la mañana siguiente nos despertamos con el sol. Salimos al balcón en bata y lo vimos salir. Nos sentíamos uno con él, tan frescos y tan fervientes como él. ¡Energía inagotable!

Bailamos y cantamos durante todo el desayuno. Tuvimos una fase de parloteo, los dos hablando a la vez a voz en cuello, haciendo planes para el día, cada uno de los cuales, a medida que burbujeaba en nuestros cerebros, era fuente de una excitación extática y de una risa inextinguible.

Acabábamos de decidir pasar la mañana de compras cuando nos subieron una tarjeta a la habitación.

Tuve un asombro momentáneo al leer que nuestro visitante era el empleado de confianza del señor Wolfe.

«Ah, al diablo con ese tipo», dije, y entonces me acordé de mi telegrama del día anterior.

Tuve una punzada rápida de alarma. ¿Podía haber algo mal? Pero la cocaína me aseguró que todo estaba en orden.

«Supongo que voy a tener que ver a ese tipo», dije, y le indiqué al botones que lo hiciera subir.

«No dejes que te entretenga mucho», dijo Lou con un mohín caprichoso, y corrió al dormitorio después de un abrazo rápido, tan violento que me desarregló la corbata nueva de Charvet.

El hombre subió. Me aburrió un poco la gravedad de sus modales, y me disgustó bastante su solemne deferencia. Desde luego, en cierto modo a uno le gusta que lo traten como a una especie de emperador de juguete, pero esa clase de cosas no va con París. Y menos todavía va con la cocaína.

Me fastidiaba que el tipo estuviera tan evidentemente incómodo, y también que estuviera tan evidentemente orgulloso de sí mismo por haber sido enviado a París por un asunto importante con un caballero de verdad, en carne y hueso.

Si hay algo que el vuelo le enseña a uno más que cualquier otra cosa, es a odiar el esnobismo. Hasta la Jarretera se vuelve imperceptible cuando uno vuela por encima de las nubes.

No podía de ningún modo hablar con aquel hombre hasta que estuviera un poco más humano. Lo hice sentar y tomar una copa y un cigarrillo antes de dejarlo decirme a qué venía.

Desde luego, todo estaba perfectamente en orden. La cuestión era simplemente esta: las seis mil libras no estaban disponibles de inmediato, así que, como yo las necesitaba con urgencia, era necesario que firmara ciertos papeles que el señor Wolfe había redactado en el acto, al recibir mi telegrama, y sería mejor hacerlo en el consulado.

«Pues claro, consiga un taxi», dije; «bajo en un minuto.»

Él bajó. Yo entré corriendo a ver a Lou y le dije que tenía que ir al cónsul por negocios: volvería en una hora y podríamos hacer las compras.

Nos dimos una buena aspirada de nieve y nos besamos para despedirnos como si yo partiera en una expedición de tres años al Polo Sur. Después agarré el sombrero, los guantes y el bastón, y encontré a mi joven en la puerta.

La copa y el aire de París le habían dado conciencia de su propia dignidad. En lugar de esperar humildemente a que yo subiera al auto, ya estaba sentado adentro; y aunque su saludo seguía siendo solemnemente deferente, tenía un poco más de embajador. Había reprimido el impulso original de tocarse el sombrero.

Yo mismo sentí un curioso goce de mi propia importancia. Al mismo tiempo, tenía un apuro violento por volver con Lou. Mi cerebro corría con el pensamiento de ella. Firmé donde me dijeron, y el cónsul lo cubrió todo de sellos, y volvimos al hotel, donde el empleado sacó una billetera de cuero cerrada con llave de un misterioso bolsillo interior a la altura de la cadera y me contó mis seis mil en billetes de cien libras.

Desde luego, tuve que invitar al tipo a almorzar, era lo más decente, pero me alegré mucho cuando se excusó. Tenía que tomar el tren de las dos de regreso a Londres.

«¡Dios santo, cuánto tardaste!», dijo Lou, y pude ver que ella había llenado ese tiempo de una manera maravillosa. Estaba hasta el cuello. Bailaba de un lado a otro como una loca, con movimientos cortos y espasmódicos que no pude dejar de ver que significaban irritabilidad nerviosa. Sin embargo, estaba radiante, resplandeciente, encendida, desbordando de excitación.

Bueno, ustedes saben, a mí no me gusta quedarme atrás. Tenía que alcanzarla. Literalmente me eché la nieve a paladas. Tendría que haberme pagado un chelín la hora el Consejo del Condado. El mundo está lleno de injusticias.

Sin embargo, no teníamos tiempo, desde luego, para que se hicieran preguntas en el Parlamento. Ahí estaba Lou casi llorando porque no tenía nada que ponerse; prácticamente ninguna joya; y toda la idea de ser caballero es que, cuando uno ve un entuerto, es su deber enderezarlo.

Por suerte, en ese momento no había ninguna dificultad. Todo lo que teníamos que hacer era bajar en auto hasta la Rue de la Paix. Ciertamente casi me caigo cuando vi todas aquellas perlas en su cuello. ¡Y aquella esmeralda cabujón! ¡Por Júpiter, sí que iba con su pelo!

Estos joyeros de París son verdaderos artistas. El hombre vio en un instante qué era lo que andaba mal. No había nada que hiciera juego con el azul de su vestido, así que nos mostró una pulsera de zafiros y diamantes y un gran anillo marquesa que iba con ella, engarzado en platino. ¡Eso sí que lo cambiaba todo! Y sin embargo parecía muy inquieto. Estaba perplejo; eso era.

Después se le iluminó la cara. Había dado con la idea. Uno siempre puede confiar en estos tipos cuando se topa con uno realmente bueno. ¡Lo que faltaba era algo rojo!

Ya les conté de la boca de Lou: su larga raya escarlata, dentada, serpentina, siempre retorciéndose y enroscándose como si tuviera vida propia y estuviera perpetuamente en alguna clase de tortura deliciosa.

El hombre vio enseguida lo que hacía falta. La boca tenía que repetirse simbólicamente. Ese es todo el secreto del arte. Así que sacó una serpiente de rubíes sangre de pichón.

¡Dios mío! Era la cosa más hermosa que yo había visto en mi vida, aparte de la propia Lou. Y uno no podía mirarla sin pensar en su boca, y no podía pensar en su boca sin querer besarla, y me correspondía demostrarle a París que tenía por esposa a la mujer más hermosa del mundo, y eso solo podía hacerse de la manera habitual, luciéndola con los mejores vestidos y las joyas más maravillosas. Era mi deber para con ella como esposa mía, y podía permitírmelo perfectamente, porque para empezar yo era de todos modos un hombre medianamente rico, y además las cinco mil que iba a poner en el negocio de Feccles significarían algo así como un cuarto de millón por lo menos, según los cálculos más prudentes, como había visto con mis propios ojos.

Y todo eso era ganancia limpia, así que no había razón en el mundo para no gastarla de un modo sensato. El propio señor Wolfe había subrayado la dificultad de conseguir inversiones satisfactorias en estos tiempos.

Me contó cuánta gente estaba poniendo su dinero en diamantes y pieles, que siempre conservan su valor, mientras que los títulos públicos y esa clase de cosas están sujetos a impuestos imprevistos, por un lado, a depreciación por otro, con la posibilidad del repudio europeo de la deuda asomando detrás de todos ellos.

Como padre de familia, era mi deber comprarle a Lou tantas joyas como pudiera permitirme. Al mismo tiempo, uno tiene que ser prudente.

Compré las cosas que mencioné y las pagué. Me negué a dejarme tentar por un alfiler de corbata con una perla verde para mí, aunque me habría gustado tenerlo porque me habría recordado los ojos de Lou cada vez que me lo pusiera. Pero era realmente bastante caro, y el señor Wolfe me había advertido muy seriamente que no me endeudara, así que pagué el resto de las cosas, y nos fuimos, y pensamos ir en auto hasta el Bois a almorzar, y después tomamos un poco más de nieve en el taxi y Lou se puso a llorar porque yo no me había comprado nada para mí. Así que tomamos un poco más de nieve, teníamos tiempo de sobra, nadie almuerza antes de las dos. Volvimos derecho a la joyería y compramos la perla verde, y eso excitó tanto a Lou que el taxi era como un aeroplano; en todo caso, más todavía.

Es estúpido quedarse atrás. Si uno empieza a hacer una cosa, mucho mejor que la haga. ¿Qué es lo que dice aquel tipo? «No estimo mi vida en lo que vale un alfiler.» Ese es el espíritu correcto. «Suéltenme, señores; haré un fantasma del que me lo impida.»

Ese es el espíritu de los Pendragon, y ese es el espíritu del aviador. ¡Llegar arriba y quedarse arriba y derribar al otro!

CAPÍTULO VII: LAS ALAS DEL PÁJARO DEL DINERO

El almuerzo en el Restaurant de la Cascade fue como un almuerzo en un sueño. Parecíamos darnos cuenta de lo que comíamos sin sentirle realmente el gusto. Como creo que ya dije, es la anestesia de la cocaína lo que determina los fenómenos.

Cuando hago una observación así, entiendo que es el estudiante de medicina muerto y enterrado que asoma la cabeza.

Pero no importa eso. La cuestión es que cuando uno tiene la cantidad justa de nieve adentro, no puede sentir nada en el sentido corriente de la palabra. Lo aprecia de una especie de manera impersonal. Hay un dolor, pero el dolor no duele. Uno disfruta del hecho del dolor como disfrutaba en el colegio leyendo sobre toda clase de cosas terribles en la historia.

Pero el problema de la cocaína es este: es casi imposible tomarla con moderación, como casi cualquiera, salvo un norteamericano, puede tomar whisky. Cada dosis lo hace a uno sentirse mejor y mejor. Destruye la capacidad de cálculo.

Ya habíamos descubierto ese hecho cuando nos encontramos con que la provisión que habíamos conseguido de Gretel, con la idea de que duraría casi indefinidamente, se estaba acabando, cuando llegó la bata a resolver el problema.

Hacía apenas unos días que andábamos en la aventura, y lo que al principio habíamos obtenido de tres o cuatro aspiradas ahora requería alimentar el fuego casi sin parar para seguir adelante. Sin embargo, eso no importaba, porque teníamos una provisión abundante. Debía de haber un par de kilogramos de C. o de H. en aquel kimono. Y si se piensa que un octavo de grano es una dosis más bien grande de H., es fácil calcular qué tiempo maravilloso se puede pasar con una libra.

Ustedes se acuerdan de cómo es: veinte granos, un pennyweight; tres pennyweights, un escrúpulo; no me acuerdo cuántos escrúpulos, un dracma; ocho dracmas, una onza; doce onzas, una libra.

Me salió todo mal. Nunca pude entender las pesas y medidas inglesas. Nunca conocí a nadie que pudiera. Pero la cuestión es que uno podría seguir mucho tiempo con un octavo de grano si tiene una libra de la sustancia.

Bueno, esto se lo va a arreglar todo. Quince granos son un gramo, y mil gramos son un kilogramo, y un kilogramo son dos coma dos libras. Lo único de lo que no estoy seguro es si se trata de una libra de dieciséis onzas o de una libra de doce onzas. Pero no veo qué importa de todos modos: si uno tiene una libra de nieve o de H., puede seguir un buen rato, aunque al parecer es bastante complicado orquestarlas.

Quain dice que las personas acostumbradas al opio y sus derivados pueden tomar una cantidad enorme de cocaína sin ningún inconveniente. En condiciones normales, medio grano de cocaína puede causar la muerte, pero nosotros tomábamos la sustancia con total despreocupación.

Uno no piensa en medirla como lo haría si la tomara por vía hipodérmica. Uno simplemente toma una dosis cuando siente que la necesita. Al fin y al cabo, esa es la regla de la naturaleza. Comer

cuando se tiene hambre. Nada es peor para la salud que acostumbrarse a una ración fija de tantas comidas por día.

El gran principio británico de las tres comidas con carne ha hecho que la oferta de ácido úrico supere a la demanda de una manera de lo más reprensible.

La fisiología y la economía y, diría yo, hasta la geología, se unen para protestar.

Ahora vivíamos una vida absolutamente sana. Tomábamos una aspirada de cocaína cada vez que el ritmo aflojaba, y una de heroína cuando la cocaína daba alguna señal de tomar el freno entre los dientes.

Lo que uno necesita es buen sentido común para tomar medidas razonables según las indicaciones fisiológicas. Uno necesita elasticidad. Atarse a dosis fijas, se las necesite o no, es simplemente socialismo espiritual. La naturaleza es la mejor guía. Le habíamos agarrado la mano al juego.

Nuestra desventura en el Petit Savoyard nos había enseñado sabiduría. Cada hora estábamos más firmes en el vuelo.

Ese tipo, Coué, es un pusilánime, como dicen en Norteamérica. «Día a día, en todo sentido, estoy cada vez mejor», ¿así que sí? El hombre simplemente debe de haberse dejado llevar por la rima. ¿Por qué esperar un día? Habíamos llegado a la etapa en que cada minuto contaba.

Como dijo el escocés a su hijo, a mitad de los diez kilómetros y pico de caminata hasta la iglesia, cuando el muchacho le dijo: «Lindo día el de hoy». «¿Es este un día pa' andar hablando de días?»

Pensar en días hace pensar en años, y pensar en años hace pensar en la muerte, lo cual es ridículo.

Lou y yo vivíamos minuto a minuto, segundo a segundo. Un tictac del reloj marcaba para nosotros un intervalo de eternidad.

Éramos los herederos de la vida eterna. No teníamos nada que ver con la muerte. Era un pájaro bastante sabio el que dijo: «Mañana nunca llega».

Estábamos fuera del tiempo y del espacio. Vivíamos según la enseñanza de nuestro Salvador: «No os afanéis por el día de mañana».

Nos atrapó una gran inquietud. París era absolutamente imposible. Teníamos que ir a algún lugar donde el tiempo no cuente.

La alternancia del día y la noche no importa tanto; pero es absolutamente intolerable estar mezclado con gente que trabaja según el reloj.

Vivíamos en el mundo de Las mil y una noches; las limitaciones nos resultaban aborrecibles. París nos recordaba siempre a los Pigmeos, que vivían, si a eso se le puede llamar vivir, en un sistema de orden.

Es monstruoso y ridículo abrir y cerrar por convención. Teníamos que ir a algún lugar donde esas cosas no nos molestaran...

Un incidente sumamente irritante nos arruinó el almuerzo en la Cascade. Habíamos causado una impresión maravillosa al entrar. Habíamos entrado flotando como mariposas que se posan sobre

lirios. Un murmullo recorrió las mesas. La belleza de Lou embriagaba a todos. Sus joyas deslumbraban a la concurrencia.

Pensé en una asamblea de griegos de la mejor época visitada inesperadamente por Apolo y Venus.

Palpitábamos no solo con nuestro éxtasis interior sino con la sensación embriagadora de que el mundo entero nos admiraba y nos envidiaba. Los hacíamos sentirse como el contenido de una papelera.

El propio maître se convirtió en sumo sacerdote. Estuvo a la altura de la situación, como el genio que era. Estaba mentalmente de rodillas cuando se atrevió a aconsejarnos en la elección del almuerzo.

Nos parecía el tributo de emperadores inferiores. ¡Y ahí estaba ese tipo, King Lamus, a cinco o seis mesas de distancia!

El hombre que lo acompañaba era un francés de evidente distinción, con una gran roseta roja y un bigote y una barba blancos, cuidados y aristocráticos. Era algún ministro o algo por el estilo. No lograba ubicarlo del todo, pero lo había visto bastante seguido en los diarios: alguien íntimo del presidente. Había sido el principal objeto de interés antes de que llegáramos nosotros.

Nuestra llegada pinchó esa burbuja.

Lamus estaba de espaldas a nosotros, y supuse que no nos veía, porque no se dio vuelta, aunque todos los demás en el local lo hicieron y empezaron a murmurar.

Ya no odiaba a ese hombre; era tan absurdamente inferior. Y esto fue lo fastidioso. Cuando él y su amigo se levantaron para irse, pasaron junto a nuestra mesa todo sonrisas y reverencias.

Y entonces, ¡qué demonios! El maître me trajo su tarjeta. Había garabateado en ella con lápiz: «No me olvide cuando me necesite».

¡De todas las malditas impertinencias estúpidas! ¡Una insolencia insufrible absolutamente gratuita! ¿Quién iba a necesitar al señor Dios Todopoderoso King Lamus?

Le habría largado alguna réplica bien caliente si la criatura no se hubiera escabullido. Bueno, no valía la pena. No contaba más que la borra del café.

Pero el incidente se me quedó clavado en la mente. Me siguió irritando toda la tarde. A gente así habría que echarla a patadas de una vez por todas.

¡Pero, caramba, ese hombre era un canalla de todas las especies! Todo el mundo lo decía. ¿Por qué quería meterse? Nadie le había pedido que se entrometiera.

Le dije algo por el estilo a Lou, y ella lo despachó con mucho ingenio.

«Lo dijiste, Cockie», exclamó. «Es un entrometido, y su naturaleza es pudrirse antes de madurar.»

Recordé algo parecido en Shakespeare. Eso era lo mejor de Lou: era brillantemente inteligente, pero nunca se lo metía a uno por los ojos.

Al mismo tiempo, como dije, el hombre se me había atragantado. Me fastidiaba tanto que tomamos mucha más cocaína para sacarnos el mal gusto de la boca.

Pero la irritación persistió, aunque tomó otra forma. La atmósfera burguesa de París me crispaba los nervios.

Bueno, no había ninguna necesidad de quedarse en aquel lugar asqueroso. Lo que había que hacer era buscar al viejo Feccles y pagarle en efectivo, e irse a algún lugar como Capri, donde uno no está siempre molestado por los detalles.

Me inundó un deseo loco de ver a Lou nadar en la Gruta Azul, de mirar las llamas fosforescentes destellar desde su cuerpo luminoso.

Le dijimos al chofer que parara en el hotel de Feccles, y ahí fue donde chocamos con un obstáculo gigantesco.

Monsieur Feccles, dijo el gerente, se había ido esa mañana de repente. Sí, había dejado el equipaje pesado. Podía volver en cualquier momento. No, no había dejado dicho adónde iba.

Bueno, desde luego, volvería el sábado a la mañana a buscar las cinco mil. Era obvio lo que yo debía hacer. Le dejaría el dinero, tomaría el recibo del gerente y le diría que le enviara los papeles al Caligula de Capri.

Empecé a contar el efectivo. Estábamos sentados en el salón. Me invadió una sensación de absoluto desconcierto y desamparo.

«Oye, Lou», balbuceé, «me gustaría que contaras esto tú. No me da bien la cuenta. Creo que debo de haberme pasado un poco de la raya.»

Ella revisó los distintos compartimientos de mi portefeuille.

«¿No tienes dinero en el bolsillo?», dijo.

Me revisé a mí mismo con súbita ansiedad. Tenía dinero en casi todos los bolsillos; pero no sumaba más que cambio chico. Mil francos aquí y cien francos allá, un billete de cincuenta libras en el chaleco, un montón de billetes chicos...

Mientras tanto, Lou había sumado el contenido de mi portefeuille. El total era de poco más de mil setecientas.

«¡Dios mío! Me robaron», dije sin aliento, con la cara enrojecida de furia.

Lou conservó la cabeza y la calma. ¡Al fin y al cabo, no era su dinero! Se puso a hacer cuentas en un pedazo de papel de carta del hotel.

«Me temo que está todo bien», anunció, «querido, chico malo.»

De golpe me había serenado. Sí, no había nada mal en las cifras. Le había pagado en efectivo al joyero sin pensar.

¡Por Júpiter, estábamos en un pozo! Sentí instintivamente que era imposible telegrafiarle a Wolfe pidiendo más dinero.

Supongo que se me debe de haber caído la cara; una auténtica caída en picada. Lou me pasó el brazo por la cintura y me clavó las uñas en las costillas.

«Déjalo, Cockie», dijo, «nos salvamos de un lío. Siempre tuve mis dudas sobre Feccles, y que se haya ido así me parece que tiene algo muy raro.»

Mi sueño de un cuarto de millón se desvaneció sin un instante de pesar. Después de todo, había sido prudente. Había invertido mi dinero en algo tangible. Feccles era un estafador evidente. Si le hubiera entregado esas cinco mil, nunca más habría vuelto a saber de él ni de ellas.

Empecé a recobrar el ánimo.

«Mira», dijo Lou, «olvidémonos. Escríbele a Feccles una nota diciéndole que no pudiste reunir el dinero para la fecha en que lo necesitaba, y vámonos. De todos modos deberíamos economizar. Vámonos a Italia, como dijimos. El cambio es buenísimo, y la vida es deliciosamente barata. Es una tontería gastar dinero cuando uno tiene Amor y Cocaína.»

Mi espíritu saltó al encuentro del suyo. Garabateé una nota de disculpa a Feccles y la dejé en el hotel. Corrimos al consulado italiano a que nos visaran el pasaporte, conseguimos los coches cama por medio del conserje del hotel e hicimos que la mucama nos hiciera las maletas mientras teníamos una última cena celestial.

CAPÍTULO VIII: VEDERE NAPOLI E POI... PRO PATRIA... MORI

Llegamos justo a tiempo a la Gare de Lyon para el tren de lujo. Una sensación de alivio infinito nos envolvió cuando dejamos París atrás; y la acompañaba una fatiga abrumadora que en sí misma era indeciblemente deliciosa. En cuanto nuestras cabezas tocaron la almohada, nos hundimos como niños pequeños en un sueño exquisito y profundo, y nos despertamos temprano por la mañana, exaltados más allá de toda expresión por el aire alpino que nos ensanchaba los pulmones; que nos estremecía con su aguda intensidad; que nos elevaba por encima de la mezquindad de la Civilización y nos exaltaba a la comunión con lo eterno: nuestras almas se remontaban a las cumbres primigenias que se alzaban por encima del tren. Fluían a través de los lagos límpidos, se entregaban al jolgorio con el Ródano furioso.

Mucha gente tiene la idea de que el peligro de las drogas reside en que uno se siente tentado a refugiarse en ellas cada vez que está un poco aburrido o deprimido o fastidiado. Eso es cierto, desde luego; pero si se quedara ahí, solo una pequeña clase de personas correría un peligro real.

Por ejemplo, aquella mañana brillante, con el sol centelleando sobre la nieve y el agua, la tierra entera ruborizada con su gloria, el aire puro y penetrante regocijando nuestros pulmones, ciertamente nos dijimos, con nuestros ojos jóvenes encendidos de amor y de salud y de felicidad, que no necesitábamos ningún otro elemento para que nuestra poesía fuera perfecta.

Lo dije sin el menor asomo de vacilación. Por una parte, nos sentíamos como Cristiano cuando la carga de sus pecados se le cayó de la espalda, por habernos alejado de París y de la civilización y de la convención y de todo lo que implica la artificialidad moderna.

No teníamos necesidad ni de librarnos de ninguna depresión ni de aumentar nuestra embriaguez, ya infinita; nosotros mismos y nuestro amor y la belleza sin límites del paisaje siempre cambiante, ¡una perfección permanente que viajaba por placer a través de posibilidades inagotables!

Y sin embargo, casi antes de que las palabras salieran de nuestras bocas, una sonrisa pícara se deslizó sobre la belleza de Lou y encendió el mismo deleite sutilmente secreto en mi corazón.

Me ofreció una pizca de heroína con el aire de quien comunica algún sacramento exquisitamente esotérico; y yo la acepté y le medí una dosis parecida sobre mi propia mano, como si nos devorara

algún deseo oscuro y delirante. La tomamos no porque la necesitáramos, sino porque el acto de consumación era, por así decirlo, un acto de religión.

Era precisamente el hecho de que no fuera un acto de necesidad lo que lo convertía en un acto de piedad.

Del mismo modo, no puedo decir que la dosis nos hiciera ningún bien en particular. Era a la vez una rutina y un ritual. Era una conmemoración, como la comunión protestante, y al mismo tiempo una consagración, como la católica. Nos recordaba que éramos herederos del éxtasis regio en el que flotábamos. Pero también refrescaba ese éxtasis.

Notamos que, a pesar del aire alpino, no parecíamos tener mucho apetito para el desayuno, y comprendimos, con la simpatía instantánea que nos unía, que el alimento de los mortales era demasiado grosero para los dioses.

Esa simpatía era tan fuerte y tan sutil, tan fija en nuestros corazones, que no podíamos concebir el hecho rudo y crudo de que alguna vez hubiéramos existido como seres separados. El pasado se borraba en la serena contemplación de nuestra beatitud. Comprendíamos el éxtasis inmutable que irradian las estatuas del Buda; el misterioso triunfo en la boca de Monna Lisa, y el júbilo sobrenatural e inefable de la actitud de Haidée Lamoureux.

Fumábamos en un silencio resplandeciente mientras el expreso atravesaba las llanuras de Lombardía. Fragmentos sueltos de los versos de Shelley sobre las colinas Euganeas me revoloteaban por la mente como fantasmas azules o purpúreos.

> «La vaporosa llanura de Lombardía,
> sembrada de islas de bellas ciudades.»

Un siglo había comercializado las ciudades, en su mayor parte, hasta convertirlas en reñideros y en pozos negros. Pero Shelley todavía brillaba sereno como el sol mismo.

> «Muchas islas verdes ha de haber
> en este ancho mar de miseria.»

Todo lo que él había tocado con su pluma había florecido en inmortalidad. Y Lou y yo vivíamos en la tierra que sus ojos proféticos habían visto.

Pensé en aquel idilio incomparable (no lo llamaré isla) al que invita a Emilia en Epipsychidion.

Lou y yo, mi amor y yo, mi esposa y yo, no solo íbamos allí; siempre habíamos estado allí y estaríamos siempre. Porque el nombre de la isla, el nombre de la casa, el nombre de Shelley y el nombre de Lou y mío eran todos un solo nombre: Amor.

> «Las palabras aladas con que mi canto quisiera traspasar
> hasta las alturas del raro universo del amor
> son cadenas de plomo en torno a su vuelo de fuego.
> Jadeo, me hundo, tiemblo, expiro.»

Noté, de hecho, que nuestros seres físicos parecían actuar como proyecciones de nuestro pensamiento. Los dos respirábamos rápida y profundamente. Teníamos las caras encendidas,

bañadas por el esplendor solar de nuestras sangres, que marcaban el compás del vals de nuestro amor.

¿Vals? No, era algo más salvaje que un vals. La mazurca, quizás. No, había algo todavía más feroz en nuestras almas.

Pensé en el furioso fandango de los gitanos de Granada, en el frenesí fanático de los amotinados religiosos moros que se golpean a sí mismos con pequeñas hachas sagradas hasta que la sangre les corre por el cuerpo, locamente carmesí bajo el sol punzante, y forma pequeñas costras de lodo sobre la arena tórrida y pisoteada.

Pensé en las ménades y en Baco; las vi a través de los ojos vívidos de Eurípides y de Swinburne. Y todavía insatisfecho, ansiaba símbolos más extraños aún. Me convertí en un hechicero que preside un festín caníbal, empujando a la turba amarilla de asesinos a un tropel de Comus más feroz, mientras el golpe enloquecedor del tam-tam y el grito siniestro de la bramadera destruyen toda cualidad humana en los adoradores y los convierten en energías elementales: valquirias vampiras que se agitan y chillan en la cima de la tormenta.

Ni siquiera sé si llamar a esto una visión, ni cómo clasificarlo psicológicamente. Simplemente me estaba sucediendo a mí (y a Lou), aunque estábamos sentados con bastante decoro en nuestro compartimiento. Se volvía cada vez más seguro que Haidée, muchacha de clase baja, vulgar e ignorante como era, había sido arrastrada de algún modo a un estupendo torbellino de verdad.

Las acciones y reacciones normales de la mente y del cuerpo son simplemente otros tantos velos estúpidos sobre el rostro de Isis.

Lo que les pasara a ellos no importaba. La cuestión era encontrar algún truco para hacerlos callar.

Comprendí el valor de las palabras. Dependía, no de su significado racional, sino de su sugestión hierática.

> «En Xanadú, Kubla Khan
> mandó erigir un majestuoso palacio de placer.»

Los nombres no significan nada definido, pero determinan la atmósfera del poema. La sublimidad depende de la ininteligibilidad.

Comprendí el éxtasis de los nombres en los relatos de Lord Dunsany. Comprendí cómo los «nombres bárbaros de evocación» que usan los magos, los bramidos y silbidos de los gnósticos, los mantras de los devotos hindúes, ponían sus almas a girar hasta que se mareaban de gloria.

Hasta los nombres de los lugares por los que pasábamos en el tren me excitaban, justamente en la medida en que eran desconocidos y sonoros.

Me excitaba cada vez más la vista de las palabras italianas «E pericoloso sporgersi». Eso no significaría gran cosa, sin duda, para cualquiera que hablara italiano. Para mí era una llave maestra de magia. La relacionaba de algún modo con mi amor por Lou. Todo era un símbolo de mi amor por Lou, salvo cuando esa idiota molestia, el conocimiento, declaraba lo contrario.

Estuvimos girando en ese trance tremendo toda la mañana. No dejaba de venirme a la mente el título de un cuadro que había visto una vez, de algún pintor moderno chiflado: «Cuatro monjes

rojos que llevan una cabra negra a través de la nieve hacia Ninguna Parte».

Era a todas luces un pretexto para un esquema de color; pero la imbecilidad fantástica de la frase, y la sutil sugestión de una maldad siniestra, me hacían jadear de exaltación contenida.

El «primer llamado para el almuerzo» llegó con una brusquedad sobresaltante. Desperté de golpe para darme cuenta de que Lou y yo no nos habíamos dirigido la palabra en horas, de que habíamos estado corriendo a través de un Universo de nuestra propia creación con una velocidad estupenda y un deleite diabólico. Y al mismo tiempo comprendí que habíamos estado «cocainizándonos» de manera automática, sin saber que lo hacíamos.

El mundo material había adquirido tan poca importancia que yo ya no sabía dónde estaba. Mezclaba por completo mi viaje presente con recuerdos de dos o tres excursiones anteriores por el Continente.

Era la primera vez que Lou iba más allá de París, y esperaba de mí información sobre la hora y el lugar. En su caso, la familiaridad no había engendrado el desdén, y me encontré incapaz de decirle las cosas más corrientes sobre el viaje. Ni siquiera sabía en qué dirección viajábamos, si venían a continuación los Alpes, o qué túnel estábamos tomando; si pasábamos por Florencia, ni cuál era la diferencia entre Ginebra y Génova.

Quienes conozcan el trayecto comprenderán hasta qué punto mi mente estaba enredada sin remedio. Apenas distinguía la mañana de la tarde. He descrito con absoluta seguridad cosas que no pueden haber ocurrido de ningún modo.

No hacíamos más que levantarnos a mirar el mapa de los paneles del pasillo, y yo no lograba descifrar dónde estábamos. Comparábamos horarios y distancias solo para hacer la confusión más confusa todavía.

Me metí en los cálculos astronómicos más abstrusos para saber si debíamos adelantar o atrasar una hora los relojes en la frontera; y hasta el día de hoy no sé si llegué a alguna conclusión correcta. Tenía la mitad de probabilidades de acertar; pero ahí terminaba la cosa.

Recuerdo que bajamos a estirar las piernas en Roma, y que tuvimos el impulso descabellado de intentar ver los monumentos durante los veinte minutos, más o menos, que teníamos que esperar.

Quizá lo habría hecho; pero en el andén de Roma me detuvo en seco una conmoción. Había sucedido algo imposible.

«¡Santo cielo!», exclamó una voz desde la ventanilla de un coche tres más adelante que el nuestro. «¡Qué coincidencia más extraordinaria! ¿Cómo están?»

Levantamos la vista, sin poder casi dar crédito a nuestros oídos. ¿Quién había de ser sino nuestro amigo Feccles?

Bueno, desde luego, habría preferido ver al mismísimo diablo. Al fin y al cabo, me había portado con el hombre de un modo bastante mezquino; y, de paso, había hecho un gran papelón. Pero lo que me sorprendió en una segunda mirada fue que viajaba muy de incógnito. Estaba casi irreconocible.

Creo que no mencioné que tenía el pelo rubio con una calva y que iba bien afeitado. Pero ahora su pelo era oscuro, y un peluquín reprochaba en silencio la inclemencia de la Naturaleza. Un bigotito

negro y una perilla completaban el disfraz. Pero, además, su manera de vestir era un camuflaje en sí misma. En París había ido vestido con mucha corrección. Podría haber pasado por un hombre de mundo de muy buena familia.

Ahora, en cambio, iba vestido como un correo de viajes, o quizá como un viajante de comercio de categoría. Su elegancia tenía un elemento de vulgaridad muy marcado. Supe por instinto que preferiría que yo no mencionara su nombre.

En ese momento el tren empezó a moverse, y tuvimos que subir de un salto. Fuimos enseguida a su compartimiento. Era un cupé, y él era su único ocupante.

Ya he descrito el sobresalto que la reaparición de Feccles había infligido a mis nervios. En condiciones normales me habría sentido muy incómodo, pero la cocaína me hizo saltar la valla con facilidad.

El incidente resultó bienvenido; una aventura más en el cuento de hadas que estábamos viviendo. La misma Lou era toda efusiones y risitas, hasta un punto que un mes antes yo habría juzgado un poco fuera de tono. Pero todo era igualmente exquisito en esta gran luna de miel combinada.

Feccles parecía muy divertido por el encuentro. Le pregunté, con el grado de preocupación adecuado, si había recibido mi nota. Dijo que no, que lo habían llamado de repente por negocios. Le conté lo que le había escrito, con disculpas añadidas.

El largo viaje me había cansado hasta lo hondo. Me tomaba las cosas más en serio, aunque la cocaína me impedía darme cuenta de que era así.

«Mi querido amigo», protestó. «Me molesta muchísimo que te hayas preocupado siquiera por el asunto. En realidad, lo que pasó es esto. Fui a ver a esos hombres a las cuatro, como habíamos acordado por teléfono, y fueron de veras tan terriblemente decentes en todo el asunto que tuve que hacerlos entrar por cinco mil, y me firmaron el cheque en el acto. Ahora bien, desde luego, no vayas a imaginarte que yo dejaría en la estacada a un viejo compinche. Cuando te encuentres con algo de dinero suelto, no tienes más que meterte. Puedes sacarlo de mi parte.»

«Bueno, eso es demasiado amable de tu parte», dije, «y no lo olvidaré. Supongo que, ahora que has sacado la cosa adelante, no habrá problema en esperar hasta que vuelva a Inglaterra.»

«Pero claro», respondió. «No pienses para nada en negocios. Fue de verdad una canallada de mi parte hablar de trabajo con un hombre en su luna de miel.»

Lou tomó la conversación. «Pero cuéntenos», empezó, «el porqué de semejante facha. Le queda espléndida, ¿sabe? Pero, después de todo, soy mujer.»

Feccles se puso de repente muy solemne. Fue a la puerta del cupé y miró a uno y otro lado del pasillo; luego corrió la puerta y empezó a hablar en un susurro.

«Este es un asunto muy serio», dijo, y se detuvo.

Sacó las llaves y jugueteó con ellas, como si no supiera hasta dónde llegar. Se las volvió a meter en el bolsillo con un gesto decidido.

«Mira, viejo», dijo, «voy a arriesgarme contigo. Todos sabemos lo que hiciste por Inglaterra durante la guerra, y, considerándolo todo, eres prácticamente mi primera elección.»

Se interrumpió en seco. Lo miramos sin entender, aunque hervíamos de una excitación ciega y contenida cuya naturaleza apenas habríamos podido describir.

Sacó una pipa y empezó a mordisquear la boquilla de vulcanita con cierto nerviosismo. Respiró hondo y miró a Lou directamente a la cara.

«¿No le sugiere nada», murmuró, de manera casi inaudible, «que un hombre se vaya de París sin previo aviso en medio de un vasto plan financiero, y aparezca en Italia, fuertemente camuflado?»

«¡La policía le sigue la pista!», dijo Lou entre risitas.

Él estalló en una carcajada franca y bonachona.

«Caliente», dijo. «Pero pruebe otra vez.»

La explicación me cruzó la mente como un relámpago. Él vio lo que yo pensaba, y sonrió y asintió.

«Ah, ya entiendo», dijo Lou con aire entendido, y se inclinó hacia él y le susurró al oído. Las palabras fueron:

«Servicio Secreto.»

«Eso es», dijo Feccles en voz baja. «Y aquí es donde entran ustedes. Miren.»

Sacó un pasaporte del bolsillo y lo abrió. Era, según parecía, monsieur Hector Laroche, de Ginebra; de profesión, correo de viajes.

Asentimos con aire comprensivo.

«Estaba bastante desesperado cuando los vi», prosiguió. «Estoy tras la pista de un hombre muy peligroso que se ha ganado la confianza de unos ingleses que viven en Capri. Es allí adonde van, ¿no?»

«Sí», dijimos, sintiéndonos de importancia internacional.

«Bueno, la cosa es así. Si aparezco en Capri, que es un lugar muy pequeño, sin un pretexto especialmente bueno, la gente me va a mirar y va a hablar de mí, y si mira demasiado y habla demasiado, diez contra uno a que me descubren, no necesariamente por lo que soy, sino como un forastero de carácter sospechoso. Y si el hombre al que persigo se pone en guardia, ya no habrá absolutamente nada que hacer.»

«Sí», dije, «entiendo todo eso, pero... bueno, haríamos cualquier cosa por la vieja Inglaterra, ni hace falta decirlo, pero ¿cómo podemos echarte una mano?»

«Bueno», dijo Feccles, «no veo por qué habría de causarles muchas molestias. Ni siquiera necesitan verme. Pero si pudiera hacerme pasar por su correo, adelantarme y reservarles las habitaciones, ocuparme del equipaje, contratar botes y esa clase de cosas, no haría falta explicarme. Tal como están las cosas, hasta podría ahorrarles molestias. Por aquí andan los bandidos más espantosos; y cualquiera que tenga aspecto de turista, sobre todo de la especie luna de miel, está expuesto a toda clase de fastidios y robos.»

Bueno, la cosa parecía casi providencial; de hecho, yo había estado pensando en conseguir a un hombre que mantuviera a raya a los chacales, y esto era matar dos pájaros de un tiro.

Lou estaba visiblemente encantada con el arreglo.

«Ah, pero tiene que dejarnos hacer más que eso», dijo. «¡Si pudiéramos ayudarlo a descubrir a ese cerdo!»

«Pueden apostar a que sí», dijo Feccles de todo corazón, y todos nos dimos la mano para sellarlo. «Cada vez que pase algo en que puedan ser útiles, les diré qué hacer. Pero, desde luego, tendrán que recordar las reglas del servicio: silencio y obediencia absolutos. Y se sostienen o caen por su propio pie, y si el árbitro dice "fuera", quedan fuera, y nadie va a juntar los pedazos.»

Esta luna de miel estaba resultando, sin duda, de la manera más maravillosa. Habíamos dejado atrás, en la línea de largada, a la gente del cine. Aquí estábamos, sin ningún esfuerzo de nuestra parte, en pleno centro de las intrigas más fascinantes y del tipo más misterioso. Y todo eso sumado al amor más maravilloso que había en el mundo, y a la heroína y la cocaína para ayudarnos a sacar el mayor partido de los más diminutos detalles.

«Bueno», le dije a Feccles, «esto me viene de perlas. Estoy tratando de olvidar lo que dijiste sobre mi cerebro, porque no es bueno para un joven envanecerse de vanidad intelectual. Pero sin duda soy el hombre más afortunado del mundo.»

M. Hector Laroche nos regaló una hora deliciosa, contándonos algunas de sus hazañas pasadas en la guerra. Era tan modesto como valiente; pero, con todo, veíamos muy bien la asombrosa astucia que había puesto al servicio de nuestro país en la hora del peligro. Podíamos imaginarlo dando vueltas en torno de las mentes torpes de los hunos, con sus procesos lentos y pedantes.

El único inconveniente de la velada fue que no logramos que tomara nada de nieve. Y ustedes saben lo que eso significa: uno siente que el hombre de algún modo queda fuera de la fiesta. Se excusó diciendo que el reglamento lo prohibía. Coincidió con nosotros en que era un papeleo burocrático podrido, pero «desde luego, en cierto modo tienen razón, hay un montón de tipos que no sabrían usarla, se les podrían subir un poco los humos y soltar algo; ya saben cómo es».

Así que lo dejamos fumando tranquilo y volvimos a nuestro propio cubículo, y pasamos la noche más gloriosa, susurrando intrigas imaginarias que de algún modo prestaban un ala más fuerte al arrebato real de nuestro amor. Ninguno de los dos durmió. Simplemente navegamos a través de la oscuridad hasta encontrar el alba acariciando la cresta de Posilipo y el primer destello del amanecer enviando saludos extáticos a las aguas azules de la bahía de Nápoles.

Cuando el tren se detuvo, allí estaba Hector Laroche junto a la puerta, dando órdenes a todo el mundo en un italiano fluido. Tuvimos la mejor suite del mejor hotel, y nuestro equipaje llegó apenas diez minutos después que nosotros, y el desayuno fue un poema perfecto, y tuvimos un palco para la ópera y los pasajes reservados para el día siguiente a Capri, donde nos esperaba una suite en el Caligula. Vimos el Museo por la mañana y fuimos en automóvil a Pompeya por la tarde, y aun así M. Laroche lo había organizado todo tan milagrosamente bien que incluso ese día tan cargado nos dejó perfectamente frescos, murmurando entre labios entrecerrados la frase mágica:

«Dolce far niente.»

La mayoría de la gente parece andar a los tropezones por este mundo sin ninguna noción de las posibilidades del goce. Es, desde luego, una cuestión de temperamento.

Pero incluso los pocos que saben apreciar el lenguaje de Shelley, Keats y Swinburne consideran utópicas esas concepciones.

La mayoría acepta la idea de que la exaltación vertiginosa de *Prometeo liberado*, por ejemplo, es un sentimiento imaginario. Supongo, de hecho, que no se obtendría gran resultado dándole heroína y cocaína, por astutamente mezcladas que estuvieran, al hombre común. No se puede sacar de una cosa lo que no está en ella.

En noventa y nueve casos de cada cien, cualquier estimulante, de la naturaleza que sea, actúa destruyendo temporalmente las inhibiciones de la educación.

El borracho corriente pierde el barniz de la civilización. Pero si se da con el hombre indicado, la administración de una droga bien puede suprimir sus facultades mentales, con el resultado de que su genio queda en libertad. Coleridge es un buen ejemplo. Cuando le tocó tener dentro la cantidad justa de láudano, soñó *Kubla Khan*, uno de los tesoros supremos de la lengua.

¿Y por qué está incompleto? Porque un hombre de Porlock vino a verlo por negocios y lo devolvió a su yo normal, de modo que olvidó todo el poema salvo unos pocos versos.

Del mismo modo, tenemos a Herbert Spencer tomando morfina todos los días de su vida, década tras década. Sin morfina, habría sido simplemente un inválido quejoso, preocupado por el dolor corporal. Con ella, fue el genio cuya filosofía resumió el pensamiento del siglo XIX.

Pero Lou y yo habíamos nacido con un sentido del romance y de la aventura. El éxtasis del primer amor ya bastaba para sacarnos de nosotros mismos hasta cierto punto. La acción de las drogas intensificó y espiritualizó esas posibilidades.

La atmósfera de Capri, y el genio de Feccles para impedir cualquier interferencia con nuestro placer, hicieron de nuestra primera quincena en la isla un trance interminable de belleza sobrenatural.

Nunca nos dejaba la ocasión de aburrirnos y, sin embargo, nunca se entrometía. Nos quitaba de encima todas las responsabilidades, organizaba excursiones a Anacapri, a la Villa de Tiberio y a las diversas grutas. Una o dos veces propuso una noche desenfrenada en Nápoles, y nos deleitamos en los peculiares antros de vicio en que abunda esa ciudad.

Nada nos escandalizaba, nada nos sorprendía. Cada incidente de la vida era una nota distinta que sonaba en el curso de una sinfonía indescriptible.

Nos presentó a la gente más rara, nos llevó a los barrios más misteriosos. Pero todo lo que sucedía se entretejía embriagadoramente en el tapiz del amor.

Salíamos a aventuras absurdas. Aun cuando resultaban decepcionantes desde el punto de vista corriente, la decepción misma parecía añadir picante a la broma.

Uno no podía menos que estarle agradecido a aquel hombre por su cuidado protector. Entramos en muchos lugares donde el turista inocente es considerado presa legítima; y su italiano idiomático disuadía invariablemente al aspirante a cazador. Incluso en el hotel peleó con el gerente por la cuenta semanal, y lo obligó a aceptar una cifra mucho más baja que la que sus sueños le habían indicado.

Desde luego, la mayor parte de su tiempo la ocupaba en vigilar al hombre al que seguía; y nos tenía muy entretenidos con el relato de sus progresos.

«Nunca les estaré lo bastante agradecido si saco esto adelante como creo que lo haré», dijo. «Será el punto de inflexión de mi carrera oficial. No me molesta contarles que en casa me han tratado de manera bastante mezquina por una o dos cosas que hice. Pero si atrapo a este pájaro, difícilmente podrán decirme que no a nada que les pida.»

Al mismo tiempo, estaba claro que sentía un auténtico interés amistoso por sus tortolitos, como nos llamaba. Él mismo había tenido una desilusión, decía, y eso lo había apartado personalmente del asunto, pero se alegraba de poder decir que no le había agriado el carácter, y que le daba verdadero placer ver a gente tan idealmente feliz como nosotros.

Lo único, decía, que lo tenía un poco inquieto y descontento era no haber entrado en contacto con la gente que manejaba el Gatto Fritto, que era una especie de club nocturno sumamente excitante y peligroso que se entregaba a placeres de una índole tan esotérica que ningún otro lugar de Europa tenía nada comparable.

CAPÍTULO IX: EL GATTO FRITTO

Fue hacia el final de la tercera semana, según descubro en el Diario de Lou (yo había perdido por completo la cuenta del tiempo), cuando un día entró con una sonrisa de sutil triunfo en los ojos.

«Ya le agarré la mano al asunto», dijo, «pero creo que, en justicia, debo advertirles que el Gatto Fritto es un lugar bastante pesado. No me importaría llevarte siempre que vayas disfrazado y con un revólver en el bolsillo, pero de veras no puedo cargar en la conciencia con llevar a Lady Pendragon.»

Yo estaba tan lleno de cocaína que apenas sabía lo que decía. Lo más fácil era asentir con la cabeza y mirar cómo las nubes peleaban entre sí por apoderarse del sol.

Yo apostaba por aquel gran elefante blanco del horizonte. Tenía en contra a dos cobras negras y un hipopótamo violeta; pero eso yo no podía evitarlo. Con esos colmillos magníficos debería poder arreglarles las cuentas, y con solo mirarle las patas se veía que el viejo sol no tenía la menor posibilidad. No entiendo por qué la gente no tiene el sentido común de quedarse quieta cuando se está librando una pelea de este tipo. ¿Para qué está el árbitro, a fin de cuentas?

Fue sumamente molesto que Lou protestara con esa voz suya apasionada y chillona que iba a ir al Gatto Fritto, y que si no iba, se pondría a criar gatos ella misma, y los freiría, ¡y me los haría comer!

No sé cuánto tiempo siguió. Era perfectamente espléndido oírla. Yo sabía lo que eso significaba en cuanto pudiéramos sacarnos de encima a ese cerdo de Feccles. ¡Al diablo con todo, uno no quiere a otro hombre en su luna de miel!

Así que allí estaba Feccles, volviéndose hacia mí con una especie de protesta floja e impotente, implorándome que me plantara en el asunto.

Entonces dije: «Feccles, viejo, eres de los buenos. Siempre me caíste bien en el colegio; y nunca olvidaré lo que has hecho por mí en estos últimos treinta o cuarenta años, o los que sean, que llevamos en Capri, y si Lloyd George puede confiar en ti para atrapar a ese sinvergüenza que persigues, ¿por qué no habría de confiar yo en ti para que nos lleves a buen puerto en esta diversión del Gatto Fritto?»

Lou aplaudió, chillando de alegría, pero Feccles dijo:

«Bueno, está bien. Pero este es un asunto muy serio. No lo están encarando con el espíritu correcto. Tenemos que hacerlo con mucha calma y sobriedad, y después abrir fuego cuando llegue la orden de ¡al ataque!»

Fingimos recomponernos para darle el gusto, pero yo no podía cerrar los ojos al hecho de que probablemente iba a perder mi dinero, porque el elefante blanco se había convertido en un cebú del todo corriente, o vaca brahmán, o, en el mejor de los casos, en un dromedario de dos jorobas, o bactriano; en cualquier caso, un animal del todo inadecuado por naturaleza para llevar el dinero de un apostador prudente.

Agitado por esta circunstancia, apenas estaba en condiciones de comprender la naturaleza de las propuestas presentadas ante la asamblea por el Venerable Hermano Feccles, Gran Secretario General Adjunto en funciones.

Pero, a grandes rasgos, venían a decir lo siguiente: que debíamos guardar bajo llave todo nuestro dinero y nuestras joyas, salvo un poco de cambio, como medida de precaución, y Feccles llegaría a su debido tiempo con disfraces para mí y para Lou de pescadores napolitanos, y no debíamos llevar más que un revólver cada uno y un poco de cambio, y debíamos escabullirnos por la terraza del hotel después del anochecer sin que nadie nos viera, y habría una lancha a motor para cruzar a Sorrento; y habría un automóvil, de modo que podríamos entrar en Nápoles hacia la una de la mañana, y entonces debíamos ir a cierto bebedero, el Fauno Ebbrio, y en cuanto no hubiera moros en la costa él nos recogería y nos llevaría al Gatto Fritto, y sabríamos por primera vez cómo era de verdad la vida.

Bueno, a eso lo llamo yo un programa perfectamente honrado, decente y sensato. Es deber de todo inglés aprender todo lo que pueda de los asuntos extranjeros sin descuidar sus negocios. Esa clase de conocimiento siempre resultará útil en caso de otra guerra europea. Saber esa clase de cosas era lo que había puesto a Feccles donde estaba en el Servicio Secreto, el confidente de confianza de esas misteriosas inteligencias que velan por el bienestar de nuestro amado país.

Gracias, con esto concluye el espectáculo de la velada.

Esto sí diré de Feccles: siempre comprendía por instinto cuándo estaba de más. Así que, en cuanto quedaron hechos los arreglos, se excusó apresuradamente, porque tenía que bajar a la Villa donde se alojaba su víctima e instalar un dictáfono en la habitación donde este iba a cenar.

De modo que tuve a Lou toda para mí hasta que él vino con los disfraces al día siguiente por la tarde. Y yo no iba a desperdiciar ni un minuto.

Reconozco que estaba bastante amargado por la forma en que la nube blanca me había fallado. Habría ido yo mismo tras el tonto del viejo sol si no hubiera sido un hombre casado.

Sin embargo, allí estábamos solos, solos para siempre, Lou y yo en Capri, ¡era todo demasiado bueno para ser verdad! ¡Luz del sol, luz de la luna y luz de las estrellas! Todas estaban en sus ojos. ¡Y me pasaba la cocaína con un gesto tan provocativo! Supe lo que era estar loco. Podía comprender perfectamente por qué los tontos que no están locos tienen miedo de estar locos. Yo había sido así cuando no sabía nada mejor.

Esta miserable raza de hombres mide el mundo con su propia vara. Está perdida en la inmensidad del Universo y, en consecuencia, le tiene miedo a todo lo que no resulta encajar en sus propios límites.

Lou y yo habíamos descartado las mezquinas medidas de la humanidad. Esa clase de cosas está bien para los sastres y los hombres de ciencia; pero nosotros habíamos saltado de un brinco a ser coextensivos con el Universo. Éramos tan inconmensurables como la razón entre una circunferencia y su diámetro. Éramos, desde su punto de vista, tan imaginarios e irreales como la raíz cuadrada de menos uno.

No le pedíamos a la humanidad que nos juzgara. Considerarnos bípedos implumes era, sencillamente, un caso de identidad equivocada. Puede que a sus ojos pareciéramos seres humanos; de hecho, nos mandaban cuentas y cosas así como si hubiéramos sido seres humanos.

Pero me niego a hacerme responsable de los errores de los animales inferiores. Les sigo la corriente hasta cierto punto en sus delirios, porque son lunáticos y hay que seguirles la corriente. Pero de ahí a admitir que sus alucinaciones tienen algún fundamento en los hechos hay un largo trecho.

Yo había estado en su tonto mundo de los sentidos hacía un millón de años o algo así, cuando era Peter Pendragon.

Pero ¿para qué recordar el doloroso pasado? Desde luego, uno no alcanza su plena fuerza en un minuto. Tomen el caso de un águila. ¿Qué es mientras está en el huevo? Nada más que un huevo con posibilidades. Y el primer día después de salir del cascarón uno no espera que vuele hasta Neptuno y vuelva. ¡De ningún modo!

Pero cada día, en todos los sentidos, está mejor y mejor. Y si alguna vez me tentaba aflojarme y recordar mi bajo origen de rábano bifurcado, pues todo lo que necesitaba era un beso de Lou, o una aspirada de cocaína, para volver a ponerme en el Paraíso.

No puedo contarles nada de esas veinticuatro horas siguientes. Baste decir que se batieron y se volvieron a batir todos los récords mundiales. ¡Y estábamos jadeando como dos lobos hambrientos cuando apareció Feccles con los disfraces y las armas!

Repitió aquellas instrucciones, y añadió una palabra de consejo casi paternal en un tono muy confidencial.

«Me disculparás, lo sé; no estoy insinuando ni por un momento que no seas perfectamente capaz de cuidarte, pero no has estado antes por estos lugares, y nunca debes olvidar los temperamentos rápidos y violentos de estos italianos del Sur. Es como una de esas ráfagas repentinas que tanto temen los pescadores. No significa nada en particular; pero a menudo es bastante fea en el momento, y lo que tienes que hacer es mantenerte al margen de cualquier clase de pelea. Puede haber muchos rufianes borrachos en el Fauno Ebbrio. Siéntense cerca de la puerta; y si alguien empieza a pelearse, salgan tranquilamente y caminen de un lado a otro hasta que termine. No les conviene verse mezclados en un escándalo.»

Yo veía la sabiduría de sus observaciones, aunque, por otro lado, personalmente me moría de ganas de pelear. La única mosca en el ungüento del boticario de la luna de miel, aunque yo no lo notaba, era que algo en mí echaba de menos la excitación del diario juego con la muerte al que me había acostumbrado la guerra.

El más leve recordatorio de las pasiones más salvajes (un par de barqueros riñendo, o incluso un turista protestando por alguna nimiedad) me hacía subir la sangre a la cabeza. Solo quería un pretexto legítimo para matar a unos cuantos cientos de personas.

Pero la naturaleza es sabia y bondadosa, y yo siempre podía desquitarme con Lou. Las pasiones del asesinato y del amor están inseparablemente unidas en nuestra ascendencia. Todo lo que ha hecho la civilización es enseñarnos a fingir que las idealizamos.

El programa se cumplió sin el menor contratiempo. Nuestra habitación daba a una terraza en sombra profunda. En esa época del año apenas había nadie en el hotel, desde luego. Un pequeño tramo de escalones al costado de la terraza nos llevó, bajo un arco de vides retorcidas, a lo que apenas es más que un sendero de mulas y que en Capri hace las veces de camino.

Nadie se fijó en nosotros. Solo había enamorados paseando, grupos de campesinos que cantaban al son de la guitarra mientras caminaban, y dos o tres pescadores cansados y felices que volvían a casa desde la taberna.

Encontramos la lancha en el muelle y nos tendimos, abandonados al deleite. Pareció apenas un minuto después cuando nos encontramos en Sorrento, recostados en un enorme descapotable. Sin decir una palabra, partimos a toda velocidad. La belleza del trayecto es notoria; y sin embargo:

«Fuimos los primeros que irrumpimos
en aquel mar silencioso.»

El mundo había sido creado de nuevo por nosotros. Era una fantasmagoría siempre cambiante de sonidos, visiones y aromas arrebatadores; y todo parecía un mero ornamento para nuestro amor, el engaste de la joya de nuestra pasión centelleante.

Incluso los últimos kilómetros antes de Nápoles, donde la carretera atraviesa tediosos suburbios comercializados, cobraron un aspecto nuevo. Las casas eran una mera línea irregular contra el cielo. De algún modo sugerían el contorno dentado de una partitura de Debussy.

Pero todo esto, exquisito como era, cautivador como era, era en cierto modo superficial. En el fondo de nuestros corazones hervía y se agitaba un lago volcánico al rojo blanco de metal fundido, de metal infernal.

No sabíamos qué abominaciones horrendas, qué abominaciones monstruosas nos aguardaban en el Gatto Fritto.

Ya he dejado constancia de cómo la acción de las drogas había despojado en parte las capas recientes de la memoria. Había logrado un resultado paralelo, con mucha mayor eficacia, en el plano moral. El esfuerzo de incontables generaciones de evolución se había deshecho en un mes. Todavía conservábamos, hasta cierto punto, las convenciones de la decencia; pero sabíamos que lo hacíamos solo por una astucia simiesca.

Habíamos regresado al gorila. ¡No había acto de violencia y de lujuria que no pareciera una válvula de escape necesaria para nuestras energías!

No nos dijimos nada de esto el uno al otro. Era, de hecho, algo más profundo y más oscuro de lo que podía transmitir el habla articulada.

En efecto, el hombre se distingue de los animales inferiores, ante todo, en esta cuestión del lenguaje. El uso del lenguaje obliga a medir los propios pensamientos. Por eso los grandes filósofos y místicos, que se ocupan de ideas que no pueden expresarse en tales términos, se ven constantemente obligados a usar adjetivos negativos, o a reprender a la mente formulando sus pensamientos en una serie de enunciados contradictorios. Esa es la explicación del Credo de Atanasio. Sus cláusulas desconciertan al hombre sencillo.

Uno mismo debe ser divino para comprender la divinidad.

La proposición inversa es igualmente cierta. Las pasiones del abismo solo encuentran salida en ruidos bestiales.

El automóvil se detuvo al final de la callejuela sucia donde acecha el Fauno Ebbrio. El chofer señaló la franja de luz en zigzag que salía de allí y arrojaba un resplandor siniestro sobre la pared de enfrente.

Una muchacha descarada, de pelo negro y falda corta, con un chal chillón y enormes aros de oro, estaba parada en la puerta. Entre el largo viaje y las drogas y otras cosas, estábamos un poco borrachos: lo justo para darnos cuenta de que formaba parte de nuestra estrategia fingir que estábamos un poco más borrachos de lo que estábamos.

Dejamos que la cabeza nos rodara de un lado a otro mientras íbamos tambaleándonos hasta la puerta. Nos sentamos a una mesita y pedimos de beber. Nos sirvieron una de esas inmundas imitaciones italianas de licor que saben a loción para el pelo.

Pero en lugar de darnos náuseas, nos exaltó: lo disfrutamos como parte del juego. Vestidos como napolitanos de clase baja, nos metimos de lleno en el papel.

Nos echamos la ardiente porquería al gaznate como si hubiera sido Courvoisier del 65. La bebida nos hizo efecto con sorprendente rapidez. Pareció soltar esas caravanas enjambradas de hormigas guerreras que se abren paso comiendo a través de la jungla de la vida como un chorro de ácido sulfúrico arrojado a la cara de una mujer.

No había reloj en el antro y, desde luego, habíamos dejado los nuestros en casa. Nos pusimos un poco impacientes. No podíamos recordar si Feccles nos había dicho o no cuánto iba a tardar. El aire del cuarto era sofocante. Los vagabundos más bajos de Nápoles llenaban el lugar. Algunos parloteaban como monos; algunos cantaban borrachos para sí mismos; algunos se acariciaban sin vergüenza; algunos estaban hundidos en un estupor bestial.

Entre estos últimos había un bruto corpulento que de algún modo fascinó nuestra atención.

Nos creíamos completamente seguros hablando en inglés; y, por lo que sé, estábamos hablando a voz en cuello. Lou sostenía que aquel hombre en particular era inglés también.

Al parecer estaba dormido; pero al rato levantó la cabeza de la mesa, estiró sus enormes brazos y pidió de beber, en italiano.

Vació el vaso de un trago y luego vino de repente a nuestra mesa y se dirigió a nosotros en inglés.

Por su acento pudimos notar enseguida que el hombre había sido originalmente más o menos un caballero, pero su cara y su tono contaban su propia historia. Debía de llevar muchos años cuesta

abajo; había tocado fondo hacía mucho, y había encontrado que era el lugar más cómodo para vivir.

Era agresivamente amistoso, de una manera brutal, y nos advirtió que nuestros disfraces podían ser una fuente de peligro; cualquiera podía ver a través de ellos, y el hecho de haberlos adoptado podía despertar la rápida sospecha de la mente napolitana.

Pidió bebidas y brindó por el Rey y la Patria con una especie de orgullo hosco por su origen. Me recordaba al inglés venido a menos de Kipling.

«No tenga miedo», le dijo a Lou. «No voy a dejar que le pase nada. ¿A una preciosura como usted? ¡Ni por asomo!»

Me ofendió la observación con una intensidad casi demente. ¡Al infierno con el tipo!

Él lo notó enseguida, y me miró de reojo con una risita horrible.

«Está bien, señor», dijo. «No quise ofender», y le pasó un brazo alrededor del cuello a Lou e hizo un movimiento para besarla.

En un segundo estuve de pie y le lancé la derecha a la mandíbula. Lo tiró del banco, y quedó tendido en el suelo.

En un instante empezó el tumulto. Todos mis viejos instintos de lucha saltaron a la superficie. Comprendí al instante que estábamos metidos justo en la pelea que Feccles tan sabiamente nos había advertido evitar.

Toda la multitud, hombres y mujeres, estaba de pie. Se abalanzaban sobre nosotros como ganado en estampida. Saqué el revólver de un tirón. La ola retrocedió como lo hace una rompiente cuando choca contra una roca.

«¡Cúbreme la espalda!», le grité a Lou.

Ella casi no necesitaba que se lo dijeran. El espíritu de la verdadera inglesa ante una crisis ardía en ella.

Sujetando a la multitud con mis ojos y mi cañón, fuimos abriéndonos paso de costado hasta la puerta. Un hombre agarró un vaso para arrojarlo; pero el padrone se había escurrido de detrás del mostrador y le bajó el brazo de un golpe.

El vaso se hizo añicos en el suelo. El ataque contra nosotros degeneró en una andanada de juramentos y chillidos. Nos encontramos al aire libre, y también en los brazos de media docena de policías que habían llegado corriendo desde ambos extremos de la calle.

Dos de ellos entraron a grandes pasos en la taberna. El tumulto cesó como por arte de magia.

Y entonces descubrimos que estábamos arrestados. Nos interrogaban en un italiano locuaz y excitado. Ni Lou ni yo entendíamos una palabra de lo que nos decían.

El sargento salió del antro. Parecía un hombre inteligente. Comprendió enseguida que éramos ingleses.

«¿Inglese?», preguntó. «¿Inglese?», y yo repetí con fuerza: «Inglese, Signore Inglese», como si eso zanjara todo el asunto.

Los ingleses en el Continente tienen la ilusión de que el mero hecho de su nacionalidad les permite hacer cualquier cosa. Y hay mucho de verdad en esto, después de todo, porque los habitantes de Europa tienen la convicción arraigada de que todos somos lunáticos inofensivos. Así que se nos permite actuar de toda clase de maneras que ellos no tolerarían ni por un momento en ninguna persona supuestamente racional.

En el caso presente, tengo pocas dudas de que, si hubiéramos ido vestidos como nosotros mismos, nos habrían conducido cortésmente a nuestro hotel o nos habrían subido a un automóvil, sin más alboroto, quizá, que unas cuantas preguntas de rutina destinadas a impresionar a los hombres del sargento con la importancia de este.

Pero, tal como estaban las cosas, sacudió la cabeza con aire dubitativo.

«Arme vietate», dijo solemnemente, señalando los revólveres que todavía teníamos en la mano.

Intenté explicar el asunto en un italiano chapurreado. Lou hizo lo que en realidad era algo mucho más sensato: tomar el asunto como una broma estupenda y estallar en chillidos de risa histérica.

Pero en cuanto a mí, se me había subido la sangre. No iba a tolerar ninguna tontería de estos malditos italianos. Pese a la sangre romana que es legítimamente el orgullo supremo de nuestras familias más antiguas, de algún modo siempre pensamos instintivamente en el italiano como en un negro.

No los llamamos «dagos» ni «wops», como hacen en los Estados Unidos, con el invariable epíteto de «sucios»; pero tenemos el mismo sentimiento.

Empecé a tratar al sargento con altanería; y eso, desde luego, bastó de sobra para inclinar la balanza en nuestra contra.

Nos encontramos maniatados. Él dijo en un tono muy cortante que tendríamos que ir ante el Commissario.

Tuve dos impulsos contrapuestos. Uno, abatir a tiros a esos perros y escapar; el otro, desear, como un niño perdido, que apareciera Feccles y nos sacara del lío.

Por desgracia para cualquiera de los dos, me habían desarmado con mucha eficacia, y no había rastro de Feccles.

Nos llevaron en marcha a la comisaría y nos arrojaron en cuartos separados.

No puedo esperar describir la rabia hirviente que me tuvo despierto toda la noche. Me molestaban, con mal humor, los intentos de los otros hombres por mostrarse comprensivos. Creo que reconocían por instinto que me había metido en problemas sin culpa mía, y querían mostrar bondad a su manera ruda con el forastero.

Lo peor de todo el asunto era que nos habían registrado y nos habían quitado nuestro sostén, ¡el querido frasquito con tapa de oro! Podría haber logrado ponerme de humor para tomarme todo a risa, como había sucedido tan a menudo antes: y comprendí por primera vez el terrible desfallecimiento del corazón que viene de la privación.

Hasta ese momento, era solo un atisbo del horror. Tenía bastante de la sustancia dentro para aguantar un rato. Pero, aun tal como estaban las cosas, era bastante malo.

Tenía una sensación de impotencia total. Empecé a arrepentirme de haber rechazado los acercamientos de mis compañeros de prisión. Me acerqué a ellos y les expliqué que era un «Signor Inglese» con «molto danaro»; y que si alguno podía hacerme el favor de una aspirada de cocaína, como expliqué por gestos, le estaría agradecido en términos prácticos.

Me entendieron de inmediato. Se rieron con simpatía, con perfecta comprensión del caso. Pero resultó que nadie había logrado meter nada de contrabando. No había más remedio que esperar la mañana. Me acosté en un banco y me encontré presa de una irritación cada vez más aguda.

Las horas pasaban como la procesión de los herederos de Banquo ante los ojos de Macbeth; y una voz dentro de mí no dejaba de decir: «¡Macbeth ha asesinado el sueño, Macbeth no dormirá más!».

Tenía una sensación espantosamente inquietante de que algún enemigo invisible me iba acorralando. Me invadió una irritación perfectamente irracional contra Feccles, como si fuera culpa suya, y no mía, que yo estuviera en este lío.

Por extraño que les parezca, nunca dediqué un pensamiento a Lou. No me importaba nada si ella sufría o no. Mis propias sensaciones fisiológicas personales ocupaban toda mi mente.

Me llevaron ante el Commissario en cuanto llegó. Parecían reconocer que el caso era importante.

Lou ya estaba en la oficina. El Commissario no hablaba inglés, y no había ningún intérprete disponible de inmediato. Ella tenía un aspecto absolutamente miserable.

No había habido comodidades para asearse, y a la luz del día el disfraz era una parodia ridícula.

Tenía el pelo revuelto y sucio; la tez cetrina, moteada con toques de un rojo malsano. Los ojos legañosos e inyectados en sangre. Los rodeaban unas ojeras de un violeta oscuro.

Me enojé muchísimo con ella por su aspecto tan poco agraciado. Entonces se me ocurrió por primera vez que quizá yo mismo no tuviera el aspecto del Príncipe de Gales el día del Derby.

El comisario era un individuo bajo, de cuello de toro, evidentemente salido de las filas del pueblo. Tenía un sentido correspondientemente exagerado de su importancia oficial.

Habló casi sin cortesía, y parecía tomarse a mal nuestra incapacidad para entender su idioma.

En cuanto a mí, el espíritu de lucha me había abandonado por completo. Todo lo que pude hacer fue dar nuestros nombres con el tono de voz de un colegial convocado por el director, y pedir por el «Consule Inglese».

El escribiente del comisario pareció excitarse cuando oyó quiénes éramos, y habló con su superior en voz baja y rápida. Nos pidieron que escribiéramos nuestros nombres.

Pensé que esto nos estaba sacando del paso bastante bien. Estaba seguro de que el «Sir» haría el truco, y el «V.C., K.B.E.» difícilmente dejaría de impresionar.

No soy nada snob: pero, por una vez, me alegré de veras de tener algún tipo de importancia.

El escribiente salió corriendo del cuarto con el papel. Volvió al momento, radiante de pies a cabeza, y llamó la atención del comisario sobre uno de los diarios de la mañana, recorriendo las líneas con el dedo con excitación contenida.

Se me levantó el ánimo. Evidentemente algún suelto de la sección social nos había identificado.

El comisario cambió enseguida de actitud. Su nuevo tono no era exactamente comprensivo ni amistoso, pero lo atribuí al origen plebeyo del hombre.

Dijo algo sobre el «Consule» y nos hizo conducir a un cuarto exterior. El escribiente indicó que debíamos esperar allí, sin duda, la llegada del cónsul.

No fue más de media hora; pero pareció una eternidad. Lou y yo no teníamos nada que decirnos. Lo que sentíamos era un ansia ciega de alejarnos de esa gente miserable, de volver al Caligula; de darnos un baño y comer algo: y, sobre todo, de calmar los nervios con una buena dosis fuerte de heroína y unas cuantas aspiradas generosas de cocaína.

CAPÍTULO X: LA BURBUJA ESTALLA

Sentimos que nuestros problemas habían terminado cuando un inglés alto y bronceado, con pantalones de franela y un panamá, entró en el cuarto con paso despreocupado.

Nos pusimos de pie de un salto, instintivamente, pero él no nos prestó atención más allá de mirarnos con el rabillo del ojo y torcer la boca en un curioso término medio entre una sonrisa y una interrogación.

El escribiente lo hizo pasar enseguida, con una reverencia, a un cuarto interior. Esperamos y esperamos. No lograba entender en absoluto de qué podían estar hablando allí dentro durante tanto tiempo.

Pero por fin el soldado de la puerta nos hizo seña de entrar. El vicecónsul estaba sentado en un sofá, al fondo. Con la cabeza ladeada, nos lanzó una mirada aguda y fija desde sus ojos lánguidos, y se mordía la uña del pulgar con insistencia, como en un estado de extrema perplejidad nerviosa.

Me invadió un sentimiento de humillación total. Fue un sofoco febril y pasajero; y me dejó más agotado que nunca.

El commissario giró la silla hacia nuestro salvador y dijo algo que evidentemente significaba: «Por favor, abra fuego».

«Soy el vicecónsul aquí», dijo. «Entiendo que ustedes afirman ser Sir Peter y Lady Pendragon.»

«Eso es lo que somos», respondí, con un lastimoso intento de desenvoltura.

«Sabrán disculparme, estoy seguro», dijo, «si les digo que, a los ojos del funcionario italiano medio, no dan precisamente el tipo. ¿Tienen sus pasaportes?»

La mera presencia de un caballero inglés tuvo el buen efecto de recomponerme.

Dije, con más seguridad que antes, que nuestro correo había dispuesto llevarnos a ver algunos de los espectáculos de Nápoles de los que el turista corriente no sabe nada, y que, para evitar cualquier posible molestia, nos había aconsejado adoptar este disfraz, y así con el resto de la historia.

El vicecónsul sonrió, con indulgencia, según me pareció.

«Admito que tenemos cierta experiencia», dijo lentamente, «con jóvenes como ustedes que se meten en diversas clases de problemas. No se puede esperar que todo el mundo conozca todas las trampas; y además, si entiendo bien, están ustedes de luna de miel.»

Admití el hecho con una sonrisa algo avergonzada. Se me ocurrió que las parejas en luna de miel eran tradicionalmente objeto de un ridículo no exento de afecto por parte de la gente en una condición menos bienaventurada.

«Muy bien», respondió el vicecónsul. «Yo no soy casado; pero sin duda es algo muy delicioso. ¿Qué les parece Noruega?»

«¿Noruega?», dije, completamente desconcertado.

«Sí», dijo. «¿Qué les parece Noruega: el clima, el Jaz, la gente, los fiordos, los glaciares?»

Había un error enorme en alguna parte.

«¿Noruega?», dije, con una inflexión ascendente.

Estaba al borde de la histeria.

«No he estado en ese lugar en mi vida. ¡Y si se parece en algo a Nápoles, no quiero ir!»

«Este es un asunto bastante más serio de lo que usted parece suponer», replicó el cónsul. «Si no está en Noruega, ¿dónde está?»

«Pues aquí, maldita sea», repliqué con otro débil sofoco de ira.

«¿Desde cuándo, si se puede saber?», respondió.

Bueno, ahí me había agarrado. No sabía cuánto tiempo hacía que estaba fuera de Inglaterra. No habría podido decirle el día ni el mes ni aunque me fuera la vida en una apuesta.

Lou acudió en mi ayuda.

«Salimos de París hace tres semanas, mañana», dijo con bastante firmeza, aunque el tono de su voz era débil y cansado, con una corriente de fondo de irritación y angustia. Apenas reconocí los tonos ricos y plenos que me habían inundado el corazón cuando entonó aquella soberbia letanía en el «Smoking Dog».

«Pasamos un par de días aquí», dijo, «en el Museo-Palace Hotel. Desde entonces estuvimos alojados en el Caligula, en Capri; y nuestra ropa, nuestros pasaportes, nuestro dinero y todo lo demás están allí.»

No pude menos que sentirme complacido por la manera en que se puso a la altura de la crisis; su buen sentido práctico, su memoria para esos detalles que son tan importantes en los negocios, aunque el temperamento masculino los considera una molestia necesaria.

Esas son las cosas que uno necesita en un embrollo oficial.

«¿No sabe nada de italiano?», preguntó el cónsul.

«Solo unas pocas palabras», admitió ella, «aunque, desde luego, los conocimientos de francés y de latín de Sir Peter lo ayudan a entender los diarios.»

«Bueno», dijo el cónsul, levantándose con languidez, «da la casualidad de que ese es justamente el punto en cuestión.»

«Sé las palabras grandes», dije. «Son las partículas las que le dan a uno trabajo.»

«Quizá entonces ahorre molestias», dijo el cónsul, «que les ofrezca una traducción libre de este suelto del diario de esta mañana.»

Se estiró, se lo tomó al commissario, y empezó a leer con fraseo fluido y parejo.

«Inglaterra está siempre a la vanguardia cuando se trata de romance y aventura. El famoso as Sir Peter Pendragon, V.C., K.B.E., que recientemente sorprendió a Londres con su repentino casamiento con la principal belleza de la sociedad, Miss Louise Laleham, no está pasando su luna de miel de ninguna de las maneras convencionales, como cabía esperar del carácter audaz y aventurero del caballero. Ha llevado a su esposa a una temporada de escalada sin guías en el Jostedal Brae, el glaciar más grande de Noruega.»

Veía que el commissario me taladraba el alma con los ojos. En cuanto a mí, estaba absolutamente estupefacto ante la falsedad sin sentido del suelto.

«Pero, ¡santo Dios!», exclamé. «Esto es todo un completo disparate.»

«Disculpe», dijo el cónsul, con cierta severidad, «no he terminado el suelto.»

«Le ruego me perdone, señor», respondí secamente.

«Aprovechando estos hechos», siguió leyendo, «y un ligero parecido facial con Sir Peter y Lady Pendragon, dos conocidos estafadores internacionales han asumido sus personalidades y andan por Nápoles y sus alrededores, donde varios comerciantes ya han sido víctimas.»

Dejó caer el diario, se puso las manos a la espalda y me miró fijo a los ojos.

No pude sostenerle la mirada. ¡La acusación era tan absurda, tan horrible, tan inesperada! Sentí que la culpa estaba escrita en cada línea de mi cara.

Balbuceé una protesta violenta y débil a la vez. Lou conservó la cabeza mejor que yo.

«Pero por favor, esto es absurdo», protestó. «Manden a buscar a nuestro guía. Conoce a Sir Peter desde que era un muchacho en el colegio. Todo esto es vergonzoso y abominable. No entiendo cómo se permiten estas cosas.»

El cónsul parecía dudar sobre lo que debía hacer. Jugaba nerviosamente con la cadena del reloj.

Yo me había desplomado en una silla (noté que no nos habían ofrecido sillas al entrar), y toda la escena se me borró de la mente. No tenía conciencia de nada más que de un ansia apasionada de drogas. Las deseaba físicamente como nunca había deseado nada en mi vida. Las deseaba también mentalmente. Ellas, y solo ellas, me despejarían la mente de su confusión y me mostrarían la salida de este lío podrido. Las deseaba sobre todo moralmente. Me faltaba el ánimo para resistir en pie esa repentina descarga de fuego graneado.

Pero Lou se mantuvo firme con valentía. Estaba en guardia, aunque yo veía que estaba casi a punto de desmayarse por la tensión de las diversas circunstancias.

«Manden a buscar a nuestro guía, Hector Laroche», insistió.

El cónsul se encogió de hombros. «¿Pero dónde está?»

«Pues», dijo ella, «debe de estar buscándonos por toda la ciudad. Cuando llegó al Fauno Ebbrio y vio que no estábamos allí, y se enteró de lo que había pasado, debe de haberse preocupado mucho

por nosotros.»

«De hecho, no veo por qué no está aquí ahora», dijo el cónsul. «Tiene que haber sabido que ustedes estaban arrestados.»

«Quizá le haya pasado algo», sugirió Lou. «Pero eso sería realmente una coincidencia demasiado curiosa.»

«Bueno, estas cosas pasan», admitió el cónsul.

Parecía de algún modo más a gusto con ella, y mejor dispuesto, que cuando hablaba conmigo. Su belleza magnética y su evidente aristocracia no podían dejar de surtir efecto.

Me sorprendí admirándola inmensamente, de una manera del todo nueva. Nunca se me había ocurrido que pudiera estar a la altura de una situación con un aplomo tan soberbio.

«¿No quiere sentarse?», dijo el cónsul. «Estoy seguro de que debe de estar muy cansada.»

Le acercó una silla y volvió a su asiento en el sofá.

«Es un poco incómodo, ¿sabe?», prosiguió. «A decir verdad, no creo todo lo que leo en los diarios. Y hay varios puntos muy curiosos en la situación que ustedes mismos no parecen ver. Y no me molesta admitir que el hecho de que no los vean causa una impresión muy favorable.»

Hizo una pausa, se mordió el labio y se tironeó del cuello.

«Es muy difícil», continuó al fin. «Los hechos del caso, en la superficie, son innegablemente feos. Se los encuentra disfrazados en uno de los peores lugares de Nápoles, y nada menos que con armas en la mano, cosa que está *strengst verboten*, como dicen en Alemania. Por otro lado, dan ustedes una explicación de sí mismos que los presenta como unos tontos tan rematados, si me perdonan la franqueza de la expresión, que dice muchísimo de su inocencia; y no cabe duda de que son británicos», sonrió amablemente, «y creo que debo hacer lo que pueda por ustedes. Discúlpenme mientras hablo con mi amigo aquí presente.»

Lou se volvió hacia mí con una sonrisa triunfal; una de sus viejas sonrisas orgullosas, salvo que estaba arrancada, por así decirlo, del corazón de una agonía indecible.

Mientras tanto, el *commissario* gesticulaba y le gritaba al cónsul, que respondía con igual volubilidad pero con una languidez al parecer insuperable.

Entonces la conversación se cortó de golpe. Los dos hombres se pusieron de pie.

«Lo he arreglado con mi amigo aquí presente sobre la base de su experiencia con el audaz y malvado turista británico. Vendrán conmigo al consulado bajo la protección de dos de sus hombres», sonrió con sarcasmo, «no sea que se metan en más problemas. Pueden recuperar sus cosas, salvo las armas, que están prohibidas.»

¡Qué poco sabía la oleada de alegría que nos recorrió con esa última observación!

«Mandaré a uno de mis empleados con ustedes a Capri», dijo, «y recogerán sus pasaportes y su dinero y lo que necesiten, y volverán a verme enseguida para poner la situación sobre una base más regular.»

Recogimos nuestras cosas de manos del sargento y pusimos excusas para una desaparición momentánea.

¡Por Dios, cómo la necesitábamos!

Cinco minutos después éramos casi nosotros mismos otra vez. Veíamos todo el asunto como una enorme broma, y le contagiamos nuestro buen humor a nuestro acompañante. Él lo atribuyó, sin duda, a nuestras perspectivas de salir del aprieto.

Lou parloteó todo el camino sobre la vida en Londres, y yo conté la historia de nuestra fuga (salvo la parte de la nieve). Él se descongeló por completo. Nuestra confianza lo había tranquilizado.

Nos dimos la mano entre risas cordiales de todos cuando salimos bajo la guía de un italiano muy expeditivo, que hablaba bien inglés.

Tomamos el barco a Capri con tiempo de sobra, y agasajamos al empleado del cónsul con toda clase de anécdotas divertidas. Él estaba muy complacido de que lo trataran con tanta familiaridad.

Subimos a la Piazza en el funicular casi con la sensación de ir volando. Había sido un lío de mil demonios; pero cinco minutos más lo verían terminado. Y, a pesar de mi exaltación, me hice el voto de no volver a hacer nunca algo tan tonto.

Desde luego, era evidente lo que le había pasado a Feccles. De algún modo no se había enterado de nuestro arresto, y estaba esperando en el hotel, con impaciente ansiedad, nuestro regreso.

Al mismo tiempo, era bastante ridículo, con ese disfraz y a plena luz del día, tener que pedirle la llave al portero.

No lograba entender en absoluto su mirada de genuina sorpresa. No era simplemente una cuestión de ropa: lo sentí en los huesos. Y ahí estaba el gerente, haciendo reverencias y zalamerías como un mono. Parecía haber perdido el dominio de sí. El torrente de sus palabras de bienvenida corría por un lecho muy accidentado.

Durante un momento no pude captar realmente lo que decía, pero no había forma de confundir el sentido de su frase final.

«Estoy tan encantado de que haya cambiado de idea, Sir Peter, pero estaba seguro de que nunca soportaría dejar Capri tan pronto. ¡Nuestra hermosa Capri!»

¿De qué diablos hablaba el tipo? ¿Cambiar de idea? ¡Lo que yo quería era cambiarme de ropa!

El empleado del cónsul dio unas rápidas explicaciones en italiano, y casi me saltó a la vista observar la cara del gerente cuando levantó los ojos y vio a los dos evidentes detectives en la puerta.

«No entiendo», dijo con súbita ansiedad. «No entiendo esto en absoluto», y fue apresurado hasta su escritorio.

«¿Dónde está nuestro guía?», exclamó Lou. «Es él quien tiene que explicarlo todo.»

El gerente se puso violentamente solemne.

«Milady tiene sin duda razón», estalló.

Pero las palabras convencionales no ocultaban el hecho de que su actitud mental era la de un hombre que de pronto ha caído por una trampilla a un sótano lleno de algo con púas.

«Aquí hay algún error», prosiguió. «Déjeme ver.»

Llamó en italiano a la muchacha del mostrador. Ella hurgó en un cajón y sacó un telegrama.

Él me lo entregó. Estaba dirigido a Laroche.

«Ugente negosio obliga partir para Roma noche. Pague cuenta empaque reúnase conmigo Museo Palace Hotel Nápls a tienpo para tomar tren mediodia. Pendragon.»

Las palabras estaban casi todas mal escritas; pero el sentido era bastante claro. Alguien debía de estar gastando una broma pesada. Probablemente aquel suelto del diario formaba parte de la misma idea. Así que supuse que Laroche estaba en el hotel de Nápoles preguntándose por qué no aparecíamos.

«¿Pero dónde está nuestro equipaje?», exclamó Lou.

«Pues», dijo el gerente, «el guía de milady pagó la cuenta como de costumbre. Los criados lo ayudaron a empacar el equipaje, y él apenas alcanzó a tomar el barco de la mañana.»

«¿Pero a qué hora fue esto?», exclamó Lou, y examinó detenidamente el telegrama.

Debía de haberse recibido a los pocos minutos de que saliéramos del hotel.

La muchacha entregó otro telegrama dirigido al gerente.

«Sir Petre i Lady Pendragom espresan su pesar por aber tenido que partir tan de repennte i sienpre guardarán el más calido recuedro de los felices días que pasaron en el Caligula i esperan bolver en la primera oportunida posibble. Guía se ocupará de los detayes de negosio.»

De pronto se me hizo la luz de que había una pizca de verdad incrustada en esta fantástica mezcolanza. El guía se había ocupado de los detalles de negocio con una eficiencia digna de las mejores tradiciones de la profesión.

La cosa pareció hundirse en la mente de Lou como en la de una persona que ve la solución de un problema de ajedrez. Tenía la cara completamente blanca de una ira fría y concentrada.

«Debe de habernos vigilado en París», dijo. «Debe de haber sabido que habíamos gastado el dinero que íbamos a poner en su estafa, y decidió que lo mejor que podía hacer era quedarse con las joyas y el resto del efectivo.»

Se sentó de repente, desplomada, y se echó a llorar. Aquello se convirtió en un violento ataque de histeria, que llegó a ser tan alarmante que el gerente mandó a buscar al médico más cercano.

Un corrillo de criados y uno o dos huéspedes se habían reunido en el atrio del hotel. El portero de la entrada se había convertido en el hombre del momento.

«Pero claro», anunció triunfalmente en un inglés chapurreado. «El señor Laroche, él se fue esta mañana en el barco de las siete. Yo creo que ustedes nunca lo atrapan.»

Los sucesos de las últimas horas me habían llevado a mi segundo aliento, por así decirlo. Me volví hacia el empleado del cónsul; y hablé. Pero mi voz parecía salir no tanto de mí como del animal que hay dentro de mí; el Pendragon original, si ustedes me entienden; la criatura de instintos ciegos y con un aparato automático de pensamiento.

«Ya ve cómo están las cosas», me oí decir, «sin pasaportes, sin dinero, sin ropa: ¡sin nada!»

Hablaba de mí mismo en tercera persona. Todo el proceso de la vida y la acción humanas se había detenido automáticamente en lo que al hotel se refería. El corrillo de chismosos parlanchines era como un enjambre de mosquitos.

El empleado del cónsul había captado la situación con bastante claridad; pero yo veía que los detectives se habían vuelto sumamente suspicaces. Se morían de ganas de arrestarme en el acto.

El empleado discutió con ellos con locuacidad durante un tiempo interminable. El gerente parecía el hombre más incómodo de Capri. Protestaba en silencio ante el cielo, ya que no había nadie en la tierra que lo escuchara.

La situación volvió a ponerse en marcha con la reaparición de Lou del brazo de una mucama, seguida por el médico, que tenía el aire de un hombre que una vez más se ha enfrentado en combate abierto con el Rey de los Terrores y le ha sacado el relleno a golpes.

Lou estaba muy temblorosa, palidecía y se sonrojaba alternadamente. La odié. Era ella la que me había metido en todo este lío.

«Bueno», dijo el empleado, «simplemente tenemos que volver al consulado y explicar lo que ha pasado. No se aflija, Lady Pendragon», dijo. «No cabe la menor duda de que a este hombre lo atraparán en muy pocas horas, y usted recuperará todas sus cosas.»

Desde luego, yo tenía el sentido suficiente para saber que no creía una palabra de lo que decía. El proverbio «Para atrapar a un ladrón, pon a otro ladrón» no se aplica a Italia. Si valiera la pena robar a un ladrón, sería otra historia.

No había barco de vuelta a Nápoles esa noche. No había nada que hacer salvo esperar a la mañana. El gerente se mostró sumamente comprensivo. Nos consiguió algo de ropa, si no exactamente la que acostumbrábamos usar, al menos mejor que las cosas horribles que llevábamos puestas. Encargó una cena especial con mucho champán, y la sirvió en la mejor suite de la casa menos una.

Su instintivo tacto italiano le dijo que no nos pusiera en las habitaciones que habíamos tenido antes.

Se asomaba de tanto en tanto con una palabra alegre para ver cómo estábamos, y para asegurarnos que se habían hecho gestiones telegráficas para atrapar al señor Laroche Feccles.

Logramos emborracharnos bastante en el curso de la velada; pero no hubo euforia. El golpe había sido demasiado grande, el desengaño demasiado repugnante. Sobre todo, estaba la ausencia completa de lo que, después de todo, había sido el resorte principal de nuestras vidas: nuestro amor del uno por el otro.

Había desaparecido, como si lo hubieran empacado con nuestro equipaje. El único acercamiento a una comunión afectiva entre nosotros fue cuando Lou, práctica hasta el final, sacó nuestra lastimosamente pequeña provisión de heroína y cocaína.

«Es todo lo que tenemos», susurró con angustia del alma, «hasta Dios sabe cuándo.»

Teníamos además un miedo atroz de que nos la quitaran. Nos roía una ansiedad feroz por el desenlace de nuestro asunto con la policía. Hasta dudábamos de que el cónsul no se volviera contra nosotros y rechazara nuestra historia como una sarta de evidentes falsedades.

La mañana estaba fría. Temblábamos por la reacción. Nuestro sueño había sido pesado, aunque entrecortado, y poblado de sueños abominables.

Ni siquiera pudimos quedarnos en cubierta. Hacía demasiado frío, y el mar estaba picado. Bajamos al camarote, y tiritamos, y nos mareamos.

Cuando llegamos al consulado éramos ruinas físicas. Sin embargo, nos esperaba un golpe de suerte. Habían encontrado nuestro equipaje en un hotel de Sorrento. Todo lo vendible, desde luego, había sido sustraído por el ingenioso señor Feccles, incluida nuestra provisión de droga.

Pero al menos teníamos nuestros pasaportes, y algo de ropa que ponernos; y el hallazgo del equipaje en sí, desde luego, confirmaba nuestra historia.

El cónsul fue sumamente amable, y volvió él mismo con nosotros a ver al *commissario*, que nos despidió con bastante cordialidad, evidentemente confirmado en su convicción de que todos los ingleses estaban locos, y de que nosotros en particular deberíamos viajar, si es que teníamos que viajar, en un cochecito de bebé.

Tardaron tres días en girarnos dinero por telégrafo desde Inglaterra. Era absolutamente humillante caminar por Nápoles. Sentíamos que nos señalaban como el número cómico de una película de muy baja categoría.

Pedimos prestado dinero suficiente para ir tirando, y, desde luego, solo teníamos un uso para él. Nos quedábamos en nuestra habitación de un hotelito poco frecuentado por ingleses, y salíamos arrastrándonos de noche a tratar de comprar drogas.

Eso solo ya es una sórdida epopeya de aventuras y desventuras. La clase más baja de los llamados guías era nuestra compañía constante. Cansados de espíritu, nos arrastrábamos de una calle sucia y dudosa a otra; celebrábamos largas conferencias en voz baja con la humanidad de tipo carroñero, y la mitad de las veces comprábamos diversos polvos inofensivos a un precio exorbitante, y eso con riesgo de chantaje y de otras cosas posiblemente peores.

Pero la necesidad de la sustancia nos empujaba implacablemente. Por fin encontramos un vendedor honrado, y conseguimos una pequeña provisión de la genuina. Pero aun así no parecíamos reponernos. Incluso las dosis grandes apenas hacían más que devolvernos a nuestro estado normal, con lo cual quiero decir a nuestro yo de antes de la droga. Éramos como Europa después de la guerra.

Lo peor y lo mejor que pudimos hacer fue llegar a estar completamente asqueados de nosotros mismos, del otro, de Nápoles y de la vida en general.

El espíritu de aventura estaba muerto, tan muerto como el espíritu del amor. Después de un muy buen almuerzo en el Gambrinus, tuvimos el coraje moral justo para decidirnos a salir de toda esa atmósfera inmunda.

Nuestro amor se había vuelto un aferrarse mutuo, como el de dos personas que se ahogan. Nos dimos la mano sobre el juramento definitivo de volver a Inglaterra, y de volver lo más rápido que pudiéramos.

Creo que podría haber fallado incluso en eso. Pero una vez más Lou me sacó adelante. Subimos a una *vettura* y sacamos los pasajes en el acto.

Volvíamos a Londres con la cola entre las patas, ¡pero volvíamos a Londres!

LIBRO II: INFERNO

CAPÍTULO I: RACIONES ESCASAS

17 de agosto

Estamos en el Savoy. Cockie ha ido a ver a su abogado. Tiene un aspecto tremendamente malo, pobre muchacho. Siente la deshonra de haberse dejado engañar por ese Feccles. ¿Pero cómo iba a saberlo?

En realidad fue todo culpa mía. Yo debería haber tenido un presentimiento.

Yo misma me siento pésimo. Londres está espantosamente caluroso; mucho más caluroso que Italia. Quiero ir a vivir a Barley Grange. No, no quiero; lo que quiero es volver a donde estábamos. Queda espantosamente poca H. Hay mucha C.; solo que uno necesita tanta.

Me pregunto si esta será la sustancia correcta. El efecto no es el que solía ser. Al principio todo iba tan rápido. Ya no.

Le llena a una mucho la mente; alarga los detalles; pero no le hace a una pensar y hablar y actuar con [ilegible en la fuente] nos hemos agotado.

Supongamos que le sugiero a Cockie que lo dejemos por una semana y recuperemos nuestras fuerzas físicas y empecemos de nuevo.

Bien puedo telefonear a Gretel y arreglar una provisión realmente grande. Si vamos a vivir en Barley Grange, tendremos que ser unos glotones de cocaína y hacer una buena reserva. No habría ninguna posibilidad de conseguirla allá abajo; y además hay que tomar precauciones…

¡Maldito agosto! Desde luego Gretel está fuera de la ciudad, en Suiza, dijo el mayordomo. No saben cuándo volverá. Me pregunto cuándo se reúne el Parlamento…

Cockie volvió a almorzar con una cara muy larga. El señor Wolfe le dio un buen sermón sobre el dinero. Bueno, eso está perfectamente bien. Habíamos llevado un tren de vida desenfrenado.

Cockie quería llevarme a comprarme joyas para reemplazar las que nos robaron; pero no lo dejé, salvo un reloj nuevo y un anillo de bodas.

Tengo una sensación horrible con eso. Da una mala suerte espantosa perder el anillo de bodas. Siento como si el nuevo no me perteneciera en absoluto.

Tuvimos una larga charla sobre la ausencia de Gretel. Probamos uno o dos lugares, pero no quisieron darnos nada. Ojalá Cockie hubiera sacado su diploma.

Los diarios son repugnantes. Es la temporada boba, no cabe duda. Cada vez que uno toma uno, hay algo sobre la cocaína. Ese viejo tonto de Platt está en pie de guerra. Quiere «despertar a la opinión pública ante el espantoso peligro que amenaza a los hombres y las mujeres de Inglaterra».

Un diario publicaba un largo discurso suyo completo. Dice que es un complot de los alemanes para desquitarse de nosotros.

Desde luego, yo solo soy una mujer y todo eso; pero a mí me suena bastante raro.

Fuimos a tomar el té con Mabel Black. Todo el mundo hablaba de drogas. Todo el mundo parecía quererlas; sin embargo Lord Landsend acababa de volver de Alemania y dijo que allí se podía comprar muy fácilmente, pero nadie parecía quererla.

¿Entonces todo el pueblo alemán está en una conspiración silenciosa para destruirnos? Nunca les di mucho crédito a todas esas historias sobre la astucia infernal del huno.

Oímos hablar mucho del tráfico clandestino, de todos modos, y creo que deberíamos poder conseguirla con bastante facilidad...

No sé qué nos pasa a los dos. Nos hizo un poco mejor encontrarnos con la vieja pandilla, y pensamos que lo íbamos a celebrar.

No resultó.

Tuvimos una cena maravillosa: y entonces pasó una cosa horrible, la cosa más horrible de mi vida. ¡Cockie quería ir a un espectáculo! Me podrían haber pegado en la cabeza con un atizador. Ya no lo atraigo; ¡y yo lo quiero tanto!

Fue a la boletería a ver lo de las entradas, y mientras no estaba (esto fue lo realmente horrible) me encontré simplemente diciéndome a mí misma: «Lo quiero tanto».

El amor está muerto. Y sin embargo eso no es verdad. Lo amo con todo mi corazón y toda mi alma; y sin embargo, de algún modo, no puedo. Quiero poder amar hasta que vuelva. ¡Ay, de qué sirve hablar de eso!

Sé que lo amo, y sin embargo sé que no puedo amar a nadie.

Tomé un montón de cocaína. Embotó lo que sentía. Pude imaginar que lo amaba.

Fuimos al espectáculo. Era tremendamente estúpido. Estuve pensando todo el tiempo en cuánto quería amar, y en cuánto quería droga, y en cuánto quería dejar la droga para que la droga me hiciera algún bien.

No podía sentir de verdad. Era una sensación sorda y ciega de malestar. Estaba tremendamente nerviosa, además. Me sentía como si de algún modo estuviera atrapada en una trampa; como si hubiera entrado en la casa equivocada por error y no pudiera volver a salir. No sabía qué podía haber detrás de todas esas puertas; y estaba completamente sola. Cockie estaba ahí: pero no podía hacer nada para ayudarme. No podía llamarlo. El lazo entre nosotros estaba roto.

Y sin embargo, aparte de todo el miedo que tenía por mí misma, había un miedo todavía más hondo por él. Hay algo en mí que lo ama, algo más hondo que la vida; pero no quiere hablarme.

Pasé el espectáculo como dentro de una pesadilla. Me aferraba desesperadamente a él; y él no parecía entenderme a mí ni a mi necesidad. Éramos extraños.

Creo que él se sentía bastante bien. Hablaba de un modo encantador, ligero, familiar; pero cada sonrisa era un insulto, cada caricia era una puñalada.

Volvimos al Savoy, absolutamente agotados y desdichados. Seguimos tomando H. y C. toda la noche; no podíamos dormir, hablábamos de las drogas. Fue solo una larga discusión sobre cómo

tomarlas. Sentíamos que de algún modo lo estábamos haciendo mal.

Yo había estado tan orgullosa de sus conocimientos médicos, y sin embargo no parecían arrojar ninguna luz.

Parece que en los libros de medicina hablan de lo que llaman «virginidad ante la droga». La cuestión era recuperarla; y según los libros la única manera de hacerlo es no tomar nada durante mucho tiempo.

Él dijo que en realidad era exactamente igual que cualquier otro apetito. Si uno almuerza mucho, no puede esperar tener hambre a la hora del té.

¿Pero entonces qué hace una mientras tanto?

18 de agosto

Nos quedamos en la cama hasta muy tarde. No parecía echar de menos el sueño; pero estaba demasiado débil para levantarme.

Tuvimos que reanimarnos de la manera habitual, y arreglárnoslas para bajar a almorzar.

Londres está completamente vacío y terriblemente aburrido. Nos encontramos con Mabel Black por casualidad paseando por Bond Street. Tiene un aspecto espantosamente enfermo. Veo que se droga demasiado. Desde luego, su problema es que no tiene un hombre. Tiene un montón de hombres alrededor. Podría casarse el día que quisiera.

Hablamos un poco de eso. No tiene energía, dijo, y la idea de los hombres le da asco.

Usa las botas más maravillosas. Tiene un par nuevo casi todos los días, y casi nunca se pone dos veces el mismo par. Creo que está un poquito loca…

Londres parece distinto de algún modo. Antes me interesaba cada pequeño detalle gracioso. Quiero volver a ser yo misma. Las drogas me ayudan a llegar casi hasta ahí; pero siempre queda una pequeña esquina por doblar, y nunca le hacen doblarla a una…

19 de agosto

Volvimos de Bond Street aburridos y aturdidos. Nos quedamos dormidos inesperadamente; y cuando despertamos era esta mañana. No entiendo por qué un sueño largo como ese no la refresca a una. Estamos los dos absolutamente rendidos.

Cockie dijo que una comida nos iba a componer, y pidió por teléfono el desayuno en la cama. Pero cuando llegó, ninguno de los dos pudo comerlo.

Me acuerdo de lo que dijo Haidée sobre la vida espiritual. Nos estaban preparando para ocupar nuestro lugar en el nuevo orden de la Humanidad. Está perfectamente bien que uno tenga que soportar cierta dosis de malestar. No se podía esperar otra cosa. Es el modo de la naturaleza…

Nos levantamos con cinco o seis tomas de heroína. No sirve de nada tomar cocaína a menos que uno ya se sienta bastante bien…

La provisión es realmente muy pequeña. Al diablo con esta tonta costumbre de las vacaciones. De veras no es justo que Gretel nos deje en la estacada así.

Fuimos al Café Wisteria. Alguien nos presentó a alguien que dijo que podía conseguir toda la que quisiera.

Pero ahora había una molestia nueva. A la policía le resulta engorroso y peligroso ocuparse de la ola de delitos. Además están demasiado ocupados haciendo cumplir reglamentos. Inglaterra es completamente distinta desde la guerra. Uno nunca sabe a qué atenerse. Nadie se interesa por la política como antes, y nadie se preocupa ya de las grandes ideas.

A mí me enseñaron sobre la Carta Magna y la libertad del individuo, y la libertad que se ensancha lentamente de precedente en precedente, y así sucesivamente.

Toda clase de estúpidas intromisiones en los derechos del ciudadano se aprueban delante de nuestras narices sin que sepamos de qué se trata. Por lo que sé, puede ser un delito usar un sombrero verde con un vestido rosa.

Bueno, sería un crimen; pero no creo que sea asunto de la policía.

El otro día leí en un diario que un comité de gente de Filadelfia había decidido que una falda debe quedar a no menos de siete pulgadas y media del suelo, o a no más. No sé cuál de las dos y no sé por qué. En todo caso, el resultado neto es que el precio de la cocaína ha subido de una libra la onza a lo que uno quiera pagar. Así que desde luego todo el mundo la quiere, la quiera o no, y cualquiera que no fuese miembro del Parlamento sabría que si a un hombre se le ofrece veinte o treinta veces lo que una cosa vale en sí, se tomará mucho trabajo para hacer que uno quiera comprarla…

Bueno, descubrimos que ese hombre era un farsante. Trató de vendernos paquetes de nieve en la oscuridad. Trató de impedir que Cockie examinara la sustancia fingiendo tenerle miedo a la policía.

Pero dio la casualidad de que el fuerte de Cockie era la química. Era el hombre equivocado para intentar venderle bórax en polvo a una guinea el pase. Le dijo al hombre que prefería las Píldoras Beecham.

Lo que me encanta de Cockie es lo ingenioso que es al hablar. Pero de algún modo u otro los destellos no vienen como antes; no tan seguido, quiero decir. Además de lo cual, parece hacer sus chistes para sí mismo.

La mayor parte del tiempo no entiendo lo que quiere decir. Habla mucho solo, por otra parte. Siento una repulsión absoluta.

No sé por qué será. La menor cosa me irrita absurdamente. Creo que es porque cada incidente, aun las cosas agradables, distrae mi mente de lo único que importa: cómo conseguir una provisión e irnos a Kent y descansar un poco y pasarla realmente bien como el mes pasado. Estoy segura de que el amor volvería si lo hiciéramos, y el amor es lo único que cuenta en este mundo o en el otro.

Siento que está a la vuelta de la esquina; pero errar por poco es lo mismo que errar por mucho. Lo hace de algún modo peor estar tan cerca y sin embargo tan lejos…

Se me acaba de ocurrir una cosa muy curiosa. Hay algo en la mente de una que le impide pensar en lo que una quiere.

Fue perfectamente tonto de nuestra parte andar buscando droga por todo Londres y mezclarnos con una gentuza como hicimos en Nápoles. Hasta esta noche no se nos ocurrió que lo único que

teníamos que hacer era ir a ver a King Lamus. Él nos daría todo lo que necesitáramos al precio adecuado. [ilegible en la fuente] salvo en un arrebato que yo sabía que no significaba nada…

Fuimos al estudio en un taxi. ¡Maldita suerte, había salido! Había allí una muchacha, una mujer alta y flaca con una cara blanca como una cuña. Le dejamos caer varias insinuaciones: pero no picó, y por desdichados que estuviéramos, no queríamos estropear el mercado diciéndoselo directamente.

Lamus estaría allí por la mañana, dijo ella.

Dijimos que estaríamos allí a las once.

Volvimos. Pasamos una noche pésima economizando. No nos atrevíamos a decirnos lo que realmente temíamos: que de algún modo pudiera dejarnos en la estacada…

No puedo dormir. Cockie está acostado despierto con los ojos muy abiertos, mirando el techo. No mueve un músculo. Me enloquece que no se interese por mí. Pero después de todo, yo no me intereso por él. Estoy tan inquieta como el judío errante. Al mismo tiempo, no puedo concentrarme en nada. Sigo garabateando estas cosas en mi diario. Me alivia de algún modo escribir lo que siento.

Lo que es tan absolutamente condenable es que entiendo lo que estoy haciendo. Esta basura quejosa y divagante es el sustituto que ha ocupado el lugar del amor.

¿Qué he hecho para perder el amor? Me siento como si me hubiera muerto y me hubieran olvidado en algún lugar inmundo donde no hubiera nada más que hambre y sed. Ya nada significa nada salvo la droga, y la droga misma no significa en realidad nada vital.

20 de agosto

¡Estoy tan cansada, tan cansada, tan cansada!…

Mi presentimiento sobre Lamus era acertado. Hubo una escena muy desagradable. Los dos estábamos tremendamente desdichados cuando llegamos allí. (No puedo calentarme las manos y los pies, y algo anda mal en mi letra.)

Peter Pan creyó que lo mejor era recordarle en tono jocoso su observación de que viniéramos cuando lo necesitáramos, y después sacó el tema de lo que necesitábamos.

Pero él nos sacó brutalmente las palabras de la boca.

«No necesitan decirme lo que necesitan», dijo. «La carencia es demasiado evidente.»

Lo dijo de un modo neutro para que no pudiéramos ofendernos; pero supimos por instinto que quería decir sesos.

Sin embargo, Peter se mantuvo en sus trece, como el diablillo valiente que es. Por eso lo quiero.

«Ah, sí, heroína», dijo Lamus; «cocaína. Lamentamos muchísimo no tener por el momento.»

El bruto parecía no darse cuenta de nuestra angustia. Hizo una imitación de un jefe de sección de tienda que se disculpa.

«Pero permítanme mostrarles nuestras últimas novedades en morfina.»

Cockie y yo nos miramos con desaliento. La morfina sin duda sería mejor que nada. Y entonces, si ustedes quieren, la bestia sacó de una biblioteca giratoria una revista de tapa azul y leyó en voz alta un largo poema. Su entonación era tan dramática, pintaba un cuadro tan vívido, que nos quedamos hechizados. Parecía como si nos hubiera retorcido unas largas tenazas en las entrañas y estuviera tironeando de ellas. Me dio los versos cuando terminó.

«Debería pegarlos», dijo, «en su Diario Mágico.»

Así que lo he hecho. Apenas sé por qué. Hay una especie de placer en torturarse uno mismo. ¿Es eso?

¡Sed!
No la sed de la garganta,
aunque esa sea la más feroz y la peor
de las punzadas del cuerpo (la que hirió
por sí sola el corazón de Cristo,
arrancando el único grito salvaje,
«¡Tengo sed!», de Su agonía,
mientras los soldados bebían y jugaban a los dados):
no la sed benigna
que llama al obrero al vino;
no la sed del cuerpo
(aunque sea frenesí maldito)
cuando la boca está llena de arena,
y los ojos pegados, y los oídos
engañan al alma hasta que oye
agua, agua al alcance,
cuando un hombre se clava las uñas
en el pecho, y bebe la sangre
que ya se cuaja y se corrompe
antes de que su lengua roce el caudal,
cuando el sol es un demonio vivo
que vomita tinas de maldad,
y la luna y la noche no hacen sino burlarse
del desdichado en su roca estéril,
y la cúpula del cielo, de alto arco,
como su boca, está árida y reseca,
y las cavernas de su corazón, de alta bóveda,
están ahogadas de arena alcalina.

¡Esto no! sino una sed sin mapa;
cuerpo y alma por igual
vueltos traidores de negro corazón,
buscando un lugar donde golpear
en una víctima ya afinada
en un solo vasto acorde de herida;

cada hueso por separado
frío, un gemido encarnado
destilado del esperma helado
del gusano implacable del Infierno;
cada gota del río
de sangre en llamas y temblorosa
de un veneno secreto y agrio,
con un súbito espasmo al final
como ciertas dagas dentadas.
(Con ojos inyectados, de vidrio opaco,
el malayo que aúlla se tambalea
por su aldea espantada.)
Así la sangre retuerce su dolor
sardónica por corazón y cerebro.
Cada nervio por separado
despierto y alerta, sobre una curva
cuya asíntota se llama «nunca»
en un hiperbólico «¡para siempre!».
Una serpiente mordida y ardiente
que hinca su veneno dentro de sí,
como si pudiera servir para aplacar
el dolor por la décima parte de un minuto.
¡Despierto, despierto para siempre!
Despierto como nunca se está
mientras el sueño es un fin posible,
despierto en el vacío, el abismo
cuya sed es un eco de esta
que martiriza, por los siglos de los siglos
(por los siglos de los siglos, ¡Amén!),
al hombre que vacila y cede,
por el «mes y una hora» del proverbio,
al señuelo de los campos estrellados de nieve
donde florece la amapola del opio.

¡Solo el pinchazo de una aguja
cargada en un pozo de hechicero!
¿Basta esto para arrancar con halagos
un alma del cielo al infierno?
¿Fue destetado el espíritu del hombre
del miedo a sus fantasmas y sus dioses
para arrastrarse a los pies de un demonio?
¿Es tan terrible la desventaja:
el heredero de siglos de maravilla,
la corona de la tierra por una hora,

el amo de la marea y del trueno
contra el jugo de una flor?
¡Sí! en el estruendo y el fragor
de todos los ejércitos del pecado,
esta es la única batalla
que jamás se le vio ganar.

Esclavo de la sed (no la sed
tal como aquí se escribe débilmente,
no la sed en el cerebro de negra mordedura,
en el alma herida aún más dolorosamente)!
¡No se atreve uno a pensar en lo peor!
Más allá del furioso y delirante
infierno del ansia física
yace, en el cerebro entumecido,
al fin del tiempo y del espacio,
un abismo sin medida, sin sondear:
¡la guarida de un rostro!

Es ella, ella, la que me halló
en la luna de miel de la morfina;
con seda y acero me ató,
en su leche venenosa me ahogó,
aun ahora sus brazos me rodean,
sofocándome en el desmayo
que todavía (¡pero ay, qué rara vez!)
llega con la estocada de la aguja;
mira fija y de frente,
sin necesidad de acariciar y engatusar
a su esclavo jadeante por un beso,
ella, cuyo horror es el de aquel
que sabe que ese vientre de víbora,
moteado y listado de negro
sobre sus escamas de ámbar herrumbroso,
es su tumba:
el potro tenso y gimiente
en que él se lamenta, ¡se lamenta!

Su cúpula craneana es abovedada,
sus locos ojos mongoles
sesgados con los éxtasis
de cosas inmunes, exaltadas
muy por encima de estrellas y cielos,
hendijas de ámbar y azabache;
su hocico, apuntado a la presa,
carnoso y pesado y grosero,

bestial, quebrado de través,
y debajo su boca que gotea
sangre de los labios
que ocultan los colmillos de una serpiente,
gotea sobre ubres venenosas,
flancos montañosos que se agitan,
y el espíritu enferma y se estremece
ante el atisbo de algo peor todavía.

¡Olya! el cebo dorado
erizado de dolor infinito,
fatal, fanática pareja
de un cuerpo y un cerebro envenenados.
Olya, el nombre que mira de reojo
su anhelo lascivo y su bellaquería,
susurra en oídos que enloquecen
el hechizo secreto de su esclavitud.
Horror intenso, en verdad,
seducción cada vez más intensa,
que mece el humo de los sentidos
desde el cuenco de un incensario que arde sin llama.
Detrás de mí, detrás y arriba,
está de pie, ese espejo del amor.
Sus dedos son de junturas flexibles;
sus uñas, pulidas y en punta,
rematadas con espuelas de oro:
con ellas espolea el cerebro.
Su lujuria es crítica, fría;
y sus mejillas chinas están pálidas
mientras escarba con delicadeza, profana,
con sus labios de pulpo, y los dientes
mellados y negros debajo,
pulpa y sangre de una uña.

Un rápido pinchazo bastaba
en días pasados para invocarla:
era el amor encarnado
en las horas en que la desperté por primera vez.
Poco a poco descubrí
su verdad, despojada de ropas,
amarga más allá de todo límite,
leprosa más allá de todo asco.
Negras, la peste del pozo,
sus pústulas supuran a la vista,
besos cancerosos que mordían

mientras el áspid la acariciaba.
Dragón de señuelo y pavor,
tigre de furia y lujuria,
lo vivo encadenado a lo muerto,
el limo vivo en el polvo,
vergüenza descarada como una llama,
una orgía de polución preñada
con un odio más allá de meta o de nombre:
¡orgasmo, muerte, disolución!
¿Sabéis ahora por qué sus ojos
se vidrian tan espantosamente al contemplar
terrores e infamias
como flores inmundas que se abren?
Risa viuda de sosiego,
agonía vedada a la tristeza,
muerte despojada de paz,
¿no es ella la locura?

Me espera, mirando de reojo con pereza,
mientras una luna va asesinando a otra luna;
la luna de su triunfo se acerca;
pronto me tendrá por entero.

Y vosotros, los otros, los puritanos,
que os librasteis del ansia de morfina,
gritad desprecio si os llamo hermanos,
torced el labio ante mi delirio de maníaco,
necios, siete veces engañados,
¿no la habéis conocido? ¡Bien!
Nunca hizo falta que sonriera
para arrastraros al infierno.
La morfina no es más que una
chispa de su fuego secular.
Ella es el sol único,
¡tipo de todo deseo!
Todo lo que quisierais, lo sois,
y esa es la corona de un ansia.
Sois esclavos de la estrella Ajenjo.
Analizada, la razón es delirio.
El sentimiento, examinado, es dolor.
¡Qué cielo sería esperar una duda de ello!
La vida es angustia, demente;
y la muerte es... ¡no una salida!

«Olya» también me recuerda a mí misma. Tengo un deseo morboso de ser un monstruo imposible de crueldad y de maldad.

Lamus me lo había dicho hace mucho. Dijo que era el fantasma que resumía mi anhelo de «volver al tipo». *La nostalgie de la boue*.

Cockie perdió toda su dignidad. Suplicó por un solo pase. En realidad no estábamos tan mal, pero la descripción de la sed en ese poema horrible nos había dado sed.

«Mi querido amigo», dijo Lamus muy brutalmente. «Yo no soy un vendedor de droga. Se ha equivocado de tienda.»

Cockie tenía la cabeza caída y los ojos vidriosos. Pero la necesidad de droga lo empujaba desesperadamente a probar todas las artimañas.

«Al diablo con todo», dijo con un pequeño destello de ánimo. «Usted nos alentó a seguir.»

«Desde luego», admitió Lamus, «y ahora los aliento a parar.»

«Yo creía que usted creía en hacer lo que a uno le gusta; siempre lo está diciendo.»

«Le ruego me disculpe», fue la réplica cortante. [ilegible en la fuente]

«Pero necesitamos la sustancia», suplicó Peter. «Tenemos que tenerla. ¿Por qué nos indujo a tomarla?»

«Pues», rió sutilmente, «es mi voluntad querer que ustedes hagan su voluntad.»

«Sí, y yo quiero la sustancia.»

«Agudo psicólogo como es usted, Sir Peter, no ha captado lo que quiero decir. Me temo que me expreso mal.»

Cockie hervía por dentro, pero estaba tan débil y desfallecido que era como un cordero. Yo misma habría matado a Lamus si hubiera tenido los medios. Sentía que nos estaba torturando deliberadamente para su propio disfrute.

«Ah, ya veo», dijo Cockie, «me olvidé de lo que usted era. ¿Cuál es su precio?»

El insulto a quemarropa ni siquiera lo hizo sonreír. Se volvió hacia la muchacha alta que estaba en el escritorio, corrigiendo pruebas.

«Observa la reacción característica», le dijo, como si fuéramos un par de conejos que estuviera vivi- [ilegible en la fuente] disculpa.

«Traten de captar alguna idea de lo que estoy diciendo», dijo con mucha seriedad.

Yo reventaba de odio, rebosaba de sospecha, estaba espantada de desprecio. Sin embargo, me obligó a sentir su sinceridad. Aplasté esa comprensión con una ira furiosa.

«Los aliento a tomar drogas», prosiguió, «exactamente como los aliento a volar. Las drogas pretenden ser las amas de todo hombre.

¿Es tan terrible la desventaja:
el heredero de siglos de maravilla,
la corona de la tierra por una hora,
el amo de la marea y del trueno
contra el jugo de una flor?

¡Sí! en el estruendo y el fragor
de todos los ejércitos del pecado,
esta es la única batalla
que jamás se le vio ganar.

Ustedes, niños, son la flor de la nueva generación. No tienen que temer nada. Tienen que conquistarlo todo. Tienen que aprender a servirse de las drogas como sus antepasados aprendieron a servirse del rayo. Tienen que detenerse a la voz de mando, y seguir a la voz de mando, según las circunstancias.»

Hizo una pausa. La terrible necesidad de la droga mantenía alerta a Peter. Siguió el argumento con una actividad intensa.

«Exacto», asintió, «y justo en este momento, la voz de mando es "seguir".»

La cara de King Lamus floreció en una sonrisa de intensa diversión; y la muchacha del escritorio sacudió su cuerpo flaco como si le estuvieran haciendo cosquillas deliciosas.

La intuición me dijo por qué. Ya habían oído antes el argumento.

«Muy hábilmente dicho, Sir Peter. Quedaría bien en un marco ancho, muy sencillo, de caoba oscura, sobre la repisa de la chimenea, quizá.»

Por alguna razón u otra, la conversación nos estaba reanimando. Aunque no habíamos tomado droga, los dos nos sentíamos mucho mejor. Cockie disparó su cañón grueso.

«Es la esencia de su enseñanza, sin duda, señor Lamus, que cada hombre debe ser amo absoluto de su propio destino.»

«Bueno, bueno», admitió el Maestro con un suspiro exagerado, «ya esperaba que me vencieran en la discusión. Siempre me pasa. Pero yo también soy amo del mío. "Si el Poder pregunta por qué, entonces el Poder es debilidad", como leemos en el Libro de la Ley; y no es mi destino darles ninguna droga esta mañana.»

«Pero usted está interfiriendo con mi Voluntad», protestó Cockie, casi con vivacidad.

«Llevaría demasiado tiempo explicar», replicó Lamus, «por qué considero injusta esa observación. Pero para citar una vez más el Libro de la Ley: "Basta de Porque, ¡maldito sea como un perro!". En lugar de eso, déjenme contarles una historia.»

Con tacto expresamos nuestro deseo de oírla.

«El mayor montañista de su generación, como ustedes saben, fue el difunto Oscar Eckenstein.»

Hizo un gesto bastante complicado, del todo incomprensible; pero me sugirió vagamente alguna reverencia ceremonial relacionada con la muerte.

«Tuve la gran fortuna de ser adoptado por este hombre; él me enseñó a escalar; en particular, a deslizarme por la nieve. Me hacía empezar a bajar la pendiente desde toda clase de posiciones complicadas, de cabeza y demás; y yo tenía que dejarme deslizar sin intentar salvarme hasta que él diera la orden, y entonces tenía que recuperarme y terminar, sentado o de pie, según él eligiera, desviarme o detenerme, mientras él contaba hasta cinco. Y me daba ejercicios cada vez más peligrosos. Desde luego, todo esto suena bastante obvio, pero como [ilegible en la fuente]

»El poder adquirido, sin embargo, me fue muy útil en muchas ocasiones. Para ahorrar una hora [ilegible en la fuente] por pendientes peligrosas donde (por ejemplo) uno podría encontrarse sobre una placa de hielo yendo a gran velocidad, si no estuviera seguro de poder detenerse en un instante al percibir el peligro. Podíamos descender quizá tres mil pies en diez minutos donde gente sin ese entrenamiento habría tenido que bajar paso a paso con la cuerda, y quizá se hubiera visto sorprendida por la noche en medio de un huracán a consecuencia de ello.

»Pero lo mejor fue esto: hace algunos años yo estaba al mando de una expedición al Himalaya, y los culíes tenían miedo de atravesar una pendiente de nieve que dominaba un acantilado tremendo. Les pedí que me miraran, me arrojé de cabeza sobre la nieve, bajé como una bolsa de avena y me puse de pie de un salto justo al borde del precipicio.

»Hubo una gran exclamación de asombro sobrecogido mientras yo subía caminando hacia los hombres. Me siguieron a través del *mauvais pas* sin un momento de vacilación. Probablemente pensaron que era magia o algo así. No importa qué. Pero al menos se sentían seguros de que no podía pasarles nada malo siguiendo a un hombre tan evidentemente bajo la protección de los dioses de la montaña.»

Cockie se había puesto mortalmente pálido. Entendía con absoluta claridad el sentido de la anécdota. Sentía su hombría avergonzada de estar en poder de esta ansia ciega y negra. En realidad no creía que Lamus dijera la verdad. Pensaba que el hombre había arriesgado la vida para hacer cruzar a aquellos culíes. Le parecía imposible que un hombre pudiera poseer un poder y una confianza tan absolutos. En otras palabras, juzgaba a King Lamus por sí mismo. Sabía que él no era un aviador de primera. Se había jactado de haber desafiado tantos peligros. Le dolió como un latigazo que Lamus despreciara lo que la gente llama la actitud heroica; que considerara correr riesgos innecesarios como mera locura animal. Estar dispuesto a correrlos, sí. «No estimo mi vida en lo que vale un alfiler.»

Lamus no sentía ninguna admiración por la rata acorralada. Su ideal era hacerse completamente amo de toda circunstancia posible.

Cockie intentó decir algo dos o tres veces; pero las palabras no le salían. King Lamus fue hacia él y le tomó la mano.

«Las drogas son la pendiente que tenemos delante», dijo, «y yo soy el viejo y astuto Eckenstein, y usted es el joven y ambicioso Lamus. Y yo digo "¡alto!", y cuando usted me muestre que puede detenerse, cuando se haya recompuesto y esté de pie en la pendiente riendo, le mostraré cómo seguir.»

Sabíamos en el fondo de nuestra mente que el hombre era inexorable. Lo odiábamos como los débiles siempre [ilegible en la fuente]

CAPÍTULO II: VERANO DE SAN MARTÍN

Salimos rechinando los dientes con una mezcla de rabia y abatimiento. Caminamos sin rumbo, en silencio. Se nos ofreció un taxi. Subimos a él con desgano y volvimos aquí. Nos tiramos en las camas. La idea del almuerzo daba asco. Estábamos demasiado débiles y demasiado fastidiados para hacer nada. No podíamos fiarnos de nosotros mismos para hablar; nos habríamos peleado. Caí en

un estado de agonía insomne. Nuestra visita al estudio se me había grabado a fuego en la mente. Imaginaba la carne de mi alma chisporroteando bajo el hierro candente de la Voluntad de Lamus.

Estiré las manos hacia este diario. Me ha aliviado escribirlo con todo este detalle.

Me encontré ardiendo de una apasionada determinación de pelear contra la H. y la C. hasta el final; y tenía las manos atadas a la espalda, los pies encadenados a una bola de hierro. Esa bestia no me iba a obligar a parar. La conseguiríamos a pesar de él. No íbamos a dejar que nos trataran como a niños; conseguiríamos toda la que quisiéramos y la tomaríamos todo el tiempo, aunque nos matara.

El conflicto en mí rugió toda la tarde. Cockie se había dormido. Roncaba y gemía. Era como la idea que una tiene de un presidiario. No se había afeitado en dos días. Yo tenía las uñas negras. Me sentía pegajosa y húmeda por todas partes. No me había vestido. Me había echado la ropa encima de cualquier manera.

Cockie despertó cerca de la hora de la cena. No podíamos bajar así como estábamos. De pronto nos aguijoneó la conciencia de que estábamos llamando la atención en el hotel. Teníamos un miedo horrible de que nos descubrieran. Podían hacer algo. Era tanto peor no saber bien qué. Y nos sentíamos tan indefensos, casi demasiado débiles para mover un dedo.

¡Ay, si pudiéramos encontrar un poco en alguna parte!...

¡Dios mío, qué golpe de suerte! Qué tonta soy. Había un paquete de H. en el bolsillo de mi vestido de viaje. Nos arrastramos el uno hacia el otro y lo compartimos. Después de la larga abstinencia, el efecto fue milagroso.

Cockie se levantó casi con ferocidad. La angustia desesperada de nuestra necesidad lo empujó a una acción rápida y resuelta. Mandó llamar al barbero y al camarero. Hicimos que la mucama empacara nuestras cosas. Pagamos la cuenta y dejamos los baúles pesados en el hotel, explicando que nos habían llamado de improviso por negocios. Pusimos los neceseres en un taxi y dijimos: «Euston, línea principal».

Cockie hizo parar al chofer en Cambridge Circus.

«Mire», le dijo en un susurro ansioso, «queremos [ilegible en la fuente] era exactamente la clase de mujer que queríamos.

Pagamos el taxi. Cockie estaba muy inquieto. Quería conseguir que el hombre hiciera lo que queríamos. Le picaba todo el cuerpo, pero tenía miedo. Nos sentamos en la cama y empezamos a hacer planes.

21 de agosto

No me acuerdo de nada. Debo de haberme quedado dormida de golpe, así como estaba. Cockie salió...

Anduvo dando vueltas por la ciudad toda la noche: los clubes y esas cosas. Consiguió dos aspiradas de Mabel Black; pero ella misma andaba escasa. Él y Dick Wickham bajaron a Limehouse. ¡Nada de suerte! Casi se meten en una pelea con unos marineros...

Madame Bellini trajo el desayuno. Una comida horrible, asquerosa. Tenemos que comer algo; estoy tan débil…

Entró a levantar la mesa y arreglar el cuarto. La hice hablar de su vida. Hace casi treinta años que está en Inglaterra. Fui llevando la conversación hacia el tema interesante. No sabe mucho del asunto. Cree que puede ayudar. Una de las inquilinas se inyecta. Preguntó si podíamos pagar. En realidad es bastante cómico. Ocho mil al año y una de las casas más hermosas cerca de Londres. Y aquí estamos, en este agujero inmundo, y una bruja que nunca vio un soberano en su vida, salvo que se lo haya robado a algún cliente borracho, nos pregunta «¡si podemos pagar!».

Cockie parece haber perdido el juicio. Le hizo relucir en la cara un billete de cincuenta libras. Fue porque le dio rabia la actitud de ella. Ella se calló bastante. O cree que somos espías de la policía o ha decidido robarnos.

¡Ver el dinero la dejó fuera de combate! Le destruyó el sentido de la proporción. Le borró de la cabeza toda idea de trato honrado. Le cambiaron los modales. Se fue.

Pete me dijo que fuera yo misma a ver a la chica de la droga. Es la primera vez que me habla así. Todo sentimiento sexual está muerto entre nosotros. Intentamos reavivar la vieja pasión. Fue artificial, horrible, repulsivo; una degradación y una blasfemia. ¿Por qué será? La nieve intensificaba el amor más allá de toda posibilidad. Y sin embargo lo quiero más que nunca. Es mi muchacho. Creo que debe de estar enfermo. Ojalá no estuviera tan cansada. No lo estoy cuidando como corresponde, y no puedo pensar en otra cosa que en conseguir H. No parece importarme tanto la C. Nunca me gustó mucho la C. Me mareaba y me hacía mal.

Ya no tenemos diversiones. Pasamos el día en un sueño oscuro y lúgubre. No puedo fijar la mente en nada. Cuanto más quiero H., menos capaz soy de pensar y de actuar como debería para conseguir cualquier otra cosa que quisiera.

Cockie salió dando un portazo. La puerta volvió a abrirse sola.

No podía ir a ver a la mujer así. Escribí esto para tratar de no llorar.

Pero estoy llorando, solo que las lágrimas no salen.

Estoy lloriqueando como una mujer que vi una vez cuando visité el hospital.

No tengo pañuelo.

No me animo a lavarme en esa palangana sucia y rajada. No trajimos jabón. La toalla está manchada y rota. Tengo que conseguir algo de [ilegible en la fuente]

Acabo de ir a ver a Lillie Fitzroy. ¿Cómo pueden los hombres darle dinero? Tiene el pelo gris, teñido burdamente. Tiene arrugas y los dientes podridos. Estaba en la cama, por supuesto. La sacudí con brusquedad para despertarla. He perdido todo sentimiento por los demás, y la gente lo nota, y eso me arruina el juego. Tengo que fingir la bondad y la dulzura que antes tenía en tanta abundancia; que hacían que la gente me tomara por una tonta amable.

Alguien me dijo una vez que en literatura los adjetivos echan a perder a los sustantivos, y ese, sin duda, se puede tachar.

Es buena persona, de todos modos, pobre vieja fofa. Solo toma M., y solo la consigue en solución lista para inyectar. Vio que yo estaba deshecha y me dio una dosis en el muslo. No llega al punto como la H., pero detiene lo peor del sufrimiento. Nunca se levanta antes de la hora del té. Le dejé un billete de cinco. Prometió ver qué podía hacer esa noche con el hombre que se la consigue.

Se puso muy cariñosa, de un modo sentimental y maternal, me contó la historia de su vida y demás, durante una eternidad, me pareció. Por supuesto, tuve que fingir interés para mantenerla de buen humor. Todo podía depender de eso.

Pero fue espantoso tener que dejar que me besara cuando me fui. Me pregunto si yo llegaría a ponerme así si yo [ilegible en la fuente]

¡Qué disparate absoluto! Por lo que sé, puede que eso le haya impedido ir más rápido todavía. Debe de haber [ilegible en la fuente] y la clase más mezquina de delito.

La morfina sin duda me hizo muchísimo bien. Soy completamente yo misma. Lo noto por cómo estoy escribiendo esta entrada. Tengo un punto de vista sereno e impersonal. Recuperé el sentido de la proporción. Puedo pensar las cosas de manera ordenada y me siento físicamente mucho más fuerte, pero me volvió a dar mucho sueño…

¡Alegría! Cockie acaba de llegar lleno de buenas noticias. Se ve espléndido, tan espléndido como se siente. Consiguió una muestra de un vendedor ambulante que conoció en el Wisteria. Es mercancía absolutamente legítima. Lo levantó en un segundo. Son dos los que están en el asunto: el hombre con la droga y el centinela. Hablan de negocios en el baño, y si entra otro hombre, el vendedor desaparece. En caso de peligro real, se deshace de la muestra en un instante, sin posibilidad alguna de que la rastreen. La pérdida es insignificante; pueden comprar la mercancía a unos pocos chelines la onza y venderla por no sé cuántas veces su peso en oro.

¡Esta noche vamos a pasar una noche magnífica!

22 de agosto

¡Una noche infernal!

Cockie acudió a la cita con el vendedor, consiguió diez libras de H. y quince de C., y la H. no era nada de nada y la C. estaba tan adulterada que nos tomamos todo el lote y casi ni valía la pena hablar de ello.

¡Qué bestias inmundas y mezquinas es la gente!…

¿Cómo pueden los hombres aprovecharse de las amargas necesidades de los demás? Pasó lo mismo en la guerra con los especuladores. Siempre fue lo mismo.

Escribo esto en un baño turco. No soportaba más esa casa repugnante. Me hizo muchísimo bien. El masaje me calmó los nervios. Dormí un rato largo, y una taza de té me reanimó.

Traté de leer un diario, pero cada línea abre la herida. Parece que se han vuelto locos con la droga.

Supongo que en realidad es bastante natural. Me acuerdo de que mi padre me dijo una vez que la desigualdad de la riqueza y todas las trampas del comercio surgían de la restricción artificial.

[ilegible en la fuente] Suprimir. Antes no existía, salvo en su imaginación podrida…

Me dan unos ataques repentinos de cansancio absoluto. La droga me pondría bien. Ninguna otra cosa me hace efecto. Todo lo que pasa me da ganas de una aspirada; y cada aspirada hace que pase algo. Uno no puede [ilegible en la fuente]

Parece que hemos caído en un mal ambiente, no sé cómo. Y sin embargo, mis amigos más viejos... no puedo confiar en ellos como antes. Son todos iguales. Me pregunto si será una ilusión. ¿Cómo puedo saberlo? Se comportan de un modo raro. Estoy desasosegada. ¿Cómo puede uno estar seguro de nada? No puede. Cuanto más lo piensa uno, más ve que tiene que ser así.

Miren cómo nos falló Feccles. Por lo que sé, puede haber algún motivo oculto incluso detrás de una mujer realmente buena como Gretel, o Mabel Black. En realidad desconfío de mí misma. Creo que es eso.

Tengo que volver a casa. ¡Quiera Dios que Cockie haya encontrado algo en alguna parte!...

Me crucé con Mabel Black, que salía de la Burlington Arcade. Se la veía espléndida, toda sonrisas, con una falda blanca muy corta y un par de botas nuevas de charol casi hasta las rodillas. Deben de darle un calor espantoso. Me arrastró a una casa de té, elegantísima, con luces de pantallas rosadas que se reflejaban en un techo azul; la combinación daba un púrpura maravilloso.

Conseguimos un reservado aislado por unas cortinas color canario y un juego de los almohadones más preciosos que vi en mi vida. Dos grandes sillones de mimbre y una mesa baja. Tienen un té delicioso en porcelana cáscara de huevo y cigarrillos Dolly con pétalos de rosa.

Mabel hablaba a cien millas por minuto. Encontró la veta más grande de petróleo: un muchacho romántico de sesenta y cinco años. Le había comprado una fusta de montar con mango de marfil tallado: la cabeza de un caballo de carrera con ojos de rubí y un collar de oro.

Le pregunté riéndome si era para tenerlo a raya. Pero lo que de verdad le interesaba era la H. Tenía un frasco entero y me dio bastante en un sobre.

¡La primera dosis, ay, qué alegría! Y después... ¡qué raros somos todos! En cuanto la tuve en la cartera (en la sangre), la mente empezó a funcionarme con libertad. El embotamiento irritante se disipó como cuando uno despierta de una pesadilla (una pesadilla de asfixia), y comprendí con la fuerza de un golpe que el efecto no se debía a la H. en absoluto, o casi en absoluto. Cuando la conseguimos de nuevo en Nápoles, no nos hizo mucho bien.

¿Por qué fui transportada al cielo esta tarde? ¿Por qué había encontrado mis alas?

La respuesta llegó tan rápido como la pregunta. Es la atmósfera de Mabel y el alivio de mi preocupación. Con eso vino un temor racional a la droga. Le pregunté si no había tenido ningún problema por tomarla.

«No puedes dormir sin ella», dijo, pero no como si importara mucho, «y de vez en cuando te pone un poco nerviosa».

Tuvo que salir corriendo a encontrarse con su galán para cenar. Volví a nuestra cuevita sucia, desbordante de alegría. Encontré a Cockie tirado en la cama en lo más hondo del abatimiento. No se movió cuando entré. Corrí hacia él y lo cubrí de besos. Tenía los ojos pesados e hinchados y le goteaba la nariz.

Le di mi pañuelo y lo levanté. Tenía la ropa toda arrugada y, por supuesto, no se había afeitado. No pude resistir la tentación de hacer rabiar a mi querido. Mi amor había vuelto a raudales. Me estremecía el dolor de sentir que él no respondía. Apreté el dolor contra mi corazón. La sangre me latía con fuerza con la alegría del poder. Lo tenía en la mano. Un gesto delicado, y era mío. No tenía fuerzas para disfrutar plenamente. La compasión y la ternura me llenaron los ojos de lágrimas. Sacudí el sobre y saqué una dosis de la opaca hechicería blanca.

La aspiró con un letargo estúpido, como un hombre que ha perdido la esperanza de vivir pero que todavía toma su remedio por rutina. Se fue recuperando de a poco, pero apenas volvió a ser él mismo después de la tercera dosis.

Yo también tomé una, para acompañarlo, no porque la necesitara. Lo mandé a afeitarse y a comprar ropa interior limpia.

Siento un placer curioso en escribir este diario. Ahora sé por qué es y me ha sobresaltado bastante. Es justamente aquella frase casual del King Lamus: «Su diario mágico».

He coqueteado mucho con Lamus, pero era sobre todo fanfarronería. El hombre me desagrada en muchos sentidos.

Caramba, también sé por qué es eso. Es porque siento que me desprecia intelectualmente, y porque lo respeto. A pesar de mi antipatía, tengo ganas de mostrarle que no soy tan inútil, después de todo.

Una de sus manías es hacer que sus discípulos lleven estos diarios mágicos. Siento que me he anotado en un concurso; que tengo que producir algo más interesante que cualquier cosa que hagan ellos, sean quienes sean. Aquí llega Peter Pan. No ha envejecido, después de [ilegible en la fuente]

Comimos de maravilla en el querido café de siempre. El King Lamus se acercó a nuestra mesa, pero solo dijo unas pocas palabras.

«Así que la consiguieron, por lo que veo».

Cockie le devolvió la estocada.

«Lamento perjudicar su reputación de profeta, señor Lamus, pero no se trata de parar cuando uno tiene que parar. La conseguí, como usted dice, y ahora, con su amable permiso, voy a demostrarle que podemos parar».

Lamus cambió de actitud como un relámpago. Su sonrisa desdeñosa se volvió como un amanecer de primavera.

«Así se habla», dijo. «Me alegra que hayan captado la idea. No crean que trato de desanimarlos, pero si les resultara más difícil de lo que se imaginan, ¡no sean demasiado orgullosos para venir a verme! De verdad conozco algunos consejos bastante buenos».

Me alegró que Peter lo tomara bien. Al estar en buena forma, se dio cuenta, supongo, de que era un asunto serio. Podíamos tropezar con un escollo.

23 de agosto

¡La noche ha sido un milagro!

Seguimos tomando H. de manera bastante constante. Creo que la C. la arruina. Nuestro amor floreció de nuevo como si fuera una creación nueva. ¡Estábamos sumidos en una dicha sin límites!

«¡Despierto, por siempre despierto!
Despierto como nunca se está
mientras el sueño es un final posible,
despierto en el vacío, en el abismo».

Pero no en la angustia indecible sobre la que escribía el poeta. Es una calma informe. ¡Pero el amor! Nunca nos habíamos amado así. Habíamos profanado el amor con la grosería del cuerpo.

El cuerpo es un instrumento de placer infinito; pero la excitación y el deseo mancillan su sublimidad. Teníamos conciencia de cada nervio hasta el filamento más diminuto; y para eso hay que estar inefablemente apartado del movimiento.

La H. da ganas de rascarse, y rascarse es un placer infinito. Pero eso no es más que un resabio del apetito animal.

Al cabo de un rato, uno es capaz de disfrutar en sí misma la sensación que da ganas de rascarse. Es una dicha impersonal, perfectamente indescriptible e indescriptiblemente perfecta.

No puedo medir la majestad de mi conciencia; pero puedo señalar el cambio en todo el carácter de mi conciencia.

Escribo esto con el ánimo del ángel que lleva el registro. Vivo en la eternidad, y las cosas temporales se han vuelto símbolos tediosos y estúpidos. Mis palabras son velos de mi verdad. Pero experimento un placer muy definido en este diario.

El King Lamus está siempre en la raíz de mi cerebro. Él es Júpiter y yo he brotado de su pensamiento; ¡Minerva, diosa de la sabiduría!

Los acontecimientos más tremendos de la vida son naderías indignas. La sublimidad de mis concepciones avanza desde ninguna parte hacia ninguna parte. Detrás de mi himno articulado hay un silencio sin mancha.

No escribo por ninguna razón, ni siquiera para leerlo yo misma; la acción es automática.

Soy la primogénita del King Lamus, sin madre. Soy la emanación de su esencia.

Pasé toda la noche acostada sin mover un músculo. La cercanía de mi marido completaba el campo magnético de nuestra intimidad. Acto, palabra y pensamiento quedaban igualmente abolidos. Los elementos de mi conciencia no me representaban en absoluto. Eran chispas desprendidas de nuestros Seres. Esos Seres eran un solo Ser que era entero. Cualquier expresión positiva de él era por fuerza parcial, incompleta, insuficiente. Las Estrellas son imperfección de la Noche; pero al menos estos pensamientos son inconmensurablemente más rápidos y claros que cualquier cosa que haya pensado en toda mi vida.

Si alguna vez llegara a despertar (parece imposible que eso ocurra), esta entrada probablemente me resultará del todo ininteligible. No está escrita con el propósito de ser inteligible ni con ningún otro propósito. La idea misma de tener un propósito es despreciable. Es el tipo de cosa que tendría un ser humano.

¿Cómo puede tener un propósito un ser supremo que habita la eternidad? Lo absoluto, el todo, no puede cambiar; ¿cómo podría entonces desear cambiar? Actúa de acuerdo con su naturaleza; pero toda acción semejante carece de efecto. Es esencialmente ilusión; y cuanto más hondo entra uno en sí mismo, menos lo influyen esas ilusiones.

A medida que avanzaba la noche, me sentía cada vez menos perturbada por mis propias emociones exquisitas. Me sentía disolverme deliciosamente en una ausencia de interrupción de la serenidad de mi alma…

Creo que escribir esto me ha recordado lo que yo antes creía que era la realidad. Era hora de salir a almorzar. El letargo voluptuoso parece insuperable.

No es hambre; es costumbre. Algún instinto, algún recuerdo oscuro y obsceno de la bestia al acecho lo empuja a uno a levantarse y salir. El truco para lograrlo es tomar tres o cuatro aspiradas más bien pequeñas en rápida sucesión. La C. sería mucho mejor, pero no tenemos.

1 de septiembre

¡Cuántas eras y eras han pasado! Este alojamiento inmundo ha sido el Edén sin la serpiente. Nuestras vidas han sido Inocencia; ni trabajo ni pensamiento. Ni siquiera comíamos, salvo la poca comida que traía la mujer. La asustamos, dicho sea de paso. No puede, o no quiere, conseguirnos H. ni C. La chica de la morfina desapareció.

No estoy segura y no importa, pero creo que la casera (nunca me acuerdo del nombre de la mujer; me recuerda aquellos días espantosos en Nápoles) nos contó que robó unas cosas de una tienda y fue a la cárcel. Fue una gran molestia, porque tuve que vestirme e ir a visitar a Mabel. Por suerte estaba en casa y tenía un montón.

Debemos de haber estado aumentando la dosis muy rápido; pero no puedo estar segura, porque no llevamos la cuenta, ni de eso ni de los días. Contar cosas es tan despreciable. Uno se siente tan degradado. Sin duda esa es la diferencia entre el espíritu y la materia. Es bestial estar limitado.

Cockie está de acuerdo conmigo en esto. Cree que estoy escribiendo cosas bastante maravillosas. Pero en cuanto bajamos a los asuntos corrientes, nos peleamos todo el tiempo. Nos ladramos por nada. La razón es evidente.

Tener que hablar destruye la sinfonía del silencio. Es odioso que lo interrumpan a uno; y lo interrumpe a uno que le pidan que le alcance un cigarrillo.

No iba a molestarme en salir otra vez, así que hice que Mabel me diera todo lo que pudiera desprenderse. Prometió conseguir más y mandármelo el domingo próximo…

No estamos muy bien, ninguno de los dos. Debe de ser este cuarto oscuro y sucio y el aire viciado; y los ruidos de la calle me crispan los nervios.

Podríamos ir a Barley Grange, pero es demasiada molestia. Además, podría romper el hechizo de nuestra felicidad. A los dos nos da un poco de miedo eso.

Ya pasó una vez, y no queremos correr riesgos. Hace falta timonear con mucha habilidad para mantener el rumbo. Por ejemplo, una noche tomamos demasiado y nos descompusimos. Nos llevó tres o cuatro horas recuperarnos, y fue un infierno absoluto. A veces el corazón se me pone un poco

inquieto. Sin duda es una gran cosa que Peter Pan tenga conocimientos de medicina. Salió, consiguió un poco de estricnina y me puso bien.

El champán ayuda bastante a la H. No hay que tomarlo de un trago. Lo que hay que hacer es beberlo a sorbitos muy despacio. Ayuda a mover las manos.

Mandamos a un chico y nos trajo tres docenas de botellitas.

5 de septiembre

El mundo es un cerdo. No deja de meter el hocico donde no lo llaman. Tenemos la cuenta del banco en descubierto. Cockie tuvo que escribirle al señor Wolfe.

«Habría que prohibirlo», exclamó, «¡equivale a armar alboroto en la iglesia!».

¡Un destello del Peter Pan de antes!

8 de septiembre

La mujer dice que es martes, y nos estamos quedando terriblemente cortos. ¿Por qué la gente no cumple sus promesas? Estoy segura de que Mabel dijo el domingo.

CAPÍTULO III: EL CHIRRIDO DE LOS FRENOS

9 de septiembre

Peter y yo tuvimos una pelea larga y fea, y tuve que tirarle del pelo. Se me rompió una uña. Las dejé crecer mucho. No sé cuándo me hice la manicura por última vez.

Por alguna razón están secas y quebradizas. Tengo que hacérmelas arreglar. Mandaría al chico, pero no me gusta la idea de que venga una chica desconocida. Uno nunca sabe qué puede salir mal. Tampoco importa, en realidad. El cuerpo no es más que una molestia, y duele.

«Así la sangre arranca su dolor
sardónico a través del corazón y el cerebro».

Empiezo a odiar ese poema horrible. Me persigue. No sé por qué tendría que recordarlo como lo recuerdo.

¿Lo habré estado leyendo, me pregunto? O tal vez sea el increíble acceso de poder intelectual que da la heroína lo que me ha mejorado la memoria. De todos modos, el hecho es que fragmentos sueltos de él me vienen nadando a la mente como peces de colores que entran y salen como dardos entre algas ondulantes.

Ah, sí, mi pelea con Cockie. Dijo que no debíamos arriesgarnos a quedarnos completamente sin cartas de ese palo; y que yo tenía que ir a buscar una nueva provisión a lo de Mabel antes de que se nos acabara del todo. No puedo dejar de ver que Cockie se está degenerando moralmente. Debería darle vergüenza. Debería haber tomado las medidas adecuadas para tener una provisión regular, en lugar de depender de mí.

Se queda ahí tirado todo el tiempo, perfectamente inútil. Hace un mes que no se lava ni se afeita, y sabe perfectamente bien que detesto la suciedad y el desorden. Una de las cosas que más me

atrajeron de él fue que era tan pulcro, tan bien arreglado y tan despierto. Ha cambiado por completo desde que vinimos a Londres. Siento que alguna mala influencia actúa sobre él...

Este lugar está lleno de bichos. Encontré lo que me estaba molestando. Creo que me voy a cortar el pelo a la garçon. Estoy terriblemente orgullosa de lo largo que lo tengo, pero hay que ser práctica...

Me acosté un rato. Fue una molestia espantosa prepararme para salir. Cockie no dejó de rezongar y de mandonear todo el tiempo.

Estoy toda entumecida, y me parece una pérdida de tiempo lavarme y vestirme, además de la irritación de la interrupción, y mi ropa es imposible. Duermo con ella puesta. Ojalá hubiéramos traído algunos baúles del Savoy. No, no es así, habría sido mucha molestia y habría interferido con nuestra luna de miel de heroína.

Es mejor como está. Igual quisiera tener aquí a Jacqueline. Necesito una mucama, y ella podría haber salido a buscar cosas. Pero los dos sentíamos que cualquier persona sería una lata. La vieja no nos molesta, gracias a Dios. Estoy segura de que todavía cree que somos espías. Uf, ¿qué es esto?...

¡Maldición! ¡Es una carta de Basil!

(Nota. El original de esta carta fue destruido. Se imprime aquí a partir de la copia en papel carbónico que obra en los archivos del señor King Lamus. Ed.)

«Querida Lou indómita: Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley. Estoy seguro de que me perdonará que la aburra con una carta; pero usted sabe qué maniático soy, y mi manía de estos días es reunir información sobre la psicología de las personas que intentan avanzar espiritualmente por el camino del que hablamos cuando usted, de manera tan encantadora, apareció como un amanecer en mi estudio la otra mañana.

»¿Encuentra, en particular, alguna dificultad para hacer un alto? Si es así, ¿no será quizá porque oye por todas partes (sobre todo de personas que ignoran por completo el tema, como periodistas, médicos y loros) que de hecho es imposible hacerlo? Por supuesto, no dudo de que usted mató de inmediato cualquier "sugestión perniciosa" de esa clase con una contrasugestión basada en mi afirmación positiva, fundada en la experiencia, de que las personas de carácter fuerte y gran inteligencia como usted y Sir Peter (¡a quien le ruego transmita mis más cordiales saludos!) son perfectamente capaces de usar estas cosas con moderación, como uno usa el jabón.

»Pero, aparte de esto, ¿encuentra que la vida de una "Heroína" la vuelve anormalmente "sugestionable"?

»Como usted sabe, me opongo a los métodos de Coué y Baudouin. Nos piden que abandonemos deliberadamente el libre albedrío y la mente clara por el estado semihipnótico del campesino medieval; que volvamos, como "la puerca lavada a revolcarse en el cieno", al lodo del que nos ha sacado la evolución.

»Ahora bien, ¿no tiende el valsear con la Novia del Héroe o el hacer Muñecos de Nieve a ponerla en un estado de ánimo demasiado soñador para resistir la acción de cualquier idea enérgica que se le presente con suficiente fuerza, demasiado muerto para el sentimiento como para desear resistir, o

tan excitable que puede dejarse arrastrar por su admiración hacia cualquier personalidad fascinantemente enérgica?

»Me alegraría tanto conocer su opinión sobre estos puntos; y, por supuesto, su confirmación personal de mi teoría de que personas como usted y Sir Peter pueden usar estas sustancias con provecho para sí mismas y para los demás, sin peligro de volverse esclavas. Me he entrenado a mí mismo y a muchos otros para parar a Voluntad; pero cada declaración jurada adicional en este sentido tiene un gran valor para mí en mi campaña actual para destruir la superstición cobarde de que la virilidad y la feminidad son incapaces del uso recto y adecuado de cualquier cosa que exista en la naturaleza. Después de todo, hemos domado el rayo salvaje; ¿vamos a huir de un paquete de polvo?

»Amor es la ley, amor bajo voluntad.

»Con mis afectuosos saludos a Sir Peter,

»Siempre suyo,

»Basil King Lamus».

Estupidez satírica y burlona... ¿o es un demonio encarnado, como nos dijo Gretel que era? ¿Se regodea? Aborrezco a esa bestia, y yo que pensé... una vez... ¡bueno, no importa! Peter tomó la carta. ¡Cualquier cosa, cualquier cosa que distraiga la mente de su aburrimiento! Y sin embargo no tenemos energía para hacer nada: tomamos lo que nos viene y nos aferramos a ello débilmente. «Es verdad», dijo Cockie, para mi asombro, «y tenemos que poder decirle que ganamos». Hubo una larga pelea, como la hay por cada incidente de cualquier tipo. Es natural, con este insomnio eterno y durmiendo a deshora. Odié a Peter (y a K. L.) todavía más porque sabía todo el tiempo que él tenía razón. Si K. L. es un Demonio, nos toca a nosotros reírnos al final. Hice trizas la carta asquerosa. Peter salió; espero que haya ido a matarlo. Quiero estremecerme, solo una vez más, aunque me ahorcaran a mí por eso.

Los relojes se nos pararon. No importa. Puedo ir a ver a Mabel cuando quiera. Puedo ir ahora mismo. Me voy a tomar una botellita y voy...

Es de noche. Cockie no volvió. ¡Justo cuando más lo necesitaba! Tengo miedo de mí misma. Estoy total y absolutamente sobria. Fui al espejo a sacarme el sombrero. No sabía quién era. No tengo carne en la cara. El cutis se me arruinó por completo. El pelo está opaco y seco, y se me cae a puñados. Creo que debo de estar enferma. Estoy por mandar a buscar un médico. Pero no me atrevo. ¡Ha sido un golpe espantoso!...

Tengo que recomponerme y ponerlo por escrito.

Eran alrededor de las cinco cuando llegué a Mount Street. Si Mabel no estaba, podía esperar.

Abrió la puerta un hombre desconocido. Me molestó. Me asusté. ¿Por qué había cambiado a Cartwright? Me sentí desfallecer. ¿Algo me lo había anunciado?

Me dio vergüenza preguntar: «¿Está en casa la señora Black?».

El hombre respondió como si le hubieran preguntado la hora.

«La señora Black ha muerto».

Algo dentro de mí gritó. «¡Pero tengo que verla!», exclamé como una loca, sintiendo que de pronto me faltaba el suelo bajo los pies.

«Me temo que es imposible, señora», dijo, sin entenderme en absoluto. «La enterraron ayer por la mañana».

¡Así que por eso no había mandado la mercancía! Me quedé como en trance. Lo oí explicar, mecánicamente. No asimilaba lo que decía. Era como un disco que se graba en un gramófono.

«Estuvo enferma apenas dos días», dijo el hombre. «Los médicos lo llamaron neumonía séptica».

Supongo que le di las gracias y me fui automáticamente. Me encontré en casa sin saber cómo había llegado. Algo me decía que la verdadera causa de su muerte era la heroína, aunque, en realidad, una neumonía séptica le puede pasar a cualquiera en cualquier momento. He conocido a dos o tres personas que se fueron así.

Como decía mi tío John, la conciencia nos hace cobardes a todos.

El King Lamus siempre decía que mientras uno tenga alguna emoción acerca de algo, amor o miedo o lo que sea, no puede observar las cosas correctamente. Por eso un médico no atiende a su propia familia; y yo veo con frialdad y claridad, como alguien que se ahoga, que cada vez que la idea de la H. me viene a la mente, empiezo a pensar de manera histérica y llego a las conclusiones más idiotas; y la heroína se ha enroscado en mi vida tan estrechamente que todo está relacionado con ella de un modo u otro.

Tengo la mente obsesionada por la idea de la droga. A veces es un éxtasis extraño, a veces un recelo espantoso.

«¡No la sed en el cerebro negro y mordido,
en el alma más duramente herida!
¡No se atreve uno a pensar en lo peor!
Más allá del rabioso y delirante
infierno del ansia física
yace, en el cerebro entumecido,
al final del tiempo y del espacio,
un abismo sin medida, sin sonda:
¡la guarida de un rostro!».

12 de septiembre

Peter llegó justo cuando yo terminaba de escribir este relato. Parecía mucho más animado y traía los brazos llenos de libros.

«Ahí tienes», dijo, tirándolos sobre la cama, «esto me va a refrescar la memoria, por si tenemos algún problema para parar. Le voy a mostrar al señor King Lamus lo que significa ser un Pendragon».

Le conté lo de Mabel. Y entonces ocurrió algo extraño. En lugar de deprimirnos, sentimos una corriente de excitación misteriosa, que al principio ondulaba y después rugía y bramaba en cada nervio. Era como si la idea de su muerte nos exaltara. Me tomó en sus brazos por primera vez en... ¿son semanas o meses? Su aliento caliente se enroscó como una serpiente alrededor de mi oreja y

me erizó el pelo como una máquina eléctrica. Con una intensidad extraña y espectral, su voz, temblorosa de pasión, rasgueó las palabras embriagadoras:

«¡Olya! El cebo dorado
con púas de dolor infinito,
compañera fatal y fanática
de un cuerpo y un cerebro envenenados.
Olya, el nombre que exhibe con lascivia
su ansia lujuriosa y su bellaquería,
susurra en oídos que enloquecen
el hechizo secreto de su esclavitud».

El cuarto me daba vueltas ante los ojos. Estábamos envueltos en espirales de humo azul oscuro que estallaban en destellos carmesí.

Me aferró con una furia epiléptica y me hizo girar en una especie de danza salvaje. Tuve la intuición de que él veía la misma visión que yo. Nuestras almas se habían disuelto en una sola: un fantasma gigante que nos envolvía.

Silbé los versos siguientes entre los dientes, sintiéndome un dragón que escupe fuego.

«¡Horror de veras intenso,
seducción cada vez más intensa,
que mece el humo del sentido
desde el cuenco de un incensario que arde sin llama!».

Nos faltaba el aliento. Mi muchacho se sentó en el borde de la cama. Me deslicé por detrás de él. Le desparramé el pelo por toda la cara y le clavé las uñas en el cuero cabelludo.

Vivíamos la vida de la heroína, la vida del mundo del alma. Nos habíamos identificado con los personajes del poema. Él era el poeta, coronado de amapolas, de amapolas venenosas que le corrompían la sangre, y yo era el fantasma de su delirio, el vampiro horrendo que lo obsesionaba.

Gotitas de sangre brotaron de su cuero cabelludo y se coagularon en negro bajo mis uñas ávidas. Dijo los versos siguientes como bajo alguna compulsión cruel. Alguna necesidad abrumadora le arrancaba las palabras. Su tono era incoloro, como si la angustia última le hubiera devorado el alma. Y toda esta agonía y repulsión ejercía una fascinación inmunda. Sufrió un paroxismo de placer como el placer mismo nunca había podido darle. Y yo era Olya, yo era su amor, su esposa, por los siglos de los siglos, el demonio cuyo deleite supremo era destruirlo.

«Detrás de mí, detrás y arriba,
está ella, ese espejo del amor.
Sus dedos tienen sutiles coyunturas;
sus uñas están pulidas y afiladas
y rematadas con espuelas de oro:
con ellas espolea el cerebro.
Su lujuria es crítica, fría;
y sus mejillas chinas son pálidas
mientras, delicada, arranca, profana,

con sus labios de pulpo y los dientes
mellados y negros debajo,
pulpa y sangre de una uña».

Le eché la cabeza hacia atrás de un tirón y le pegué la boca a la suya. Le chupé el aliento hasta mis pulmones. Quería ahogarlo; pero había tiempo de sobra para eso. Lo torturaría unos años más primero.

Me aparté de él de un salto. Jadeaba pesadamente. Cuando recuperó el aliento, me miró de un modo horrible con las pupilas como cabezas de alfiler de sus ojos ciegos.

Empezó con tristeza romántica, que se transformó en un regocijo demoníaco.

«Ella era el amor encarnado
en las horas en que por primera vez la desperté.
Poco a poco descubrí
la verdad de ella, despojada de ropa,
amarga más allá de todo límite,
leprosa más allá de toda repugnancia».

Gritamos de placer y caímos en un ataque de risa histérica. Salimos de él completamente agotados. Debo de haber dormido un rato.

Cuando desperté, él estaba sentado a la mesa bajo el mechero de gas amarillo, leyendo los libros que había comprado.

De algún modo, el pasado se había borrado de nosotros. Nos encontramos concentrados en la idea de dejar la H.; y los libros no ayudaban mucho. Estaban escritos de un modo muy categórico. Los autores se peleaban entre sí como una Conferencia de Paz.

Pero todos coincidían en dos puntos: que estaba más allá de los límites de la posibilidad humana cortar el hábito por los propios esfuerzos. En el mejor de los casos, la esperanza era lastimosamente escasa. La única posibilidad era una «cura» en un lugar de reclusión. Y todos daban detalles muy completos de los horrores y peligros del proceso. El médico, decían, debe endurecer el corazón contra todo sentimiento humano y negarse inexorablemente a los ruegos del paciente. Y sin embargo debe estar siempre listo con su jeringa, por si sobreviene un colapso repentino que amenace la vida misma.

Había tres métodos principales de cura: cortar la droga de una vez y confiar en que el paciente sobreviva; después había un método largo y tedioso de ir disminuyendo la dosis diaria. Era cuestión de meses. Durante todo ese tiempo, la agonía del paciente continúa en forma diluida. Era elegir entre zambullirse en aceite hirviendo o ser salpicado con él todos los días durante un período indefinido. Y había un método intermedio en el que la cantidad diaria se reducía mediante una serie de sacudones. Como dijo Peter, era como ser condenado a recibir azotes a intervalos irregulares sin saber exactamente cuándo. Uno viviría en un estado de aprensión angustiosa que probablemente sería más doloroso moralmente que cualquiera de los otros dos caminos.

En todos los casos por igual no había el menor indicio de una verdadera comprensión de la situación real. No había ningún intento de eliminar las causas originales del hábito; y todos admitían que la cura era solo temporaria, y que la regla era la recaída.

Había también la impresión horriblemente inquietante de que el paciente no podía confiar en la honestidad del médico. Algunos abogaban abiertamente por intentar engañar al paciente inyectándole agua pura. Otros tenían un sistema de dar otras drogas junto con la dosis permitida, con la intención deliberada de enfermar tanto al paciente que prefiriera soportar las torturas de la abstinencia antes que las ideadas por su médico.

Sentí también que, si iba a uno de esos lugares, nunca sabría qué ardid me harían a continuación. Eran trampas crueles y torpes tendidas por charlatanes ignorantes y despiadados. Empecé a entender la intensidad de los celos con que el médico titulado mira al vendedor de específicos y al científico cristiano.

Eran brujos con licencia del gobierno para torturar y matar a precios exorbitantes. Custodiaban sus prerrogativas con tanta ferocidad porque eran conscientes de su propia ignorancia e incompetencia; y si sus víctimas los descubrían, su estafa sería barrida. Siempre estaban tratando de extender su tiranía. Siempre querían nuevas leyes para obligar a todo el mundo, enfermo o sano, a quedar atado a la mesa de vivisección y que le extirparan algún órgano esencial del cuerpo. Y eran lo bastante descarados para dar la razón: ¡no entendían para qué servía! Y a todo el mundo había que inyectarle toda clase de sueros y vacunas repugnantes, supuestamente para protegerlo contra alguna enfermedad que no había ninguna razón para suponer que fuera a contraer…

Los últimos tres días han sido demasiado espantosos. Es la primera vez que tengo ganas de escribir, y sin embargo me ha estado picando la locura de poner por escrito aquella escena horrendamente voluptuosa en que nuestro amor reventó como un absceso. Estaban todos los viejos rasgos fantásticos. Habían adoptado un disfraz diabólico; pero mi mente ha estado en suspenso. Cerramos los libros de medicina con un escalofrío y los tiramos por la ventana a la calle. Se juntó un pequeño grupo de gente; los recogieron, y los transeúntes empezaron a hablar de qué había que hacer. Nos dimos cuenta de la imprudencia de nuestra furia. ¡Lo último que convenía era llamar la atención! Corrimos las viejas cortinas mugrientas y apagamos la luz.

La reacción a nuestra lectura fue tremenda. Contrastábamos con veneno la serena confianza del King Lamus con el clamor graznador de las «autoridades».

Cockie resumió la situación con una cita.

«Dijo el Cuervo: “¡Nunca más!”».

Nuestros pensamientos chapoteaban de un lado a otro como un mar furioso en una cueva. Estos tres días han sido un flujo de emociones fugitivas. Estamos resueltos a dejar de tomar H.; y en eso el recuerdo de la carta de Lamus era como una cuerda sostenida por un guía de confianza para un novato en algún risco que se desmorona.

¡Si tan solo hubiéramos podido confiar en eso! Pero el pánico sacudía nuestras mentes.

¡Esos malditos cobardes de la medicina! ¡Esos pomposos profetas del mal! Cada vez que volvíamos a la resolución de parar, nos arrancaban de la roca.

«Está más allá del poder humano».

Pero ellos saben muy bien de qué lado les conviene estar. Su juego es desalentar a sus incautos.

Pero se habían excedido en la jugada. Habían pintado su cuadro con colores demasiado burdos. Nos repugnaron.

Además, el efecto de la muerte de Mabel y el hecho de que nuestras provisiones fueran tan escasas se combinaron para empujarnos a la determinación de parar a cualquier costo.

Luchamos salvajemente hora tras hora. Había momentos en que la abstinencia misma nos purgaba, por puro dolor, de la capacidad de sufrir. Nuestras mentes empezaron a divagar. Éramos arrebatados en alas de la desdicha a través de los cielos llameantes de la angustia.

Recuerdo a Peter de pie junto a la mesa, perdido todo sentido de la realidad. Gritó con una voz aguda y cascada:

«Su bóveda craneana es abovedada,
sus locos ojos mongoles
oblicuos con los éxtasis
de cosas inmunes, exaltadas
mucho más allá de estrellas y cielos,
rendijas de ámbar y azabache...».

Lo oí a través de abismos de doliente vacuidad. Un estremecimiento de triunfo satánico vibró en mi alma y compuso una sinfonía con sus alaridos. Salté de lujuria al reconocerme en el fantasma repulsivo que pintaba el poeta.

«Su hocico, apuntado a la presa,
carnoso y pesado y grosero,
bestial, quebrado de través,
y debajo su boca que gotea
sangre de los labios
que ocultan los colmillos de la serpiente,
gotea sobre ubres venenosas,
flancos montañosos que se agitan,
y el espíritu se asquea y se estremece
ante el indicio de algo peor todavía».

Tuvimos, por otra parte, algunos espasmos de debilidad; una sensación espantosa de hundimiento del espíritu. Es el mismo pavor ineludible que lo invade a uno cuando está en un ascensor que empieza a bajar demasiado rápido, o cuando uno cae en picada demasiado de golpe en un aeroplano. Oleadas de debilidad nos bañaban como si fuéramos cadáveres arrojados por el mar desde un naufragio. Un naufragio de nuestras almas.

Y en esas horas horrendas de impotencia, fuimos a la deriva por el río oscuro y lento de la inercia hacia el pantano estancado y hediondo de la locura.

Nos obsesionaba la certeza de que nunca saldríamos adelante. Al principio no dijimos nada. Estábamos hundidos en un estupor solemne. Cuando por fin encontró voz, fue para gimotear la rendición. ¡La Rendición Incondicional de nuestra integridad y de nuestro honor!

Estirábamos nuestra pequeña ración de H. con dosis de estricnina para evitar el colapso completo de todas nuestras facultades físicas, y nos levantábamos un poco en el plano moral por medio del

champán.

En esos momentos de abdicación hablábamos en susurros frágiles de planes para conseguir provisiones. Los dos sentíamos cierta vergüenza de admitir ante el otro que éramos renegados. Sentíamos que en adelante nunca podríamos entregarnos franca y alegremente como lo habíamos hecho hasta entonces. Nos volveríamos furtivos y astutos; nos ocultaríamos el uno al otro lo que estábamos haciendo, aunque fuera obvio para los dos.

Esta tarde me escabullí en puntas de pie, creyendo que Peter dormía, pero se dio vuelta como una serpiente sobresaltada justo cuando me dirigía a la puerta.

«¿Adónde vas, Lou?».

Su voz era a la vez lastimera y áspera. No había pensado en inventar un pretexto; pero una mentira me salió de la lengua ya hecha.

«Voy a lo de Basil, a ver si no puede darme algo que nos ayude a salir de esto».

Sabía que no me creía, y sabía que no le importaba adónde fuera ni qué hiciera. No le escandalizó que le mintiera, la primera vez que lo hacía.

Tomé un taxi hasta el estudio. Mi mentira era una media verdad. Iba a pedirle que nos ayudara con la cura; pero mi verdadero objetivo era inducirlo, no importaba cómo, a darme al menos una dosis. No me importaba cómo la consiguiera. Probaría fingir una enfermedad. Apelaría a nuestras viejas relaciones, y miraría alrededor con disimulo a ver si no encontraba algo y lo robaba. Y no pensaba dejar que Peter se enterara.

Encima de todo lo demás estaba la tortura de la vergüenza. Siempre había estado orgullosa de mi orgullo. Una serenidad sutil me hizo dar vueltas la cabeza cuando salí a la calle. Me encantaba estar sola, haberme librado de Peter. Lo sentía como una influencia que me refrenaba, y me lo había sacudido de encima. Me despreciaba por haberlo amado. Quería irme al diablo a mi manera.

Encontré a Basil en casa, y solo. ¡Qué suerte! Esa chica alta y flaca, odiosa, no estaba.

Basil me recibió con su saludo de siempre. Me hirió en lo más vivo como un insulto. ¿Qué derecho tenía a reprocharme? ¿Y por qué tenía que sonar como un reproche «Haz lo que tú quieras»?

Por lo general agregaba algo a la frase. Se deslizaba a la conversación corriente con una especie de gracia sinuosa. Siempre había algo felino en él. Me recordaba a un tigre hermoso y terrible abriéndose paso por la selva espesa.

Pero hoy se detuvo en seco, con una decisión severa. Era como si hubiera disparado un tiro y esperara a ver el efecto. Pero me indicó en silencio que me sentara en mi sillón de siempre, me encendió un cigarrillo y me lo puso en la boca, enchufó el hervidor eléctrico para el té y se sentó en la esquina de su gran mesa cuadrada balanceando la pierna. Sus ojos estaban absolutamente inmóviles; y sin embargo sentía que me devoraban el cuerpo y el alma centímetro a centímetro.

Me retorcía en el sillón como hacía en el colegio cuando no estaba segura de si me habían descubierto en algo o no.

Traté de disimular mi confusión empezando una conversación ligera; pero pronto desistí. No prestaba ninguna atención a mis comentarios. Para él eran simplemente uno de mis síntomas.

Comprendí con una certeza espantosa que mis planes eran imposibles. No podía engañar a este hombre, no podía jugar con sus pasiones, no podía robar en su presencia.

A pesar de mí misma, mi mentira se había convertido en verdad. Solo podía hacer lo que había dicho que venía a hacer: pedirle que me ayudara a salir. No, ni siquiera eso. Después de todo, no me había librado de Peter.

Con el King Lamus descubrí que no podía pensar en mí. Tenía que pensar en Peter. Fui absolutamente sincera cuando dije, con la voz quebrada: «Cockie está en un lío terrible».

Tenía en mente agregar: «¿No puede hacer algo para ayudarlo?», y después lo cambié por «¿No quiere?», y después no pude decirlo en absoluto. Sabía que era malgastar palabras. Sabía que podía y que lo haría.

Se acercó, se sentó en el brazo de mi sillón, me soltó el pelo y empezó a jugar con las trenzas. El gesto era tan absolutamente natural e inocente como el de un gatito que juega con una madeja de lana.

Por un segundo me hirió la vanidad en el corazón darme cuenta de que podía hacer algo así sin mezclarlo con ideas sexuales. Y sin embargo era justamente esa superioridad sobre los instintos humanos lo que me hacía confiar en él.

«Sir Peter no está aquí», dijo con ligereza y amabilidad.

Supe que le había gustado que yo no mencionara mis propios problemas.

«Pero es a usted, querida niña, a quien veo en mi catalejo de hechicero, contra una costa a sotavento, con todos los mástiles caídos por la borda, la Union Jack izada al revés en un muñón, y su heroico telegrafista transmitiendo S.O.S.».

Me soltó el pelo y encendió la pipa. Después volvió a jugar con él.

«Y los demás, parte en tablas y parte en cosas de la nave, todos llegaron salvos a tierra».

La familiaridad que uno tiene con el Nuevo Testamento hace que una cita resulte de algún modo significativa, por poco que uno crea en la verdad del libro.

Sentí que su voz era la voz de un profeta. Me sentí ya salvada.

«Tome un poco de esto», prosiguió, trayendo una tableta blanca de un pequeño gabinete de cedro, y un vaso grande de agua fría. «Eche la cabeza hacia atrás, tráguela bien y tómese toda el agua de una vez. Aquí tiene otra para llevarle a su marido, y no se olvide del agua. La va a calmar; tiene los nervios hechos trizas. Tengo unas personas que vienen dentro de unos minutos. Pero esto la va a ayudar a pasar la noche, y mañana por la mañana voy a ir a verla. ¿Cuál es la dirección?».

Se la dije. La cara me ardía de vergüenza. Una casa donde la nota social más alta era un músico de quinta categoría de una orquesta de jazz, y la más baja algo a lo que no le damos nombre.

La anotó como si hubiera sido el Ritz. Pero yo podía sentir, en mi estado de hipersensibilidad, el asco en su mente. Era como si se le hubiera ensuciado el lápiz.

La tableta me hizo sentir mejor; pero creo que la atmósfera del hombre hizo más de lo que le correspondía en el trabajo. Me sentía casi normal cuando me levanté para irme. No quería que sus

amigos me vieran. Sabía demasiado bien qué aspecto tenía.

Me detuvo en la puerta.

«No tiene nada de esa sustancia, supongo», dijo.

Y sentí una sensación inexpresable de alivio. Su tono daba a entender que se había hecho cargo de nosotros.

«No», dije, «gastamos el último grano hace un tiempo».

«No voy a pedirle que recuerde cuándo», respondió. «Sé demasiado bien lo confundido que uno se pone. Y además, cuando uno empieza este experimento, el reloj no le dice gran cosa, como usted sabe.»

El respeto por mí misma me volvió de golpe. Él insistía en que nos consideráramos pioneros de la ciencia y de la humanidad. Estábamos haciendo un experimento; arriesgábamos la vida y la razón por el bien del género humano.

Por supuesto, no era cierto. Y sin embargo, ¿quién puede decir cuál es la verdadera raíz de los propios motivos? Si él prefería insistir en que hacíamos lo que siempre han hecho los guías del pensamiento, ¿cómo iba yo a contradecirlo?

Una ola boyante de dicha brincó en mi cerebro. Podía no ser cierto; pero, por Dios, íbamos a hacer que lo fuera.

Supongo que me saltó una luz en los ojos y le permitió leer mi pensamiento.

«¡Respice finem! Juzga el final;
¡el hombre, amigo, y no el niño, es lo que vale!»

citó alegremente.

Y entonces, para mi asombro absoluto, me llevó de nuevo al estudio, sacó un frasco de heroína del armarito de cedro y volcó una pequeña cantidad sobre un trocito de papel. Lo retorció y me lo puso en la mano.

«No se sorprenda», se rió, «su cara me dice que todo está en orden. No tenía esa expresión de pato moribundo en medio de una tormenta que muestra que uno está esclavizado del todo. Como señaló muy inteligentemente Sir Peter el otro día, uno no puede parar si no tiene algo con qué parar. Usted lleva su diario mágico, por supuesto.»

«Oh, sí», exclamé contenta; sabía qué importancia le daba él a ese registro.

Sacudió la cabeza cómicamente.

«Oh, no, señorita Unlimited Lou, no lo que yo llamo un diario mágico. Debería darle vergüenza no saber las horas, los minutos y los segundos transcurridos desde la última dosis. Nous allons changer tout cela. Puede tomar esto si quiere, y cuando quiera. Simplemente se lo planteo como una especie de desafío deportivo: que vea cuánto tiempo logra mantenerse sin tomarla. Pero confío en que anotará la hora exacta en que decida aspirar, y confío en que me dirá la verdad. Sáquese de la cabeza de una vez por todas que yo desapruebo que la tome. Es enteramente asunto suyo, no

mío. Pero es asunto de todos ser fieles a sí mismos; y usted debe verme como una mera comodidad, un viejo conocedor del juego cuya experiencia puede servirle mientras se entrena para la pelea.»

Volví a casa a toda prisa, convertida en otra mujer. No quería salvarme a mí misma. Me sentía como una armadura hecha con el fin de proteger a Peter. Mi integridad importaba no por mí, sino por él.

Peter no está, así que he escrito todo esto. Qué sorprendido va a quedar...

Me pregunto por qué tarda tanto y adónde habrá ido. Es muy incómodo esperar sin nada que hacer. Me gustaría una dosis. La tableta no me dio sueño; parece haberme calmado. Le quitó el filo a esa inquietud odiosa. Puedo soportarla, en ese sentido, con tal de tener algo que hacer para distraer la mente. Mi mente sigue merodeando alrededor del paquetito de papel que tengo en la cartera. Doblo mil esquinas; pero siempre está esperando detrás de todas. Hay algo aterrador en la fatalidad de esa sustancia. Parece querer convencerlo a uno de que es inútil intentar escapar. Los pensamientos de uno vuelven siempre a muchos otros temas que no consideramos obsesivos. ¿Por qué hemos de tener esta idea en relación con la droga y ser incapaces de hacer nada para sacárnosla de encima? ¿Cuál es la diferencia?

CAPÍTULO IV: POR DEBAJO DE LAS BESTIAS

13 de septiembre

Me pregunto cómo sobreviví a esto. Peter llegó anoche justo después de que yo cerrara mi diario. Nunca lo había visto así; tenía los ojos medio salidos de las órbitas, inyectados en sangre y furiosos. Debía de haber estado bebiendo como un loco. Temblaba de rabia. Vino derecho hacia mí y me pegó deliberadamente en la cara.

«Así vas a aprender», gritó, y me dijo un nombre inmundo.

No pude contestar. Estaba demasiado herida, no por el golpe, sino por la sorpresa. Me lo había imaginado de una manera tan distinta.

Retrocedió tambaleándose hasta el medio de la habitación y señaló la sangre que me corría por la cara. El borde de su anillo me había cortado el rabillo del ojo. Al verlo le dieron ataques de risa histérica.

El único sentimiento que tenía en la mente era que él estaba enfermo; que mi deber era cuidarlo. Intenté ir hasta la puerta a buscar ayuda. Él creyó que me escapaba y me arrojó de vuelta a través de toda la habitación sobre la cama, aullando de rabia.

«Puedes irte con eso enseguida», dijo, «pero ya basta. Te quedas aquí mismo y vemos si el señor King Lamus de porquería viene a buscarte. No te preocupes; supongo que vendrá. Le gusta la mugre, a esa bestia asquerosa.»

Me eché a llorar. El contraste entre los dos hombres era demasiado espantoso. ¡Y yo le pertenecía a este matón que chillaba y blasfemaba, con sus celos dementes y su brutalidad sin sentido!

Habría preferido barrer el estudio de Basil por el resto de mi vida antes que ser Lady Pendragon.

¡Qué maestros de la ironía son los dioses! Yo había estado nadando en una inundación resplandeciente de gloria; había estado casi delirante al pensar que era la esposa de un hombre por cuyas venas corría la sangre del rey más grande de Inglaterra; de aquel cuyo encanto había dorado los siglos con su leyenda; al pensar que podría llevar bajo el corazón semejante herencia real. ¡Qué éxtasis radiante!

Y Peter mismo se había mostrado digno de su linaje. ¿No había rechazado él también al pagano y salvado a Inglaterra?

¡Así que este era el final de mi sueño! ¡Este rufián pendenciero era mi hombre!

Me quedé sentada, estupefacta, mientras sus insultos incoherentes me martillaban el cerebro; pero mi indignación no era por mí. Me merecía todo lo que me estaba pasando; pero ¿qué derecho tenía este cobarde malhablado a meterse en la boca el nombre de un hombre como King Lamus?

Mi silencio pareció exasperarlo más que si yo hubiera aceptado la pelea. Se tambaleaba y maldecía con una ferocidad ciega. No parecía saber dónde estaba yo. Estaba oscureciendo. Recorrió a tientas la habitación buscándome; pero pasó dos veces a mi lado antes de encontrarme. La tercera vez tropezó conmigo, me agarró del hombro y empezó a pegarme.

Me quedé sentada como paralizada. Ni siquiera podía gritar. Una y otra vez maldecía y me golpeaba con salvajismo, pero con tan poca fuerza que yo no sentía los golpes. Además, estaba embotada para todo dolor posible. Al rato se desplomó y rodó sobre la cama. Por un momento creí que estaba muerto, y entonces lo sacudió una serie de espasmos; los músculos se le retorcían y se le crispaban; las manos arañaban el aire; empezó a murmurar rápido y de manera ininteligible. Yo tenía un miedo horrible.

Me levanté y encendí el gas. La cara del pobre muchacho estaba blanca como la muerte; pero unas manchas pequeñas, de un carmesí oscuro, le ardían en los pómulos.

Me senté un rato a la mesa y pensé. No me atrevía a llamar a un médico. Podía darse cuenta de qué le pasaba y llevárselo lejos de mí; llevarlo a una de esas trampas de tortura, y él nunca saldría.

Sabía lo que necesitaba, por supuesto; un poco de heroína lo repondría perfectamente. Le dije que yo tenía. Tuve que decírselo varias veces antes de que entendiera.

Cuando entendió, la sola idea ayudó a reanimarlo; pero quedaba un resto de rabia, y me dijo que se la diera, con un gruñido codicioso. Si hubiera querido negársela, no le habría hecho saber que la tenía.

Le traje la sustancia, me senté a su lado y le levanté la cabeza con una mano mientras se la daba sobre el dorso de la otra. El corazón se me hundió como una piedra en agua profunda. ¡La vieja actitud de siempre, el viejo acto de siempre! ¡Y sin embargo, qué distinto en cada detalle!

Los movimientos convulsivos se detuvieron de inmediato. Casi enseguida se incorporó apoyado en un codo. La única señal de malestar era que todavía respiraba con dificultad. Toda su ira, además, había desaparecido. Parecía cansado, como un convaleciente, pero dócil como un niño. Sonrió débilmente. No sé si tenía alguna conciencia o algún recuerdo de lo que había pasado. Hablaba como si no hubiera habido ninguna pelea. El color le volvió a la cara, la luz a los ojos.

«Una dosis más como esa, Lou», dijo, «y voy a estar bien.»

No estaba nada segura de lo que habría dicho King Lamus; pero era responsabilidad mía, y no podía negársela.

Se durmió muy poco después. A la mañana averigüé qué le había pasado. Había ido a ver a algunos de los hombres que conocía del hospital para que le dieran un poco de H., pero no se habían atrevido. Se sentían insultados por la nueva ley, la Ley Diabólica de la Droga. Habían pasado por una formación larga y costosa y tenían diplomas que los hacían responsables de la salud de la comunidad; y ahora no se les permitía recetar a sus propios pacientes. Era bastante natural que estuvieran indignados.

El cuarto hombre al que había ido Peter le contó la misma historia, pero había estado muy cordial. Creyó que arreglaría las cosas invitándolo a cenar y llenándolo de alcohol, con la idea de que eso lo ayudaría a soportar la falta del otro estimulante. Parece que me tocó a mí pagar la receta.

No, Lou, eres una chica mala. No debes amargarte así. La culpa es tuya por haber nacido en un mundo donde la ignorancia y la necedad compiten sin cesar por el primer puesto en las mentes de las clases instruidas. El labrador más común habría tenido más sentido común que ese médico.

Le di a Peter la tableta con abundante agua cuando empezó a inquietarse. Lo calmó muchísimo. Deseé tener una para mí. Sentía que me volvía la irritabilidad; pero no estallé, porque Basil no podía tardar en venir. Esperaba su llegada como el fin seguro de todos nuestros problemas...

Lo que de verdad pasó fue muy distinto. Casi no sé cómo escribirlo. La vergüenza y la decepción son devastadoras. Siento que me cerraron de un portazo las puertas de la esperanza en la cara. Puedo imaginar el chirrido de la llave al girar en la cerradura, el chillido del cerrojo oxidado al correrse hasta el fondo.

En cuanto apareció Basil, la locura de Peter se encendió en llamas. Soltó un torrente de insultos y acusó a Basil en la cara de querer llevarme.

¡Si Basil hubiera sabido con qué ansia me habría ido! Un hombre en manía sexual no está en condiciones de tratar con seres humanos. Nunca me había dado cuenta antes de por qué las mujeres desprecian tan hondamente a los hombres en su corazón. Respetamos a los hombres que han dominado sus pasiones, aunque más no sea porque nosotras mismas, en última instancia, no somos más que esas pasiones. Esperamos que el hombre se muestre superior. No sirve matar la pasión, como Klingsor; el hombre sin sexo está todavía más bajo que «el rey herido», Amfortas, la víctima de su virilidad. El verdadero héroe es Parsifal, que siente las tentaciones. «Un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras.» Cuanto más agudamente vivo esté para el amor, mayores son sus posibilidades. Pero tiene que negarse a rendirse a sus pasiones; tiene que hacer que lo sirvan. «¡Dienen! ¡Dienen!»

¿Quién mataría un caballo por tener miedo de montarlo? Es mejor subirse y desafiar al animal a desbocarse.

Cuando el hombre cae, lo levantamos y lo cuidamos, pero no lo adoramos. La mayoría de los hombres son así. Pero lo que toda mujer busca es el hombre que tiene el caballo más brioso y el dominio más completo sobre él. Eso es de lo más simbólico en *The Garden of Allah*, donde el monje que no sabe montar se lleva un semental al desierto, decidido a pelear la cosa hasta el final.

A Basil no lo conmovió el rencor salvaje de Peter. Se negó a dejarse provocar. Cada vez que tenía oportunidad de meter una palabra, simplemente afirmaba el propósito de su visita. Ni siquiera se tomó el trabajo de negar la acusación principal.

A Peter lo cansó estrellarse tan inútilmente contra el acantilado del desprecio de Basil. Tampoco quiero decir que fuera desprecio, pero su bondad serena tenía que sentirse como desprecio, porque Peter no podía dejar de saber cuánto se merecía el desdén. Se daba cuenta de que sus injurias se volvían más débiles y más vacías con cada arrebato. Simplemente se recompuso con un último esfuerzo de animosidad contra el amigo que podría habernos salvado, y le ordenó que se fuera de la casa. Se puso todavía más en ridículo posando de marido ultrajado.

La moral elevada es el último refugio cuando uno se siente irremediablemente en falta.

Era la primera vez que veía a Peter hacer el papel de hipócrita. Sus declaraciones de decencia eran simplemente la medida de su indignidad.

A Basil no le quedaba más que irse. Peter fingió haberse anotado un triunfo. No habría engañado a nadie, pero (si hubiera habido alguna posibilidad) él mismo se quitó el púlpito de debajo de los pies cuando volvió a entrar de golpe en la habitación y soltó con sentimiento genuino:

«¡Maldita sea, qué idiota soy! ¿Por qué no me guiñaste el ojo? Teníamos que haberle seguido la corriente y sacarle un poco de heroína...»

Esta mañana me dejó sin fuerzas. No me importa salvarme. Sé que no puedo salvar a Peter. ¿Por qué una mujer tiene que tener siempre a un hombre como motivo? Lo único que quiero es H. Cockie y yo la necesitamos de una manera infernal.

«Mira, Lou», dijo con una sonrisa astuta como nunca le había visto, del todo ajena a su carácter. «Arréglate bien y prueba con los médicos. Un tipo me dijo anoche que hay algunos que te dan una receta si les pagas lo suficiente. Un billete de diez libras debería alcanzar.»

Sacó del bolsillo del pantalón unos billetes sucios y arrugados.

«Aquí tienes. Por el amor de Dios, no tardes.»

Yo tenía tantas ganas como él. Toda la voluntad de dejar se me había ido con el agua cuando se fue Basil. El respeto por mí misma estaba aniquilado.

Y sin embargo creo que fue la resistencia a ir lo que me tuvo dando vueltas con el pretexto de arreglarme.

Peter me miraba con aprobación. Tenía un brillo odioso en los ojos, y a mí me encantaba. Estábamos degradados los dos de punta a punta. Habíamos llegado a la paja inmunda de la pocilga. Había algo cálido y cómodo en acurrucarse contra la depravación. Habíamos realizado el ideal de nuestra perversión...

Fui a ver a mi propio médico. Peter me había aleccionado sobre los síntomas; pero él no se dejó convencer. Habló de cambio de clima y de dieta y del jarabe para tomar tres veces al día. Vi enseguida que no había nada que hacer por el salto que dio cuando mencioné por primera vez la heroína.

Lo único que pude hacer fue salir del consultorio de aquel viejo tonto sin quedar mal...

No sabía qué hacer después. Me sentía como Morris no sé cuánto en *The Wrong Box*, cuando necesitaba un certificado de defunción falso y buscaba un «médico venal».

Me fastidiaba que fuera de día y no saber adónde ir. De pronto, de la nada, me vinieron el nombre y la dirección del hombre que había sacado a Billy Coleridge de su apuro. Quedaba muy lejos y yo estaba horriblemente cansada. Tenía hambre, pero la idea del almuerzo me daba náuseas. Sentía que la gente me miraba de manera extraña. ¿Era la cicatriz junto al ojo?

Compré un velo grueso. Me pareció que la chica se sorprendía. Supongo que era bastante raro en septiembre, y que podía llamar todavía más la atención; pero me daba una sensación de protección, y era un velo muy bonito: encaje color crema con zigzags bordados.

Tomé un taxi hasta lo del médico. Era el doctor Collins, en el 61 o el 71 de Fairelange Street, Lambeth.

Lo encontré en casa; un viejo horrible, sucio de rapé, con ropa raída; un consultorio lóbrego y mugriento, tan desordenado como él.

Pareció decepcionado con mi historia. No era lo suyo, dijo, y no quería meterse en problemas. Por otra parte, me tenía miedo por lo que yo sabía de Billy. Prometió hacer lo que pudiera; pero con la nueva ley no podía hacer más que recetar diez dosis de un octavo de grano cada una. ¡Cuatro o cinco aspiradas, todo junto! Y no se atrevería a repetirla antes de una semana.

Sin embargo, era mejor que nada. Me dijo dónde hacerla preparar.

Encontré un guardarropa donde podía juntar los paquetes en uno solo, y empecé.

El alivio fue inmenso. Seguí, dosis tras dosis. Cockie podía conseguir la suya. Le diría que no había sacado nada. Sentía que podía volver a comer, y tomé algo liviano y un par de whiskies con soda.

Me sentía tan bien que volví directamente a Greek Street y le solté un relato lastimero de mi fracaso. Era delicioso engañar a ese bruto después de que me había pegado.

Era un placer intenso verlo sufrir así; imitar sus síntomas con mímica minuciosa; burlarme de su miseria. Estaba furioso de todos modos, pero sus golpes me daban un placer infinito. Eran los símbolos de mi triunfo.

«Vamos, vete de aquí», dijo, «y no vuelvas sin eso. Sé dónde puedes conseguirla. El hombre se llama Andrew McCall. Lo conozco hasta el fondo de su alma podrida.»

Me dio la dirección.

Era una casa magnífica cerca de Sloane Square. Se había casado con una vieja rica y vivía a cuerpo de rey.

Yo misma lo había conocido una vez en sociedad. Era un escocés hecho a sí mismo, y creía que el traje de etiqueta era de rigeur en el Paraíso.

Peter me despidió con una risita socarrona. Tenía alguna idea demencial en el fondo de la cabeza. Bueno, ¿qué me importaba?...

El doctor McCall era un hombre de unos cincuenta años, muy bien conservado y muy bien vestido, con una gardenia en el ojal. Me reconoció enseguida y me llevó de la mano hasta un sillón cómodo.

Empezó a parlotear sobre nuestro encuentro anterior; sobre la duquesa de esto y la condesa de aquello.

Yo no escuchaba, observaba. Su tacto le dijo que no me interesaba. Se interrumpió de golpe.

«Bueno, bueno, perdone que me extienda así sobre los viejos tiempos. La cuestión es: ¿qué puedo hacer hoy por usted, señorita Laleham?»

Vi al instante mi ventaja. Sacudí la cabeza riendo.

«Oh, no», dije, «no es la señorita Laleham.»

Me pidió perdón profusamente por el error.

«¿Será posible? ¿Dos muchachas tan hermosas, tan parecidas?»

«No», le respondí sonriendo, «no es para tanto. Yo era la señorita Laleham, pero ahora soy Lady Pendragon.»

«Vaya, vaya», dijo, «¿dónde habré estado? ¡Completamente fuera del mundo, completamente fuera del mundo!»

«Oh, no soy una persona tan importante, y recién me casé con Sir Peter en julio.»

«Ah, eso lo explica», dijo el doctor. «Pasé todo el verano en los brezales con la marquesa de Eigg. Completamente fuera del mundo, completamente fuera del mundo. Bueno, estoy seguro de que es usted muy feliz, mi querida Lady Pendragon.»

Siempre pronunciaba un título con un ruido como el de un niño chupando una barrita de caramelo.

Vi enseguida el modo de ganármelo.

«Bueno, claro, usted sabe», dije, «en los círculos realmente elegantes hay que ofrecerle heroína y cocaína a la gente. Es solo una moda pasajera, por supuesto, pero mientras dura uno queda realmente afuera si no hace lo que corresponde.»

McCall se levantó de la silla de su escritorio y acercó un taburetito tapizado junto al mío.

«Entiendo, entiendo», murmuró en tono confidencial, tomándome la mano y empezando a acariciarla suavemente, «pero sabe usted, es muy difícil de conseguir.»

«Lo es para nosotros, pobres profanos», me lamenté, «pero no para usted.»

Me subió la manga y movió la mano de arriba abajo por la cara interna de mi antebrazo. La familiaridad me ofendió profundamente. El esnobismo del hombre me recordó que era hijo de un pequeño tendero de una aldea de las tierras bajas: un hecho en el que no habría pensado ni un segundo de no ser por su untuosa insistencia en el Debrett.

Se levantó y fue hasta una pequeña caja fuerte empotrada detrás de mí. Lo oí abrirla y cerrarla. Volvió y se inclinó sobre el respaldo de mi silla, extendiendo el brazo izquierdo de modo que yo pudiera ver lo que tenía en la mano.

Era un frasco sellado de diez gramos con la etiqueta «Heroini Hydrochlorid», con la cantidad y el nombre del fabricante. Verlo me volvió casi loca de deseo.

A menos de un metro de mi cara estaba el símbolo de la victoria. Cockie, Basil, la ley, mis propios tormentos físicos: todos estarían en mi poder desde el momento en que mis dedos se cerraran sobre el frasco.

Extendí la mano; pero la heroína había desaparecido como en un truco de prestidigitación.

McCall apoyó su peso en el respaldo de mi silla y la inclinó un poco. Su cara fea, astuta y falsa estaba a un palmo de la mía.

«¿De veras va a dármela?», balbuceé. «Sir Peter es muy rico. Podemos pagar el precio, sea cual sea.»

Soltó una risita rara. Me encogí ante la boca larga, de lobo, que colgaba sobre mí abierta con avidez, con sus dos filas blancas de colmillos largos y afilados al descubierto.

El whisky rancio de su aliento me daba náuseas.

Entendió de inmediato; devolvió mi silla a su posición normal y volvió a su escritorio. Se sentó allí y me observó con avidez, como un hombre que acecha a su presa. Como sin darse cuenta, sacó el frasco y jugó con él distraídamente.

Con su voz suave y barnizada empezó a contarme lo que llamaba la novela de su vida. La primera vez que me vio se había enamorado apasionadamente de mí; pero era un hombre casado, y su sentido del honor le impidió ceder a su pasión. No sentía, por supuesto, ningún amor por su esposa, que no lo comprendía en absoluto. Se había casado con ella por lástima; pero aun así estaba atado por su sentido de lo correcto, y sobre todo por comprender que dar rienda suelta a su pasión, por dada por Dios que fuera, significaría la ruina social para mí, para la mujer que amaba.

Siguió hablando de afinidades y de almas gemelas y de amor a primera vista. Se reprochaba haberme dicho la verdad, incluso ahora, pero había sido más fuerte que él. ¡La ironía del destino! ¡El trágico absurdo de las restricciones sociales!

Al mismo tiempo, sentiría un cierto placer secreto si supiera que yo, por mi parte, había tenido algo del mismo sentimiento por él. Y todo el tiempo seguía jugando con la heroína. Una o dos veces casi la deja caer en su emoción nerviosa.

Me sobresaltaba pensar en el peligro que corría aquel polvo precioso. Pero estaba claro que había una sola cosa que hacer para conseguirlo: seguirle la corriente al viejo.

Dejé caer la cabeza sobre el pecho y lo miré de reojo, por el rabillo del ojo.

«No puede esperar que una muchacha confiese todo lo que ha sentido», susurré con un hondo suspiro, «sobre todo cuando ha tenido que matarlo en su corazón. No sirve de nada hablar de estas cosas», seguí. «En realidad no debería haber venido. Pero ¿cómo iba a adivinar que usted, un gran médico como usted, se había fijado en una chiquilina tonta como yo?»

Se puso de pie de un salto, excitado.

«No, no», dije con tristeza, con un gesto que lo hizo volver a sentarse, muy incómodo. «Nunca debí haber venido. Fue pura debilidad de mi parte. La heroína fue solo mi excusa. Oh, no me haga sentir tan avergonzada. Pero sencillamente tengo que decirle la verdad. El verdadero motivo era que... quería verlo. Ahora hablemos de otra cosa. ¿Me va a dar esa heroína, y cuánto va a costar?»

«Uno no les cobra a sus amigos por servicios tan pequeños», respondió con altivez. «La única duda que tengo es si está bien que se la dé.»

Volvió a sacarla y leyó la etiqueta. Hizo rodar el frasco entre las palmas.

«Es una sustancia terriblemente peligrosa», continuó muy serio. «No estoy nada seguro de que estaría justificado dársela.»

¡Qué disparate absoluto y qué pérdida de tiempo, esta comedia social! Todo Londres conocía la afición de McCall por las intrigas con damas de título. Había inventado sobre la marcha la historia tonta del amor a primera vista. No era más que una apertura de ajedrez.

Y en cuanto a mí, aborrecía la sola vista de ese hombre, y él lo sabía. Y sabía también que yo quería esa heroína con una desesperación terrible. La verdadera naturaleza de la transacción era tan evidente como un budín de ciruelas de cárcel.

Pero supongo que de algún modo divierte imitar diversas actitudes afectadas. Él sabía que mi pudor, mi turbación y mis rubores eran tan postizos como el maquillaje en las mejillas de una mujer de la calle de Piccadilly. Ni siquiera le hería la vanidad saber que yo lo tenía por un viejo ogro repugnante. Él tenía lo que yo quería, yo tenía lo que él quería, y a él no le importaba que yo me drogara hasta la muerte al día siguiente, con tal de que le hubiera pagado su precio hoy.

El cinismo despiadado de ambas partes tuvo un efecto bueno desde el punto de vista moral. Me impidió perder el tiempo intentando engañarlo.

Siguió con su apertura. Me explicó que mi matrimonio cambiaba mucho las cosas. Con una cautela razonable, para la cual teníamos todas las facilidades, no había el menor riesgo de escándalo.

Solo una cosa se me clavaba en la conciencia y combatía el ataque corrosivo del hambre de heroína. Después de que King Lamus se fue esta mañana, Peter y yo habíamos tenido una pelea amarga. Yo había renunciado a Basil, había renunciado a toda idea de llevar una vida decente, había abrazado al monstruo en cuyos brazos me debatía, había entrado con los ojos bien abiertos en su calabozo, me había entregado a las drogas, *¿y* por qué? Era la esposa de Sir Peter. La pérdida de mi virtud, de mi independencia, del respeto por mí misma, la exigía mi lealtad hacia él. Y ya esa lealtad exigía una deslealtad de otra clase.

Era una paradoja inmunda. Peter me había mandado a lo de McCall con perfecta previsión. Yo sabía muy bien qué esperaba de mí, y me gloriaba en mi infamia: en parte por sí misma, pero en parte, a menos que me esté mintiendo, porque mi degradación probaba mi devoción por él.

Ya no oía lo que McCall decía, pero vi que había tomado un cortaplumas y cortado el hilo del frasco. Había sacado el corcho haciendo palanca y metido el cuchillo en el polvo. Midió una dosis con una extraña sonrisa astuta e inquisitiva en los ojos.

Respiraba rápido y superficialmente. Asentí con un pequeño gesto apurado. Me pareció oírme decir: «Un poquito más». Al menos, él agregó al montoncito.

«Está indicado un estimulante suave», dijo, imitando sus modales de médico junto a la cama. Estaba arrodillado frente a mi silla, y levantó la mano como un sacerdote que hace una ofrenda a su diosa.

Lo siguiente que recuerdo es que caminaba febrilmente, casi corría, por Sloane Street arriba. Tenía la sensación de que me perseguían. ¿Era cierta esa vieja fábula griega de las Furias? ¿Qué había hecho? ¿Qué había hecho?

Mis dedos se movían espasmódicamente sobre el frasquito ambarino de veneno. Quería alejarme de todos y de todo. No sabía adónde iba. Odiaba a Peter desde lo más hondo del alma. Habría dado cualquier cosa en el mundo (salvo la heroína) por no volver a verlo nunca. Pero él tenía el dinero; ¿por qué no íbamos a disfrutar de nuestra ruina abyecta como habíamos disfrutado de nuestro romance? ¿Por qué no revolcarnos en el lodo húmedo y tibio?

CAPÍTULO V: HACIA LA LOCURA

Descubrí que llamaba la atención en la calle con mi conducta nerviosa. Me estremecí al ver a un policía. ¿Y si me arrestaban y me la quitaban?

Y entonces recordé qué tonta era. Maisie Jacobs tenía un departamento en Park Mansions. Sabía que me aguantaría cualquier cosa y que no diría una palabra.

Estaba en casa, gracias a Dios. No sé qué historia le conté. No sé por qué fui tan estúpida como para molestarme en inventar una. Es una gran compañera, Maisie, y no le importa lo que hagas mientras no te metas con ella.

Tenía un poco de seda blanca, y cosimos la H. en paquetitos y los hilvanamos en los volados de mi vestido. Me quedé con cerca de la mitad y la puse en un sobre viejo que ella tenía. Eso era para hacer las paces con Peter. Pero necesitaba dos o tres buenas dosis ahí mismo.

Tuve un ataque de llanto histérico y de temblores. Debo de haberme desmayado un rato. Me encontré en el sofá con Maisie arrodillada a mi lado, acercándome una copa de champaña a los labios.

No hizo ninguna pregunta. No era asunto suyo si mi historia era toda mentira.

Al rato me sentí un poco mejor. Ella empezó a hablar de King Lamus. Se había prendado de él la primera vez que lo vio, hacía cosa de un año, y se había convertido en una discípula entusiasta. Podía hacer lo que quisiera; era libre, tenía mucho dinero propio, nadie que se entrometiera.

En cierto modo, la odié por su independencia. En realidad era envidia de su libertad.

Sentía que Basil era el único hombre que importaba, y que había perdido mi oportunidad con él por no ser digna. Había terminado perdiéndolo del todo; y la ironía era terrible, porque lo había perdido por lealtad a Peter en el mismo momento en que lo aborrecía y lo despreciaba profundamente.

Y sin embargo sabía que Basil me admiraría y me amaría precisamente por esa lealtad. Era lo primero que yo había tenido para mostrarle. ¡Mi único activo me había llevado a la bancarrota para siempre!

Maisie había estado hablando en voz baja mientras yo pensaba estas cosas. Salí de mi concentración y volví a oír su voz. Estaba en medio de una explicación de su relación con Basil.

«Él dice ser completamente egoísta», vibraba su tono tenso, «porque incluye a cada individuo en su idea de sí mismo. No puede sentirse libre mientras haya esclavos alrededor. Por supuesto, hay personas cuya naturaleza es ser esclavos; a esas hay que dejarlas servir. Pero hay muchísimos de nosotros que somos reyes y no lo sabemos; que sufrimos el engaño de creer que debemos inclinarnos ante la opinión pública, ante toda clase de dominación ajena. Se pasa la vida luchando por emancipar a la gente de esa falsa sujeción, porque son partes de sí mismo. No tiene ideas sobre la moral. Incluso su sentido del honor no significa nada para él como tal. Es simplemente que le tocó nacer caballero. "Si yo fuera un perro", me dijo una vez, "ladraría. Si fuera un búho, ulularía. No hay nada en ninguna de las dos cosas que sea bueno o malo en sí. La única pregunta es: ¿cuál es el gesto natural?" Cree que su misión en el mundo es establecer esta Ley de Thelema.»

Vio mi cara de desconcierto.

«"Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley"», citó alegremente. «¡Tienes que haber oído esas palabras antes!»

Lo admití. Nos reímos juntas de la excentricidad de nuestro amigo.

«Se lo dice a todo el que conoce», explicó, «no solo para influir en ellos, sino para recordarse a sí mismo su misión e impedirse perder el tiempo en cualquier otra cosa. No es un fanático; y en el año que hace que lo conozco, sin duda avancé más con mi música que en cualesquiera cinco años anteriores. Me probó (o, mejor dicho, me mostró cómo probarme a mí misma, a mi entera satisfacción) que mi verdadera Voluntad era ser cantante. Empezamos por repasar todos los hechos de mi vida, desde mi raza y mi familia hasta mis cualidades personales, como que mi oído y mi voz son fisiológicamente superiores a los del músico promedio, y que mis circunstancias me permiten dedicarme por entero a entrenarme para desarrollar mis facultades lo mejor posible. ¡Hasta cosas como que mi tutor sea un gran compositor! No admite que eso haya sido un accidente.

»Sostiene que la coincidencia de tantas circunstancias aporta pruebas de un designio; y como muchas de ellas escapan al control de toda inteligencia humana, lleva a suponer que hay algún individuo trabajando en alguna parte, más allá de nuestras limitaciones sensoriales, que me ha hecho cantante en lugar de sombrerera.»

«Oh, sí, Maisie», la interrumpí, «pero ese es el viejo argumento de que el designio del Universo prueba la existencia de Dios; y la gente dejó de creer en Dios sobre todo porque se mostró que el designio era incompatible con un carácter coherente.»

«Oh, desde luego», admitió sin el menor reparo. «Las pruebas tienden a mostrar que hay muchos dioses distintos, cada uno con su propio fin y su propio método. Si sus ambiciones en conflicto pueden conciliarse (como parece necesario desde un punto de vista filosófico) es algo que en la práctica excede el alcance de nuestros medios de investigación actuales. Basil me rogó que no me rompiera la cabeza con esas teorías. Simplemente se me rió en la cara y me llamó su ruiseñor favorito. "No naciste para la muerte, ave inmortal", dijo riendo por lo bajo, "pero tampoco naciste para hacer un curso de neoplatonismo." Todo su punto es que uno no debe salirse de los rieles. Si me había convencido de que era cantante, ¿tendría la amabilidad de abstenerme de meterme en otros asuntos?»

«Ya sé», intercalé, «como dijo el capitán cuando lo interrumpió el primer oficial: "Lo que quiero de usted, señor Segundo, es silencio, ¡y maldita la poca cantidad de eso!"»

Otra vez nos encontramos riendo juntas. Era realmente extraordinario cómo hablar con Basil o con sus discípulos estimulaba la mente. Empecé a ver por qué desconfiaban tanto de él y lo detestaban. La gente siempre finge querer que la eleven por encima de sí misma, pero en realidad tiene un miedo terrible de que le pase algo. Y Basil siempre golpea en la raíz del roble espiritual de uno. Quiere que uno sea uno mismo, y el precio de eso es abandonar las ideas falsas que uno tiene de sí. A la gente le gustan los falsos maestros que la adormecen con lugares comunes narcóticos. Temen tener que enfrentar la realidad en cualquiera de sus formas. Esa es la verdadera razón por la que se persigue a los profetas.

Por supuesto, yo estaba llena de H., pero Maisie me la había hecho olvidar por completo durante un momento.

«¿Quién es esa chica flaca que siempre está ahí?», le pregunté.

Fue un arranque automático de celos.

«Oh, Lala», dijo Maisie, «es un encanto. Es una chica rara, de las más raras que hay. Suiza o algo así, me parece. Él la ha formado durante los últimos tres años. La conoció, no sé cómo, y le pidió que posara para él. Una vez me contó lo sobresaltada que quedó por la razón que le dio. "¿Escribiste tú aquel salmo", le preguntó, "Puedo contar todos mis huesos; ellos me miran y me observan?" Sabes que la chica no tiene ni una onza de carne en el cuerpo. Está perfectamente sana; es simplemente un capricho de la naturaleza. Y mientras la dibujaba, le pidió que sugiriera un título para el cuadro. "Píntame como un alma muerta", respondió ella. Él tomó la frase con un entusiasmo ardiente y empezó a trabajar en un biombo enorme, un tríptico con las bestias y los pájaros y las caras más extraños, todos dispuestos para conducir hacia ella como figura central. Ella está de pie, desnuda, con una cabeza desproporcionadamente grande que sonríe de un modo detestable. El cuerpo es casi un esqueleto cubierto de piel verdosa. Causó una sensación absolutamente macabra. Me extraña que no lo hayas visto.»

En realidad yo había visto una fotografía en algún diario, y ahora recordaba que Bill Waldorf me la había señalado a ella, muerto de risa, como la Reina de las Almas Muertas. Basil había dicho que Londres estaba lleno de almas muertas.

«No tiene nada que ver con aquella historia de Gógol», dijo Maisie. «Basil piensa (y es una verdad demasiado espantosa) que la mayoría de la gente que vemos andar por ahí, y comer y beber y bailar, en realidad está muerta: "muerta en delitos y pecados", como decía mi viejo tío; en el pecado de no saberse Estrellas, Dioses Verdaderos y Vivientes Altísimos...»

Suspiré de tristeza. Yo también era un alma muerta; ¡y había renunciado al Señor de la Resurrección esa mañana por lealtad a otra alma muerta! ¡Y esa misma tarde! ¡Puaj! ¡Qué osario es la Vida! ¡Qué frío y qué húmedo y qué venenoso es el aire! ¡Cómo sudan las paredes la agonía de los condenados!

«¡Y mira a Lala ahora!», siguió Maisie. «Tuvo que hacerla pasar por las pruebas más espantosas (porque estaba muy muerta de verdad), pero ella llegó perfectamente al otro extremo del túnel. Es un Alma Grande, si alguna vez hubo una en el mundo, y él ha elevado lo mortal de ella a la inmortalidad. Su corruptibilidad se ha vestido de incorrupción, y ella irradia luz y vida y amor, saltando a través de los años en una libertad absoluta...»

«Pero ¿qué hace ahora?», pregunté con un dolor sordo en el corazón.

«¡Pues su Verdadera Voluntad, por supuesto!», llegó la respuesta encendida. «¡Sabe que vino a este planeta para dar testimonio de la Ley de Thelema en su propia persona, y para ayudar a su Titán en su tarea!»

Maisie era realmente asombrosa. Todo el mundo sabe que estuvo enamorada de Basil desde el principio, y lo está, y siempre lo estará. ¿Cómo podía hablar sin celos de otra mujer que lo amaba, y, tal como estaban las cosas, sin envidia? Quizá fuera cierto, después de todo, que él tenía algún enorme poder hipnótico y las tenía indefensas, archivadas como otras tantas cartas. Pero Maisie rebosaba de energía y alegría; era absurdo pensar en ella como vampirizada, como una víctima. Se lo pregunté sin rodeos.

«Mi querida Lou», se rió, «¡no seas tan absolutamente gagá! Mi Voluntad es cantar, y la de Lala es ayudarlo a él en su obra: ¿por qué habríamos de chocar? ¿Por qué tendría que haber resentimiento? Ella me ayuda a mí al ayudarlo a él a ayudarme; y yo la ayudo a ella al mostrar que la Ley de él me ha ayudado y puede ayudar a otros. Somos las mejores amigas del mundo, Lala y yo; ¿cómo podría ser posible otra cosa?»

Bueno, por supuesto, ella misma estaba realizando una hazaña notoriamente imposible. El punto de vista de Basil y su grupo está simplemente patas arriba respecto del de toda la gente común. Al mismo tiempo, no se puede negar que el resultado es asombrosamente estimulante de contemplar. Podía entender bien su idea de desarrollar a la humanidad hasta lo que es prácticamente una especie nueva, con facultades nuevas, y los viejos miedos, supersticiones y necedades descartados para siempre.

No pude soportarlo un segundo más. Maisie había renunciado a él (y a sí misma), y sin embargo se poseía a sí misma y lo poseía a él: yo me había aferrado a él y a mí misma, y había perdido a los dos. ¡Perdidos, perdidos para siempre! Me levanté para volver a casa; y antes de llegar a la calle comprendí con un asco y una desesperación desolados el grado de mi degradación, de mi condenación; y abracé desesperadamente mi orgullo horrible y perverso por mi propio destino espantoso, y me regocijé cuando el hambre horrible de heroína volvió a hacerse sentir, royéndome las entrañas. Me relamí al pensar que iba camino del hombre al que mi amor tanto había contribuido a destruir, y a mí misma con él.

Para empezar, se acabó este diario: ¿por qué habría de molestarme por King Lamus? «Cada paso que da está manchado de sangre», como dijo una vez Gretel. Sí, de algún modo infernal me había convertido en una de sus víctimas. «Muy bien: vas a tener suficiente diario mágico como para saber que estoy fuera de tus garras; voy a anotar justo las cosas que te digan cuánto te odio, cómo te he burlado; y las vas a leer cuando mi Alma Muerta tenga un Cuerpo Muerto que le haga juego.»

14 de septiembre

Esperaba que Peter estuviera en casa, impaciente por saber si había conseguido engatusar a McCall. En cambio, apareció pasadas las doce, lleno de champaña y... ¡NIEVE!

¡Madre mía, qué día de suerte!

Hervía de pasión; me agarró como un halcón.

«Bueno, vieja», gritó, «¿qué tal te fue con McCall?»

Saqué mi paquete.

«¡Hurra, se acabaron todos nuestros problemas!»

Abrimos nuestras últimas tres medias botellas de espumante para celebrar la ocasión, y él me dio un poco de coca. ¡Y yo que creía que no me gustaba! Es lo mejor que hay. Una aspirada a la derecha y una aspirada a la izquierda y un montón grande directamente sobre la lengua; y eso no fue todo.

«Te digo qué era lo que andaba mal», dijo a la mañana. «¿Quién demonios podía esperar estar bien en un lugar como este? Ya le agarré la mano al asunto. No vamos a quedarnos cortos nunca más. Vamos a bajar a Barley Grange y a tener otra luna de miel. Tú eres mi madreselva, y yo soy tu abeja.»

Fue, abrió la puerta de par en par y le gritó a la mujer que nos hiciera las valijas mientras salíamos a desayunar, y que tuviera lista la cuenta.

«¡Qué idiotas infernales somos!», exclamó mientras íbamos navegando calle abajo hacia el Wisteria, donde se puede tomar verdadero café francés y comer verdadero tocino inglés.

Nos miramos en el espejo largo. Podíamos ver lo enfermos que habíamos estado, pero todo eso se había ido.

La decisión y la confianza en nosotros mismos habían vuelto; y el amor había vuelto con ellas. Sentía el amor mezclar su torrente turbulento con mi sangre, como la confluencia del Ródano y el Arve en Ginebra.

Entramos en una tienda, compramos un auto en el acto y nos lo llevamos ahí mismo. Había uno en la Grange, pero queríamos uno de carrera.

Volvimos a Greek Street en una inundación de deleite. Era una mañana de otoño luminosa y fresca; todo había recobrado su tono. El invierno no podía llegar nunca. No había noche sino como telón de fondo para la luna y las estrellas, y para proveer el decorado de nuestro infierno celestial.

17 de septiembre

La Grange es sin duda la casa más hermosa del mundo. Tiene un solo inconveniente. No queríamos visitas. La sociedad del condado está bien a su manera; pero los tigres no cazan en manada, sobre todo en la luna de miel. Así que tuvimos que hacer correr la voz de que el estado precario de mi salud nos impedía recibir. Una mentira bastante evidente, con lo que andábamos en auto. El avión había vuelto de Deal, pero no volamos nada.

Cockie dio varias razones; pero no eran convincentes. Nos reíamos a carcajadas de lo absurdas que eran. La verdad era que estaba nervioso.

No nos avergonzaba. Después de lo que había hecho, podía dormirse en los laureles. Era solo temporario, por supuesto. Nos habíamos enfermado de un modo podrido en ese lugar de gagás de Greek Street. No podíamos esperar volver a nuestra mejor forma en una semana.

Además, no queríamos esa clase de emoción. Teníamos de sobra de otras maneras. Descubrimos que podíamos ver cosas. Ese burro de Basil siempre estaba hablando del peligro de la magia, y de precauciones, y de métodos científicos y toda esa paparruchada. Nosotros veíamos más espíritus y

demonios cada día que los que él vio en diez años. No hay nada que temerles. Me gustaría ver al Viejo en persona. Vaya si me gustaría.

18 de septiembre

Una tarde de lluvia encontramos un libro en la biblioteca. Decía cómo hacer aparecer al Diablo.

El abuelo de Cockie era un gran entendido en esas cosas. Hay un cuarto en la torre norte donde hacía sus proezas.

Subimos después de cenar. Todo había quedado más o menos como estaba. El tío Mortimer nunca se molestó en cambiar nada.

Había una leyenda también sobre este cuarto. Para empezar, el abuelo era amigo de Bulwer Lytton. Encontramos una primera edición de *A Strange Story*, con una dedicatoria.

Lytton lo había tomado como modelo de Sir Philip Derval, el mago blanco al que asesinan. Lytton lo decía en este ejemplar.

Era todo muy misterioso y emocionante. El cuarto estaba lleno de los objetos más extraños. Había una mesa pintada con diseños y caracteres misteriosos y una enorme espada de empuñadura en cruz: dos medialunas de plata separadas por dos esferas de cobre, y una tercera como pomo. La hoja era de doble filo, grabada en árabe o algo así.

Cockie empezó a blandirla. Nos pareció que salían destellos de luz de la punta, y había un sonido zumbante y crepitante.

«Toma esto», dijo Cockie, «tiene algo endiabladamente raro.»

Se la tomé de la mano. Por supuesto, era solo imaginación mía; pero parecía no pesar nada en absoluto, y producía un estremecimiento de lo más curioso en la mano y en el brazo.

Después había una copa de oro con rubíes alrededor del borde. Y siempre más inscripciones.

Y había una pequeña vara de ébano con una llama retorcida en la punta; tres lenguas, de oro, de plata y de algún metal que nunca habíamos visto.

Y había hileras e hileras de libros viejos, la mayoría en latín, griego y hebreo.

Había una gran estatua de alabastro de Ganesha, el dios elefante.

«Este es el lugar», dije, «para echarle mano al diablo.»

«Está muy bien», dijo Cockie, «pero ¿qué tal una diablita para mí?»

«Oh», dije, «si yo no te satisfago, más vale que me des una semana de sueldo en lugar del preaviso.»

Nos reímos como locos.

Algo en el cuarto nos hacía dar vueltas la cabeza. Empezamos a besarnos y a forcejear.

Está muy bien reírse de la magia, pero al fin y al cabo ciertas ideas sí pertenecen a ciertas cosas; y uno puede poner en marcha una idea si se la recuerda un lugar como este...

(El Diario de Lady Pendragon se interrumpe con una nota escrita en alguna ocasión posterior con la letra del señor Basil King Lamus. Ed.)

Lou tiene buena intención, ¡bendita sea! Me hace pensar en Anatole France, en *La Rôtisserie de la Reine Pédauque*: el Rosacruz ha advertido al viejo Coignard que no pronuncie la palabra Agla, y en el momento en que lo hace, a su carruaje se le sale una rueda, con el resultado de que lo asesina Moisés.

Además, todas las predicciones del Rosacruz se cumplen; y él mismo se va en una llamarada como la Salamandra que ha estado invocando. Considera su propia muerte como la corona de su carrera, el clímax hacia el cual ha estado trabajando.

Anatole France, de hecho, se ve obligado a escribir como si las teorías rosacruces fueran correctas, aunque su yo consciente está muy ocupado en exponer lo absurdo de la magia.

Parece como si el verdadero yo del artista estuviera convencido de la realidad de la magia, e insistiera en expresarse a pesar de todo el esfuerzo del intelecto escéptico por poner toda la cosa en ridículo.

Hay en la literatura numerosos ejemplos más del mismo conflicto entre el genio y la mente, que es su medio imperfecto. Por ejemplo (en el otro extremo de la escala), el señor W. S. Maugham, en *The Magician*, hace todo lo que su malignidad le permite para volver al «villano» repudiable en todo sentido, objeto de desprecio y un fracaso. Sin embargo, en el mismo momento en que sus enemigos logran asesinarlo y destruir la obra de su vida, se ven obligados a admitir que ha «Realizado la Gran Obra»: ¡la de crear Seres Vivos! «Todo hombre y toda mujer es una estrella». B. K. L.

No me gusta esa habitación. No le dije nada a Peter; pero el viejo estaba allí, paseándose como si nada, en carne y hueso. Hay que estar especialmente preparado para ver estas cosas.

Cockie nunca tuvo inclinaciones espirituales.

18 de septiembre

Anoche hubo alarma de ladrones. Despertamos a toda la casa, pero no se encontró rastro alguno. Los criados de aquí son espantosamente estúpidos. Me irritan todo el tiempo.

En esta casa no se puede dormir. Es demasiado vieja. La madera cruje todo el tiempo. Justo cuando uno está a punto de dormirse, algún ruido lo despabila más que nunca.

No soporto la idea de que me toquen. Tengo la piel muy sensible. Supongo que es parte de la espiritualización de mi vida.

Me alegro, de todos modos, de que la nueva luna de miel no haya durado más de tres o cuatro días.

Es irritante para la propia vanidad. Pero eso no es más que un recuerdo. ¿Cómo puede coexistir la vanidad con la vida espiritual?

Hoy vi al Espíritu de la heroína cuando subí al cuarto mágico. Es altísimo y flaco, con harapos desgarrados que le flamean alrededor, y estos se convierten en pajaritos que salen volando de él, ¡que vienen y se meten cavando en la piel de uno!

Siento apenas el pinchazo del pico, y después desaparece. Eran mensajeros del otro mundo. Hay un nidito de ellos en mi hígado. Es muy curioso oírlos piar cuando quieren comida. No sé qué van a hacer tan lejos de su madre.

Es horrible no poder dormir. Eso también debe de ser una preparación para la nueva vida.

Subí sola, vagando, al cuarto mágico, y me senté con las manos sobre la mesa, frente al viejo, tratando de hacerlo hablar.

Mueve los labios, pero no oigo lo que dice.

Me interrumpieron, por supuesto. Siempre me están interrumpiendo. Estoy tan cansada. ¿Por qué no me dejan en paz?

Esta vez fue un disparo. El cuarto mágico tiene ventanas todo alrededor.

Fui a ver quién podía haber disparado. Había una luna muy brillante; pero no pude ver nada.

Entonces vino otro fogonazo y otro estampido. Di la vuelta hacia el lado de donde venía, y me quedé mirando. Era junto al lago. Miré largo rato. Entonces una figura agazapada, escondida entre los juncos, se levantó de un salto, se llevó una escopeta al hombro y disparó dos veces en rápida sucesión. Después dio un alarido y corrió hacia la casa, tirando la escopeta. Me pregunto qué podrá ser.

20 de septiembre

Encontré en el cuarto del abuelo un manuscrito que explica cómo invocar al Diablo. Hacen falta dos personas, y no estoy segura de Peter.

No puede ver en absoluto el mundo espiritual. Al contrario, se está volviendo un poco raro de la cabeza, y se imagina que ve cosas que no existen en absoluto. Se rasca constantemente.

En la cena se comportó de un modo muy extraño. Creo que el mayordomo lo notó.

A medianoche subimos al cuarto del viejo y empezamos a hacer el ritual. Gran parte parece tonta, pero el clímax es magnífico. Hay que repetir, una y otra vez:

«Io Pan Pan! Io Pan Pan! Ai Pan Pan!
Io Pan Pan! Io Pan Pan! Pan Pan Pan!
Aegipan, Aegipan, Aegipan, Aegipan, Aegipan,
Aegipan, Io Pan Pan!»

Se sigue hasta que algo viene. Usamos dos túnicas negras que encontramos colgadas allí arriba.

Eran unas túnicas de seda preciosas, con capucha.

Se toman velas en las dos manos y se baila mientras se hacen los conjuros.

Nos excitamos terriblemente. Era como si una fuerza extraña se hubiera apoderado de nosotros. Parecía llevarnos por toda la casa y después afuera, al parque.

Gritábamos a voz en cuello.

Una o dos veces vimos a un criado asomar la nariz por la rendija de una puerta. Siempre se cerraba con un chillidito, y oíamos girar llaves y correr cerrojos.

Teníamos ganas de reírnos a carcajadas, pero teníamos que seguir con la invocación. El libro decía que no había que interrumpirla mientras uno estuviera fuera del cuarto mágico, o el Diablo podía atraparlo.

Lo extraño es que no recuerdo para nada lo que pasó. ¿Vino o no vino el Diablo?

Ni siquiera recuerdo haber vuelto al cuarto mágico. Debo de haberme dormido, porque me desperté con un hambre espantosa.

Cockie también está despierto. Está arrodillado junto a la ventana con una escopeta. Apuntó dos o tres veces, pero no disparó. Volvió a mi lado después de dejar la escopeta en un rincón.

Dijo: «No sirve. Son demasiado ágiles. La única posibilidad de agarrarlos es de noche».

Él también tenía hambre. Llamamos para que nos trajeran algo de comer. Nadie respondió al timbre.

Llamamos una y otra vez.

Entonces Peter se enojó y fue a ver qué pasaba.

¡No hay un alma en la casa!

Es completamente incomprensible. ¿Qué les habrá pasado a todos?

Peter dice que son los alemanes. Parte de un complot para perseguirlo por lo que hizo en la guerra. Pero yo no lo creo en absoluto.

Dice en un libro que hay que librarse de todo el mundo si uno va a empezar la vida espiritual.

Supongo que mi guía espiritual les puso en la mente la idea de irse, pero tengo muchas dudas sobre Cockie. No está preparado para ningún desarrollo elevado. Los hombres son siempre repugnantemente groseros.

Piensen cómo son incluso en el amor. Tengo que decir esto a favor de Cockie: en eso está muy bien. La flor misma de la pureza: ¡un perfecto caballero andante!

Sin embargo, pasamos por un período de carácter muy maligno. Sin duda teníamos que purgarnos de todos nuestros elementos más bajos.

A veces hay una gran simpatía entre nosotros, y no la mancha ninguna animalidad.

Lo único es que no estoy segura de que no haya sido una tensión demasiado grande para su mente: el proceso de purificación.

Desde luego tiene ideas muy raras. A veces lo sorprendo mirándome con una sospecha profunda en los ojos. Su mente no para de darle vueltas a los alemanes. Hace un rato estalló en una denuncia de Gretel Webster como espía alemana, y de ahí siguió divagando hasta decir algo que no pude entender bien. Pero lo esencial, al parecer, era que, como Gretel nos había presentado más o menos, me estaban usando para hacerle algún daño.

Por supuesto, a uno se le ocurren ideas así cuando tiene hambre, y todo esto surgió a raíz de la misteriosa desaparición de los criados.

No quedaba otro remedio que Peter fuera a la posada e hiciera mandar comida. Pero me costó horrores conseguir que lo hiciera. A su carácter le falta decisión.

Le hice tomar dos o tres aspiradas de nieve. Eso lo arregló, y ahora se fue a la posada.

Me alegra mucho estar sola. Siempre sentí que esos criados espiaban. La casa está deliciosamente tranquila.

Mientras escribo, hay dos personas hermosas mirando por encima de mi hombro. Las mandaron para velar por mí y guiarme, y prepararme para el gran destino que me espera.

Aquí viene Peter con el mozo y una bandeja. Tengo que esconder este cuaderno. Los secretos de la vida espiritual deben guardarse de los profanos.

Está todo bien. Peter es mi alma gemela, después de todo. No pudimos comer mucho. Es muy natural; todos los apetitos bajos tienen que extirparse antes de que uno esté listo para seguir adelante. Peter mismo comió muy poco; y después dijo:

«Ya sé por qué no conseguimos que viniera el Diablo la otra noche. Fue por tener a esos criados dando vueltas. Ahora me acuerdo de que el abuelo tenía solo dos en la casa, y los mandaba afuera cuando tenía entre manos algo grande. Veamos qué podemos hacer esta noche».

Eso fue delicioso. Era su antiguo modo de ser.

Nos pareció buena idea cargarnos bien de coca antes de empezar.

CAPÍTULO VI: CORTE EN SECO

23 de septiembre

No recuerdo lo que pasó. Sé por qué. Basil me dijo hace mucho que la mente solo lleva cuenta de las cosas materiales. Así que estos acontecimientos espirituales quedan registrados en una clase superior de mente, de la que no somos conscientes hasta que nos acostumbramos a la vida espiritual. De modo que lo único que puedo anotar es que tuvimos un éxito completo.

El Diablo, por supuesto, necesita un intérprete humano para comunicarse con este mundo, y por eso tomó posesión de Peter. Ha estado preparando a Peter para que lo represente. Va a hacer papa a Peter, y yo voy a estar en el Vaticano disfrazada, para ayudarlo, porque él no puede arreglarse sin mí.

Mi propia guía espiritual se llama Keletiel. Es un ser maravilloso, viste azules y verdes de pavo real. Tiene alas blancas como un cisne, y lleva un ramo de flores de muchos colores. Tiene el pelo negro, largo, suelto y ondulado hasta la cintura. Lleva en la frente una banda de oro tachonada de zafiros, con su nombre escrito. Siempre puedo reconocerla por eso.

Tiene que haber una señal, porque cambia muchísimo de tamaño. A veces es una cosita diminuta que no me llega a la rodilla, y a veces es dos o tres veces más alta que la Torre Norte.

Peter y yo estamos cubiertos de sangre. Salimos del círculo antes de que el Diablo se hubiera ido, y nos arañó hasta despedazarnos. Por suerte volvimos antes de que nos matara, pero perdimos el conocimiento y nos despertamos mucho rato después. Por eso no podemos recordar lo que pasó.

Tengo una vaga idea de que tuve una pelea terrible con Peter, pero no recuerdo ningún detalle.

Creo que él sí se acuerda, pero no quiere decírmelo.

No sé por qué habría de portarse así. Lo único que se me ocurre es que Gretel Webster haya venido a verlo, quizá en su cuerpo astral, y lo haya puesto en mi contra de alguna manera...

Estaba acostado en el sofá, en piyama. Yo quería que me besara, y me acerqué a él con un poco de cocaína. Pero no se movió. Me miró con los ojos muy abiertos. Había en ellos un miedo espantoso, y dijo:

«Negra, la peste del abismo,
sus pústulas supuran a la vista».

Por supuesto, yo sabía que no lo decía en serio, pero me dolió. Le di la cocaína.

Lo reanimó. Se incorporó y entonces me tomó de los hombros, me miró derecho a la cara y dijo:

«Dragón de señuelo y pavor,
tigre de furia y lujuria,
el vivo encadenado al muerto,
el limo vivo en el polvo,
vergüenza descarada como una llama,
una orgía de preñada polución
con un odio más allá de meta o nombre:
¡orgasmo, muerte, disolución!».

Y entonces empezó a chillar, y salió corriendo de la casa hasta el lago y se tiró de cabeza. Nadó unas brazadas y después salió y caminó despacio hasta la casa.

Encontré unas toallas en el arcón de la ropa blanca. Tenía miedo de que se resfriara, así que lo froté fuerte por todo el cuerpo. Parecía haberlo olvidado todo. Estaba bastante amable y normal, aunque un poquito asustado.

No logro entender qué le pasa. Actúa como si se hubiera enterado de algún secreto terrible que tuviera que ocultarme. Siempre parece temer que lo espíen o lo oigan.

Esta noche subí al cuarto mágico. Peter estaba sentado en el sillón del viejo, escribiendo en un libro. Al principio no podía entenderlo. ¡Yo había subido directamente, y él estaba profundamente dormido abajo! Entonces, por supuesto, todo el misterio se aclaró.

Mientras él duerme, su doble astral sube y hace magia. Yo sabía que es muy peligroso molestar al doble astral de alguien, así que salí del cuarto en puntas de pie; pero el doble me siguió sin hacer ruido. Cada vez que miraba por encima del hombro, ahí estaba, aunque era muy rápido para esquivarse y volver a doblar la esquina o meterse en un portal...

Peter anda muy preocupado desde hace un tiempo. Escribe telegramas en formularios y después los rompe; y después parece pensar que eso no es seguro, y recoge los pedazos y los quema. Le pregunté qué era; pero no quiso decir nada, y se enojó muchísimo.

Creo que sé lo que es, sin embargo. Encontré una hoja que se había olvidado de destruir: una carta al Ministerio de Guerra, poniéndolos en guardia contra complots alemanes y contando algunas cosas que han pasado aquí. Apenas pude leerla; su letra es absolutamente de chiflado.

Habla mucho solo. Oí algo de lo que decía. Piensa que puede haber un espía alemán en el Ministerio de Guerra y tiene miedo de confiar en el correo o el telégrafo.

No paraba de decir: «Ya no sé qué hacer». Después se puso a murmurar sobre los complots contra él.

Estoy segura de que podría sacarlo del apuro si tan solo confiara en mí. Me pregunto si es todo un delirio de su parte. Desde luego tiene ideas raras.

Por ejemplo, finge ver guías espirituales, lo cual es imposible, porque no es lo bastante puro. Además, las cosas que dice ver son todas horribles y asquerosas.

Pero ahora ya no dice nada de nada. Empieza a hablarme y se contiene…

Esta noche está muy oscura. Llueve. Peter bajó al lago con su escopeta.

Saqué este cuaderno de su escondite. Tengo un miedo horrible.

En el almuerzo no tenía apetito, y Peter no quiso comer. Estalló en un ruego histérico, me recordó nuestro amor y dijo que no podía creer que todo fuera una farsa. ¿Por qué me había metido en el complot para llevarlo a la muerte? No come porque cree que la comida está envenenada; y cuando vio que yo no comía, eso lo convenció de que yo estaba en el complot contra él.

Traté de decirle que todo eso era un disparate. Le dije que yo no estaba en ningún complot contra él. Eso no le tranquilizó la mente. Tuve que contarle mi gran secreto: que soy la mujer vestida del sol del Libro del Apocalipsis, y que él tiene que protegerme.

Le demostré que esa era la única explicación. La razón por la que no podía vivir conmigo como mi marido era que mi ángel me había dicho que yo iba a traer al Mesías al mundo.

Nos enredamos en una discusión acalorada. No recuerdo lo que pasó; pero, como de costumbre, terminó en pelea.

Uno tiene que estar concentrado en la vida espiritual, así que la más mínima interrupción de los sentidos, aunque no sea más que el viento en los árboles, es algo terriblemente irritante. «Satanás es el príncipe de la potestad del aire», dice la Biblia, así que manda estos ruidos por el aire para perturbar mi mente.

¿Cómo puedo dar a luz al Mesías si no soy arrebatada al Séptimo Cielo, inconsciente de las cosas materiales?

El mundo, la carne y el Diablo. Uno en tres y tres en uno. Esta trinidad maligna debe ser abolida. Ella lo sabe; y por eso trata de interrumpirme, ya sea por medio de Peter o de los dolores del cuerpo, o de las imágenes y los sonidos de la naturaleza.

La naturaleza está bajo una maldición a causa del sexo, y por eso este mundo está en poder del Maligno. Pero yo he sido elegida para redimirlo, y el Espíritu Santo me cubre con su sombra y me manda ángeles para que me guarden. Así fue como nos libramos de los criados.

Peter me atacó de repente. Me tiró al suelo, me puso la rodilla sobre el pecho y trató de estrangularme. Pero el ángel lo hirió de pronto, y se le aflojaron todos los músculos y rodó a un costado.

Tenía los ojos muy abiertos, pero yo solo podía verle lo blanco. Esa es una señal de que está poseído por el Diablo y de que los ángeles me protegen.

Disparó dos o tres veces, y ahora lo veo subir desde el lago. Tengo que esconder este cuaderno, y después voy a ir al garaje y esconderme hasta la mañana.

Keletiel me dice que esta es la noche crítica. Me voy a meter en el auto grande, debajo de la funda. Ahí no me va a buscar, y los ángeles van a estar en guardia...

Salió todo bien. Dormí en el asiento del auto. Tuve una pesadilla espantosa, y me desperté transpirando de pies a cabeza. Después me volví a dormir. Estaba con seis ángeles que me llevaban por el aire a un lugar que no debo describir. Es un misterio grande y maravilloso.

Es tremendo y milagrosamente maravilloso ser la mujer vestida del sol. Lo sublime de ello me habría asustado hace apenas unas semanas. Me han preparado con dulzura y sabiduría para mi exaltada posición.

Esta visión me inició en los secretos más maravillosos.

Cuando me desperté, Keletiel vino y me dijo que la crisis había pasado. Estaba temblando de frío, y entré en la casa a buscar un poco de heroína. Es lo único que lo mantiene a uno caliente, por mucho calor que haga. Esto se debe a que lo que mantiene caliente el cuerpo es el ímpetu de la vida animal, y cuando uno ha llegado a la etapa en que se vuelve enteramente espiritual, el cuerpo se pone frío como un cadáver...

Ha pasado algo espantoso. Se nos terminó toda la heroína, y casi no queda cocaína. Me acordé de lo que había cosido y guardado en mi vestido blanco, y fui a buscarlo. Estaba en el suelo, en un rincón de la sala.

Estaba todo encogido, arrugado y sucio, y todavía bastante mojado. Supongo que debo de haber dado un largo paseo bajo la lluvia, aunque no recuerdo nada.

Toda la heroína se había ido con el agua. No quedaba ni un grano. Peter entró y me encontró llorando. Entendió enseguida lo que había pasado. Lo único que dijo fue:

«Vas a tener que volver con McCall».

Ni siquiera podía enojarme. Los hombres son demasiado groseramente animales para entender. ¿Cómo podía yo hacer semejante cosa, siendo quien era?

Él quería H. con desesperación; descubrir que se había acabado le dio unas ganas locas.

Tomó uno de los paquetitos y empezó a masticarlo.

«Gracias a Dios», dijo, «está bastante amargo. Debe de haber mucha en el vestido».

Yo temblaba y estaba a punto de desmayarme. Tomé otro paquetito y me lo puse en la boca. Él se enfureció y me agarró del pelo, y me abrió a la fuerza las mandíbulas con el índice y el pulgar. Forcejeé, pataleé y arañé; pero él era demasiado fuerte. Me lo sacó y se lo puso en su propia boca. Después me pegó en la cara, así como estaba sentada. Me desplomé, floja, y empecé a aullar. Él recogió el vestido y los paquetitos, y se dispuso a irse. Me aferré desesperadamente a sus tobillos; pero se soltó a patadas y salió del cuarto con el vestido.

Yo estaba demasiado débil y lastimada para seguirlo, y me sangraba la nariz.

Pero había conseguido un poco de H., y me acordé de quién era. Todo esto era parte de la prueba. En cualquier momento podía manifestar mi gloria, y él caería a mis pies y me adoraría. Después de todo, él mismo tiene un destino maravilloso; como San José, o si no, quizá sea el Dragón que tratará de destruirme a mí y al Mesías.

En mi posición, la H. en sí no es realmente necesaria, como tampoco lo es la comida. La idea espiritual basta. Supongo que esa es la lección que tenía que aprender. Había estado confiando en la sustancia misma. Dice la Biblia: «Vinieron ángeles y le servían». Mis ángeles me traerán el maná que desciende del cielo.

Soy perfectamente feliz. Es sublime no depender ya de las cosas terrenales. Keletiel vino y me dijo que fuera a profetizarle a Peter, así que voy a esconder el diario. Tengo que pensar un lugar nuevo cada vez, si no Peter va a descubrir dónde lo guardo, o el viejo puede andar husmeando en su cuerpo astral y llevárselo. He tenido mucho cuidado con lo que escribí; pero podría descubrir algunos de los secretos y arruinarlo todo.

Hay otro problema. Solo puedo recordar con claridad las cosas espirituales. El mundo material se está desvaneciendo. Sería un desastre que me olvidara de dónde lo escondí.

Basil no me lo perdonaría nunca.

Lo voy a esconder en la chimenea; así siempre puedo mirar hacia arriba para ver dónde lo puse…

Lo espantoso es lo largo que se hace el tiempo. Con H. o con C., o con las dos, no hay nunca un momento aburrido; sin ellas, las horas, los minutos mismos, se arrastran. Cuesta leer o escribir. Los ojos no me enfocan bien. Han estado abiertos al mundo espiritual; no pueden ver ninguna otra cosa. Cuesta también dominar las manos. No puedo formar bien las letras.

Esta espera es infernal. ¡Esperar que pase algo! No puedo pensar en nada más que en la H. Todo anda mal en el cuerpo. Duele de manera intolerable. Una sola dosis lo arreglaría todo.

Me hace olvidar quién soy, y la obra maravillosa que hay que hacer. Me he quedado completamente ciega para el mundo espiritual. Keletiel no viene nunca. Tengo que esperar, esperar, esperar al Espíritu Santo; ¡pero eso es un recuerdo tan, tan lejano!

Hay momentos en que casi lo pongo en duda, y sin embargo mi fe es lo único que me impide volverme loca. No puedo aguantar sin H.

La solidaridad del sufrimiento ha acercado a Peter. Nos quedamos tirados y nos miramos; pero no podemos tocarnos, la piel duele demasiado. Estamos los dos inquietos de un modo imposible de describir. Nos irrita vernos así, y no podemos hacer nada; nos levantamos constantemente con la idea de hacer algo, pero nos volvemos a sentar enseguida. Después no podemos estar sentados, tenemos que acostarnos. Pero estar acostados no nos descansa; nos irrita más, así que nos levantamos otra vez, y así para siempre. Uno no puede fumar un cigarrillo; después de dos o tres pitadas se le cae de los dedos. El único respiro que tengo es este diario. Me alivia escribir sobre mis sufrimientos; y además, es importante para la vida espiritual. Basil tiene que tener el registro para leerlo.

No puedo recordar las fechas, de todos modos. Ni siquiera sé en qué año estamos. Las hojas del parque me dicen que es otoño, y las noches se están alargando. La noche es mejor que el día; hay menos cosas que irriten. No dormimos, por supuesto; caemos en un sopor. Basil me habló de eso una vez. Lo llamó la noche oscura del alma. Hay que atravesarla en el camino hacia la Gran Luz.

La luz del día es una tortura. Cada sentido es un instrumento del dolor más diabólico. No nos queda carne sobre los huesos.

¡Este ansia perpetua de H.! Nuestras mentes están completamente vacías de todo lo demás. Precipitándose en el vacío llegan rodando las palabras de ese poema abominable:

«Una serpiente mordida y ardiente
que se clava su veneno dentro,
como si pudiera servir para aplacar
el dolor por el diezmo de un minuto».

Es como si a uno le arrojaran vitriolo a la cara. No tenemos expresión propia. No podemos pensar. Esas palabras llenan la necesidad.

El impacto de la luz misma es un dolor corporal.

«Cuando el sol es un diablo vivo
que vomita tinas de maldad,
y la luna y la noche no hacen sino burlarse
del miserable en su roca estéril,
y la cúpula del cielo, de alto arco,
está como su boca, árida y reseca,
y las cavernas de su corazón, de alta bóveda,
están ahogadas de arena alcalina».

Vivimos de agua. Parece apagar la sed por el momento, al menos una parte. El estado nervioso de Peter es muy alarmante. Estoy segura de que tiene delirios.

Se levantó, fue tambaleándose hasta la repisa de la chimenea y se apoyó en ella con los brazos extendidos. Gritó con voz ronca y seca:

«¡Sed!
No la sed de la garganta,
aunque esa sea la más salvaje y la peor
de las angustias físicas que hirieron
solas el corazón de Cristo,
arrancándole el único grito salvaje
“Tengo sed” a Su agonía,
mientras los soldados bebían y jugaban a los dados».

Creía que era Jesús en la Cruz en vez del Dragón, como en realidad es. Me pone muy nerviosa por él.

Cuando terminó de recitar, las fuerzas le fallaron de golpe, y se desplomó. El estrépito de los hierros de la chimenea fue el ruido más espantoso que yo hubiera oído jamás...

Cuando consigo juntar fuerzas suficientes para escribir en mi diario, el dolor me deja. Veo que aquí hay dos personas. Yo misma soy la Mujer vestida del Sol, que anota sus experiencias. La otra es Lou Pendragon, un animal que agoniza de sed.

Dije la última palabra en voz alta, y Peter la recogió. Se arrastró desde la chimenea hacia mí, graznando:

«No la sed benigna
que llama al trabajador al vino;
no la sed corporal
(aunque sea frenesí maldito)
cuando la boca está llena de arena,
y los ojos pegados de legañas, y los oídos
engañan al alma hasta que oye
agua, agua al alcance de la mano,
cuando un hombre se clava las uñas
en el pecho, y bebe la sangre
que ya se coagula y se pone rancia
antes de que su lengua pueda probar su caudal».

Su mente había vuelto a la infancia. Creía que yo era su madre, y vino hacia mí para que lo amamantara.

Pero cuando se acercó, me reconoció y se alejó otra vez arrastrándose, a toda prisa, como un animal herido que trata de escapar del cazador…

La mayor parte del tiempo, cuando tenemos energía para hablar, discutimos cómo conseguir más H. y C. La C. se terminó hace mucho. No sirve de nada sin la H. Podríamos ir a Alemania a conseguirla; o incluso a Londres, pero algo nos impide decidirnos.

Yo, por supuesto, sé lo que es. Es necesario que sufra estos tormentos para quedar purificada por completo de la carne.

Pero Peter no lo entiende en absoluto. Me culpa con amargura. Repasamos todo una y otra vez. Cada incidente desde que nos conocimos se toma por turno como causa de nuestra desdicha.

A veces su lujuria brutal le revive en la mente. Piensa que soy una vampiresa mandada desde el Infierno para destruirlo; y se regodea en la idea. No puedo hacerle entender que soy la mujer vestida del sol. Cuando le vienen esas ideas, despiertan en mí pensamientos parecidos. Pero no son más que pensamientos.

Le tengo miedo. Podría pegarme un tiro en un ataque de locura. Tiene una pistola de tiro al blanco, muy vieja, de balas largas y finas, y la lleva encima todo el tiempo. Ya no menciona a los alemanes. Habla de una banda de hipnotizadores que se han apoderado de él y le ponen malos pensamientos en la mente. Dice que si pudiera matar de un tiro a uno de ellos se rompería el hechizo. Me dice que no lo mire como lo miro; pero tengo que estar en guardia, no sea que me ataque.

Después mezcla mi mirada hipnótica con ideas de pasión. No para de repetir:

«Mira fija y de frente,
y no le hace falta acariciar ni engatusar
a su esclavo que jadea por un beso,
a ella, cuyo horror es de él,
que sabe que ese vientre de víbora,
moteado y rayado de negro
sobre sus escamas de ámbar herrumbroso,
es su tumba:
el potro que se tensa y gime
sobre el cual él se lamenta, ¡se lamenta!».

Siente un placer agudo en la intensidad de su sufrimiento. Está locamente orgulloso de pensar que ha sido elegido para padecer tormentos más atroces que todos los que se hayan concebido jamás.

Me ve como el instrumento principal de la tortura, y me ama por esa razón con una lujuria diabólica y perversa; y sin embargo todo es un delirio de su parte, o si no, es una consecuencia necesaria de que se está convirtiendo en el Dragón.

Es muy natural que haya incidentes extraños en un caso de ese tipo, sobre todo porque nunca pasó antes. Es maravilloso y terrible ser único. Pero, por supuesto, él no es realmente único del modo en que lo soy yo.

Encendimos un fuego enorme en la sala de billar. Dormimos allí, en la medida en que dormimos. Hicimos que el mozo bajara mantas y edredones del dormitorio, y él deja la comida sobre la mesa.

Pero los fuegos no sirven de nada. El frío viene de adentro. Nos sentamos frente a las llamas, asándonos las manos y la cara; pero no hay ninguna diferencia. Temblamos.

Tratamos de cantar como soldados alrededor de un fogón, pero las únicas palabras que nos salen son las apropiadas. Ese poema nos tiene obsesionados. Nos llena el alma hasta excluir todo lo demás, salvo la sed.

«Cada hueso por separado
frío, un gemido encarnado
destilado del esperma helado
del gusano implacable del Infierno».

Los repetíamos una y otra vez.

No sé cómo una cosa llega nunca a convertirse en otra. Vivimos en una eternidad de condenación. Es un misterio cómo llegamos alguna vez del fuego a la mesa o a los dos Chesterfield grandes. Cada acción es una agonía aparte que sube hacia un clímax que nunca llega. No hay posibilidad de consumación ni de paz.

«Cada nervio por separado
despierto y alerta, sobre una curva
cuya asíntota se llama “nunca”
en un “para siempre” hiperbólico».

No sé lo que significan algunas de las palabras. Pero tienen algo fascinante. Dan la idea de algo sin límite. La muerte se ha vuelto imposible, porque la muerte es definida. En realidad nada puede pasar nunca. Estoy en un estado perpetuo de dolor. Todo es igualmente angustia. Supongo que un estado se convierte en otro para que el sufrimiento no pierda el filo. Sería increíblemente dichoso poder experimentar algo nuevo, por abominable que fuera. El hombre que escribió ese poema no dejó nada afuera. Todo lo que me viene a la mente no es más que un eco de sus gemidos.

«Cuerpo y alma por igual
traidores vueltos de negro corazón,
buscando dónde golpear
en una víctima ya afinada
en un solo y vasto acorde de herida».

El ritmo del poema, aparte de las palabras, sugiere esta vibración de *moto perpetuo*. Sin embargo, la irritabilidad nerviosa tiende a agotarse como tal. Es tan insoportable; la única salida parece ser poder transformarla en acción. El veneno se filtra en la sangre. Me pica el deseo de hacer algo horrible y demente.

«Cada gota del río
de sangre en llamas y estremecida
con un veneno secreto y agrio,
con una sacudida súbita al final
como ciertas dagas dentadas».

Cuando Peter cruza la habitación, lo veo

«con los ojos inyectados en sangre, vidriosos y opacos,
como el malayo que grita y se tambalea
por su aldea espantada».

Es natural e inevitable que me asesine. Ojalá no fuera tan débil. Cualquier cosa con tal de terminar con todo.

Los libros de medicina decían que si uno no se moría directamente por la abstinencia, el ansia iba cediendo despacio. Creo que Peter ya está un poco más fuerte. ¡Pero yo soy tan joven para morir! Se queja constantemente de bichos debajo de la piel. Dice que eso podría soportarlo; pero la idea de que los hipnotizadores lo vuelvan loco es más de lo que puede esperarse que aguante cualquier hombre…

Sentí que iba a gritar si seguía un momento más; y por gritar no quiero decir un grito común y corriente: quiero decir que iba a gritar y gritar y gritar y no parar nunca.

El viento aúlla así. El verano murió de golpe, sin aviso, y el mundo grita de agonía. No es más que el eco del lamento por mi propia alma perdida. Los ángeles ya no vienen nunca a mí. ¿He perdido mi posición? No tengo conciencia de nada más que de este dolor que desgarra, apuñala y roe, de este temblor inquieto y furioso del cuerpo, de este tanteo maligno de un cirujano loco en la herida abierta de mi alma.

Tengo tanto, tanto frío, un frío tan amargo. Y sin embargo no soporto la habitación. Peter está tirado en el sofá, sin poder moverse. Me sigue con los ojos. Parece tener miedo de que lo

sorprendan en algo. Es como cuando teníamos droga. Aunque sabíamos que la tomábamos, y nos la ofrecíamos abiertamente, cada vez que la tomábamos nosotros mismos teníamos miedo de que el otro se enterara.

Creo que tiene algo que quiere esconder, y está tratando de sacarme de la habitación para que no sepa dónde lo puso.

Bueno, no me importa, no me interesan sus asuntos privados. Voy a salir y darle la oportunidad. Voy a esconder este cuaderno en el cuarto mágico, si tengo fuerzas para llegar. El viejo podría darme algún elixir. No me importaría que me matara el cuerpo; si mi espíritu quedara libre, podría cumplir mi destino...

Justo cuando cerraba el cuaderno, oí un disparo en respuesta. Debe de haber sido la puerta, porque el viejo entró. Tiene una luz maravillosa en los ojos, e irradia colores de arco iris por todo el mundo. Entiendo que mi prueba ha terminado. Está de pie, sonriendo, y señala hacia abajo. Creo que quiere que vuelva a la sala de billar. Quizá haya alguien esperándome; alguien que me lleve para cumplir mi destino. Ahora sé qué era lo que me pareció un disparo, o una puerta que se cerraba. En realidad eran las dos cosas en un sentido místico; porque ahora sé quién es el viejo, y que es el padre del Mesías...

CAPÍTULO VII: LA ZAMBULLIDA FINAL

Domingo

Las campanas de la iglesia me dicen qué día es. He pasado por otra prueba terrible. No sé cuánto tiempo hace que bajé de la torre norte. El ruido fue realmente un disparo. Encontré a Peter en el suelo, con la pistola al costado y sangre que le brotaba de una herida en el pecho.

Entendí inmediatamente lo que tenía que hacer. Era imposible mandar a buscar a un médico. El escándalo del suicidio haría la vida imposible para siempre, y el médico descubriría enseguida que se debía a la droga. La carga tenía que caer sobre mis propios hombros. Tenía que cuidar a mi muchacho hasta devolverlo a la vida.

Recuerdo que había estado demasiado débil para bajar caminando de la torre norte. Me trepé a la baranda, jadeando, y me deslicé sentada de escalón en escalón. Además estaba casi ciega. Los ojos parecían incapaces de enfocar nada.

Pero en el momento en que vi lo que había pasado, me volvieron las fuerzas; o mejor dicho, no mis fuerzas sino las fuerzas de la naturaleza. Corrían a través de mí como el viento que sopla a través de una cortina endeble y hecha jirones.

Los cartuchos eran muy viejos, y la pólvora debía de haber perdido fuerza; porque la bala se desvió en el esternón y corrió alrededor de las costillas. En realidad era una herida insignificante; pero él estaba tan débil que podría haber muerto por la pérdida de sangre. Traje un poco de agua, le lavé las heridas y se las vendé lo mejor que pude. Cuando vino el mozo, lo mandé a la farmacia a buscar lo necesario, y algo de comida para enfermos. Por primera vez me alegré de la guerra. Mi formación en la Cruz Roja fue decisiva.

Hubo un poco de fiebre, debida a su intensa debilidad, y de vez en cuando deliraba. La obsesión del poema todavía lo tenía cautivo. Mientras yo le curaba las heridas, dijo débilmente, como en sueños:

«Es ella, ella, la que me encontró
en la luna de miel de la morfina;
con seda y acero me ató;
en su leche venenosa me ahogó,
aun ahora sus brazos me rodean».

«Sí», le dije, «pero es tu mujer, que te quiere y que va a cuidarte hasta que salgas de este trance, y vamos a ser felices para siempre».

Sonrió muy débil y dulcemente, y se quedó dormido...

Miércoles

Ahora cuento los días. Tenemos un veranito de San Martín. La naturaleza está preciosa. Salgo a dar pequeños paseos cuando Peter duerme.

Viernes

No ha habido complicaciones; si no, habría tenido que llamar a un médico a cualquier riesgo. Lo que me preocupa es que, a medida que él se fortalece, los delirios de persecución han empezado a volver. Ahora sé con qué profundidad estaba yo misma obsesionada por ideas de grandeza, y cómo mi necesidad de ser madre determinó su forma.

Pero ¿es un delirio que piense constantemente en Basil? Me parece oírlo decir que quedé curada desde el momento en que me olvidé por completo de mí misma, absorbida en mi amor por Peter, en la tarea de devolverlo a la vida.

Y ahora que he dejado de mirarme a mí misma y de sentir por mí misma, me he vuelto capaz de verlo a él y de sentir por él con una claridad absoluta. No hay la menor posibilidad de error.

Todo el tiempo él ha podido darse cuenta vagamente de que iba resbalando por la pendiente oscura hacia la locura. Lo ha mezclado todo con la idea de mí. Había empezado a identificarme con el fantasma de la locura asesina que reconocía como lo que lo destruía. Cada tanto le aparece en la cara una expresión de inquietud; y empieza a repetir quejumbrosamente, con voz perpleja y los ojos clavados en los míos:

«¿Sabéis ahora por qué sus ojos
se vidrian tan temerosos al contemplar
terrores e infamias
que se abren como flores inmundas?
Risa viuda de sosiego,
agonía vedada a la tristeza,
muerte privada de paz:
¿no es ella la locura?».

Una y otra vez lo decía, y una y otra vez yo le daba la respuesta. Yo había sido, en efecto, una personificación de la seductora, del ángel destructor. Pero había sido una pesadilla. Yo me había despertado, y él tenía que despertarse.

Pero ya no me veía a mí, sino a su ideal, que me envolvía, cuajado en mi forma. Dijera yo lo que dijera, su idea fija se hacía constantemente más fuerte a medida que le volvía la fuerza física.

«Ella me espera, con una mirada perezosa y lasciva,
mientras una luna va asesinando a otra luna;
la luna de su triunfo se acerca;
pronto me tendrá por entero».

El ritmo del poema seguía en mi propia sangre; pero parecía haberse abierto paso hacia otro cauce. Había olvidado la aguda angustia personal de la primera parte del poema. Ni siquiera podía ya recordar los versos. Estaba enteramente ocupada por los dos últimos párrafos, donde el tema cambia tan de repente.

Empecé a darme cuenta de lo que mi institutriz solía llamar *Weltschmertz*: el dolor universal en el que «la creación gime y está con dolores de parto hasta ahora».

Entendí el deseo de Basil de que emprendiéramos el experimento temible que nos había llevado a semejante extremo. Mi locura había sido el resultado de mi vanidad egoísta. Yo no había sido elegida para un destino único. Darme cuenta de mi propio sufrimiento me había llevado a entender que todos los demás estaban en el mismo barco. Podía ver incluso la nota falsa del desprecio del poeta hacia quienes no habían experimentado su propia sublimidad del horror.

«Y vosotros, vosotros, los otros, puritanos,
que os habéis perdido el ansia de la morfina,
gritad desprecio si os llamo hermanos,
fruncid el labio ante mi delirio de maníaco,
necios, siete veces embaucados,
¿no la habéis conocido? ¡Pues bien!
¡Nunca hubo necesidad de que ella sonriera
para arrastraros a fuerza de acoso al infierno!».

El orgullo de Satanás, en lo profundo de la condenación, sufre una caída cuando se da cuenta de que otros están en la misma calamidad sin haberse tomado un trabajo tan perverso para llegar a ella. Solo alcanza la verdad cuando se vuelve enteramente impersonal, en el último párrafo.

«La morfina no es más que una
chispa de su fuego secular.
Ella es el sol único:
¡tipo de todo deseo!
Todo lo que quisierais, lo sois,
y esa es la corona de un ansia.
Sois esclavos de la estrella ajenjo.
Analizada, la razón es delirio.
El sentimiento, examinado, es dolor.
¡Qué cielo sería esperar una duda de ello!
La vida es angustia, demente;
¡y la muerte no es una salida de ella!».

Vi que todo sentimiento, por mucho que pareciera otra cosa a un examen superficial, debe ser de la naturaleza del dolor, porque implica dualidad e imperfección; y que la naturaleza del pensamiento,

de la clase que sea, tiene que ser en última instancia la locura, porque expresa las relaciones entre las cosas, y nunca las cosas en sí mismas.

Se volvió evidente que el dolor del Universo era causado por el deseo de manifestación, y que la muerte no podía hacer más que suprimir una forma de existencia en favor de otra. Por supuesto, el callejón no tiene salida alguna. No parece haber solución para el problema. Es un círculo vicioso.

Al mismo tiempo, al aceptar la realidad, cede la insistencia demente en la propia angustia individual. La solidaridad con el sufrimiento universal lo lleva a uno a cierta serenidad sombría. No nos muestra el camino de escape, si es que lo hay, pero al menos hace pensable la idea de escapar. Mientras uno trata de salir del teatro en llamas por su propio bien, el pánico hace imposible toda acción concertada. «Sálvese quien pueda, y que al último se lo lleve el diablo» no es la clase de orden que tenga probabilidades de asegurar la victoria. Ni siquiera garantiza la seguridad de un solo hombre.

¡Con qué rapidez había recuperado yo mi propio bienestar cuando me vi forzada a olvidarme de él!

Peter todavía se esfuerza desesperadamente por salvarse a sí mismo. «El que ama su vida, la perderá». Tengo que dedicar a su salvación mis facultades milagrosamente restablecidas. Solo que no veo cómo ponerme a trabajar.

Si al menos Basil estuviera aquí. Él sabría. Él ha elaborado la técnica. Lo único que puedo hacer es amar y trabajar a ciegas. Después de todo, debe de haber habido ángeles cuidándome en algún sentido que no pretendo entender. ¿Por qué no habrían de estar todavía más atentos por él?

Yo no soy más que una chica alocada y tonta que no vale ni lo que cuesta tirarla al canasto de los papeles. Él es un hombre espléndido, con un pasado glorioso y posibilidades infinitas para el futuro. No hay que dejarlo hundirse; y ellos tienen que saberlo.

No voy a romperme la cabecita tonta con eso; voy a seguir amando y confiando.

26 de octubre

Me olvidé de mi diario todo este tiempo. He estado demasiado ocupada con Peter. Tengo una memoria espantosamente mala. No parece que pueda fijar las cosas para nada. Peter se fue fortaleciendo todo el tiempo. Ahora está prácticamente bien del todo, y esta mañana me llevó afuera y me enseñó a cazar faisanes. Fue terriblemente emocionante. De hecho maté uno, ¡el primer día! Conseguí que un hombre, su mujer y su hija vinieran a ocuparse de la casa, así que estamos realmente muy cómodos, a la manera campestre. No podía tener a nadie mientras Peter deliraba.

El mozo de la posada es suizo. Mantuvo la boca cerrada; y yo me ocupé de que no tuviera motivo para arrepentirse de esa conducta.

Lo que no puedo recordar es cómo empezó Peter a mejorar: mentalmente, quiero decir. Debería haber llevado este diario como corresponde, ya lo sé, pero a medida que él mejoraba me ocupaba cada vez más tiempo, y después tuve que hacer tantas cosas para tener todo listo para cuando él pudiera levantarse.

Y ahora no se me ocurre cómo sucedió; pero creo que la primera señal de mejoría fue que el poema desapareció. Empezó a hablar con naturalidad de asuntos corrientes. Estaba terriblemente débil y

enfermo, y eso lo había asustado. Supongo que era como cualquier convaleciente: señales de que volvía a interesarse por los asuntos de la vida. Yo había dejado de ser un símbolo. Era simplemente su enfermera.

Parte del tiempo había olvidado quién era yo. Estaba de vuelta en el hospital de la base, la vez que le dieron en un ala.

Nuestra luna de miel y lo que siguió está mayormente borrado. No puedo decir cuánto sabe. A veces dice cosas que me hacen pensar que es bastante.

Y otras veces, cosas que me hacen pensar que ni siquiera recuerda que soy su mujer. Esta mañana, por ejemplo, dijo: «Tengo que ir a Londres a ocuparme de una asignación que estoy dejando arreglada por si alguna vez me caso».

Y después, ni media hora más tarde, se refirió a un incidente de nuestra vida en Capri. Tengo cuidado de no contradecirlo ni alarmarlo sobre el estado de su mente, pero es muy difícil saber qué hacer. Hay tantas cosas que yo misma olvido.

«¿Cómo vinimos a parar aquí?». Y otra vez: «¿Dónde está Alice?». El nombre no deja de aparecer, y sin embargo no conozco a nadie con ese nombre que sea íntimo o importante.

Me había olvidado de este diario; lo encontré por casualidad y enseguida empecé a leerlo entero para refrescarme la memoria.

La mayor parte de la letra es ilegible. Me rompí la cabeza una y otra vez antes de poder descifrar las palabras. Y después, cuando conseguía las palabras, eran tan insensatas. No puedo creer que todo eso me haya pasado a mí. Algo volvió despacio; curiosamente, las cosas sin importancia vinieron primero.

Me asombró encontrar que Mabel Black había muerto. Le escribí una carta ayer mismo. ¡Pobre vieja!

También la parte del doctor McCall. Podría jurar con toda honestidad que eso nunca pasó. Y sin embargo debe de haber pasado; porque encontré pedazos del vestido entre los almohadones del Chesterfield azul, masticados hasta hacerlos pulpa…

27 de octubre

Fuimos a cazar otra vez; pero hacía frío y estaba húmedo. Ninguno de los dos tenía interés, y estábamos demasiado cansados para caminar. Peter no dijo nada; pero todo el tiempo siento lo asqueado que está. Estamos tan podridamente decaídos. Esta tarde agarré ese artículo de Sieveking. Habla de la sensación de caminar después de un vuelo.

«Uno tiene una sensación infinitamente angustiosa de estar clavado al suelo: ¡esposado por las mismas briznas de hierba!».

Hemos vivido tanto tiempo a un ritmo tan tremendo que la vida es intolerable en cualquier otra condición.

Ya no siento ninguna necesidad física de drogas. Al contrario, siento una deliciosa ligereza corporal por haberme liberado. Es extraordinario, además, cómo ha vuelto el apetito normal. Hemos estado comiendo cinco veces por día, uno comiendo como cuarenta en vez de los cuarenta de Wordsworth

comiendo como uno. Habíamos estado matándonos de hambre durante meses, y teníamos que recuperarlo. La sensación más deliciosa de todas es el renacer del amor humano sano. ¡La primavera que vuelve a la tierra!

Pero ni aun así satisface. Los intervalos entre las emociones de uno son espantosamente largos. Creo que las drogas intensifican las luces, por una parte; pero por otra, y esto es en realidad más importante, rellenan los intersticios de sombra.

Me imagino que, de ordinario, cuesta pasar de la luna de miel a la vida corriente. A menudo me pregunto qué siente un poeta cuando no está absorto en el éxtasis de la inspiración. Quizá por eso tantos de ellos se desbarrancan: los intersticios los aburren.

Más vale que encare los hechos. Nos hemos salvado por bastante poco. Salimos del lío más por buena suerte que por buen juicio. Pero si no fuera por eso, no estoy segura de que no estaríamos inclinados a arriesgarnos otra vez. Por supuesto, tal como están las cosas, está totalmente fuera de cuestión. Puede que no sea la menor de nuestras suertes que la lección haya sido tan dura como fue.

30 de octubre

El hecho es que somos demasiado jóvenes. No pensamos en lo obvio. Por supuesto, aquí nos aburrimos como ostras, con todas las hojas caídas y la niebla que sube humeando del lago e inunda la casa como un ataque con gas. Deberíamos estar en Londres, ir a los teatros y buscar a algunos de la vieja barra. Realmente debería ver a Maisie Jacobs y decirle lo agradecida que le estoy.

Qué curioso, no se me ocurre por qué tengo que estarle agradecida. Pero por suerte está en el diario.

Peter se ha vuelto cada día más callado y taciturno, como el tiempo. Parece tener algo en la cabeza. Ojalá me dijera qué es…

En la cena se animó. «Vamos a la ciudad mañana, Lou», dijo. «Llevamos solo valijas chicas. No hace falta que estemos afuera más de dos o tres días. Lo que necesitamos es unas cuantas comidas decentes en un restaurante, ver uno o dos espectáculos y quizá traer a un grupo para acá que nos levante un poco el ánimo. Al fin y al cabo, las aves están bastante buenas este año.»

31 de octubre

Recién cuando subimos al tren caímos en la cuenta de que de ninguna manera podíamos ir al Savoy sin ropa. A Peter le pareció que sería una broma ir a aquel lugar nuestro de Greek Street.

Por cierto, será divertido mirarlo desde el nuevo punto de vista. Él llevará allá las valijas mientras yo junto a una o dos personas simpáticas. Deberíamos dar una cenita para celebrar.

Por fin Londres. Voy a guardar esto bajo llave en mi neceser…

Más tarde. Puedo tragarme la insolencia de esa criatura por el precio. Debe de haberlo tenido en la cabeza. La primera dirección que le di al chofer fue la de McCall. Puso cara de escandalizado cuando me anunciaron.

«Mi querida Lady Pendragon», casi me gritó, muy rápido. «Sé que me va a perdonar. Estoy terriblemente ocupado esta tarde.»

(No había un alma en su sala de espera.)

«Si me permite, creo que esto es lo que usted quiere, y espero que vuelva a verme pronto. Siempre a su servicio, querida Lady Pendragon.»

Mientras hablaba, vació la mitad de un frasco de diez gramos en un papel, lo retorció como un almacenero, me lo metió en la mano casi con grosería y me despidió hacia la calle con una catarata de reverencias efusivas.

Me desvanecí entera. El taxi seguía allí. Lo llamé y me hice llevar a lo de Mme. Daubignac. No sé por qué, pero sentía que necesitaba un tratamiento. Temblaba de pies a cabeza. Fue peor cuando entré, porque vi que ella estaba tan escandalizada como McCall.

Entonces me puse delante de un espejo. ¿Cómo puede ser que en todas las veces que me miré en estos meses nunca vi lo que ellos ven en un segundo?

¡Dios mío! Es demasiado horrible para hablar de ello. Tengo la cara chupada, demacrada, pálida y arrugada. Podría tener sesenta años. Bueno, ¿qué me importa? ¡Me di tres esnifadas preciosas!

Madame me arregló lo mejor que pudo. Ya me veía mucho mejor, y me sentía soberbia.

Peter había salido cuando llegué a Greek Street; así que abrí el neceser, escribí esto al día y me di unas esnifadas más. Lo único que falló antes fue nuestra propia tontería. No tomamos las precauciones normales. Esta vez vamos a tener cuidado...

Peter volvió furioso. Le agarraron al vendedor. Así que salí al rescate.

«Vamos a salir a cenar y hacer de esto una noche larga.»

6 de noviembre

Arreglamos un suministro regular; pero lo infernal es que la cosa ya no hace efecto. El insomnio y todo eso lo tenemos, por supuesto, pero no le sacamos ninguna diversión. Probamos toda clase de artimañas. No sirve. Tenerla apenas embota el dolor de no tenerla. Es lo mejor que puedo decir. ¿Qué vamos a hacer?

(En este diario hay tres anotaciones más; pero son ilegibles, del todo imposibles de conjeturar. Las únicas palabras que se descifran son «dormir», cerca del comienzo de la primera; el nombre «Basil», en la segunda; y la palabra «veneno», en la tercera.)

LIBRO III: PURGATORIO

[Nota. La Abadía de Thelema en «Telepylus» es un lugar real. Ella, sus costumbres y sus miembros, junto con el paisaje que la rodea, están descritos con exactitud. La formación que allí se imparte es adecuada para toda condición de angustia espiritual, y para el descubrimiento y desarrollo de la «Verdadera Voluntad» de cualquier persona. Se invita a quienes estén interesados a comunicarse con el autor de este libro.]

CAPÍTULO I: KING LAMUS INTERVIENE

Hace apenas tres meses; pero parece toda una vida. Ahora mi memoria es muy buena, y cada día recuerdo más detalles del pasado. Escribo este relato de los últimos tres meses en parte porque mi mejor amigo me dice que la memoria se fortalecerá si la ejercito poniendo por escrito, en orden, lo que ha ocurrido. Y, saben, hace apenas un mes no habría podido recordar absolutamente nada de ciertos períodos.

Mi amigo me dice que la memoria me falla en parte porque la naturaleza, misericordiosa, quiere ocultarnos las cosas dolorosas. La telaraña del olvido protector se teje sobre la boca de la cueva que esconde la calavera y los huesos ensangrentados de nuestras desgracias.

«Pero los hombres más grandes», dice King Lamus, «son los que se niegan a que se los trate como a criaturas chillonas, los que insisten en enfrentar la realidad en todas sus formas y se arrancan sin piedad las vendas de sus propias heridas.»

Pero tengo que pensar muchísimo para poner por escrito los incidentes de la cena en el Wisteria, cuando Lou y yo habíamos decidido terminar con nuestras vidas.

Yo había conseguido algo de ácido prúsico en la farmacia más de una semana antes. Nos llevó ese tiempo decidirnos a levantarnos y juntar el coraje alcohólico suficiente para dar el salto.

Algún instinto nos impidió desaparecer de la existencia en un lugar como aquel alojamiento de Greek Street. Cuando se ha perdido todo sentido moral, queda en los hombres y mujeres de buena sangre un instinto de raza que les dice, como a Macbeth y a Bruto, que mueran de modo positivo y no negativo.

Creo que fue solo eso lo que nos arrancó de la cama sucia de la que no nos habíamos movido en semanas, hundidos en un estado que no era ni sueño ni vigilia.

Con un esfuerzo gigantesco me levanté, me puse algo de ropa y salí a hacerme afeitar. Solo la excitación y la idea de la muerte me lo permitieron. Encontré lo mismo en la guerra; y también montones de hombres.

Parece como si el alma estuviera cansada del cuerpo y diera la bienvenida a la ocasión de terminar con él de una vez por todas. Pero quiere ofrecerse con gallardía, en un vuelo o en una carga. Se resiste a morir pasivamente en una zanja. Estoy seguro de que nada menos nos habría sacado de aquel sopor fétido.

Tomamos algo de champaña antes de salir, y después anduvimos tambaleándonos, mareados, por las calles desconocidas. Había algo levemente atractivo en el bullicio de la humanidad. Hubo un pesar momentáneo por dejarlo. Y sin embargo ya lo habíamos dejado hacía tanto, tanto tiempo, en todo sentido inteligible de la palabra. Supongo que los estadísticos nos habrían clasificado como seres humanos, pero sin duda nadie más. Nunca podríamos volver a estar entre ellos. Y aun en medio de nuestra miseria sentíamos una repulsión desdeñosa por el montón de la humanidad que nos dejaba contentos de ensanchar la distancia entre ellos y nosotros. ¿Para qué conservar la apariencia exterior de esos insectos fútiles? Hasta su felicidad nos daba asco; era tan estúpidamente superficial.

Veíamos que la gente del Wisteria estaba escandalizada por nuestro aspecto. El maître d'hôtel se acercó con prisa e hizo algunos comentarios compasivos sobre lo mucho que hacía que no íbamos. Le dije que los dos habíamos estado muy enfermos; y entonces Lou intervino, con voz hueca:

«Esta noche vamos a estar mejor.»

Su entonación fue tan siniestra que el hombre casi dio un salto. Por un momento temí que todo se echara a perder, pero salvé la situación con algún comentario tonto en broma. De todos modos, vi que estaba muy incómodo y contento de alejarse de nuestra mesa.

Habíamos pedido una cena maravillosa; pero, por supuesto, no podíamos comer nada. La burla de que nos trajeran todos esos platos caros, uno tras otro, y se los llevaran intactos, al principio irritaba, y después empezó a resultar divertida. Recuerdo vagamente algo de la historia sobre banquetes fúnebres. Parecía singularmente apropiado partir hacia el ocaso en esas condiciones.

Sí, participábamos de alguna ceremonia extraña como las que deleitaban a los antiguos egipcios. Hasta me vino a la mente la idea de que ya habíamos muerto, de que esta era nuestra burlona bienvenida al Hades, la ofrenda de platos de los que no podíamos participar. Y sin embargo, entre nosotros y lo desconocido estaba el acto de beber el contenido del frasquito que tenía en el bolsillo del chaleco.

Hacía casi una hora y media que habíamos tomado algo de heroína, y ya los vapores repugnantes de la abstención nos sofocaban. Teníamos todo lo que nuestros cuerpos podían tolerar. No queríamos más de manera activa. No nos haría ningún bien tomar más, pero la naturaleza ya había empezado su proceso de eliminación del veneno.

En el cuerpo, la morfina y la heroína se oxidan, y son los venenos resultantes, no las drogas mismas, los responsables de los efectos espantosos. Así, el cuerpo empieza a expulsar esos productos a través de las secreciones; por eso empieza a gotear la nariz; hay sudores prolongados y fétidos; hay un olor y un sabor que ni siquiera pueden llamarse desagradables, solo pueden llamarse abominables en el sentido propio de la palabra: aquello que repugna al hombre. Es tan detestable que resulta insoportable. Uno podría aliviarse lavándose los dientes o dándose un baño turco, pero falta la energía para hacer esas cosas.

Pero si uno toma una dosis nueva de la droga, frena por un tiempo los esfuerzos de la naturaleza por eliminarla. Por eso es un círculo tan vicioso; y estos síntomas premonitorios de la abstinencia no son más que el hedor del aliento fétido del dragón que viene en camino a triturarlo a uno.

Si uno se decide a soportar los síntomas repugnantes, el demonio pasa pronto a medidas más serias.

Lou ha explicado en su diario más o menos cuáles son. Pero aun con la ayuda del poeta no se puede dar idea de cómo es. Por ejemplo, la cuestión del frío. El lector piensa enseguida en el frío del invierno. Si ha viajado un poco y tiene algo de imaginación, puede que piense en los escalofríos de la fiebre. Pero ninguno de los dos da mucha idea de la naturaleza del frío que produce la abstinencia.

Nuestro poeta, quienquiera que sea (su nombre no figura en la revista), sin duda consigue transmitir a su lector la verdad, es decir, siempre que el lector ya la conozca. No me imagino cómo le resultaría a alguien que no la hubiera vivido. Porque transmite su sentido, por así decir, a pesar de las palabras. Este asunto de la expresión es muy curioso.

¿Cómo se le describiría, digamos, un amorío a una persona que nunca hubiera tenido uno ni se lo hubiera imaginado? Lo único que hace la expresión es despertar en el lector las impresiones de su propia experiencia que de otro modo duermen. Y él interpretará lo que se dice o se escribe solo en términos de esa experiencia.

Lamus dijo el otro día que había renunciado a intentar comunicar a la gente los resultados de sus investigaciones. No se podía confiar en que leyeran siquiera palabras de una sílaba, aunque tuvieran los mejores títulos en Humanidades de Oxford. Por ejemplo, él le escribía a alguien «Haz lo que tú quieras», y a vuelta de correo lo atacaban por haber escrito «Haz como tú quieras».[1]

Cada uno interpreta todo en términos de su propia experiencia. Si uno dice algo que no toca un punto exactamente igual en el cerebro de otro hombre, o lo malinterpreta, o no lo entiende en absoluto.

Por eso me deprime muchísimo la obligación que me impuso King Lamus de escribir esta sección, con el propósito declarado de instruir al mundo en los métodos para vencer el ansia de las drogas.

Admite con franqueza que le parece del todo inútil hacerlo él mismo, justamente porque es un hombre tan anormal. Hasta desconfía de mí, con el argumento de que ha tenido demasiada influencia en mi vida y mi pensamiento.

«Ni siquiera a una mediocridad como usted, Sir Peter», me dijo el otro día, «por torpe que sea, se le puede tener confianza en mis cercanías. Su cerebro absorbe sin darse cuenta las partículas de alta carga de mi atmósfera. Y antes de que sepa dónde está, en lugar de expresarse a sí mismo (el poco sí mismo que tiene para expresar), estará repitiendo, en moneda devaluada, las palabras de sabiduría que de tanto en tanto han caído de mis refinados labios.»

Hubo un tiempo en que me habría ofendido un comentario así. Si ahora no me ofendo, no es porque haya perdido la hombría, ni porque sienta tanta gratitud hacia el hombre que me sacó adelante; la razón es que aprendí lo que quiere decir cuando habla así. Ha matado por completo en sí mismo la idea de sí mismo. No se atribuye ningún mérito por sus cualidades maravillosas, y hasta superó el hábito de castigarse por sus debilidades. Y así dice las cosas más serias en el lenguaje del absurdo y la ironía. Y cuando habla en tono serio, su lenguaje no hace más que acentuar el prodigioso sentido del humor que, como dice él mismo, lo salva de enloquecer de horror ante el desastre en que se ha metido la humanidad. Así como el Imperio Romano empezó a

derrumbarse cuando se volvió universal, cuando era tan grande que ninguna mente individual podía abarcar los problemas que planteaba, del mismo modo hoy la difusión de la educación vulgar y el desarrollo de los medios de transporte han dejado atrás las posibilidades de las mejores mentes. El aumento del conocimiento ha obligado al pensador a especializarse, con el resultado de que no hay nadie capaz de ocuparse de la civilización como un todo.

Jugamos una partida de ajedrez en la que nadie puede ver más de dos o tres casillas a la vez, y así se ha vuelto imposible trazar un plan coherente.

King Lamus intenta formar a un número de personas elegidas para que actúen como una especie de cerebro del mundo en su estado actual de colapso cerebral. Les enseña a coordinar los hechos en una síntesis superior. La idea es de su antiguo maestro, el profesor Henry Maudsley, con quien estudió la locura. También Herbert Spencer tuvo una idea parecida. Pero King Lamus es el primero en procurar un esfuerzo práctico para encarnar esta concepción de un modo práctico.

Parece que me alejé mucho de nuestra cena de despedida; pero mi mente todavía no logra concentrarse como debería. La heroína y la cocaína permiten alcanzar artificialmente un alto grado de concentración, y eso hay que pagarlo con un largo período de reacción en el que no se puede fijar la mente en ningún tema. Estoy muchísimo mejor que antes, pero a veces me impaciento. Es tan tedioso reconstruirse siguiendo líneas biológicas, sobre todo cuando uno sabe que una sola dosis de heroína, o incluso de morfina, lo haría al instante igual a las mentes más grandes del mundo.

Habíamos decidido tomar el ácido prúsico en el café. No creo que tuviéramos miedo de la muerte; la vida se había vuelto una alternancia tan infinitamente aburrida entre un período de estimulación que no estimulaba y otro de depresión que apenas deprimía.

No tenía sentido seguir. Sencillamente no valía la pena. Por otro lado, había cierta vacilación en detenerse por el esfuerzo que requería. Sentíamos que hasta para morir hacía falta energía. Intentamos suplirla con coraje alcohólico, e incluso logramos producir una especie de hilaridad. Nunca tuvimos un instante de duda sobre cumplir nuestro programa.

El mozo trajo dos Pêches Melba; y cuando se retiró, descubrimos que King Lamus estaba de pie junto a nuestra mesa.

«Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley», llegó su voz serena.

Un súbito rubor de hostilidad me cubrió la cara.

«Eso hemos estado haciendo», respondí con una especie de rabia hosca, «y supongo que el gran psicólogo puede ver lo que salió de eso.»

Sacudió la cabeza con mucha tristeza; y se sentó sin que lo invitaran en la silla de enfrente.

«Me temo que no», dijo. «Le explicaré lo que quiero decir en una ocasión más conveniente. Veo que quieren librarse de mí; pero sé que no se negarán a darle una mano a un hombre que está en apuros como yo.»

Lou fue enseguida toda simpatía y ternura; y aun en el estado en que me encontraba, advertí un débil movimiento de odio hacia ella y hacia él. Lo cierto es que la mera presencia del hombre obraba como un estimulante poderoso.

«No es más que una nimiedad», dijo, con una sonrisa curiosa, «apenas una pequeña dificultad literaria en la que me encuentro. Tenía la esperanza de que recordaran que hace un tiempito les di a leer un poema.»

Su tono era ligero y altanero; pero había en su voz una corriente subterránea de seriedad que obligaba a prestar atención.

Lou asintió con bastante soltura; pero vi que en su corazón, no menos que en el mío, se había clavado una flecha cargada de veneno ácido. La referencia traía de vuelta los días espantosos de Barley Grange; y hasta el Pozo sin Fondo de la Nada en que habíamos caído después parecía menos atroz que el lago de fuego por el que habíamos pasado.

El poema me resonó en el cerebro, fragmentos del himno de los condenados.

Tenía los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos; nos observó atentamente unos momentos.

«Quiero citar ese poema en algo que estoy escribiendo», explicó, «¿y pueden decirme el último verso?»

Lou respondió mecánicamente, como si él hubiera apretado un botón:

«¡La muerte no es una salida!»

«Gracias», dijo. «Me ayuda mucho que hayan podido recordarlo.»

Algo en su tono me atrapó vivamente la imaginación. Sus ojos me atravesaban como fuego. Empecé a preguntarme si habría alguna verdad en lo que se decía sobre los poderes diabólicos de aquel hombre.

¿Podía haber adivinado la razón por la que habíamos venido al café? Tuve la certeza absoluta de que lo sabía todo, aunque era humanamente imposible que lo supiera.

«Una teoría muy extraña, esa sobre la muerte», dijo. «Me pregunto si habrá algo de cierto en ella. Sería realmente demasiado fácil si pudiéramos salir de nuestros problemas de un modo tan sencillo. Siempre me ha parecido que nada puede destruirse jamás. Los problemas de la vida están en realidad armados con ingenio para desconcertarlo a uno, como un problema de ajedrez. No podemos desatar un nudo verdadero en un trozo de cuerda cerrado sin ayuda de la cuarta dimensión; pero sí podemos desenredar las complicaciones causadas por mojar la cuerda en agua, y cosas por el estilo», agregó, con una gravedad casi maliciosa en el tono.

Supe lo que quería decir.

«Bien podría ser», continuó, «que cuando no logramos resolver los enigmas de la vida, estos se queden con nosotros. Tenemos que resolverlos tarde o temprano; y parece razonable suponer que los problemas de la vida deberían resolverse durante la vida, mientras tenemos a mano el aparato en el que surgieron. Podríamos descubrir que después de la muerte los problemas siguen iguales, pero que somos impotentes para encararlos. ¿Conocieron alguna vez a alguien que hubiera sido indiscreto con las drogas? Supongo que no. Bueno, créanme, esa gente llega a un estado que en muchos sentidos se parece mucho a la muerte. Y lo trágico de la situación es esto: que empezaron a tomar las drogas porque la vida, de un modo u otro, los superaba. ¿Y cuál es el resultado? Las drogas no han aliviado en lo más mínimo la monotonía de la vida, o cualquiera que fuese su

problema, y sin embargo han caído en un estado muy parecido al de la muerte, en el que son impotentes para luchar. No, debemos vencer la vida viviéndola a pleno, y entonces podremos salir al encuentro de la muerte con cierto prestigio. Podremos enfrentar esa aventura como enfrentamos las otras.»

La personalidad del hombre irradiaba energía. El contacto momentáneo con su mente había destruido la corriente de pensamiento que venía obsesionando las nuestras. Y sin embargo era una punzada terrible que lo arrancaran a uno de la idea fija que se había impuesto como la conclusión necesaria de un curso de pensamiento y acción que se extendía por un período tan largo.

Me imagino a un hombre indultado al pie del cadalso sintiendo un fastidio agudo porque lo apartan de un tirón del desenlace lógico de sus tendencias.

«Los cobardes mueren muchas veces antes de su muerte.» Y quienes han decidido, con su voluntad o contra ella, poner fin a sus vidas, por fuerza se resienten de la interferencia. Como dice Schopenhauer, la voluntad de morir es inherente a todos nosotros, tanto como la voluntad de vivir.

Recuerdo a muchos compañeros en las trincheras que decían que temían que los mandaran a la base; preferían terminar de una vez antes que recibir un respiro temporal. La vida había dejado de ser preciosa. Se habían acostumbrado a enfrentar la muerte, y habían adquirido un miedo a la vida de la misma calidad exacta que el miedo a la muerte que habían tenido al principio. La vida se había vuelto lo desconocido, lo incierto, lo temible.

Una ola caliente y feroz de fastidio me recorrió como un acceso de fiebre.

«Maldito sea este tipo», murmuré, «¿por qué tiene que meterse siempre así?»

Y entonces noté que Lou había sacado el frasquito del bolsillo de mi chaleco y se lo había dado a King Lamus.

«Creo que tiene razón, Basil», dijo. «Pero si nos quita ese frasco, la responsabilidad es suya.»

«¿Eso pretende asustarme?», respondió sonriendo, y se puso de pie. Dejó caer el frasco al suelo y lo pisó deliberadamente con el taco.

«Ahora», dijo, volviendo a sentarse, «vamos a lo nuestro.»

Los vapores del ácido envolvieron la mesa.

«El ácido cianhídrico», observó, «es un tónico excelente cuando se absorbe en el organismo en esta forma diluida, pero tomarlo en grandes dosis es una indiscreción.»

No cabe duda de que el hombre tenía tendencia a lo que en una mujer se llama fastidiar con la cantinela. Usaba constantemente la palabra «indiscreción» como si fuera un arma.

Los dos nos estremecimos.

«¿Me aceptan», prosiguió, «como responsable de sacarlos de este lío?»

No había otra cosa que hacer. Iba a contrapelo. Sin embargo, solté algo sobre estar agradecido.

«No hace falta que diga esas tonterías», replicó con severidad. «Mi oficio es ayudar a la gente a hacer su voluntad. La gratitud está de mi lado. Quiero que entiendan desde el principio que ustedes

me ayudan a justificar mi existencia al permitirme hacer lo que pueda para desenredar este embrollo. Pero mi condición es que me den una oportunidad justa haciendo lo que yo diga.»

Ni siquiera esperó el asentimiento.

«Están un poco excitados de los nervios», continuó. «La depresión no es más que otra forma de excitación. Significa una variación respecto del tono normal. Así que, cuando hayan tomado el café (los acompañaré con una taza), iremos a mi estudio a probar qué hacen algunas de esas tabletas. Y además, ¿dónde viven?»

Le contamos que habíamos vuelto a nuestro viejo lugar de Greek Street.

«No es precisamente un barrio salubre», observó. «Creo que deberíamos celebrar la ocasión pasando la noche en mi estudio, y mañana a la mañana tenemos que ocuparnos de conseguirles unas habitaciones decentes.»

Me acordé de que nuestra provisión de heroína estaba en Greek Street.

«Sabe, Lamus», tartamudeé, «me da vergüenza admitirlo, pero de verdad no podemos arreglarnos sin H. Lo intentamos (de hecho, una vez nos libramos por completo), pero de ninguna manera podríamos volver a pasar por eso.»

«Nada de qué avergonzarse, querido amigo», respondió nuestro médico. «Usted no puede arreglarse sin comer. Eso no es razón para dejar. Lo único que les pido es que lo hagan con sensatez.»

«¿Entonces no nos la va a cortar?», intervino Lou.

«Por supuesto que no, ¿por qué habría de hacerlo? Tomen cuanto quieran, y cuando quieran, y como quieran. Eso no es asunto mío. Mi asunto es quitar el querer. Dicen que se curaron, pero no es así. Solo cortaron la droga; el querer siguió ahí. Y en cuanto llegó la oportunidad de volver a empezar, volvieron a empezar. Quizá, de hecho, fueron ustedes los que crearon la oportunidad.»

El hombre era realmente inquietante. Debo confesar que me desconcertaba que me golpeara así cada vez que no me lo esperaba. Pero Lou lo tomó de un modo muy distinto. Estaba contenta de que la comprendieran tan a fondo. Aplaudió. Me quedé asombrado. Era la primera vez en meses que la veía hacer el más mínimo movimiento que no fuera absolutamente necesario.

«Tiene toda la razón», dijo. «No nos dijimos nada el uno al otro, y yo no tenía la menor intención consciente de hacer lo que hice. Pero en cuanto llegué a Londres me hice llevar al lugar donde sabía que podía conseguir heroína. Y cuando volví, descubrí que Peter había salido a tratar de encontrar al hombre que antes le había vendido la cocaína. Le aseguro que no fue deliberado.»

«Ese es exactamente el problema», replicó Lamus. «La cosa los lleva de la nariz y les impide hacer su voluntad. Recuerdo que una vez, cuando yo mismo hacía experimentos con ella, salía con la intención de mantenerme lejos de la sustancia todo el día, y cómo, sin darme cuenta, aprovechaba toda clase de pequeños incidentes que surgían para volver al estudio unas horas antes de lo que había pensado. Me descubrí enseguida, por supuesto, porque había aprendido algunas de las tretas de la mente. Y me senté a observarme mientras encontraba excusas para empezar. Uno llega a un estado absolutamente morboso, en el que todo lo que sucede tiene alguna relación con la pregunta "¿La tomo o no la tomo?"; y uno queda tan satisfecho consigo mismo por decir "no" tantas veces

que se siente tentado de premiarse diciendo “sí” solo una vez. Les puedo prometer un rato muy interesante observando sus mentes y descubriendo todas las pequeñas artimañas. Lo principal que quiero que recuerden es que tienen que aprender a disfrutar de lo que es en verdad lo más placentero del mundo: la introspección. Tienen que encontrar diversión en observar los detalles de la incomodidad de estar sin la droga. Y tampoco quiero que se excedan. Cuando la incomodidad se vuelva tan aguda que no puedan disfrutarla como corresponde, ese es el momento de tomar una dosis pequeña y notar los efectos. Espero, dicho sea de paso, que haya sido una buena chiquita y haya llevado aquel diario mágico.»

Lou estaba asombrosamente contenta de poder decir: «Una parte está hecha con mucho detalle», dijo, «pero sabe que hubo días y semanas en que no podía pensar, no podía moverme. La vida era una lucha perpetua por volver a...», vaciló buscando una palabra, y después terminó con una risita dolorida, «ay, a cualquier parte.»

King Lamus asintió con gravedad. Habíamos terminado el café.

«Ahora», dijo, «a lo nuestro», y encabezó la marcha hacia la puerta.

Me quedé un momento para pagar la cuenta. Todavía había en el aire un leve olor a almendra amarga. Me recordó cómo podría haber terminado la cena, y temblé entero como un hombre en un acceso de fiebre palúdica.

¿Qué me estaba pasando? ¿Me había enamorado de golpe de la vida, o simplemente había tomado conciencia del miedo a la muerte?

Cuando salimos al aire fresco, supe que era lo primero. Lamus me había hecho sentir. El efecto de la droga había sido matar en mí todo sentimiento. Mi impulso de matarme no había sido tan enteramente negativo como yo creía. Era un ansia positiva de lo que yo suponía que era la anestesia de la muerte. El dolor de la vida había sido demasiado para soportarlo, y la influencia de King Lamus había sido templarme para enfrentar la vida cara a cara, le deparase lo que le deparase, y vencerla.

No temía la muerte más de lo que la había temido en los viejos tiempos, volando sobre las líneas. No me importaba en absoluto morir; pero quería morir peleando.

Lou conversaba con bastante viveza con King Lamus en la escalinata del restaurante mientras el portero llamaba un taxi. Y me di cuenta también de que la amaba, de que valía la pena luchar por recuperarla, de que había sido un canalla al arrastrarla conmigo. Entendí mis celos de King Lamus. Su fuerza colosal, incluso su insensibilidad hacia las mujeres, las atraía. El hombre mismo me había hecho reaccionar y medirme con él.

No iba a permitir que Lou me viera constantemente en desventaja.

Fuimos en el auto hasta el estudio.

La atmósfera nos dio vigor. Adquirí un punto de vista enteramente nuevo sobre Lala. Antes me había parecido poco más que parte del mobiliario, pero esa noche era el espíritu que habitaba el lugar. Lo informaba, le daba un significado. La intimidad entre ella y su maestro no era personal en ningún sentido. Ella era el medio por el que los pensamientos de él se volvían perceptibles.

Los fantásticos adornos del estudio eran proyecciones de la mente de él en términos de sustancias materiales, interpretadas a través de la conciencia de ella. Tuve la sensación inquietante de que, si no fuera por ella, King Lamus sería invisible.

En su mente no había diferencia entre dos cosas cualesquiera, pero gracias a la mediación de ella podía fingir que la había.

El estudio estaba dividido en varias partes mediante disposiciones de cortinas. Había un rumor suave y perpetuo de risas, cantos y danzas, interrumpido solo por períodos de silencio intenso que de algún modo era más significativo que el sonido. La luz del fuego arrojaba dudosas imágenes de sombras sobre el techo de vidrio; y de tanto en tanto unas figuras se movían con suavidad íntima por los rincones oscuros y salían al patio. Esas formas envueltas y embozadas poseían una inquietante cualidad de irrealidad.

El estudio estaba lleno de un incienso sutil. No se veía humo; era como si la atmósfera se hubiera impregnado de él de algún modo.

Nuestro grupito quedó muy callado. Él nos había dado a Lou y a mí unas tabletas que tenían el efecto de acallar la inquietud nerviosa que había empezado a apoderarse de nosotros después de una abstinencia de heroína aun tan corta.

«Quiero que aguanten un poco», explicó nuestro anfitrión. «El aguijón de la abstinencia hará que la indulgencia valga la pena. Habrán notado, estoy seguro, que la inmensa mayoría de las dosis no logra producir ningún efecto activo definido.»

Era muy cierto. Habíamos estado maldiciendo la droga porque no reproducía las sensaciones originales. Habíamos tratado de vencer la dificultad aumentando la cantidad. Pero había llegado un momento en que éramos inmunes a su acción; horriblemente conscientes de su ausencia, sin obtener satisfacción alguna de su presencia.

«Esa cosa que les di», explicó Lamus, «diluye sus síntomas y les permite soportar en cierta medida la incomodidad. Quiero que aprovechen el hecho para observar su incomodidad como si fuera la de otro. Cuando descubran que pueden disfrutar de esto en lugar de correr ciegamente a la heroína en busca de alivio, ya habrán recorrido un largo trecho en dirección a adquirir el control mental.»

Varias veces durante la noche Lala intervino con vigor, de manera que nos era imposible no prestarle atención. Después supimos que eso era parte del plan, que nos estaban vigilando por si aparecían síntomas de desasosiego agudo, y que cada vez que aparecían, ella se interponía para impedir que nos detuviéramos en el tema.

Me asombró descubrir que eran cerca de las cuatro de la mañana cuando King Lamus dijo:

«Estaba pensando que a todos nos vendría bien un poco de heroína», y procedió a repartirla.

El efecto fue extraordinario. Sentí una infinita sensación de alivio; pero fue evanescente. Solo pueden haber pasado unos instantes antes de que me hundiera en un sueño sin sueños.

CAPÍTULO II: PRIMEROS AUXILIOS

Cuando desperté, el sol de invierno ya estaba alto. Me daba en la cara a través de la claraboya de vidrio del estudio. La sensación de despertar fue en sí misma una revelación. Durante meses yo no

había estado ni despierto ni dormido; simplemente pasaba de un estado de mayor inconsciencia a otro de menor. Pero esto era un acto definido.

King Lamus había salido, y Lala acababa de volver, porque se estaba sacando las pieles cuando desperté.

Me habían tapado con mantas. Ella vino, me las quitó y me dijo que era hora de ir a buscar mis cosas a Greek Street y llevarlas a las habitaciones nuevas que nos había reservado esa mañana.

Lou, al parecer, ya estaba allí; y se había vuelto a dormir, dijo Lala, apenas unos minutos antes de que ella saliera.

No pude evitar sentir disgusto por el modo en que todo se manejaba por mí. Debo de haber dejado ver algo de eso en mis maneras. Lala, después de meterme en el automóvil que yo había manejado hasta Barley Grange en aquella primera noche tremenda, empezó a orientar la conversación de modo de responder a mi resentimiento no expresado.

Dio una pequeña excusa amable para no ofrecerme el volante. Yo sabía demasiado bien que no habría podido manejar ese auto ni cien metros entre el tránsito. Había abdicado de mi hombría. Tenía que resignarme a que me llevaran adonde cualquiera quisiera llevarme. Podía considerarme afortunado si había caído en manos razonablemente buenas.

En Greek Street nos esperaba una sorpresa. Al parecer, unos minutos antes de nuestra llegada, una dama y un caballero habían venido y estaban muy ansiosos por verme. Volverían en media hora. No podía imaginarme quiénes demonios podían ser, y el asunto se me fue de la cabeza. Estaba acalorado y ansioso por salir de la atmósfera repugnante de aquellas habitaciones. No dejé que Lala entrara; pero descubrí que no tenía fuerzas para empacar mis cosas. El olor de la cueva era fétido más allá de toda creencia.

Lou no ha descrito ni la centésima parte de las oscuras abominaciones que se habían vuelto habituales.

De hecho, me venció el hedor. No me quedaban fuerzas. Me hundí impotente en una silla y empecé a buscar débilmente a mi alrededor la heroína para reanimarme.

Debo de haber caído en una especie de desmayo; porque no sé cómo ocurrió, pero el aire fresco y frío me soplaba en la cara. Nuestras cosas habían sido empacadas como por arte de magia y llevadas al auto. La cuenta estaba pagada.

Al poner el pie en el auto, oí a la dueña de la casa preguntar qué debía hacer si la dama y el caballero volvían. Le di la dirección de mis habitaciones nuevas. Mientras me desplomaba en el asiento, sonaron del otro lado los tonos claros e incisivos de Lala.

«Más vale que les diga que Sir Peter está lejos de encontrarse bien. Probablemente no podrá ver a nadie esta semana.»

Me quedé sentado, flojo, sacudido por las vibraciones del auto. Era un recipiente vacío; pero sentí que, a medida que salíamos de la red retorcida de calles y el automóvil saltaba hacia adelante, escapaba de algún laberinto infernal.

Encontré a Lou en las habitaciones nuevas. Estaba sentada en un gran sillón, aferrada a los brazos. Su cara contaba la misma historia que la mía. Sentíamos que habíamos atravesado una gran

enfermedad por milagro. Me pareció espantosamente injusto que, en lugar de que nos cuidaran con suavidad hasta recobrar la salud, se nos fuera a exigir el ejercicio de la máxima fuerza y el máximo coraje, morales y físicos.

A ninguno de los dos le era posible hacer el más mínimo esfuerzo sin la ayuda de la droga. Parecía lógicamente imposible que pudiéramos dejar las drogas por nuestros propios esfuerzos; y sabíamos demasiado bien por experiencia que habíamos llegado a un estado en que incluso unos pocos momentos de demora en tomar una dosis podían terminar en un colapso total y la muerte.

«Los voy a dejar solos una hora, chicos, para que se instalen, y después podríamos ir en auto a almorzar al campo, ¿no les parece? Pero por supuesto van a necesitar heroína todo el tiempo, y veo que tienen una provisión abundante, así que en eso no hay de qué preocuparse. No es tomar la droga lo que hace daño, es no saber lo que uno toma. Así que les traje un par de planillas divididas en horas; y lo que quiero es que me prometan hacer una cruz en el espacio correspondiente cada vez que la tomen.»

La condición era bastante fácil. Lo que habíamos estado temiendo, a pesar de lo que había dicho Lamus, era la supresión forzosa que habíamos vivido en Barley Grange y que nos había llevado a tales extremos.

Pero la última observación de Lala despejó todos nuestros temores. El asunto quedaba enteramente en nuestras manos. Lo único que se nos pedía era llevar un registro de lo que hacíamos.

No veía cómo el hecho de anotar una cosa podía cambiar en algo el acto mismo.

En ese momento entró King Lamus, y nos tuvo entretenidos media hora con una historia perfectamente absurda sobre alguna aventura insignificante que le había pasado esa mañana. Pero a pesar de su vivacidad y del interés que despertaba, noté que mis manos iban instintivamente a la cajita de madera en la que guardaba la heroína.

Tomé una dosis. Lamus interrumpió de inmediato lo que decía.

«Siga», dije débilmente. «No quise interrumpir.»

«Está bien», dijo Lamus. «Solo espero a que la anote.»

Lala había clavado mi planilla en la pared. Miré el reloj, fui hasta allí y garabateé una cruz en la sección correspondiente.

Al volver, noté que Lamus observaba con una sonrisa de singular diversión. Ahora sé que se debía a que reconocía la naturaleza de mi fastidio.

Terminó su historia en pocas palabras y después me preguntó a quemarropa cómo iba la cura.

Le dije que no veía cómo podía siquiera empezar a curarme, y le señalé la naturaleza del punto muerto.

«Bueno», dijo, «usted no está teniendo en cuenta algo de lo que todos los médicos hablan y que olvidan nueve décimas partes del tiempo, y que sin embargo es lo único que les impide quedar al descubierto como los entrometidos ignorantes que son. ¿Sabe que las autopsias de las personas que mueren en los hospitales de Nueva York muestran que alrededor del cincuenta por ciento de los

casos fueron mal diagnosticados? No, Sir Peter, mientras usted y yo perdemos el tiempo discutiendo nuestros problemas, hay una cosa que trabaja para nosotros, que nunca se detiene ni de día ni de noche, y es la Vis medicatrix naturae.»

Lala asintió con énfasis.

«¿No lo notaste incluso en la Cruz Roja?», le dijo a Lou. «Los casos que se curaban eran los que se dejaban tranquilos. Lo único que hacían los cirujanos era reparar, lo mejor posible, la interferencia con la naturaleza causada por la herida. Cualquier cosa más allá de eso era un error.»

«Volvemos en una hora más o menos», dijo Lamus, «y los llevamos a almorzar a Hindhead. A propósito, ¿tiene un cortaplumas?»

«Pues sí», dije sorprendido. «¿Por qué?»

«Si no, le habría dejado el mío. Puede que necesite uno para sacarle punta al lápiz.»

Lou y yo nos pusimos a conversar en cuanto se fueron. Ya estábamos mejor en este sentido: habíamos empezado a interesarnos de nuevo en nosotros mismos. Recurrimos una o dos veces a la heroína durante la ausencia de nuestro amigo; y convertimos en una especie de pequeña broma familiar el mantenernos el uno al otro a la altura en lo de registrar los hechos.

Descubrí qué era lo que le había divertido a King Lamus la primera vez. Tuve conciencia de un claro matiz de fastidio por tener que levantarme y hacer una crucecita. Nunca se me había ocurrido faltar a mi palabra. Había algo fascinante en observar el registro.

El paseo en auto fue una revelación. Fue como salir de un osario al aire fresco. Un viento frío y cortante nos golpeaba la cara, casi enceguecedor.

Recién al llegar a la posada nos acordamos de que habíamos salido sin heroína. Lamus fue enseguida toda compasión cuando se enteró de nuestro apuro. Se ofreció a salir a conseguir de inmediato; pero Lala protestó que se moría de hambre, que estaba segura de que el almuerzo nos devolvería las fuerzas igual de bien, y que King Lamus podía salir en cuanto termináramos de comer.

Aceptamos. Difícilmente podíamos hacer otra cosa. A decir verdad, el aire fresco nos había despertado a los dos un apetito muy vivo. La comida nos hizo mucho bien, y al terminar nuestro anfitrión salió sin ostentación y volvió a los diez minutos con un paquetito de polvo.

Me pareció muy extraordinario que hubiera podido procurárselo en un lugar tan apartado sin receta. Pero los ojos de Lou estaban fijos en él con una expresión de curiosidad encantada. Sentí como si, de un modo u otro, ella hubiera adivinado el secreto.

Parecía muy divertida con mi perplejidad, y me acarició el pelo con sus maneras más condescendientes.

«Pobre criatura sin seso», parecía decirme con las yemas de los dedos.

Bueno, todos tomamos heroína con la segunda taza de café, y el ánimo se me levantó de inmediato.

Lamus sacó dos libretitas que había comprado en el pueblo, para que pudiéramos registrar nuestras dosis mientras estábamos afuera y copiarlas en las planillas cuando volviéramos.

Volvimos en auto a Londres, y tomamos el té en el camino, en una casita donde la gente parecía conocer muy bien a nuestros amigos. La atendían un viejito y su mujer que tenían aire de antiguos servidores de la familia. La casita quedaba bien apartada del camino, en un terreno propio. Dos tejos enormes se alzaban uno a cada lado del portón. Lala nos contó que el lugar pertenecía a la Orden de la que King Lamus era el jefe, y que de vez en cuando él mandaba gente allí para ciertas partes de su formación que solo podían llevarse a cabo en soledad y silencio.

Me invadió un gran anhelo de experimentar la paz sutil que habitaba aquella morada sencilla. Por alguna razón sentí una renuencia natural a tomar la dosis de heroína que me ofrecieron. Parecía fuera de tono con el espíritu del entorno. La tomé y la disfruté; pero el acto fue mecánico, y el efecto, de algún modo oscuro, insatisfactorio.

Volvimos a la ciudad y cenamos en mi apartamento nuevo, donde tenían un excelente servicio de restaurante.

Descubrí que durante el día me había dado quince esnifadas de heroína. Lou se había dado solo once. La reacción en mi mente fue esta: si ella puede arreglarse con once, ¿por qué no yo? Aunque no tuve lógica suficiente para llevar el argumento hasta la gente, millones de personas, que no había tomado nada en absoluto, ¡y parecía estar perfectamente bien!

Los dos estábamos bastante cansados. Justo cuando Lamus y Lala se levantaban para irse, me di una última esnifada.

«¿Para qué hizo eso?», dijo él, «si no le molesta que le pregunte.»

«Bueno, ¡creo que fue para dormir!»

«Pero esta mañana me dijo que la tomaba para despertarse», replicó.

Era cierto, y me fastidió; sobre todo porque Lou, en lugar de solidarizarse, soltó una de sus risitas absurdas. Parecía realmente sentir un placer perverso en verme pillado en una estupidez.

Pero Lamus se tomó el asunto muy en serio.

«Bueno», dijo, «sin duda es una sustancia extraordinaria si hace dos cosas exactamente opuestas a voluntad de quien la toma.»

Habló con sarcasmo. Se abstuvo de decirme lo que me dijo mucho después: que las propiedades en apariencia contradictorias que yo le atribuía estaban realmente allí, que el experto puede usarla para producir una cantidad de efectos, algunos de los cuales parecen a primera vista mutuamente excluyentes.

«Bueno, mire, Sir Peter», siguió Lamus. «No puede tenerlo de las dos maneras. Realmente debería decidir cuál es el propósito de tomar una dosis.»

Respondí con bastante tono lastimero que hacía mucho habíamos descubierto que no podíamos dormir sin ella. Nos lo había dicho Mabel Black.

«Y el resultado de ese engaño», respondió Lamus, «es que ella está muerta. Creo que su experiencia ha estado influida por aquel comentario tonto. Usted mismo me contó que el resultado delicioso, en un primer momento, fue tenerlo despierto toda la noche en un estado de animación suspendida, con un fascinante torrente de fantasías llenándole el cerebro.»

Tuve que admitir que lo que decía era cierto.

«La heroína», explicó, «es una modificación de la morfina, y la morfina es el más activo de los principios del opio. Ahora bien, seguramente recordará lo que dice Wilkie Collins en La piedra lunar sobre el opio y sus preparados: que tienen un efecto estimulante seguido de un efecto sedante. La heroína es mucho más positiva en su acción que el opio; y lo razonable, me parece, sería darle con bastante fuerza a la mañana y mantenerse en marcha por ese medio, pero dejarla del todo durante algunas horas antes de acostarse, para que el efecto sedante lo haga dormir bien a la hora debida. Conozco la objeción. El abuso de la droga lo ha dejado lleno de irritabilidad nerviosa. La razón por la que quiere heroína a la noche es para insensibilizarse ante eso. Cuando la toma a la mañana después de una noche de descanso, se la da a una persona más o menos sana, renovada por el sueño; puede estimularlo porque el sueño le dio algunas reservas de fuerza sobre las que ella puede trabajar. Cuando la toma a la noche, se la administra a una persona enferma, que es algo muy distinto. Pues bien, lo que debería hacer es reemplazarla a la noche por estas tabletas, con una buena bebida caliente de whisky o de ron con agua, y se encontrará dormido antes de darse cuenta. Después, a la mañana, se despertará mucho más fresco que de costumbre, y la heroína tendrá algo más de qué agarrarse. El resultado será que descubrirá que una cantidad bastante pequeña le hace tanto bien como le hacía una grande la semana pasada, y más.»

Bueno, todo eso me pareció bastante sensato. Seguimos su consejo. No nos dormimos enseguida. Sentía los pensamientos demasiado dispersos. Vagaban de una cosa a otra sin secuencia razonable. Parecía haber lagunas de inconsciencia entre dos series de pensamientos; pero al final la irritación cedió, y no supe nada más hasta la mañana.

[ilegible en la fuente] Lamus lo había profetizado: la heroína hizo efecto de inmediato; las dos primeras dosis nos animaron, y con la tercera estábamos fuera de la cama y bañándonos por primera vez [ilegible en la fuente]

Lou montó en cólera por el estado de nuestra ropa interior, y también de la exterior, ya que estamos. Estaba toda sucia, mugrienta y manchada. Literalmente debíamos de apestar. Y con la conciencia de esto, aun así, apenas cuarenta y ocho horas antes, nada importaba en absoluto.

Lou, en un estado de excitación casi demente, llamaba por larga distancia a Barley Grange. El ama de llaves tenía que mandarnos esa misma mañana algo que ponernos. Mientras ella gritaba el pedido, de pronto recordé que Lamus y Lala vendrían después del almuerzo; la ropa no podía llegar de ningún modo antes de las tres. Lo mejor era hacer que nos mandaran unas batas desde Piccadilly.

Enviaron enseguida gente con un surtido, y entre eso, mandar a buscar algunos artículos de tocador y hacer venir al peluquero, a la una y media estábamos bastante presentables.

Aquella mañana me dio la impresión de un número de varieté o de una farsa. Teníamos que escabullirnos de un cuarto a otro según nos atendieran ángeles masculinos o femeninos.

La excitación nos mantuvo la mente apartada de la heroína con mucho éxito; pero la heroína se nos imponía constantemente a la atención, de todos modos, con insistentes ataques físicos. Desde luego, los rechazábamos enseguida tomando las dosis adecuadas. No puedo decir que hubiera ninguna disminución real. Para empezar, tomando la sustancia por la nariz, uno no puede saber exactamente cuánto recibe, y buena parte de lo que se toma se desperdicia.

Pero toda la atmósfera había cambiado. Hasta entonces la habíamos estado tomando de una manera constante y regular. Se había vuelto una función continuada. Pero esa mañana cada acceso de ansia y cada dosis eran incidentes definidos. La homogeneidad del vicio se había partido en secciones. La sorda monotonía de la droga había adquirido cualidades dramáticas. Recordábamos nuestras primeras experiencias con ella. Habíamos recuperado, hasta cierto punto, lo que los adictos llaman «virginidad de droga». Eso solo bastaba para llenarnos de una viva sensación de euforia. Habíamos recobrado la posibilidad de la esperanza.

Por otra parte, los esfuerzos del peluquero y del camisero nos pusieron con toda crudeza frente a nosotros mismos. ¡Las elegantes batas nuevas contrastaban de un modo tan llamativo con el aspecto de enfermedad mortal que teníamos!

Sin embargo, podíamos ver la luz del día a lo lejos, y nos sentamos a almorzar con cierto placer. El apetito no nos había vuelto, por supuesto, y comimos muy poco de la comida liviana y exquisita que habíamos pedido. Pero al menos la idea de comer no nos daba asco, como había ocurrido durante demasiado tiempo.

Lamus llegó a tiempo para acompañarnos en el café. Era fácil ver que estaba satisfecho con el resultado obtenido hasta entonces. Lala no venía con él. En su lugar había traído a Maisie Jacobs.

Me sorprendí preguntándome con agudeza si había algún motivo serio para el cambio. Había llegado al estado en que sospechaba que el menor acto de aquel hombre tenía algún significado oculto, sobre todo porque no daba ninguna explicación. Decididamente, sus modales no estaban pensados para tranquilizar a los incautos. Era fácil comprender por qué su nombre se había vuelto el centro de una multitud de invenciones ridículas.

Al fin y al cabo, no es agradable sentirse en presencia de una inteligencia capaz de superar en maniobras a la propia en cada punto sin tomarse siquiera el trabajo de hacerlo. La manera en que daba todo por sentado ya era de por sí irritante.

Se acercó con paso tranquilo a las planillas y se quedó estudiándolas largo rato mientras chupaba un cigarro. Hasta el cigarro era ofensivo. Era de la clase que los millonarios se hacen fabricar especialmente. Lamus no fumaba otra clase; y sin embargo era un hombre relativamente pobre.

Desde luego, la explicación era perfectamente sencilla. Él entendía y apreciaba de verdad el buen tabaco, y prefería darse el gusto con los cigarros de un modo desproporcionado.

Era asunto suyo lo que fumaba; y sin embargo se las había arreglado para ganarse una fama absolutamente mala en Londres solo por ese rasgo. A la gente le parecía monstruoso que cenara una chuleta de cordero y un trozo de Stilton, y después sacara un cigarro que costaba la mitad más que su cena.

¡Estudiaba nuestras planillas como si fueran mapas y él estuviera tratando de trazar su ruta por tierra de Bujará a Katmandú!

Finalmente dijo: «Aquí parece haber un hueco muy largo: quince horas, de 9 a 12; está bien, ¿no?».

Se volvió hacia Maisie para que se lo confirmara. Era, según dijo, del todo incapaz de confiar en sí mismo para hacer cálculos.

Maisie entró en el espíritu del absurdo y lo contó solemnemente con los dedos.

El tono de su voz había sido lúgubre, como si sus planes se hubieran desbaratado seriamente. Esa era otra de sus mañas que desconcertaban a la gente. Fueron los ojos chispeantes de Lou los que me dijeron lo que quería decir.

Y entonces me sacudió una conmoción tremenda al darme cuenta de lo que significaba para mí. Fui yo mismo hasta la planilla con una curiosidad excitada, exactamente como si nunca la hubiera visto antes.

No hacía falta un matemático para traducir la situación a lenguaje llano. Las cruces de las últimas treinta y seis horas se apiñaban en unos pocos espacios, y dejaban grandes huecos vacíos. En otras palabras, el consumo se había vuelto irregular. Me quedé mirando la planilla como si hubiera sido un fantasma.

Lamus giró la cabeza y me miró desde arriba por encima del hombro con una sonrisa rara. Después pronunció la palabra extraordinaria: «Kriegspiel».

Me quedé completamente desconcertado. ¿De qué demonios hablaba ese hombre? Y entonces poco a poco caí en la cuenta de que había una analogía entre la planilla y la distribución de las tropas en la guerra. Era evidente en cuanto a uno se le ocurría la idea.

Mientras los ejércitos estuvieron distribuidos de manera pareja a lo largo de la línea, fue una guerra de trincheras. Las grandes victorias y derrotas eran imposibles por la naturaleza misma de las cosas. Pero una vez que las tropas se concentraron en puntos ventajosos, agrupadas en enormes unidades móviles, se hizo posible destruirlas en gran escala.

Cuando se rompe un cuadro británico, la aniquilación de sus defensores no proviene de ninguna disminución del poder de combate de cada soldado; su valor militar no disminuye sensiblemente por la pérdida de los pocos hombres del punto atacado. Se ha vuelto inútil porque su disposición regular ha caído en el desorden.

«En la batalla de Waterloo», dijo King Lamus, apartándose de la pared y volviendo a su café, «Napoleón mandó avanzar a la Vieja Guardia. Pocos minutos después gritó: “Se han mezclado”, y se alejó desesperado del campo. No tuvo que esperar a verlos destruidos».

Lou respiraba con grandes jadeos. Había comprendido la esencia de la táctica de nuestro amigo.

Teníamos un aspecto abominablemente enfermo; en ese momento estábamos sufriendo de verdad el ansia, y nos incomodaba la presencia de Maisie Jacobs. No queríamos tomarla delante de ella. Y sin embargo sabíamos que habíamos ganado la victoria. Podía ser cuestión de semanas o de meses: ni siquiera nos importaba. Nos bastaba con haber dominado el principio de la cosa. Sería fácil atacar esos racimos de cruces y eliminarlos poco a poco.

King Lamus le pidió a Maisie que cantara. Por suerte había un piano de media cola en la habitación. Se sentó y empezó a acompañarla. Me sorprendí cautivado observando cómo trabajaba la mente de aquel hombre. Me enseñaba algo constantemente.

Este último gesto, por ejemplo. No podíamos salir tal como estábamos, y el canto sería una distracción alternativa. Al mismo tiempo, él quería que Maisie estuviera de espaldas para que pudiéramos tomar nuestra heroína.

La deseábamos con muchísima ansia; y sin embargo (¡tan extraña es la naturaleza!) nos daba tanta vergüenza tomarla a escondidas como un momento antes nos la había dado tomarla abiertamente.

El pensamiento me golpeó entre los ojos.

Ya se ha mencionado que tanto Lou como yo teníamos el impulso de ocultarnos el acto el uno al otro aun mientras lo hacíamos abiertamente juntos. Queríamos aparentar que tomábamos menos de lo que tomábamos. El uso de las drogas desarrolla cada torcedura morbosa de la mente.

Entretanto, Maisie cantaba con su rica voz de contralto una traducción inglesa de una de las letras más exquisitas de Verlaine: «Con sordina».

«Calmos en el crepúsculo de las altas ramas,
traspasemos de silencio nuestro amor mientras dormitamos;

fundamos nuestras almas, corazones, sentidos en este santuario,
¡vaga languidez del madroño y del pino!

»Entrecierra los ojos, los brazos sobre tu pecho;
¡destierra para siempre todo interés!

La brisa que mece nos cortejará, suave y dulce,
rizando las ondas de terciopelo a tus pies.

»Cuando la noche solemne de los robles oscuros prevalezca,
¡da voz a nuestra desesperación, ruiseñor musical!».

Las exquisitas imágenes, tan sutiles y a la vez tan concretas, me llenaron la mente de recuerdos de todos los sueños de mi infancia. Me recordaron las posibilidades del amor y de la paz. Todo esto me era familiar, familiar en la forma más intensa y seductora. Eso era lo que la naturaleza tenía para ofrecer; este arrobamiento puro y extático era el derecho de nacimiento de la humanidad. Pero yo, en vez de contentarme con él tal como era, había buscado un Paraíso artificial y había trocado por él la realidad del cielo. En la naturaleza, hasta la melancolía es sutilmente cautivadora. Pensé en la oda de Keats a la melancolía, y hasta en la «Melancolía que trasciende todo ingenio» de James Thomson, a quien él adoraba, y en cuyo altar yacía su corazón sangrante. Bien podía decir Verlaine: «¡Da voz a nuestra desesperación, ruiseñor musical!».

Pero en nuestro sustituto químico del estímulo natural, ningún ruiseñor podía cantar nuestra desesperación. ¿Podría siquiera el buitre carroñero dar una idea de la discordancia ronca y horrible de nuestro desencanto? Los jirones de nuestras almas estaban desgarrados por anzuelos inmundos, y sus alaridos quedaban fuera de la gama de la angustia meramente humana.

¿Era todavía posible volver? ¿Habíamos perdido para siempre nuestra herencia «por un plato de potaje más bestial que el que jamás engulló Esaú»?

Lamus nos había estado observando con atención mientras Maisie cantaba. Los ojos de Lou estaban llenos de lágrimas. Le corrían por la cara delgada y desgastada. No hacía ningún esfuerzo por enjugarlas. No sé si las sentía. La heroína embota toda sensación física, y deja solo el ansia sorda e intolerable, la irritación acre, que irrumpe en el estupor informe que representa el colmo del bienestar.

Pero yo no tenía ninguna inclinación a llorar; lo mío era el amargo remordimiento negro de Judas. Había vendido a mi maestro, mi Verdadera Voluntad, por treinta piezas de cobre venenoso, embadurnadas con el limo del azogue. Y todo lo que había comprado era un campo de sangre en el que podía ahorcarme y... que se me derramaran todas las entrañas.

King Lamus se levantó del piano con un hondo suspiro.

«Perdóneme por insistir», dijo lentamente, «pero usted arruinó su disfrute de la canción por avergonzarse de ponerse en la condición adecuada para disfrutarla, tomando la heroína que necesita. ¿Cuántas veces tengo que decirle que no hay nada de qué avergonzarse, y todo de qué enorgullecerse? Usted mismo sabe que corre un riesgo mayor que cualquiera de los que corrió cuando volaba sobre las líneas de los boches. No quiero que se pavonee por eso, desde luego; pero ciertamente no querrá portarse como un colegial que fuma su primer cigarrillo detrás de un seto. ¡Por Dios, hombre!, ¿no ve que la mitad del peligro de este asunto está en el secreto y la duplicidad que lo acompañan?

»Supongamos que hiciéramos con la comida todo el escándalo que hacemos con la bebida y el amor: ¿no ve qué males surgirían de inmediato? Acuérdese de las restricciones de alimentos durante la guerra».

«Caramba, nunca lo había pensado», dije, mientras cien incidentes medio olvidados me saltaban a la mente. Había toda clase de artimañas para esquivar los reglamentos, de parte de gente que en circunstancias normales eran ciudadanos sencillos, rectos y respetuosos de la ley.

«Por supuesto, tiene que haber restricciones sobre el amor, la bebida y las drogas. Es del todo evidente cuán espantosamente abusaría la gente de su libertad si la tuviera».

«Lamento tener que discrepar», dijo Lamus. «Y como usted sabe, me he metido en un sinfín de problemas de una u otra clase por sostener las opiniones que sostengo. Pero me temo que sinceramente pienso que la mayor parte de los problemas nacen directamente de las condiciones antinaturales que crean los intentos de reglamentar el asunto. Y en todo caso, el estado de ánimo que esos intentos provocan es tan dañino, de manera indirecta, para el sentido de la responsabilidad moral, que realmente no estoy seguro de que no fuera más sensato a la larga abolir del todo las leyes azules y las leyes Lizzie. La interferencia legislativa en los hábitos del pueblo produce al soplón, al espía, al fanático y al pícaro astuto. ¡Tome las finanzas! La estafa se ha vuelto un arte refinado, y se practica en escala gigantesca de maneras que habrían sido imposibles cuando no existían leyes destinadas a proteger al público».

Era un punto de vista muy extraño. Apenas podía creer que Lamus hablara en serio; y sin embargo sí me parecía que al millonario delincuente moderno lo ayudaba de hecho la complejidad de las leyes de sociedades. Es imposible que el hombre común las entienda, de modo que un hombre sin escrúpulos armado de conocimiento experto tiene muchas más probabilidades de sacar ventaja de sus incautos semejantes que en los viejos tiempos, cuando sus actividades se limitaban al juego del cubilete y a frenar a los caballos favoritos.

«Ay, Basil», intervino Maisie, «cuéntales a nuestros amigos lo que decías el otro día sobre las islas de los Mares del Sur».

Lamus se rió alegremente.

«¡Bien por ti, chiquilla, muy oportuno!

»He andado bastante por rincones raros del mundo, como ustedes saben, y en algunos de esos lugares todavía hay tabúes sobre comer, cazar y pescar: toda clase de cosas que en Inglaterra tomamos con toda sencillez, por lo cual no dan ningún problema.

»Pero donde un hombre tiene que pensar en mil cosas antes de cenar (qué come, cómo lo mataron, quién lo cocinó, y así por los siglos de los siglos), no tiene ocasión de desarrollar la mente en sentidos más importantes. El tabú es responsable, más que ninguna otra cosa, del bajo desarrollo mental y moral de los pueblos a los que aflige. Un apetito debe satisfacerse de la manera más simple y fácil. En cuanto uno empieza a preocuparse por si está bien o mal, perturba la mente de manera antinatural y empieza a pensar torcido en toda clase de sentidos que aparentemente no tienen nada que ver con eso.

»¡Piensen en la reina de España a la que arrastraba su caballo, y que perdió la vida por la ausencia del funcionario designado por la etiqueta para ayudarla a desmontar!».

Todos nos reímos; las muchachas con franqueza, pero yo con una sensación incómoda y mal definida de que Lamus se estaba metiendo en terreno peligroso.

«¿Qué es la novela moderna», preguntó, «desde Hardy y Dostoievski hasta los proveedores de basura para sirvientas, sino un relato de las complicaciones que crea la importancia exagerada que ellos mismos o sus vecinos atribuyen a los apetitos sexuales de dos o más monos bimanos?

»La mayoría de los problemas sexuales y de los llamados delitos sexuales harían muy poco daño si nadie le diera ninguna importancia a lo que pasaba o dejaba de pasar».

Desde luego, hay una respuesta para esta clase de argumento; pero no sé cuál es. Me sentía muy intranquilo. Estaba poniendo el hacha a la raíz del árbol de la civilización. Eso era evidente.

Lou debió de captar mi pensamiento. Citó con sarcasmo:

«“Oh, leñador, perdona a ese árbol,
no toques una sola rama;
en mi juventud me dio refugio
¡y yo lo protegeré aho-ra!”».

Desde la guerra, las mujeres adoptan una actitud muy peculiar. No me gustaba el tono de la conversación. Instintivamente busqué apoyo en Maisie Jacobs.

La tradición judía, que es, al fin y al cabo, el fundamento del llamado punto de vista cristiano, sin duda era digna de confianza. Pero Maisie se limitó a replicar con unos versos de Heine que mostraban que estaba enteramente del lado del enemigo.

Lamus advirtió mi fastidio y cambió de conversación apresuradamente.

«Me temo que lo único que puede hacer», me dijo, «es encadenarse al palacio de Buckingham y después hacer huelga de hambre hasta que le den permiso para votar más temprano y más seguido que nunca, después de lo cual ya no tendrá ganas de ir a las urnas en absoluto. Ese es otro ejemplo de la misma vieja historia. Por poco que queramos una cosa, aullamos si descubrimos que no podemos conseguirla; y en el momento en que la tenemos, todo el asunto desaparece de la vista.

»Va a descubrir que pasa lo mismo con sus drogas. Prácticamente se ha hipnotizado a sí mismo hasta creer que no puede prescindir de ellas. No es una necesidad real, como usted sabe. Es un apetito falso y perverso; y en cuanto pierda la costumbre de pensar que es de vital importancia, empezará a olvidar cuánto depende de él».

Bueno, por supuesto, yo veía la sensatez de aquello; y me alegró ver qué alegre y despreocupada se había puesto Lou bajo la influencia de la idea.

Maisie llamó a Lamus al piano para cantar otra canción.

[Aquí la novela cita una canción popular de la época, que no se reproduce.]

Justo cuando terminaba, llegó Elsie de Barley Grange con nuestros baúles. Maisie y Lamus dijeron que nos dejarían deshacer el equipaje, y se fueron.

Ella y Lala pasaban de vez en cuando en el curso de los cinco días siguientes para llevarnos a pasear en auto, o a cenar, o al teatro, o a fiestas.

Me pareció que ponían bastante empeño en no tocar el tema que era el verdadero motivo de sus visitas.

CAPÍTULO III: LA VOZ DE LA VIRTUD

Basil se había ido de la ciudad; pero apareció el quinto día a las once de la mañana, y vino con su actitud profesional más seria. Después de un saludo muy breve, fue derecho a las planillas y las inspeccionó con atención.

Lou y yo nos sentíamos muy incómodos. Él lo notó enseguida.

«Veo que todavía tienen la heroína metida en el cerebro», observó con severidad. «Insisten en considerarse niños traviesos en vez de pioneros de la humanidad que emprenden una aventura desesperada por el bien de la raza».

Empecé una especie de disculpa; no sé bien de qué.

«Tonterías», me interrumpió. «Sé perfectamente bien por qué está avergonzado de sí mismo. Tuvo lo que usted llama una recaída. Después de bajar a cinco, seis y siete dosis, de pronto retrocedió. Ayer, veo, Lou tomó catorce y usted dieciséis: más de lo que venían tomando desde que están en este lugar. Usted cree que es una mala señal. Yo no.

»Para empezar, han sido honestos consigo mismos; y eso es lo que más importa. Además, es también buena señal que la variación diaria sea tan grande como es. Prefiero mucho más ver "dos, dieciocho" que "ocho, ocho", a pesar de las cuatro dosis de más. Y eso exactamente por la misma razón que se aplica a la distribución por horas.

»Pasa lo mismo con la bebida. El hombre que se va de juerga de vez en cuando es muchísimo más fácil de manejar que el borrachín constante. Todo chico de cuarto grado lo sabe. Creo que está escrito en letras de oro alrededor del presbiterio de la abadía de Westminster. Si no lo está, debería estarlo.

»Ahora no se preocupen. Y sobre todo, que no les dé un ataque de arrepentimiento y tomen demasiado poco hoy y mañana. Si lo hacen, tendrán otra recaída. Sé que suena como si me

estuviera contradiciendo. Aprovéchenlo cuanto quieran, no me importa. Voy a volver a hacerlo de la siguiente manera elegante.

»Quiero que se saquen de la cabeza todo el tema de la heroína; y esa es la razón por la que insisto tanto en que lleven un registro de cada vez que la toman. Es una paradoja psicológica que la mejor manera de olvidarse de una cosa es tomar nota de ella.

»Ahora, adiós, y vengan a cenar esta noche al estudio. Quizás tengan ganas de bailar».

Se fue con un gesto despreocupado de la mano.

Cuando volvimos del baile, el portero nos dijo que una dama y un caballero habían venido a vernos. No habían dejado sus nombres. Volverían por la mañana.

Me pareció curioso; pero le dediqué al asunto bastante poca atención. El hecho es que estaba de bastante mal humor. Había usado bastante heroína, con intervalos, durante los últimos días, y ciertamente no me había costado nada dejar la cocaína. La morfina y la heroína le dan a uno un ansia física; pero la atracción de la cocaína es principalmente moral, y cuando uno toma H. no le importa tanto tomarla.

Pero esa noche, cruda como estaba, casi me decidí a volver en auto y tratar de conseguir un poco de nieve, para variar.

Estábamos superando la heroína, la primera etapa de la reducción, sin demasiado sufrimiento. Pero había algo sumamente tedioso en el proceso.

Habíamos pasado una velada muy agradable; pero yo no podía dejar de compararla con el mismo tipo de cosa en los días de la luna de miel. El burbujeo se había ido del champán de la vida.

Era culpa nuestra, desde luego, por tratar de burlar a la naturaleza. Pero al mismo tiempo uno no podía cerrar los ojos a los hechos, y yo sabía que Lamus no habría dudado en darnos un poco de nieve, sintiéndome como me sentía.

No sé por qué sentía tal desgana de volver a pedírsela. Puede haber sido el rechazo instintivo a molestarlo; y además era bastante humillante tener que admitirlo. Había también un rastro del robusto sentimiento británico de que lo que correspondía era aguantar y confiar en que una noche de descanso me templara los nervios.

Lamus nos había aconsejado tomar baños turcos si nos sentíamos excesivamente deprimidos. Nos habían resultado muy útiles.

Habíamos bajado a tres tomas por día dos días seguidos, sobre todo siguiendo su consejo de tomar una de las tabletas blancas en vez de la heroína cada vez que el ansia se volvía irresistible. Dicho sea de paso, él ponía bastante empeño en eso.

Era una mala cosa, decía, ceder a la presión. No era ni de lejos tan dañino tomar la heroína cuando uno no sentía una necesidad tan grande de ella.

Aun después de todo este tiempo, yo no había llegado a captar del todo las peculiaridades de la mente de aquel hombre. Nunca había alcanzado la etapa en que pudiera estar seguro de lo que diría a continuación.

Un día hablábamos del aspecto chino de Lou; y él dijo muy en serio que debía de tener algo de sangre china, o que era la reencarnación de un filósofo chino. Ko Yuen, creo que dijo que era el nombre. Dijo que le debía a su razón europea explicar categóricamente por qué sus pensamientos tenían un sesgo tan asiático.

Ciertamente lo tenían. Desde nuestro punto de vista era pura perversidad. Y sin embargo, por regla general, parecía que al final todo salía bien. Pero a uno le da dolor de cabeza tratar de seguir cómo funciona su mente. Y él siente un placer satánico en agarrar las ideas más evidentemente razonables de uno y levantar una serie de paradojas que lo desconciertan a uno con su extrañeza, y para las que sin embargo no parece haber respuesta.

Con todo, a pesar de toda esta sutileza, tenía una tenacidad británica a toda prueba; el razonamiento más retorcido desembocaba de pronto en una conclusión de bulldog que lo dejaba a uno preguntándose si de verdad había estado pensando según las líneas que aparentaba.

En mi caso, el resultado fue mantenerme a la altura. Así que me fui a la cama con la intención de levantarme temprano e ir al turco por la mañana. Pero resultó que los dos dormimos hasta tarde. Para cuando estuvimos vestidos ya teníamos hambre de almuerzo.

Eso me fastidió. Había querido salir de la casa y cambiar de ideas lo más completamente posible. La Sala Caliente es un lugar excelente para ese fin. Mientras estoy ahí, descubro que no puedo pensar en absolutamente nada salvo en los efectos inmediatos de la temperatura.

Me fastidió también encontrar a Lou relativamente animada. Decidí que saldría de todos modos y almorzaría en la Sala de Enfriamiento, cuando el portero llamó para preguntar si podíamos recibir a una dama y un caballero.

Esa gente había empezado a obsesionarme. Exigí sus nombres. Hubo una pausa, como si del otro lado del hilo se estuviera desarrollando una discusión; y entonces anunció que eran la señora Webster y un amigo.

¿Por qué el misterio? Yo no quería verla. ¿Qué quería de mí? Le había tomado una fuerte antipatía a esa mujer. Había llegado a culparla de habernos metido en el asunto de la droga. Era mucho más fácil que culparme a mí mismo.

Sin embargo, no podíamos exactamente negarnos a recibirla, así que le dije al portero que los hiciera subir.

«Así que eras tú», dijimos los dos a la vez mientras avanzábamos al encuentro el uno del otro. Nos referíamos a la noche de la cena del suicidio en el Wisteria. Cuando yo salía de la sala me había parecido reconocerla; pero había supuesto que estaba fuera de Londres. Lo había estado un par de meses antes; pero mi mente había llegado a tal estado que nunca se me ocurrió que pudiera haber vuelto.

Ese es el tipo de cosa que la heroína le hace a uno. Uno se forma una idea sobre algo, y es demasiado trabajo cambiarla.

Ella, por su parte, solo me había reconocido a medias; y bien sabe Dios que no necesitaba excusa para eso.

«Supimos que estaban en Londres», empezó con locuacidad, en un tono que de algún modo sonaba falso, «y por supuesto no podía descansar hasta venir a darles la bienvenida a ti y a Lou en persona. Supimos por alguien del grupo que estaban en un lugarcito de Greek Street; pero se habían ido justo la mañana en que fui, y nos dijeron que estabas enfermo y que no podías ver a nadie durante una semana. Pero Billy Bray y Lady Rhoda vinieron anoche y dijeron que los habían visto en un baile. Así que no quise perder un minuto en…».

Soltó todo esto como si tuviera una prisa terrible, puntuando sus frases con besos extravagantes a Lou.

Yo veía que Lou le tenía a esa mujer todavía más rencor que yo, pero naturalmente se cuidó de no mostrarlo.

Rondando con aire fatuo los bordes del grupo estaba nada menos que el famoso filántropo Jabez Platt. Pero también él había cambiado desde que lo habíamos visto en la época de nuestro casamiento. Entonces había sido el tipo mismo del Chadband satisfecho, próspero y contento de sí; un patriarca plácido con aire de benevolencia desinteresada y santidad sin pretensiones. Si alguna vez un hombre estuvo en paz consigo mismo y con el mundo, fue el señor Jabez Platt en ocasión de nuestro primer encuentro.

Pero hoy era en verdad un individuo muy distinto. Parecía haberse encogido. La ropa negra le había quedado ajustada como la piel de una marsopa bien alimentada. Ahora le colgaba floja como la de un sapo. Se parecía a ese animal en varios otros aspectos. La virtud, de algún modo, se le había escapado. Tenía en los ojos una mirada hambrienta y acosada. Desde luego, vi al instante qué le pasaba: había estado tomando heroína.

«¡Vaya!», pensé, porque mi antipatía por esa criatura era instintiva, «¡cómo han caído los poderosos!».

Disculpen una digresión. Se discute mucho sobre diversos placeres, sobre si son naturales o antinaturales. Lamus me dijo después que la verdadera prueba de la perversidad de un placer es que ocupa una porción desproporcionada de la atención.

Según él, no tenemos derecho a decidir de buenas a primeras que comer aserrín es un placer antinatural. Un hombre podría estar constituido de tal modo que le gustara. Y mientras su peculiaridad no dañe a otras personas ni interfiera con ellas, no hay razón para no dejarlo en paz.

Pero si ese hombre tiene la creencia fija de que comer aserrín es esencial para la felicidad humana; si atribuye casi todo lo que sucede a los efectos de comerlo o de no comerlo; si se imagina que la mayoría de la gente que conoce también come aserrín, y sobre todo, si piensa que la salvación del mundo depende enteramente de hacer leyes que obliguen a la gente a comer aserrín, le guste o no, entonces es justo decir que tiene la mente desequilibrada en ese tema; y que, además, la práctica misma, por inocente que parezca, es en ese caso particular perversa. La cordura consiste en el debido equilibrio de las ideas en general. Ese es el único sentido en que es verdad que el genio está relacionado con la locura.

La convicción de Miguel Ángel de que su obra era lo más importante del Renacimiento no era del todo cuerda, aunque en cierto modo el tiempo haya justificado su creencia.

Eso es lo que anda mal en la mayoría de los vacunacionistas y antivacunacionistas, los vegetarianos, los anarquistas y la «irascible raza de los videntes» en general: que exageran su jugada. Por mucha razón que tengan en su creencia, y en pensar que esa creencia es importante, se equivocan al olvidar la importancia igual o mayor de otras cosas. Las cosas realmente importantes del mundo son las cosas enormes, silenciosas, inexorables.

«¿Qué dicen las olas salvajes?»: que la atracción de las mareas va frenando poco a poco la velocidad de rotación de la tierra. Y eso era lo que andaba mal en mí. Tenía la tendencia a ver heroína en todas partes.

¡No era eso lo que andaba mal en el señor Jabez Platt!

Gretel Webster era una maestra de las artes sociales; sin embargo, toda su destreza en la charla menuda no podía disimular el carácter artificial de la visita. Ella misma lo vio, y aprovechó el hecho para pedirle a Lou que la llevara a su dormitorio a «hablar de ropa y dejar que el querido Sir Peter y el señor Platt se conozcan mejor».

Pero el proceso no prometía ser rápido. El querido Sir Peter y el señor Platt parecían no tener nada que decirse; el querido Sir Peter hizo lo posible por ofrecer cigarros, cigarrillos y diversas bebidas para aliviar la tensión, pero la virtud romana del señor Platt no le permitía darse esos gustos.

El señor Platt, sin embargo, era tan sensible a la hospitalidad del querido Sir Peter que se sintió obligado a pedir la opinión del querido Sir Peter sobre... y de pronto sacó del bolsillo del faldón de la levita un frasco de diez gramos de cocaína.

«Creemos», dijo, «que esta es una muestra particularmente pura. Hay fuertes razones científicas para creer», explicó, y la atmósfera del púlpito positivamente irradiaba de él, «que no es la droga en sí, sino las impurezas que tan a menudo le asocia una fabricación descuidada, las responsables de los deplorables efectos que se observan ocasionalmente en las personas que la toman, ya sea por motivos legítimos o de otra índole».

Decir que me quedé estupefacto es una burda atenuación del caso. Mi asombro me impidió reconocer por un momento que el corazón me brincaba y saltaba en el pecho a la vista de la droga.

«Realmente valoraría su opinión de conocedor», continuó Platt.

Había algo trémulo en su voz, como si se estuviera dominando por algún increíble esfuerzo de voluntad.

Positivamente tartamudeé.

«Pero, señor Platt», dije, «yo creía que usted tenía tanto empeño en suprimir del todo el uso de la droga. Creía que era usted el principal responsable de haber hecho aprobar la Ley de la Droga Diabólica».

«Ignorancia, pura ignorancia, mi querido Sir Peter», exclamó. «Vivimos y aprendemos, vivimos y aprendemos. Usada con moderación, descubrimos que es positivamente saludable. Un estimulante, sin duda, dirá usted. Y todos los estimulantes pueden ser sin duda peligrosos. Pero me temo que la gente los va a tener, y seguramente el camino más sabio es cuidar que lo que tengan sea tan poco perjudicial como sea posible».

Mientras hablaba, no dejaba de sacudir nerviosamente el frasco en mi dirección, como si tuviera miedo de ponérmelo directamente en las manos. Y entonces me di cuenta de cuánto lo deseaba.

«Bueno, desde luego, señor Platt», respondí, entrando en el espíritu de la cosa, «tendré muchísimo gusto en darle mi opinión, por lo que pueda valer».

No pude ocultar la ansiedad febril con que me serví una dosis. Mi simulación de aspirarla con aire crítico fue ridículamente débil. Un niño habría visto que estaba sacudido, en cuerpo y alma, por el deseo febril de metérmela en el organismo después de tan larga abstinencia.

El tiempo había purgado mi organismo del veneno. Este encontró la casa «vacía, barrida y adornada»; y siete demonios entraron en mí en lugar del que había sido expulsado. Mi malestar pasó como una nube que el viento barre de la faz del sol. Me volví físicamente ágil como no lo había estado en meses. Me llené de una soberbia confianza en mí mismo. Mi vacilación se esfumó. Jugué el juego con toda la sublime embriaguez de la divinidad recobrada.

«Debo admitir que me parece excelente», dictaminé con calma altiva, aunque la sangre me cantaba en el oído.

Le devolví el frasco.

«Quédeselo, se lo ruego, mi querido Sir Peter», protestó Platt con entusiasmo. «Uno nunca sabe cuándo puede venir bien un poco de medicina casera».

Algo me hizo estallar en carcajadas interiores. No le veía la gracia, pero era el mayor chiste del mundo.

«Es realmente muy amable de su parte, mi querido señor Platt», dije con unción, sintiendo que me habían dado el papel estelar en alguna comedia estupenda.

«La obligación es enteramente mía», replicó mi huésped. «No tiene idea de cuánto me ha tranquilizado la mente su amable aprobación».

Me di otra aspirada. Me estaba desvaneciendo en un éxtasis inexpresable. Volví a tapar el frasco y me lo puse en el bolsillo, agradeciéndole profusamente a Platt.

«No puedo imaginarme su mente intranquila», seguí, con un dejo de ironía que era, sin embargo, absolutamente cordial. Era amigo de todo el mundo. «Si alguna vez hubo un hombre con una conciencia libre de ofensa para con Dios y para con los hombres, ese hombre es sin duda Jabez Platt».

«Ah, la conciencia, la conciencia», suspiró. «No tiene idea, Sir Peter, de cómo me ha atormentado últimamente. La responsabilidad moral, la espantosa responsabilidad moral».

«Sea lo que sea», respondí, «usted es sin duda el hombre para cargar con ella».

«Bueno», dijo, «creo poder decir sin jactancia que confío en no haber tratado nunca de eludirla. Su aprobación me ha absuelto del último resto de vacilación. Debo explicarle, mi querido Sir Peter, que siempre he sido un hombre pobre. El servicio de la humanidad exige muchos sacrificios a sus devotos, y le aseguro que en ese frasco no solo está, como ahora me siento seguro, la salvación de la humanidad de uno de sus más terribles peligros, sino una fortuna enorme».

Se inclinó hacia adelante y me dio unos golpecitos en la rodilla con el índice.

«Una fortuna enorme», repitió en tono sobrecogido. Y luego, bajando la voz todavía más: «Suficiente, más que suficiente, para los dos».

«Pero ¿y yo qué tengo que ver?», pregunté sorprendido, mientras un pequeño estremecimiento de codicia me cosquilleaba en las fibras del corazón.

Reflexioné que, entre una cosa y otra, le había hecho a mi capital un agujero desagradablemente grande. Apenas dos mañanas antes había recibido una carta bastante irritante del señor Wolfe sobre el tema. Me vendría perfectamente bien hacer una fortuna enorme.

Acercó su silla a la mía y empezó a hablar con voz tranquila y persuasiva. «La cosa es así, mi querido Sir Peter. Los caminos de la Providencia son en verdad extraños. Justo antes de que se aprobara mi Ley, yo había invertido la pequeña fortuna que poseía en la compra de una Fábrica de Cocaína en Suiza, con la intención de poner fin a sus nefastas actividades. Ahora bien, he aquí un ejemplo de lo que solo puedo mencionar con reverente gratitud como el Movimiento del Dedo Divino. Por un lado, mi gerente químico me informó del maravilloso descubrimiento científico que ya he mencionado... ¿Estoy seguro de que no siente ningún efecto nocivo de lo que ha tomado?». Su voz adoptó un tono de grave preocupación, casi paternal.

«¡Para nada!», repliqué alegremente. «Es espléndida. ¡Me vendría bien otra aspirada ahora mismo!». Acomodé la acción a las palabras, como el cómico ideal de Hamlet. «¿No se dejará persuadir?», le pregunté con malicia.

«¡Ah, no, se lo agradezco, querido Sir Peter! Sus comentarios me han elevado a la más alta cumbre de la felicidad».

Tomé una cuarta dosis, por las dudas.

«Bueno, por otro lado, descubrí que, gracias a la misma Ley que con tanto esfuerzo había trabajado para hacer incorporar al Código, ese frasquito suyo, que me cuesta menos de cinco chelines fabricar y que se vendía al por menor por unos quince chelines, ahora puede venderse (discretamente, usted entiende) en el West End por casi cualquier cosa que uno quiera pedir: diez, veinte, hasta cincuenta libras al cliente adecuado. ¿Eh? ¿Qué me dice de eso?». Se rió con regocijo. «¡Vaya, gente malintencionada podría decir que hice aprobar la Ley con el propósito mismo de crear un mercado alcista para mi producto!».

«¡Y al mismo tiempo salva a la humanidad de sus locuras y sus vicios!». La cocaína me había despejado la mente: era como uno de esos atardeceres dorados y transparentes después de una tormenta en el Mediterráneo. Me deleitaba con el ingenio de los procedimientos del señor Platt. Me regodeaba con intensidad diabólica en la broma de llevar adelante un plan tan magnífico bajo un disfraz tan completo. Era la visión de Satanás disfrazado de ángel de luz.

«Sí, en verdad, todo el asunto es sumamente gratificante desde todo punto de vista», respondió Platt. «Nunca en toda mi vida se me ha permitido ver con tan luminosa claridad los designios de la amorosa bondad providencial».

«¡Ay, mi querido señor Platt!», contesté sombríamente, como parecían indicar las acotaciones escénicas, «soy un hombre muy joven e ignorante, y por el momento no alcanzo a ver ningún papel para mí en el designio. Mi mera aprobación de su producto...». Lo saqué y me di el gusto de un

beso largo y lánguido: sí, beso, ¡no hay otra palabra! ¡Mi amor largamente perdido, de vuelta en mi corazón una vez más!

Platt, a su vez, adoptó un aire de melancolía estigia. «Mi querido Sir Peter», prosiguió con un hondo suspiro, «usted puede entender fácilmente que, por enorme que sea ahora mi fortuna gracias a los inescrutables caminos del Destino, hace falta tiempo para realizarla por completo; y, por una singular y muy desafortunada conjunción de circunstancias, no solo hace falta tiempo, sino... Capital».

«¿Desafortunada coyuntura de circunstancias?», repetí como en un sueño; mi mente corría regiamente en el Circo del Infinito, a mil millones de leguas de donde nadie estuviera sentado.

«Desafortunada, quiero decir, para mí», corrigió Platt; «no, no, no diré eso, ya que es afortunada para mi amigo... ¡para usted!».

«¿Para mí?».

«¡Para usted, mi querido Sir Peter! Le conté a la señora Webster el estado de la cuestión, y ella sugirió de inmediato su nombre. Ella misma acudió en mi ayuda espléndidamente, no hace falta que se lo diga: tomó todas las acciones que pudo; pero todavía queda por conseguir la suma de tres mil libras. Y recuerde que, después de asegurarnos contra todo riesgo y demás, estaremos pagando como mínimo un cuatro mil por ciento».

Nunca he sido ninguna clase de hombre de negocios; pero un chico de doce años podía captar la naturaleza gigantesca de la propuesta.

«He traído los papeles para que los examine, mi querido Sir Peter. Verá que el capital es de solo 20.000 libras en acciones de 1 libra totalmente integradas, y le ofrezco 3000 libras a la par».

«Es principesco, mi querido señor», exclamé. «Me abruma. Pero, disculpe, no veo por qué necesita el dinero en absoluto, ni por qué no vende las acciones por medio de un corredor».

En ese momento Lou entró de golpe en la habitación. Me fastidió. ¿Lo demostré? Su cara se puso de pronto blanca como el mármol. Se quedó un momento en la puerta del dormitorio, tambaleándose; y después cruzó rápida y silenciosamente la habitación hacia el vestíbulo. La cortina se cerró detrás de ella, y al instante me olvidé de su existencia, después de suponer vagamente que había ido a buscar sus pieles para mostrárselas a Gretel y volvía al dormitorio por la otra puerta para no molestarnos.

Platt explicaba la situación. «¡Un asunto de lo más desafortunado, Sir Peter! Me temo que me preocupo en exceso por el bienestar de mis semejantes, y en consecuencia descuido el mío. Ciertamente me sorprendí, cuando fui a mi banco a ver si tenía suficiente dinero para comprar esta planta química, al encontrar un saldo tan grande; ¡estoy demasiado acostumbrado, ay, a descubrir que mi caridad impulsiva ha dejado sin nada mis pequeños ahorros! Pero recién el mes pasado descubrí que 3000 libras de esa suma no me pertenecían en absoluto; eran parte de un fondo del que soy fideicomisario. Nuestras necias leyes no me permiten invertir fondos fiduciarios en valores como esta Schneezugchemischerwerke nuestra; y debo reponer las 3000 libras antes de fin de mes, o las consecuencias pueden ser realmente desastrosas». Se interrumpió en seco, temblando de miedo. En esto no estaba representando un papel. Sin duda sentía que podía ser difícil explicarle a un jurado poco comprensivo cómo un Fondo Fiduciario se había extraviado al punto de ir a parar a

la cuenta privada del Fideicomisario sin que este sospechara que se había comportado de manera tan errática.

«Usted es un hombre de mundo, Sir Peter», declaró, casi lloriqueando, «y estoy seguro de que entiende».

No soy del todo un hombre de mundo, a decir verdad; pero, ayudado o no por la cocaína, de verdad creí entender bastante bien lo que había pasado.

«Pero ¿por qué no ir a la City?», repetí. «¡Deberían pelearse como lobos por una corza tan rolliza como la Schneezug!».

«¡Mi querido Sir Peter!». Levantó las manos con horrorizada sorpresa. «¡Seguramente, seguramente usted se da cuenta de que puede llevar años y años educar al público para que aprecie la diferencia entre nuestra Cocaína Pura, un tónico casero saludable, y la Cocaína Impura, que es una Droga Mortífera y Perjudicial que Crea Hábito! Sentí que podía acercarme a usted porque es un hombre de mundo y un conocedor, y, para serle franco, porque usted me simpatizó desde la primera vez que lo vi, tan apuesto y espléndido con su hermosa joven esposa. Pero ¿qué, ay, qué diría la gente si se supiera que Jabez Platt tiene la mayoría de las acciones de una Fábrica de Cocaína? ¡Mi querido Sir Peter, recuerde que estamos en Inglaterra!».

No me engañaba nada de la nauseabunda farsa de aquel canalla, pero era evidente que su propuesta era un negocio genuinamente bueno.

La Schneezugchemischewerke había dado buenas ganancias de la manera ordinaria cuando él la compró.

Decidí vender los títulos necesarios y quedarme con las acciones. Mi estado de ánimo era sumamente complejo. Mis razones para la compra no solo eran variadas sino mutuamente excluyentes. Por una parte, la idea satanista de obrar el mal por el mal mismo; por otra, el deleite de colegial de hacer las cosas a escondidas; además estaba la simple y llana codicia de dinero. Por otra parte, mi odio a la hipocresía se había convertido en fascinación. Quería disfrutar del sabor de un vicio tan sutil y refinado.

Encima de esto había un motivo que invadía realmente la categoría de la locura. Por un lado, estaba exuberantemente encantado de encontrarme en posesión de provisiones ilimitadas de cocaína; por otro, estaba furioso con la humanidad por haber inventado la sustancia que había arruinado mi vida, y quería vengarme de ella envenenando a tanta gente como pudiera.

Estas ideas daban vueltas en mi mente como trozos de carne en una sopa hirviente. Los vapores me embriagaban. Le estreché la mano a Platt y le prometí ir de inmediato a mi banco a hacer los arreglos necesarios.

Me hinchaba con el orgullo delirante del gran hombre de negocios que ve la oportunidad de oro y la aprovecha. Más alocadamente todavía, disfrutaba de la sensación de ser el benefactor generoso de un hermano en desgracia.

Platt sacó su reloj. «Podríamos ir en auto ahora mismo y almorzar en la City. ¡Válgame Dios!», se interrumpió, «nunca me perdonaré haber sido tan descortés. Me había olvidado por completo de Lady Pendragon y de la señora Webster».

«Ah, ellas estarán encantadas», solté con una risita. «Tendrán un almuerzo horrible de bollos de crema, berro, pasteles de frutas secas y champán, y después irán de compras como buenas millonarias».

«Sí, en verdad», dijo Platt cordialmente y con toda sinceridad, «eso es lo que son. En cuanto a nosotros, almorzaremos en Sweeting's ostras con cerveza negra y brindaremos por la prosperidad de las Instituciones Parlamentarias».

Me reí del chistecito como un loco, y grité desaforado:

«Vengan, chicas, y oigan la noticia. Nos van a elegir a todos para el Club del Collar de Diamantes para Perros».

Gretel apareció en la puerta. Traía una expresión preocupada que era perfectamente incomprensible.

«¿Dónde está Lou?», dijo enseguida, con la voz chillona desafinada por la agitación.

«¿No está contigo?», le espeté como un idiota.

Un súbito espasmo de alarma me hizo temblar. ¿Qué diablos podía haber pasado?

Platt estaba más alterado que ninguno de nosotros, por supuesto. Había llevado a cabo una intriga delicada y peligrosa; y en el momento del éxito veía que su plan corría algún peligro incomprensible. El catalejo de su mente le mostraba una vista a vuelo de pájaro del Old Bailey. El hecho de que no hubiera ningún motivo tangible de alarma no hacía más que intensificar la sensación de inquietud.

«Debe de estar escondida para hacernos una broma», dijo Gretel con voz dura y fría, dominando su ansiedad con una violencia deliberada.

Recorrimos el departamento buscándola. No había rastro de ella; y su abrigo y su gorro de piel habían desaparecido del vestíbulo. Me volví hacia la señora Webster.

«¿Qué pasó?», pregunté secamente.

La mujer había vuelto a ponerse la máscara. Lanzó una mirada desafiante a Platt, cuyos ojos dispararon una pregunta venenosa.

«No lo entiendo en absoluto», dijo lentamente. «Parecía muy inquieta todo el tiempo que estuvo en el dormitorio. Pensé que extrañaba su droga. Si yo hubiera tenido algo encima, le habría dado una buena dosis. Dummer Esel! No vuelvo a salir sin ella mientras viva. No me acuerdo de qué excusa puso. Pensé que era solo un pretexto para ir a buscar su heroína.»

Se hizo el silencio entre nosotros. Platt tenía miedo de decir lo que quería decir. Yo estaba sinceramente desconcertado. El incidente había destruido el efecto de la cocaína que había tomado. (Es extraordinario lo fácil que es romper el hechizo.) Fui hasta el tántalo y serví tres coñacs, echando una pizca de nieve en el mío para asegurarme de volver adonde estaba.

La señora Webster había recobrado el equilibrio.

«Somos de verdad unos chicos muy tontos», dijo alegremente mientras bebía a sorbos su coñac, «armando todo este alboroto por nada. Hay mil y una razones por las que se le pudo ocurrir salir.

Pues claro: aquí hace un calor espantoso, seguramente pensó en dar una vuelta al aire libre. De todos modos, no tienen que preocuparse por mí. Ustedes, muchachos, mejor vayan a la City a hacer sus negocios. Yo la espero aquí hasta que aparezca, y le daré una buena zurra por asustarnos a todos de esta manera.»

Platt y yo nos pusimos los sombreros y los abrigos. Estábamos dándole la mano a Gretel, diciéndole que se pidiera un buen almuerzo de abajo, cuando oímos que metían la llave en la cerradura.

«Ahí está», exclamó Gretel alegremente. «¡Qué criaturas hemos sido!»

La puerta se abrió; pero no fue Lou quien entró. Era Maisie Jacobs, y tenía el rostro severo y rígido. Hizo dos breves reverencias formales a los demás, me tomó la mano y dijo con voz grave y tensa:

«Tiene que venir conmigo enseguida, Sir Peter. Lady Pendragon lo necesita.»

Me puse pálido. Una vez más me habían devuelto, desde un caos complejo de emociones encontradas, a la verdad de fondo que había sido enterrada con tanto esmero y tantas veces.

Lo más hondo que había en mí era mi amor por mi esposa. Me molestaba darme cuenta de ello, y sin embargo no lograba decidirme a admitirlo. Pregunté, con bastante estupidez:

«¿Pasa algo malo?», como si el rostro de Maisie, por no hablar de su aparición, no fuera garantía suficiente de la gravedad de la situación.

«Venga conmigo», repitió.

Gretel había observado el diálogo como un gato. Lanzó un rayo bifurcado a Platt, pensando que sus temores podían traicionarlo y hacerle decir alguna estupidez irreparable.

«Por supuesto, hay una sola cosa que hacer», dijo apresuradamente, resumiendo la psicología de la situación en una síntesis brillante. «Tiene que ir enseguida con la señorita Jacobs, Sir Peter. No necesito decirle lo terriblemente angustiada que me siento; pero espero que no sea nada grave en realidad. Pasaré a última hora de la tarde con el señor Platt a pedir noticias; y si todo está bien (no me permito pensar que pueda ser de otro modo), podemos citarnos para la mañana para nuestros negocios. No perdamos tiempo.»

Les di la mano a toda prisa y pasé mi brazo bajo el de Maisie. Ella bajó corriendo la escalera conmigo, dejando que los otros esperaran el ascensor.

CAPÍTULO IV: FUERA DE PELIGRO

El automóvil de Lamus estaba en la puerta. Maisie saltó al volante y arrancó sin decir palabra. Yo temblaba a su lado, lleno de recelos inexplicables. La exaltación de la cocaína me había abandonado por completo. Parecía aumentar mi nerviosismo; y sin embargo recurrí a ella una y otra vez durante el breve trayecto.

Cuando llegamos al estudio, Lala estaba sentada como de costumbre al escritorio, pero Lamus caminaba de un lado a otro de la habitación con las manos a la espalda; la cabeza inclinada, absorto en una reflexión tan profunda que parecía no advertir nuestra llegada. Lou no se había quitado las pieles. Estaba de pie como una estatua en medio de la habitación. La única señal de vida era que su

cara pasaba continuamente del blanco al rojo y otra vez al blanco. Tenía los ojos cerrados. Por alguna razón me recordó a un criminal que espera la sentencia.

Lamus se detuvo en seco y me estrechó la mano.

«Quítese el abrigo y siéntese, Sir Peter», dijo bruscamente. Sus modales eran completamente distintos de todo lo que yo le había visto. Se dio vuelta y se dejó caer en un sillón, buscó en los bolsillos una vieja pipa negra, la llenó y la encendió. Parecía presa de una agitación peculiar. Eso también era del todo impropio de él. Carraspeó y se levantó, con un cambio total de conducta. Me ofreció uno de sus cigarros de millonario y le hizo señas a Lala para que me sirviera una bebida.

«Es la última moda en el estudio», dijo Lala alegremente. Era evidente que trataba de aliviar la tensión. «Basil la inventó anoche. La llamamos Kubla Khan N.º 2. Como ve, es mitad gin y mitad Calvados, con media cucharadita de crème de menthe y unas veinte gotas de láudano. Se filtra a través de hielo picado. De verdad es lo más refrescante que conozco.»

Acepté los lujos automáticamente, pero no podía evitar estar inquieto. Quería ir al grano. Sentía que había algo urgente entre manos. No me gustaba cómo se comportaba Lou. Se quedaba tan absolutamente inmóvil y callada que resultaba siniestro.

Lamus había gastado tres fósforos para encender la pipa, y esta se le apagaba casi entre una bocanada y otra. Al cabo de un rato la tiró con enojo sobre la alfombra y encendió un cigarro. Había un guardafuego acolchado alrededor de la chimenea. Maisie estaba sentada en él balanceando las piernas con impaciencia. Todos parecíamos esperar que pasara algo, y era como si nadie supiera por dónde empezar.

«Díselo, Lou», dijo Lamus de pronto.

Ella se sobresaltó como si él la hubiera golpeado. Luego se dio vuelta y me encaró. Por primera vez en mi vida me di cuenta de lo alta que era.

«Cockie», dijo, «he llegado a la encrucijada.» Hizo un movimiento como de tragar, intentó seguir y no pudo.

King Lamus se enderezó en el sillón. Se había recuperado por completo, y observaba la escena con un interés impersonal y profesional. Lala se inclinó sobre su sillón y le susurró larga y seriamente al oído. Él asintió.

Volvió a carraspear, y luego empezó a hablar con voz forzada.

«Creo que lo más sencillo, a la larga, es que Lady Pendragon le cuente a Sir Peter, como ya nos lo contó a nosotros, exactamente lo que pasó, como si estuviera en el estrado de los testigos.»

Lou empezó a retorcerse con inquietud.

«Estoy harta», estalló por fin.

«La testigo tendrá la amabilidad de dominarse», observó Lamus con tono judicial.

La frialdad de su tono devolvió a Lou no solo a sí misma, sino a sí misma tal como pudo haber sido antes de que yo la conociera.

«Cuando esa gente llegó esta tarde», dijo con toda calma, «vi enseguida que tramaban algo. Sabía por qué Gretel quería sacarme de la habitación, y la encaré sin rodeos. Me dijo la verdad, creo, tan aproximadamente como una mujer de esa clase puede llegar a decirla. ¿Algo de comprar acciones de una fábrica de productos químicos?»

«Sí, ciertamente», respondí, y sentí que la hostilidad se me metía en la voz. «¿Y por qué no? Es una inversión maravillosa y la oportunidad de mi vida en lo financiero, y no veo por qué las mujeres tienen que meter la nariz en los asuntos de los hombres, que no entienden ni entenderán nunca. Entre todas ustedes, puede que me hayan hecho perder mi oportunidad. ¡Malditas sean! Si supiera dónde encontrar a Platt, iría a firmar el contrato en este mismo momento. Tal como están las cosas, puedo ir al banco y arreglar lo del dinero.»

Saqué el reloj.

«Supongo que ni siquiera puedo almorzar», continué, enfureciéndome deliberadamente.

Lou se alejó unos pasos y luego volvió y me encaró.

«Acepte mis disculpas, Sir Peter», dijo con tono helado y deliberado. «No tengo ningún derecho a interferir en sus planes. Después de todo, ya no me conciernen.»

Me puse de pie y arrojé a la chimenea el cigarro a medio fumar.

«¿Qué quieres decir con eso?», dije apasionadamente. Tenía en mente decir otra cosa, pero de pronto todo mi ser pareció flaquear. Me senté débilmente en el sillón, jadeando. A través de los ojos entrecerrados pude ver que Lou daba un paso impulsivo hacia mí; y luego, dominándose, retrocedía como lo haría un hombre que se ha acercado a lo que creía un tronco caído de hermosas vetas y reconoce en él una serpiente de cascabel.

El pulso de mi cerebro latía débil y lento; pero ella siguió con una pasión despiadada, y me arrastró con el ímpetu tempestuoso de su desprecio.

«Puse una excusa y vine a ver qué pasaba. Encontré que habías olvidado por completo los hechos. Estabas aspirando cocaína, no como experimento, no por ninguna necesidad física, sino como un vicio puro y simple. Ya estabas enloquecido por ella. Eso podría haberlo soportado, porque te amaba. Pero que planearas hacerte socio de ese canalla asesino con su piedad hipócrita, eso era otra cosa. Era una cuestión de honor. No sé cuánto tiempo estuve ahí. Viví toda una vida en un segundo, y decidí de una vez por todas terminar con semejante inmundicia. Me escabullí y vine aquí. Yo misma estoy medio loca en este momento por las ganas de H.; pero no la voy a tomar hasta haber llevado esto a término. El dolor de mi cuerpo me ayuda a soportar la angustia mortal de mi alma. Ah, ya sé que es teatro e histeria (puedes llamarme como quieras): lo que digas ya no cuenta. Pero quiero vivir; y le he pedido a Basil que me lleve lejos, como prometió una vez hacerlo mucho antes de que te conociera. Prometió curarme, y lo obligo a cumplirlo. Prometió llevarme lejos, y lo obligo a cumplirlo. Puedes pedir el divorcio. Más te vale. Porque no quiero volver a mirarte la cara nunca más.»

Las otras tres personas que había en la habitación no existían para mí. Tuve que hacer acopio de fuerzas para hacer frente al ataque de Lou. Había un silencio absoluto, salvo por el ruido de mis aspiraciones. Volví a ser dueño de mí mismo, y estallé en un acceso de risa a gritos.

«¿Así que ese es el juego?», respondí al fin. «¡Me vendes para comprarte un tercio de ese sinvergüenza!»

Me detuve para tratar de pensar en insultos más viles; pero mi cerebro se negaba a funcionar. Solo me sugería injurias del tipo que suele asociarse con los barqueros. Escupí un torrente de lenguaje soez; pero sentí, ya en ese momento, que no estaba a mi altura.

Mis palabras fueron recibidas con completa indiferencia. Incluso Lou se limitó a encogerse de hombros, y miró a Lamus como diciendo: «Ya ves que tenía razón.»

Lamus sacudió lentamente la cabeza. En realidad, yo apenas podía ver. Tenía la vista alterada de un modo peculiar que me asustó, y el corazón empezó a protestar. Saqué la cocaína una vez más. Para mi asombro, Lamus saltó del sillón y me quitó el frasco de las manos. Quise levantarme y matarlo; pero me invadió un desfallecimiento mortal. La habitación daba vueltas. Lamus volvió a su sillón, y otra vez cayó el silencio sobre el estudio.

Creo que debí de perder el conocimiento un rato; porque no recuerdo quién me puso una toalla helada alrededor de la cabeza ni cómo fue que la humedad glacial me goteaba por la columna.

Volví en mí con un suspiro pesado. Todos estaban en la misma posición que antes, salvo que Lou se había quitado las pieles y se había acurrucado en el sofá.

«Si se siente lo bastante bien, Sir Peter», dijo Lamus, «bien puede oír el final de la historia.»

Lou de pronto se ahogó en sollozos y hundió la cabeza en los almohadones. Lamus hizo un gesto que Lala al parecer entendió. Ella se adelantó y se puso frente a mí con las manos a la espalda, como una niña que recita una lección.

«Sir Peter», dijo con voz suave, «Basil le explicó a Lady Pendragon que estaba viendo el asunto de un modo muy equivocado. Le dijo que cuando la gente está superando el hábito de las drogas tiende a decir y hacer cosas del todo ajenas a su carácter. Todos sabemos con cuánta abundancia ha demostrado usted su valor y su sentido del honor. Conocemos su estirpe, y conocemos sus hazañas. Lo que pasó en la entrevista con el señor Platt no contaba. Usted era un hombre enfermo. Eso era todo. Maisie propuso ir a buscarlo; ¡y gracias al cielo llegó a tiempo!»

Lou se dio vuelta y se volvió con ferocidad contra King Lamus.

«Te obligo a cumplir tu promesa», gritó con violencia. «Te obligo a cumplir tu promesa.»

«Eso, una vez más», dijo él con calma, «es simplemente porque es usted una mujer enferma, tanto como él es un hombre enfermo.»

«¿Así que es honorable faltar a la palabra dada a una mujer enferma?», replicó ella como una tigresa.

Una curiosa sonrisa le curvó los labios.

«Bueno, ¿qué dice Sir Peter?», preguntó con una especie de humor perezoso.

De pronto tuve aguda conciencia de la figura ridícula que estaba haciendo, sentado ahí como un mono enfermo con una toalla alrededor de la cabeza. Me la arranqué y la arrojé al suelo.

Lala se adelantó de inmediato y la recogió. Sentí el gesto como un insulto. Me estaban tratando como a una persona molesta que ensucia el estudio de otro. El efecto fue ponerme de un humor hosco.

«Lo que yo diga no parece importar», respondí con brusquedad. «Pero ya que me lo pregunta, digo esto. Llévesela y quédesela, y que no vuelva a oír hablar de ella. Y encima le daré las gracias.»

Mi propia voz me hizo estremecer. ¿Podía ser realmente yo quien se entregaba a esa réplica vulgar? Era extraordinario cómo todo lo que ocurría parecía volver mi posición cada vez menos digna.

El pensamiento fue interrumpido por el tono resplandeciente de Lou.

«Ahí está, Basil, me deja libre. Vengo a ti sin mancha. Puedes cumplir tu promesa sin faltar a tu fe.»

Se levantó del sofá y fue hasta el sillón de él. Se arrojó a sus pies y hundió la cara en sus rodillas; mientras sus largos brazos subían y buscaban a tientas su cara para acariciarla.

Él le dio unas palmaditas afectuosas en la cabeza.

«Sí», dijo, «somos libres, y cumpliré mi promesa. La curaré, y la llevaré conmigo. Pero ¿me permite poner una condición?»

Ella alzó la cara hacia él. A pesar de la ruina física de los últimos meses, el amor era capaz de transformarla corporalmente. Estaba radiante de belleza. Solo esperaba que él la tomara en sus brazos. Temblaba de pies a cabeza de pasión extática.

Me aferré a los brazos del sillón con una rabia inútil. Delante de mi propia cara, la única mujer a la que había amado jamás había renegado de mí, me había desechado con desprecio, y se ofrecía a otro hombre con el mismo ardor impulsivo que alguna vez había mostrado hacia mí. ¡No, por todos los poderes del infierno, era peor! Porque yo la había cortejado con arrobamiento; y él no había hecho ningún esfuerzo.

«¿Una condición?» Su voz resonó alta y clara por el estudio. «Me entrego a ti, mi Señor y amante; cuerpo y alma, para tenerme y conservarme. ¿Qué me importan las condiciones?»

«Bueno», dijo King Lamus, «en realidad es solo una condición pequeña; y para demostrar que cumplo mis promesas, tengo que cumplirlas todas. Verás, también prometí curar a Sir Peter, así que mi condición es que él venga con nosotros.»

Ella se puso de pie de un salto, como si la hubiera mordido una cobra. Sus largos brazos forcejeaban contra el aire que no oponía resistencia. La humillación era indecible. Lamus se guardó la pipa en el bolsillo, se puso de pie y se desperezó como un gran león perezoso. La tomó en sus brazos y la sostuvo con firmeza, fijando los ojos en el rostro torturado de ella; la larga boca escarlata y dentada se estiraba en un cuadrado trágico por el que el grito se negaba a salir.

Le sacudió suavemente los hombros. Sus músculos rígidos empezaron a relajarse.

«Trato hecho, entonces, pequeña», dijo.

La boca de ella se cerró, y luego se curvó en una sonrisa de felicidad exquisita. El fuego sombrío de la lujuria se apagó en sus ojos. Se encendieron con la luz de la comprensión.

Él le pasó el brazo por la cintura y la trajo hasta mí, con la mano derecha afirmada bajo mi axila. Y me levantó en vilo del sillón, como si hubiera descendido igual que Hércules a las profundidades más oscuras del infierno y arrastrado a un alma condenada hacia la luz del cielo.

Puso las manos de ella en las mías y cerró las suyas sobre ellas.

«A quienes Dios ha unido», dijo solemnemente, «que no los separe el hombre.»

Giró sobre los talones y se convirtió en un hombre de acción rápida y decidida.

«Maisie», dijo, «tú tienes la llave. Ve a hacer empacar sus cosas y déjalas en la consigna de Victoria. Lala, llama por teléfono para reservar asientos y un camarote para esta buena gente en el barco. Londres no es lugar para nosotros: hay demasiados filántropos sueltos buscando a quién devorar. Llama a Dupont y que mande cena para cinco a las siete. Tomaremos el de las diez y estaremos en Telepylus sabse jeldt.»

Maisie ya había salido del estudio y Lala estaba al teléfono antes de que él terminara de hablar. Se volvió hacia nosotros con la misma afectación de apuro.

«Vamos, jóvenes», dijo jovialmente. «Tienen los nervios hechos pedazos, y no es de extrañar. Tabletas blancas para dos y un poco de H. para endulzarlas. ¡Y se perdieron el almuerzo! Qué lástima. Tomaremos un té fuerte a la antigua. Sé que hay algo de comer en el balde del carbón o en alguna parte, y Lala puede cocinar algo mientras yo hago las tostadas con manteca. Ustedes siéntense, conversen y hagan sus planes para la luna de miel número ocho, o la que sea. Y no se me crucen en el camino, porque voy a estar muy ocupado. A decir verdad, es una suerte que haya adquirido la costumbre de salir de viaje por tres años alrededor del mundo con tres minutos de aviso.»

Pasó media hora antes de que el té estuviera listo. Lou y yo nos sentamos en el sofá, sacudidos y doloridos por lo que habíamos pasado. Moral, mental y físicamente, a los dos nos dolía la fatiga más cruel. Y sin embargo sus olas se estrellaban en vano contra la roca silenciosa e inmóvil de nuestra sublime felicidad. Esta no encontraba expresión. Estábamos demasiado cansados. Y sin embargo éramos conscientes, en alguna parte profundísima de nuestra conciencia, puesta al desnudo por primera vez al serle arrancadas implacablemente todas sus capas superiores, de que existía. Siempre había existido «antes del comienzo de los años», y siempre existiría. No tenía nada que ver con las condiciones del tiempo y del espacio. Era una unión inefable, en el infinito, de nuestras individualidades.

No debo describir en detalle nuestro viaje a Telepylus. Si alguna vez se descubriera la belleza del lugar, pronto quedaría arruinada. No hay mal alguno, sin embargo, en indicar cómo es el lugar en sí, sobre todo porque hace no menos de tres mil años se convirtió en uno de los lugares más famosos del mundo. Y uno de sus principales títulos era que ya entonces era famoso por las ruinas de civilizaciones olvidadas. Hoy la mano del hombre ha dejado garabatos efímeros por toda la gran roca que domina la ciudad.

Al acercarnos a Telepylus desde el oeste, quedamos atónitos cuando aquel poderoso peñasco apareció a la vista al doblar el tren una curva. Como otro Gibraltar, se recortaba contra un fondo de cielo a mil doscientos pies sobre el mar. Extendía dos grandes zarpas sobre la ciudad, como un león agazapado que juega con la presa que está a punto de devorar, como en verdad lo está.

El bocado más grande que hay allí es una magnífica catedral que data de los normandos. Se alza sobre una eminencia bajo el borde del acantilado saliente, y debajo de ella la ciudad se extiende como un abanico. La catedral la reduce a la insignificancia, como la roca reduce a la catedral; y sin embargo la familiaridad que uno tiene con el tamaño de una casa común le hace a uno subir por la escala en lugar de bajar.

La ciudad da testimonio del tamaño estupendo de la catedral; y en cuanto uno ha comprendido la catedral, esta a su vez se convierte en medida de la grandeza de la roca.

Subimos a pie desde la estación hasta la residencia de King Lamus, en lo alto de la ladera, encima del istmo que la une a la roca. Los acantilados se alzaban sobre nosotros. Estaban desgarrados en enormes pináculos y barrancos; pero por encima de los terribles precipicios podíamos ver los restos de civilizaciones sucesivas: templos griegos, murallas romanas, cisternas sarracenas, portales normandos y casas de todas las épocas perecían lentamente sobre los peñascos áridos y resecos.

Para Lou y para mí fue un trabajo muy duro subir la colina en el miserable estado de nuestra salud. Tuvimos que sentarnos repetidas veces en los enormes peñascos que bordeaban los senderos, que serpenteaban entre campos bien cultivados salpicados de olivos grises y nudosos.

El aire del lugar era una embriaguez sublime, y sin embargo su encanto no hacía más que restregarnos en el alma la vergüenza de nuestro miserable estado físico. Tuvimos que tomar varias dosis de heroína en el camino. No veíamos por qué no podríamos haber tomado un carruaje durante parte del trayecto. Pero sin duda era parte del plan de King Lamus que nos aguijoneara la conciencia de nuestra impotencia en un lugar tan divino, donde cada voz de la naturaleza engrosaba el coro que nos espoleaba a la actividad física. Nuestra condición de inválidos no nos había parecido tan horriblemente antinatural en Londres como en aquel templo consagrado de la belleza.

Lamus mismo parecía vigorizado en grado extraordinario por la vuelta a casa. Brincaba como un cabrito mientras nosotros avanzábamos jadeando cuesta arriba. Y mientras descansábamos nos contaba la historia de los monumentos que se desmoronaban en los peñascos.

«Este lugar los ayudará a corregir sus ideas», dijo, «sobre lo que es permanente, en la medida en que algo sea permanente.»

En verdad nos invadió un sentimiento de la futilidad del esfuerzo humano mientras contemplábamos las capas de civilizaciones y mirábamos desde arriba la última de ellas, que todavía florecía, aunque los signos de decadencia eran demasiado evidentes. La ciudad moderna ni siquiera estaba construida con la idea de desafiar los siglos. Era esencialmente endeble y destartalada, y los sucesos de las últimas horas habían dado repetidas pruebas no solo del estado de agitación social, que en cualquier momento podía reducir a ruinas la estructura moderna, sino de una lasitud general y una falta de energía por parte de todas las personas con las que habíamos tenido contacto.

Nuestro pequeño grupo representaba a todas luces posibilidades insospechadas de hacer buenos negocios. Pero nadie parecía querer cumplir siquiera esa última de las ambiciones humanas: ganarse la buena voluntad de los viajeros prósperos.

«No se desanimen», rió Lamus. «Su problema es que buscan la permanencia en el lugar equivocado. ¿Ven a esos dos hombres?»

En el camino, debajo de nosotros, había dos cabreros: uno subía su rebaño desde la ciudad después de haberlo ordeñado; el otro lo bajaba con ese fin.

Lamus citó dos versos de poesía griega. Yo no recordaba lo suficiente como para poder traducirlos, pero las palabras tenían un sonido extraordinariamente familiar. Lamus los tradujo.

«"La ciudad de Telepylus, donde el pastor que conduce su rebaño a la ciudad saluda a otro que lo conduce afuera, y el otro le devuelve el saludo. Un hombre en ese país podría ganar doble jornal si pudiera prescindir del sueño, porque trabajan casi lo mismo de noche que de día."

»Eso fue escrito hace tres mil años, y hasta el nombre de la mujer que escribió ese poema, aunque es uno de los poemas más famosos del mundo, se ha perdido. Pero ahí están los pastores saludándose hoy como lo hacían entonces. ΠΑΝΤΑ ΡΕΙ, dijo Heráclito, "todas las cosas fluyen". Y todo lo que trata de escapar a esa ley, lo que confía en su fuerza, lo que se vuelve rígido, lo que procura detenerse, es destrozado por las olas irresistibles del tiempo. Creemos que el acero es más fuerte que el agua; pero no podemos construir un barco que resista su acción. Comparen los vientos de suave fluir con la roca inflexible. Respiramos hoy esos vientos: el aire está tan fresco como siempre. Pero vean cómo esos templos y fortalezas, más aún, los mismos peñascos, han sido desgastados por las caricias lánguidas de esta brisa vigorizante. Esa es una de las razones por las que vine a vivir aquí, aunque uno apenas necesita más apoyo después de una sola mirada a la incomparable belleza del lugar; una belleza que varía cada día y nunca cansa. Miren la puesta de sol cada noche. Vale por dos horas de gran ópera. Es casi estupefaciente sentarse en la terraza de la villa y contemplar las glorias siempre cambiantes del anochecer. ¡Y la noche misma! Ahí está la Estrella Polar sobre la roca. A medida que pasan los meses, la Osa Mayor gira alrededor de su esplendor estable, y la mente de uno empieza a trabajar en una escala de tiempo totalmente distinta. Cada revolución de los cielos alrededor del Polo es como el segundero del reloj espiritual de uno.»

Escuchábamos con una atención embelesada. La belleza del lugar golpeaba con fuerza nuestros cerebros. Era increíble. Manchas de cáncer como Londres y París quedaban extirpadas sin piedad de nuestra conciencia. Habíamos venido de la pretensión efímera de las ciudades a una tierra de actualidad eterna. Renacíamos en un mundo cuyas condiciones estaban todas en una escala totalmente distinta de cualquier cosa de nuestra experiencia. Nos invadió un sentimiento de inocencia. Era como si hubiéramos despertado de una pesadilla; nuestro sentido del tiempo y del espacio había quedado destruido; pero sabíamos que nuestros viejos patrones de la realidad habían sido ilusiones. Los relojes de pared y de bolsillo eran juguetes mecánicos. En Telepylus, nuestro reloj era la Naturaleza de la que formábamos parte.

Seguimos caminando otros cinco minutos; pero de nuevo nos venció la debilidad. El paisaje quedó borrado por el persistente dolor de la falta de heroína. Satisficimos el ansia, pero el acto ahora nos parecía abominable. No había nadie que nos viera; y sin embargo sentíamos como si la Naturaleza misma se ofendiera por la presencia de una monstruosidad.

«Voy a seguir hasta la Abadía», dijo Lamus. «Ustedes mejor tómenlo con calma. Diré que preparen algún refrigerio y que manden a alguien a buscarlos.»

Agitó la mano y se fue cuesta arriba con el paso firme y oscilante del montañista experimentado.

La mano de Lou se deslizó en la mía. Estábamos solos con la naturaleza. Un sentimiento nuevo había nacido en nosotros. El sentido de la personalidad se había desvanecido de algún modo. La atraje suavemente a mis brazos, y nos dimos un largo beso como nunca nos lo habíamos dado. No nos besábamos el uno al otro. Éramos partes del cuadro, cuya expresión natural era besarse.

«¿No sería mejor que siguiéramos?», dijo Lou al cabo de un rato, soltándose.

Pero en ese momento nos encontramos frente a una persona verdaderamente extraordinaria. Era un niño rubio de cinco años, descalzo pero vestido con una túnica corta de un azul intenso, con mangas anchas y capucha: el forro era escarlata. Tenía una cara muy seria, y nos abordó con un saludo militar.

«Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley», dijo el pequeño con firmeza, y tendió la mano. «Vine a llevarlos a la Abadía.»

Hasta Lou se dio cuenta de que era del todo imposible alzar en brazos a una personita tan importante y besarla. Entramos en la solemnidad de la ocasión con la dignidad debida, y nos levantamos y le dimos la mano.

Entonces, bajando a la carrera detrás de él, llegó un niño todavía más pequeño.

«Amor ley, amor voluntad», dijo. Era evidentemente una cuestión de cortesía.

«No saben qué decir», explicó el mayor en tono indulgente. «Me llamo Hermes», le dijo a Lou, «y este es mi amigo Dionysus.»

Estallamos en un ataque de risa incontrolable que Hermes evidentemente consideró muy impropio. Pero Dionysus le dijo a Lou: «Te voy a dad un beso gande.»

Ella alzó al asombroso chiquillo y le devolvió el saludo con creces. Cuando lo bajó, él nos dio una mano a cada uno, mientras Hermes abría la marcha cuesta arriba de un modo sumamente formal, mirando atrás de vez en cuando para asegurarse de que estábamos bien.

Dionysus parecía considerar que le correspondía entretenernos con una descripción de los diversos objetos que había a lo largo del camino.

«Esa es la casa del señor simpático, allá abajo», dijo. «Los voy a llevar a almorzar con él si prometen portarse bien. Y ahí es donde vive la mujer de las cablas», continuó, al parecer tranquilizado por nuestras garantías de buena conducta.

La solemnidad del mayor y el carácter juguetón del otro nos llevaban de un espasmo a otro de risa contenida.

«Parece que entramos de lleno en un cuento de hadas», dijo Lou.

«El Gran León dice que esa es la única clase de cuento verdadero», replicó Hermes, evidentemente dispuesto a discutir el tema con gran extensión si hacía falta. Pero yo admití sin dificultad la verdad de su afirmación.

«Esa es la Abadía», continuó, cuando doblamos el recodo de la ladera. Y apareció a la vista un edificio largo, bajo y blanco.

«Pero eso no es una Abadía», protesté. «Es una villa.»

«Es porque usted mira con la clase de ojos equivocada», objetó Hermes. «Yo mismo pensaba lo mismo antes de ser educado.»

«¿Crees que el señor Lamus podrá educarnos?», pregunté, abrumado por la comicidad de la situación.

«Ah, aquí no es el señor Lamus», replicó Hermes con altivez. «Aquí es el Gran León, y por supuesto puede adiestrar a cualquiera que no sea demasiado viejo ni demasiado estúpido. Yo era muy estúpido cuando llegué aquí», continuó en tono de disculpa. «Fue el momento decisivo de mi carrera.»

El niño no tenía ciertamente más de cinco años, y su conversación era absolutamente increíble. Crecía la sensación de que de algún modo nos habíamos extraviado en un país encantado. Al mismo tiempo, el país era encantador.

Dionysus ardía en deseos de llevarnos a la Abadía, y nos tironeaba de los brazos.

«Vamos, Di», dijo Hermes, «sabes que está mal tironear así a la gente. Es una de las reglas», le explicó a Lou, «no interferir con la gente. El Gran León dice que a todo el mundo le iría bien si solo lo dejaran en paz.»

Pareció pensar que la afirmación requería una explicación.

«Cypris nos está leyendo a Gibbon esta semana; y nos muestra cómo todos los problemas vinieron de gente que se metía en los asuntos de otra gente.»

Solté una carcajada. «¿Gibbon?», exclamé. «¿Qué será lo próximo?»

«Bueno, uno tiene que conocer la historia romana», explicó Hermes, en el tono de un director de escuela que se dirige a un congreso pedagógico.

«¿Y qué leyeron la semana pasada?», dijo Lou, aunque se retorcía de risa tanto como yo.

«Nos estuvieron leyendo a Shelley», corrigió él. «Nosotros no leemos.»

«El Décimo no baila», cité.

«No seas burro, Cockie», dijo Lou.

«Bueno, Hermes, ¿pero por qué no leen?»

«El Gran León no quiere que aprendamos», dijo. «Tenemos que aprender a usar los ojos, y la lectura los estropea.»

«¿Pero por qué?», preguntó Lou, sorprendida. «No entiendo. Yo creía que leer era la mejor manera de adquirir conocimiento.»

Dionysus se plantó.

«¡Basta de Polque, maldito sea pol peyo!»

Esta vez no fue la fatiga física. Aquellos niños asombrosos nos habían hecho olvidar toda sensación física. Pero cuando uno sube una cuesta es imposible reírse como queríamos reírnos. Nos sentamos

en un trozo de pasto encendido de flores y rodamos una y otra vez, arrancando matas de pasto y mordiéndolas para dominar nuestra emoción.

Dionysus evidentemente pensó que era un juego y empezó a retozar; pero Hermes, aunque evidentemente deseoso de sumarse a la diversión, se contenía por su sentido de la responsabilidad.

«¿De dónde diablos sacaron un lenguaje tan extraordinario?», exclamó Lou por fin, con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Hermes se puso más serio que nunca.

«Es del Libro de la Ley. No cambies ni siquiera la forma de una letra», dijo.

Empezamos a preguntarnos muy en serio si no habríamos caído en uno de esos fantásticos sueños despiertos con los que la heroína nos había familiarizado. Pero este era un sueño de una cualidad totalmente distinta. Tenía una veta de salud y de actualidad que recorría su increíble tejido de maravillas.

Por fin nos incorporamos y respiramos hondo. Hermes se apresuró a ayudar a Lou a ponerse de pie, y el gesto, natural como era, viniendo de un lado tan extraordinario, nos hizo estallar de risa otra vez.

Dionysus nos miraba con ojos grandes y serios.

«Van a servir», decidió de pronto; y se puso a ejecutar un pequeño zapateo de su invención.

Pero veíamos que Hermes, con toda su renuencia a interferir con los demás, estaba impaciente; y nos levantamos a duras penas. Esta vez Lou le tomó la mano, y me dejó a mí cerrando la marcha con Dionysus, que derramaba un torrente interminable de parloteo. Yo ni siquiera podía oírlo; todo aquello era demasiado para mí.

Salimos a la terraza de la villa; King Lamus estaba de pie en la puerta abierta. Se había cambiado la ropa de viaje por una túnica de seda del azul más brillante, con forros escarlata en la capucha y las mangas, como la de los niños. Pero sobre el pecho, bordado en oro, había un ojo egipcio dentro de un triángulo equilátero rodeado por un resplandor solar de rayos.

Detrás de él había dos mujeres con túnicas semejantes a las de los niños. Una tenía unos veinticinco años, y la otra se acercaba más a los cuarenta. Las dos llevaban el pelo corto; la más joven, de un castaño llameante; la mayor, de un gris plateado intenso.

«Ese es el Gan León», dijo Dionysus, «con Athena y Cypris.»

Hermes se echó atrás y nos dijo en tono confidencial: «Ahora sean ustedes los primeros en decir “Haz lo que tú quieras”, para mostrar que están más despiertos que ellos.»

Asentimos alentadoramente, y cumplimos el programa con éxito.

«Amor es la ley, amor bajo voluntad», respondieron las tres personas de la puerta. «¡Bienvenidos a la Abadía de Thelema!»

En un instante, como al romperse un hechizo, la seriedad se disolvió. Nos presentaron calurosamente a las mujeres, y empezamos a parlotear como si nos conociéramos de toda la vida.

Basil había sentado a los dos dioses en sus rodillas y escuchaba feliz el relato de Hermes sobre cómo había cumplido con su responsabilidad.

Habían sacado una mesa a la terraza, y nos sentamos a comer. Athena nos ubicó en nuestros lugares, y luego explicó que en la Abadía era costumbre comer en silencio; «en cuanto», dijo, «hayamos dicho la Voluntad».

¿Qué quería decir con «decir la Voluntad»? Habíamos oído hablar de bendecir la mesa antes de comer, pero hacía mucho que ninguno de los dos lo hacía. Sin embargo, el pequeño misterio pronto quedó explicado.

Golpeó la mesa con el mango de una daga tunecina, cuya hoja de acero estaba incrustada de plata. Golpeó tres veces, luego cinco, luego tres veces más. Al parecer se atribuía alguna significación a este método peculiar. Luego dijo:

«Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley.»

Dionysus mostró señales de fuerte agitación. Le tocaba responder a él, y tenía un miedo terrible de olvidarse las palabras en presencia de extraños. Miró suplicante a Cypris, y ella le susurró al oído.

«¿Cuál es du voluntad?», con un súbito arranque de confianza y orgullo.

«Es mi voluntad comer y beber», respondió Athena gravemente.

«¿Con qué fin?», inquirió Dionysus, dubitativo.

«Para que mi cuerpo se fortalezca con ello.»

El chiquillo miró a su alrededor con inquietud, como si la respuesta lo hubiera dejado sin viento en las velas. Cypris le apretó la mano, y él se reanimó.

«¿Con qué fin?», repitió audazmente.

«Para que pueda realizar la Gran Obra», respondió Athena.

Dionysus parecía haber tomado el ritmo de su juego. Replicó sin la menor vacilación:

«Amor es la ley, bajo voluntad.»

«Amor es la ley, amor bajo voluntad», corrigió Cypris; y el pequeño lo repitió solemnemente.

«¡A comer!», exclamó Athena alegremente, y se sentó.

CAPÍTULO V: EN TELEPYLUS

El almuerzo consistió en un pescado de una clase que nunca habíamos visto: cuerpos largos y delgados con picos como de pez espada. Teníamos mucha hambre; pero en cualquier circunstancia nos habrían sabido exquisitos. La comida siguió con queso, miel y nísperos; y terminó gloriosamente con verdadero café turco, no una taza sino todas las que quisimos, y Benedictine.

Durante la comida habíamos bebido el vino áspero y fuerte del país; y nos supo como si fuera el mejor vino tinto que se hubiera hecho jamás. No había sido sometido a ningún proceso químico. Tenía una especie de vitalidad inherente. Era primitivo como todos los arreglos de la Abadía, pero la frescura y la naturalidad de todo compensaban con creces, aun para nuestros paladares

refinados. Al parecer estábamos sentados a almorzar con una selección escogida de Deidades Olímpicas; ¡y la comida parecía estar a tono!

Además, no teníamos tiempo de ser críticos; estábamos abrumados por la belleza de lo que nos rodeaba.

Lejos, hacia el oeste, una línea de colinas se adentraba en el mar; los picos más lejanos estaban a más de cincuenta millas, y sin embargo en aquella atmósfera translúcida de primavera se recortaban con nitidez. Hasta podíamos ver, delante de la cordillera, una pequeña línea oscura de peñascos que sobresalía paralela a ella y unas diez millas más cerca. Desde allí la línea de la costa se curvaba hacia nosotros en una compleja curva de belleza y majestad indescriptibles. Como Telepylus está a su vez sobre un promontorio, no había nada que interrumpiera la poderosa extensión de mar entre nosotros y la cordillera lejana, con sus conos gemelos que dominan la ciudad principal del país; la ciudad de la que habíamos partido esa mañana.

A la izquierda de la línea de la costa, una cadena de montañas revueltas, de formas y colores fantásticos, llegaba desde allí hasta la misma ladera en la que estábamos sentados. Al frente, el océano se extendía hasta el horizonte. La luz jugaba sobre sus olas como alguna melodía misteriosa de Debussy. Variaba de tono, desde el amarillo canario más delicado y el verde glauco, a través de infinitos matices cambiantes de pavo real, hasta lilas y púrpuras profundos. Manchas de color siempre cambiantes vagaban por la superficie en una fantasía caleidoscópica.

Un poco más a la derecha, la perspectiva ilimitada del agua quedaba cortada por un acantilado escarpado coronado por las ruinas de una iglesia, y más arriba, otra vez a la derecha, el peñasco cortado a pique alzaba su terror perpendicular hasta la línea del cielo; una línea dentada de pináculos curiosamente tallados. Más allá de estos la pendiente se suavizaba de repente, y desde allí la roca daba un salto final hasta su cumbre, donde se alzaban los restos de antiguos templos griegos.

Con una brusquedad aún mayor, el precipicio de la derecha se hundía de lleno en el mar. Pero de este lado la vista quedaba cerrada por bosquecillos de olivos, cactus y robles. La terraza que teníamos delante estaba bordeada por un jardín de rocas donde florecían enormes geranios, matas de margaritas inmensas, altos tallos de iris púrpura y un macizo de cañas del doble de la altura de un hombre que se mecían como bailarinas al compás de la suave brisa que subía de las laderas del mar.

Debajo de la terraza había moreras, cerezos y manzanos en flor, junto con varios árboles de muchos colores cuyos nombres yo no conocía.

Entre la casa y la colina que la dominaba por el sur había un jardín de césped sombreado por un árbol gigantesco de hojas desconocidas, y detrás de este se alzaban dos nogales persas, como postes de telégrafo ciclópeos coronados por un penacho de hojas verde oscuro que recordaban el gorro de piel de un granadero de la guardia.

Con la llegada del café se rompió la regla del silencio. Pero Lamus ya se había levantado de la mesa. Athena explicó que la teoría de las comidas en la Abadía era que eran interrupciones deplorables del trabajo, y que se decía la «Voluntad» antes de empezar a comer para subrayar el hecho de que la única excusa para comer era que resultaba necesario mantener el cuerpo en condiciones para que lo ayudara a uno en la realización de la Gran Obra, cualquiera fuese en cada caso particular.

Cuando alguien terminaba, se levantaba y se iba sin ceremonia, porque la interrupción había terminado.

Lamus salió entonces de la casa con camisa de franela y pantalones de montar de gamuza. Se sentó y empezó a beber su café y su Benedictine. Fumaba un cigarro negro y delgado, tan fuerte que su solo aspecto alarmaba.

«Espero que me disculpen esta tarde», dijo. «Tengo que ir a inspeccionar las otras casas. Esta casa es la antecámara, por así decir, donde recibimos a los forasteros. En las otras casas se llevan adelante diversos cursos de adiestramiento según las Voluntades de sus habitantes. Ustedes dormirán aquí, por supuesto, y considerando el motivo por el que han venido... No, Dionysus, este no es momento de decir "Caerá en el pozo llamado Porque, y allí perecerá con los perros de la Razón"... dormiré aquí abajo por ahora, en lugar de en mi solitaria torrecita, como hago por lo general.»

Notamos que Cypris y los niños se habían retirado en silencio; pero Athena seguía sentada, absorta en estudiarnos.

«En ausencia de Lala», dijo él, «la Hermana Athena es nuestra psicóloga principal. Encontrarán sus conocimientos muy útiles para ustedes y para su trabajo. La dejo para que converse las cosas con ustedes durante las próximas dos horas. Pero, por supuesto, lo primero es que descansen del viaje.»

Se levantó y se alejó, doblando la esquina de la casa. No sentíamos que necesitáramos descanso; estábamos demasiado interesados por la atmósfera del lugar.

No eran solo las curiosas costumbres lo que estimulaba nuestra imaginación; había una atmósfera indefinible en el lugar y en la gente que nos dejaba desconcertados. La mezcla de sencillez y elegancia ya era en sí misma extraña, pero más aún lo era la combinación de una libertad personal absoluta con lo que evidentemente era, en algunos aspectos, una disciplina bastante severa. La regularidad automática con que se hacía todo parecía implicar una rutina casi prusiana.

Lou captó el punto enseguida, y con su franqueza habitual le pidió sin rodeos a la Hermana Athena que se lo explicara.

«Gracias por recordármelo», dijo la Hermana Athena. «El Gran León dijo que mejor descansaran. ¿Qué tal si se acuestan en el estudio? Sé que no quieren dormir, pero podemos conversar allí tan bien como aquí. Así que pónganse cómodos mientras les explico nuestras pequeñas costumbres raras.»

Las disposiciones para el reposo eran tan primitivas como todo lo demás. El estudio estaba amueblado con colchones angostos sobre elásticos de acero, en el piso. Estaban cubiertos de cómodos almohadones. Nos echamos con cierta vacilación; pero enseguida descubrimos que nos sentíamos mucho más a gusto que si hubiéramos estado a mayor altura. Hacía que la habitación pareciera más grande, y la sensación de descanso era más evidente. Había una especie de cosa definitiva en estar tan abajo, y sin duda era mucho más cómodo tener las bebidas y los cigarrillos en el piso que sobre una mesa. Descubrimos que siempre habíamos andado por el mundo con un miedo subconsciente a voltear cosas. Empecé a entender por qué un picnic sobre el pasto da

semejante sensación de libertad. Era la ausencia de una preocupación que nos había fastidiado aunque no hubiéramos sido conscientes de ella.

La Hermana Athena se tendió en una silla plegable, también muy baja. No le costaba nada recoger su vaso del suelo.

«Sobre lo que preguntaron», empezó, «es completamente cierto que en este lugar tenemos una disciplina de acero al vanadio; pero se nos hace pensar todo por nosotros mismos, y los reglamentos no nos molestan en cuanto vemos su objeto.

»En la vida civilizada, así llamada, por lo menos dos tercios del tiempo de cada uno se desperdician en cosas que no importan. La idea de este lugar es darle a cada uno el máximo de tiempo para hacer su propia Voluntad. Por supuesto, si vienes aquí con la firme determinación de resentirte por todo lo que es distinto de aquello a lo que estás acostumbrado, puedes llegar a vivir en una irritación constante, que es tanto peor porque no hay nada que interfiera con ese capricho. Cuando yo llegué aquí, hace dos años, cada detalle era una molestia y un insulto. Pero fui cambiando poco a poco, al ver que todo había sido pensado. Esta gente era muchísimo más eficiente que yo, porque economizaba el tiempo y el trabajo que yo estaba acostumbrada a desperdiciar en pequeñeces. No podía pelear contra ellos más de lo que Dionysus podría pelear contra Jack Dempsey. Aquí no hay absolutamente nada que hacer en materia de diversión, salvo caminar, escalar y leer, y jugar a Thelema; y, por supuesto, bañarse en verano. Las tareas de la casa no ocupan prácticamente nada de tiempo, gracias a la simplificación de la vida. No hay adónde ir ni nada que hacer. El resultado es que, contando las comidas y todo lo demás, no hay mucho más que una hora de nuestro tiempo de vigilia ocupada por lo que podría llamarse trabajo necesario. ¡Compáralo con Londres! Solo vestirse lleva más que eso. Estas túnicas son lo bastante decorativas para un banquete real y, sin embargo, son absolutamente prácticas para cualquier cosa menos para escalar rocas. Vestirse o desvestirse es cuestión de treinta segundos. Hasta nuestra ropa de escalada: es apenas una camisa y unos pantalones de montar, medias y zapatillas de tenis en lugar de estas sandalias, y allá vamos.»

Lou y yo escuchamos esta disertación medio dormidos. Estábamos tan interesados que teníamos que mantenernos despiertos a toda costa. Con ese fin tomamos cada uno una buena aspirada de heroína. La Hermana Athena se levantó de un salto de su silla.

«Eso me recuerda», dijo, «que tengo que traerles sus planillas.»

Fue a un armario y sacó dos formularios. Lánguidamente marcamos nuestras crucecitas en la sección correspondiente.

«Disculpen la interrupción», dijo, «pero en la Abadía el Registro Mágico es siempre lo primero.»

La heroína me despertó por completo.

«Creo que entiendo la idea. Todas sus reglas apuntan a reducir todo lo posible la parte de la vida que tiene que regirse por reglas.»

«Eso es», asintió ella con énfasis.

«Pero, digo yo», intervino Lou, «todo eso está muy bien; pero no sé qué voy a hacer conmigo misma. El tiempo debe de hacerse terriblemente largo.»

«¡Dios te perdone!», exclamó Athena. «¡Una nunca tiene un minuto que pueda llamar suyo!»

Nos echamos a reír abiertamente.

«Se ve enseguida que eres discípula de King Lamus. Has adquirido de un modo muy completo su talento para la paradoja.»

«Ya sé lo que quieres decir», dijo ella sonriendo. «Si eres una persona perezosa, este es el peor lugar del mundo para aburrirse, y cuanto más perezoso te empeñas en ser, más te aburres. El año pasado tuvimos a dos personas, unos vagos absolutamente sin remedio. Se decían escritores, y creían que estaban trabajando si se retiraban solemnemente después del desayuno y producían media página de pavadas para la hora del almuerzo. Pero no sabían lo que significa trabajar; y el lugar casi los volvió locos. Estaban aburridos de la Abadía, y aburridos el uno del otro, y muy ofendidos porque todo el mundo se reía de ellos. Pero no veían la salida, y no quisieron tomarla cuando se la mostraron. Eso los enfermó físicamente, y al final se fueron, para alivio de todos, a un ambiente donde pudieran andar haciendo nada indefinidamente y posar de grandes genios. El Gran León hace más en un día de lo que ellos harán en toda su vida, aunque vivan hasta el siglo que viene. Lo siento, además; lo siento muchísimo. Eran encantadores en lo personal, cuando no estaban clavados en un corcho por sus ideales fijos de lo que nosotros deberíamos estar haciendo. Habían venido desde mil millas de distancia para que los formáramos, y después no nos dieron la oportunidad de formarlos. Pero tienen buena cabeza, y el sello de esta Abadía no se borra nunca. Son mejores y más sabios por su estadía aquí, y serán todavía mejores y más sabios en cuanto se permitan admitirlo.»

«No nos das muchos ánimos», dijo Lou, en un tono realmente alarmado. «Yo ni siquiera tengo el consuelo de esa gente. No puedo engañarme creyendo que soy un Wunderkind. Probablemente sabes, sin que te lo diga, que no he hecho otra cosa en toda mi vida que perder el tiempo en naderías. Y si no tengo naderías con qué entretenerme, caigo en el aburrimiento más negro.»

La Hermana Athena estuvo de acuerdo.

«Sí, este lugar mata o cura», admitió, con una risa. «Pero me alegra decir que para la mayoría de la gente es cura. Los dos de los que les hablaba fracasaron solo porque su vanidad y su egoísmo eran extremos. Lo interpretaban todo mal, y esperaban que el mundo se postrara a adorarlos por ser unos holgazanes. Y a cada paso se encontraban con el Gran León en el camino, para traerlos de vuelta a la realidad. Pero la verdad era un remedio demasiado amargo para ellos. Si hubieran aceptado los hechos, habrían podido cambiar los hechos, y aprender a hacer algo que valiera la pena. Pero prefirieron acariciar delirios de persecución. Se convencieron de que los estaban crucificando cuando solo les estaban lavando la cara. Pero la pintura de la autoestima se la habían puesto demasiado gruesa; así que se fueron, y contaron lo mal que los habían tratado. Bueno, ellos mismos habían pedido ese tratamiento; y todavía les va a hacer algún bien cuando vean las cosas en perspectiva y descubran que la adulación de su tontita camarilla de chiflados del Soho no es en realidad tan buena para sus almas como los reproches certeros de sus amigos de esta Abadía.»

«Sí, eso lo entiendo perfectamente», dijo Lou, «y conozco demasiado bien a Basil como para hacer esa clase de papel de tonta. Pero todavía me preocupa un poco esta horrible eficiencia de ustedes. ¿Qué voy a hacer conmigo misma? ¿No entiendes que en realidad fue el aburrimiento, o el miedo al aburrimiento, lo que me empujó a la heroína para pasar el tiempo?»

«Justamente», dijo Athena muy seria. «Este es un lugar de lo más apropiado para empujar a cualquiera a la bebida. Y por eso el Gran León insiste en que pasemos por el molino. Pero nos lleva muy poco tiempo darnos cuenta de que no hay en el mundo heroína suficiente para hacernos pasar un solo día en un lugar tan espantoso, así que la dejamos.»

Ahí estaba otra de las paradojas de Basil en pleno funcionamiento. Pero sonaban muy distintas en los labios de una persona sensata y seria de esta clase. La personalidad del Gran León es, en un sentido, su mayor capital, pero en otro lo perjudica terriblemente. Sus modales cínicos, su ironía habitual, la sensación que produce de que se está burlando de uno: todo eso lo inclina a uno a descartar todo lo que dice como «mera paradoja» sin examinarlo. Lamus es demasiado listo para su propio bien; pero la Hermana Athena hablaba con tan sencilla seriedad y franqueza que, aunque también ella tenía su propio sentido del humor, las ideas de Basil resultaban mucho más eficaces después de haber pasado por la maquinaria de su mente que cuando salían burbujeando frescas de la de él. Yo siempre me había inclinado a desconfiar de King Lamus. Era imposible desconfiar de esta mujer que confiaba en él, o dudar de que tenía razón en confiar en él.

Él nunca parecía capaz de tomarse en serio ni siquiera a sí mismo, quizás porque temía parecer pomposo o pedante; pero ella lo había tomado en serio y había sacado de él lo mejor.

«Bueno, Hermana Athena», dijo Lou, «si ni siquiera la heroína sirve, ¿qué sirve?»

«Me temo que voy a tener que regalarte otra paradoja», dijo ella, encendiendo un cigarrillo. «Me temo que a primera vista vas a pensar que algo anda mal. Es realmente una inversión tan revolucionaria de lo que parece obvio. Pero yo misma pasé por eso, y el hecho liso y llano es este: al encontrarnos aquí con muchísimo más tiempo libre del que jamás tuvimos en nuestra vida, nos desesperamos. En una gran ciudad, si estamos aburridos, simplemente buscamos alguna diversión, y las hay de sobra. Pero aquí no hay alivio ni posibilidad de alivio. O nos hundimos del todo o decidimos nadar. Este es otro caso en que el Gran León, que sin duda tiene que ser el mismísimo Satanás, economiza tiempo. Hay que ser muy estúpido para no descubrir en cuarenta y ocho horas que no hay ninguna posibilidad de divertirse de ninguna de las maneras habituales. En Londres uno podría desperdiciar la vida entera antes de llevar su mente al punto en que el Gran León la quiere. Así que uno se encuentra de inmediato frente al hecho de que tiene que encontrar algo que hacer. Bueno, vamos y le preguntamos al Gran León; y el Gran León dice: “Haz lo que tú quieras”. “Pero, sí”, decimos nosotros, “¿qué es eso?” Él responde con rudeza: “Averígualo”. Le preguntamos cómo averiguarlo, y él dice: “¿Cómo sabes para qué sirve un automóvil?”. Bueno, pensamos un poco, y después le decimos que averiguamos para qué sirve un automóvil examinándolo, mirando sus distintas partes, comparándolo a él y a ellas con máquinas semejantes cuyo uso ya conocemos, como la carreta de bueyes y la máquina de vapor. Llegamos a la conclusión de que un automóvil está construido para andar por la carretera. “Muy bien”, dice el Gran León, “pasa al primer puesto. Examínate a ti mismo, tus facultades y tendencias, la orientación de tu mente y las aspiraciones de tu alma. Permíteme asegurarte que vas a ver que esta investigación te deja muy poco tiempo para preguntarte qué diablos hacer contigo mismo”. “Muchas gracias”, decimos nosotros, “pero supongamos que nuestro juicio está equivocado, supongamos que lo que hemos decidido que es un automóvil destinado a andar es en realidad un ataúd destinado a contener un cadáver”. “Exactamente”, dice el Gran León, “tienes que poner a prueba tu juicio; y eso no se hace pidiendo la opinión de gente que probablemente es más ignorante que tú; te subes al maldito aparato y

aprietas el botón correspondiente, y si anda, es un automóvil, y no te has equivocado. ¿No leíste lo que dice el Libro de la Ley: 'El éxito es vuestra prueba'? Y permíteme asegurarte otra vez que, cuando te hayas puesto en marcha, haciendo tu Verdadera Voluntad, no vas a encontrar tiempo para aburrirte".»

Tiró el cigarrillo después de encender otro con la colilla. Parecía meditar, como si por su mente pasaran pensamientos mucho más profundos aún que aquellos a los que daba una expresión tan ligera.

La observábamos con atención. La heroína había calmado e intensificado nuestro pensamiento, que su explicación estimulaba intensamente. No teníamos ningún deseo de interrumpirla. Deseábamos que pudiera seguir hablando para siempre.

Su ensimismamiento se acentuó todavía más. Después de una pausa muy larga, siguió hablando lentamente, al parecer más para sí misma que para nosotros, y con la intención de dar forma a su propia idea más que de instruirnos.

«Supongo que esa debe de ser la idea», dijo.

Tenía una boca curiosa, de labios cortados en ángulo recto como los que se ven en algunas antiguas estatuas egipcias, con un pliegue en las comisuras en el que acechaban incalculables posibilidades de expresión. Sus ojos eran hundidos y serenos. Era una cara cuadrada, con una mandíbula muy peculiar que expresaba una determinación tremenda. Nunca he visto una cara en la que el coraje estuviera tan fuertemente marcado.

«Sí, creo que ahora lo veo. Él lo obliga a uno a llegar a lo que yo podría llamar el punto de la muerte. Toda la vida se repasa en perspectiva, y se capta su sentido. Pero en lugar de ser arrebatado para enfrentar lo desconocido, como en el caso de la muerte, uno tiene la oportunidad y la necesidad de retomar la vida anterior desde el punto en que la dejó, con una clara comprensión del pasado que determina el futuro. Ese es el sentido de lo que él llama iniciación. Entiendo "No tienes más derecho que hacer tu voluntad". Por eso los antiguos hierofantes encerraban al candidato en el silencio y la oscuridad. Él tenía que elegir entre volverse loco o conocerse a sí mismo. Y cuando lo sacaban a la luz y a la vida, devuelto al amor y a la libertad, era en verdad un Neófito, un hombre recién nacido. El Gran León nos hace pasar por eso sin que sepamos lo que está haciendo. Aunque yo misma pasé por eso, no sabía de este modo tan claro lo que me había ocurrido en realidad hasta que traté de explicárselo a ustedes.»

La sensación de estar hechizado volvió a invadirme con mucha fuerza. Miré a Lou, y pude ver en sus ojos que sentía lo mismo. Pero ella temblaba de excitación y de ansia. Tenía los ojos clavados en la cara de la Hermana Athena con un ardor devorador. Esperaba con impaciencia pasar por esa experiencia tremenda. Mi propio estado de ánimo era un poco distinto. Mi vida pasada ya me subía delante de los ojos en una serie de imágenes palpitantes. Me repugnaban la incoherencia y la necedad del pasado. Los logros de los que más orgulloso estaba habían perdido su sabor, porque no apuntaban a ningún lugar en particular. Me vinieron a la mente las palabras de Lewis Carroll:

«Un pez sensato nunca va a ningún lado sin una marsopa.»

Y sin ninguna relación mi cerebro retomó la melodía:

«¿Quieres, no quieres, quieres, no quieres,
no quieres entrar en el baile?»

Cuando desperté era, supongo, alrededor de medianoche. Me habían echado mantas encima donde yacía. Tenía bastante calor, a pesar de la brisa que entraba por la puerta abierta. Me pareció muy extraño que estuviera abierta. La región era notoriamente una plaga de bandoleros.

King Lamus estaba sentado ante su escritorio, escribiendo a la luz de una lámpara. Lo observé distraído, sintiéndome muy cómodo y sin ganas de moverme.

Al rato oí el tañido profundo de una campana en la lejana catedral. Eran las doce.

Él se levantó de inmediato y fue hasta la puerta, bajó los escalones y salió a la terraza iluminada por la luna. Se puso de cara al norte. Con una voz profunda y solemne recitó lo que al parecer era una invocación.

«Salve a ti que eres Ra en tu silencio, a ti que eres Kephra el escarabajo, que viajas bajo los cielos en tu barca a la hora de medianoche del sol. Tahuti está en su esplendor en la proa, y Ra-Hoor permanece al timón. ¡Salve a ti desde las moradas del atardecer!»

Acompañó las palabras con una complicada serie de gestos. Cuando terminó, volvió y advirtió que yo estaba despierto.

«Bueno, ¿dormiste bien?», dijo en voz baja, de pie junto a mi colchón.

«Nunca dormí mejor.»

Sería imposible dar los detalles de un solo día en Telepylus. La vida allí tiene toda la plenitud de la vida de la heroína sin ninguno de sus desengaños. Tengo que limitarme a elegir aquellos incidentes que se relacionan directamente con nuestro Purgatorio.

Volví a quedarme dormido después de una breve charla con Basil sobre asuntos sin importancia, y desperté por la mañana muy descansado y, sin embargo, abrumado por la convicción de que era imposible levantarme sin heroína.

Pero el sol brillante de primavera, cuyos rayos caían tan frescos sobre los peñascos gris verdosos y pardos de enfrente, me recordó que había venido a Telepylus a renovar mi juventud. Retuve la mano. Poco a poco me volvieron las fuerzas; pero a medida que volvían, la sensación de impotencia por la falta de heroína fue reemplazada por la presencia del ansia de tomarla.

Me arrastré fuera del colchón y me puse de pie tambaleándome. Lou seguía durmiendo, y se veía tan hermosa en la luz pura y pálida que se filtraba en el cuarto que tomé una resolución más firme de cortar con el hábito que había destruido nuestro amor. En estos últimos meses solo era hermosa mientras dormía. Despierta, la expresión de tensión y desdicha, el temblor nervioso de su cara y la destrucción de su cutis por la incapacidad del hígado para eliminar los efectos tóxicos de la droga la hacían parecer no solo del doble de su edad sino fea, con esa fealdad del vicio y la enfermedad que es mucho más repulsiva que cualquier error meramente estético de la naturaleza.

Lou, más que ninguna chica que yo haya conocido, dependía de su estado espiritual para su belleza. La influencia de una idea podía transformarla en un instante de Venus en Equidna, o al revés.

Era una profunda satisfacción espiritual lo que la hacía tan hermosa esa mañana. Pero aun mientras yo estaba allí de pie mirándola, la horrible inquietud del ansia de heroína estuvo a punto de llevarme a tomar la sustancia sin que mi cuerpo me avisara de lo que estaba haciendo. Pero detecté el movimiento a tiempo.

Pensé que una caminata enérgica podría ayudarme a atravesar el momento crítico. Apenas salí de la casa me encontré con la Hermana Athena.

«Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley», dijo.

Era el saludo matinal habitual en la Abadía. Aunque estaba acostumbrado a la frase, todavía me desconcertaba bastante.

«Buenos días», dije, de un modo bastante incómodo.

«La respuesta es "Amor es la ley, amor bajo voluntad"», sonrió ella. «Intercambiamos este saludo para asegurarnos de que ver a nuestros amigos no nos distraiga de la Gran Obra. Ahora podemos hablar de lo que queramos. Ah, no, no podemos; primero tengo que revisar tu planilla de ayer.»

La saqué, y nos sentamos juntos a la mesa. Por supuesto, había una sola cruz. Ella adoptó un aire muy severo.

«Esto es sumamente irregular, hermano», dijo. «No llenaste la columna dos.»

Más tarde descubrí que formaba parte del sistema de la Abadía fingir mucha severidad ante cualquier infracción de las reglas, y después mostrar con algún comentario amable que no se lo decía con enojo. El objeto era fijar en la mente de uno que la falta era realmente grave, de modo que el reto fingido tuviera todo el efecto del verdadero.

Como no lo sabía, me sorprendió que continuara:

«Está bien, Cockie, ya sabemos que eres nuevo.»

Pero su dedo señalaba con severidad la columna dos. Estaba encabezada así: «Motivo para tomar la dosis».

Bueno, Dionysus me había mostrado la salida para eso, así que me di vuelta con descaro y dije:

«¡Basta de Porqué, sea él condenado por perro!»

El efecto fue eléctrico. Los dos estallamos en un dúo de risa baja y musical que me pareció en exquisita armonía con la belleza de la mañana de abril.

«El diablo puede citar las Escrituras», replicó ella; «eso del Porqué se refiere a algo completamente distinto. Lo importante de esto (ahora estaba muy seria) es que queremos que sepas lo que pasa en tu propia mente. Todos hacemos tantas estupideces, por malas razones o sin razón alguna. "Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen" se aplica a nueve décimas partes de nuestros actos. En esta Abadía hacemos tanto trabajo porque hemos aprendido a vigilar nuestra mente y a impedirnos desperdiciar un solo momento en lo que no vale nada, o anular un curso de acción con otro, y así no llegar a ninguna parte. En el caso de este experimento tuyo, que consiste en aprender a dominar una droga tan poderosa que apenas un hombre entre diez mil tiene la más mínima chance de salir de ella, es especialmente importante porque, como me temo que vas a descubrir, quiero decir, como espero que descubras muy pronto, tu cerebro ha desarrollado ciertas tendencias

morbosas. Estás expuesto a pensar torcido. El Gran León ya me contó cómo llegaste a la etapa en que tomabas una dosis para dormir y otra para volver a despertarte, y en que tratabas de ocultar la cantidad que tomabas a la misma persona con la que la tomabas abiertamente. Otra cuestión es que la privación siempre trastorna el equilibrio mental. Un hombre al que le faltan comida o dinero descubre que le vienen a la mente pensamientos muy raros, y hace cosas, no necesariamente relacionadas con su necesidad, por obsesiva que esta sea, que no tienen nada que ver con su carácter.»

Tomé un lápiz y escribí en el acto, junto a la cruz, en la columna dos: «Para aprovechar al máximo el esclarecedor discurso de la Hermana Athena».

Ella se rio alegremente.

«¿Ves? ¡Es Adán y Eva otra vez! Tratas de echarme la culpa a mí. A propósito, veo que tu cuerpo está nervioso en este momento. Si no quieres tomar heroína, y no quieres, porque si no, no te habrías dejado poner tan tembloroso como estás, más vale que tomes una tableta blanca. No te va a hacer dormir, porque ya descansaste toda la noche, y la pobrecita no va a tener otra cosa que hacer que corretear alrededor de tu plexo solar y acariciarte a favor del pelo todos tus nerviecitos de gatito.»

Seguí el consejo y me sentí mucho mejor. En ese momento apareció King Lamus y desafió a la Hermana Athena a un partido de Thelema. Saqué a Lou afuera, y nos sentamos en el patio a mirarlos jugar.

El Thelema se llama así por la variedad de golpes. Es una especie de Fives jugado con una pelota de fútbol, pero no hay paredes laterales, solo un muro bajo en el fondo; si la pelota pasa por encima, queda fuera de juego, como también si pega fuera de las líneas verticales pintadas en la pared o por debajo de una saliente que está a un pie del suelo, más o menos. La pelota puede golpearse con cualquier parte del cuerpo siempre que se la golpee limpiamente, y el juego es de una rapidez desconcertante para quien lo mira.

Después de dos partidos, los jugadores transpiraban a mares. El tanteo se llevaba más o menos como en el tenis, pero cada tanto tenía un nombre monosilábico para economizar tiempo. Tenía además cierta implicación sorprendente, con el objeto de familiarizar la mente con ideas que normalmente excitaban.

Todo el sistema de King Lamus apuntaba a que la gente no hiciera caso, es decir, ningún caso emocional, de cosa alguna de la vida. Buena parte de la fascinación de las drogas nace del alboroto que se hace con ellas, de que la atención se concentre en ellas. El ajenjo, prohibido en Francia, Suiza e Italia, todavía se vende libremente en Inglaterra, y nadie ha conocido jamás a un adicto inglés al ajenjo. Si a alguien se le ocurriera iniciar una campaña periodística contra el ajenjo, en muy poco tiempo se convertiría en un peligro público.

King Lamus emancipaba la mente de la gente adoptando la fórmula contraria. Tenía toda clase de artimañas para obligar a la gente a aceptar como cosa corriente las visiones y los sonidos más sorprendentes. A los mismos niños se los ponía frente a las ideas más aterradoras mientras eran todavía demasiado pequeños para haber adquirido fobias arraigadas.

Hermes, a los cinco años, ya estaba acostumbrado a presenciar operaciones quirúrgicas y cosas así, a enfrentar los peligros de ahogarse y de caer de los acantilados, con el resultado de que había perdido por completo el miedo a esas cosas.

Estos principios nos los explicaron en los respiros entre partido y partido. La Hermana Cypris y otros tres o cuatro bajaron de las otras casas para participar en el juego.

La intensa actividad y la alegría de todos nos asombraban. Nos invitaron a sumarnos al juego, y nuestra incompetencia fue un vivo motivo de fastidio. Estábamos demasiado debilitados por nuestro abuso de las drogas para defendernos; y el resultado fue inspirarnos una determinación apasionada de emanciparnos de esa esclavitud.

Pero las tribulaciones de la mañana no habían hecho más que empezar. Era costumbre de la Abadía celebrar la llegada de los recién venidos con un pícnic en la cima de la roca. Desde la Abadía, un sendero lleva, a través de un bosquecillo, a una huella angosta y áspera entre dos muros. Al final de esta hay un acueducto que cruza el camino, y tanto Lou como yo estábamos demasiado nerviosos para caminar por la angosta calzada. Tuvimos que dar la vuelta, cada vez más avergonzados de nosotros mismos con cada incidente.

Del otro lado, la colina sube empinada. Una lengua de pasto lleva a una cárcava que está cerrada por el muro de la antigua ciudad que coronaba la roca hace dos mil años o más, cuando el mundo era menos árido y la población podía depender de la lluvia en lugar de tener que apiñarse cerca de manantiales y arroyos para conseguir agua.

King Lamus se ató en el medio de una cuerda, con Dionysus en un extremo y Hermes en el otro; mientras tanto nosotros, guiados por Cypris y Athena, subíamos penosamente por el sendero de cabras que hacía zigzag sobre la lengua de pasto. El grupo de ellos atacó el contrafuerte de roca a nuestra derecha.

King Lamus hizo que Hermes guiara la subida por los peñascos más asombrosamente escarpados, con pocos consejos y ninguna ayuda. Pero su mano estaba siempre al alcance del chico, de modo que si cometía un error y caía, pudiera atajarlo enseguida sin que se lastimara.

Pero el niño mismo no sabía con cuánto cuidado lo vigilaban y lo protegían. Basil lo trataba en todo sentido como a un guía responsable.

El avance de ellos era necesariamente lento; pero también lo era el nuestro. Tanto a Lou como a mí nos resultaba imposible hacer más de unos veinte pasos sin descansar. Teníamos tiempo de sobra para observarlos, y era asombroso ver funcionar la mente de Hermes a medida que se le presentaba un problema tras otro.

Hubo muchas ocasiones en que le habría sido fácil rodear un obstáculo, pero nunca intentó hacerlo. King Lamus ya le había implantado en la mente la idea de que la gracia de la escalada en roca consistía en encarar los pasajes más difíciles.

De vez en cuando el niño se detenía al pie de un tramo y lo contemplaba como si fuera un problema matemático. Una o dos veces decidió que era demasiado difícil para él. En esas ocasiones, King Lamus subía primero, indicándole a gritos que se fijara en los lugares exactos donde ponía las manos y los pies; y cuando le tocaba a Hermes seguirlo, la mayoría de las veces lo hacía con la cuerda floja. El ejemplo de su guía le había enseñado a sortear la dificultad.

En cuanto a Dionysus, sus métodos eran completamente distintos. No tenía ni la capacidad intelectual del chico mayor ni su prudencia, y escalaba con una especie de genio tempestuoso.

En lo alto de la lengua, el sendero de cabras dobla de golpe a la derecha, bajo el muro, hasta un punto donde hay una brecha por la que se puede pasar gateando con toda comodidad. Allí volvimos a reunirnos con los escaladores.

«Mañana», dijo Hermes, «los voy a llevar por la Gran Cárcava», con el aire de un guía alpino hecho y derecho.

Dionysus sacudió la cabecita. «No sé si él pede pasá po el aujero», se lamentó.

King Lamus se había quitado la cuerda y la había enrollado dándole vueltas alrededor de la rodilla y el pie. Avanzamos penosamente por un terreno muy accidentado hasta la cima de la roca. Era a la vez estimulante y desalentador ver cómo los dos chicos trepaban de roca en roca.

Por fin llegamos a la cima. Los dos hermanos que habían subido las provisiones en mochilas ya habían empezado a extenderlas sobre un trozo llano de pasto.

CAPÍTULO VI: LA VERDADERA VOLUNTAD

Lou y yo estábamos completamente agotados por la subida; y King Lamus nos recordó que esa era la fórmula de la Abadía de Thelema en Telepylus: que cada uno tenía que llegar a la cima, paso a paso, por su propio esfuerzo. No se trataba de remontarse por el aire con ayuda ajena, para con toda probabilidad volver a tierra de un porrazo.

Nos habíamos quedado sin aliento una y otra vez durante el ascenso, aunque solo había llevado tres cuartos de hora, y sin duda nunca habríamos llegado a la cima sin recurrir a la heroína.

Pero todo el tiempo estábamos perdidos de asombro ante el comportamiento de los chicos: su independencia, su intrepidez y su instintiva economía de fuerzas. No teníamos idea de que fuera posible que niños de esa edad lograran, aunque fuera físicamente, lo que ellos habían hecho, al parecer sin esfuerzo.

Y en cuanto a su actitud moral, estaba del todo fuera de nuestra experiencia. Dije algo por el estilo, y King Lamus replicó enseguida que era la actitud moral la que hacía posible el logro físico.

«Lo va a descubrir por sí mismo en el caso de su propio experimento. Le va a servir de muy poco abandonar su práctica actual. Cuando uno empieza a encarar un asunto, tiene que perseverar hasta el fin, y el fin no llega nunca hasta que puede decir sí o no, indistintamente, a las consideraciones físicas.»

Pero a pesar de todo, tanto Lou como yo estábamos exaltados por nuestro triunfo físico sobre la roca, por insignificante que fuera; y nuestra situación en la cumbre nos recordaba algunas de las sensaciones del vuelo. Estaba el mismo desapego de los asuntos del mundo, las mismas visiones de la vida normal en perspectiva: los techos pardo rojizos de las casas, los manchones de tierra labrada, las laderas lejanas con su lejanía de cuento de hadas, la llanura nivelada del mar, la línea de la costa que se perdía a lo lejos; todas esas cosas eran otros tantos testigos de una gran verdad: que solo subiendo penosamente a un lugar más allá de la intervención humana podía uno obtener un punto de vista estable desde el cual considerar el Universo en su justa proporción.

En seguida trazamos la analogía moral con nuestra situación física, y la aplicamos a nuestro problema inmediato. Sin embargo, a pesar de lo que había dicho Lamus, los dos estábamos obsesionados con la idea de que teníamos que dejar de tomar heroína.

Los días siguientes pasaron en esfuerzos denodados por reducir el número de las dosis, y fue entonces cuando empezamos a descubrir la astucia animal de nuestros cuerpos. Hiciéramos lo que hiciéramos, siempre había una razón, una razón imperiosa, para tomar una dosis en cualquier momento dado.

También nuestra mente empezó a traicionarnos. Nos encontramos discutiendo sobre qué era una dosis. A medida que las dosis se hacían menos frecuentes, se hacían más grandes. Al rato llegamos a la etapa en que lo que considerábamos una dosis razonable no podía tomarse cómodamente en una sola aspirada. Y entonces, lo peor de todo, un día se me hizo evidente, mientras luchaba con fuerza contra la tentación de ceder, que los períodos entre dosis, por prolongados que fueran, se consideraban solamente eso. En otras palabras, era algo negativo.

La vida consistía en tomar heroína. Los intervalos entre las dosis no contaban. Era como la actitud del hombre normal con respecto al sueño.

De pronto caí en la cuenta de que este penoso proceso de aprender gradualmente a abstenerse no era en absoluto una cura, en ningún sentido justo de la palabra.

Basil tenía toda la razón. Tengo que invertir el proceso entero y medir mi vida en términos positivos. Eso es lo que él quiere decir con «Haz lo que tú quieras». Me pregunto cuál será mi verdadera voluntad. ¿Existe realmente algo así? Mi matemática me dice que tiene que existir. Por muchas fuerzas que estén en juego, siempre se puede hallar su resultante.

Pero todo esto era terriblemente vago. El deseo de tomar heroína era nítido. Tomarla ya no producía ningún efecto en particular. Ahora que estaba bajando a dos o tres dosis por día, como mucho, parecía que no había ningún objeto especial en tomarla, ni siquiera el de adormecer el ansia. Cada vez me resultaba más difícil llenar la columna dos.

King Lamus cayó sobre mí una mañana, justo después de que yo había tomado una dosis y me estaba devanando los sesos en busca de una razón para mi acción. Alternaba entre mordisquear la punta del lápiz y hacer garabatos sin sentido en el papel. Le conté mi dificultad.

«Siempre encantado de ayudar», dijo con desenvoltura; fue a un fichero y sacó un legajo de manuscritos mecanografiados. Me lo puso en la mano. Estaba encabezado: «Razones para tomarla».

1. La tos me tiene muy mal esta mañana.

(Nota: a) ¿Es realmente mala la tos?

b) Si lo es, ¿el cuerpo tose porque está enfermo o porque quiere convencerte de c

2. Para levantarme el ánimo.
3. No puedo dormir sin ella.
4. No puedo mantenerme despierto sin ella.

5. Tengo que estar en mi mejor forma para hacer lo que tengo que hacer. Si tan solo logro sacar eso adelante, no necesitaré tomarla nunca más.

6. Tengo que demostrar que soy su amo, libre de decir «sí» o «no». Y tengo que estar perfectamente seguro diciendo «sí» en este momento. Mi negativa a tomarla en este momento demuestra debilidad. Por lo tanto, la tomo.

7. A pesar de conocer las desventajas de la vida de la heroína, en realidad no estoy seguro de que no sea mejor que la otra vida. Después de todo, saco de la heroína cosas extraordinarias que de otro modo nunca habría obtenido.

8. Es peligroso parar demasiado de golpe.

9. Más vale que tome una dosis pequeña ahora en lugar de postergarla para más tarde; porque si lo hago, me va a perturbar el sueño.

10. Es realmente muy malo para la mente estar constantemente preocupada por la cuestión de la droga. Es mejor tomar una dosis pequeña para librarme de la obsesión.

11. Estoy preocupado por la droga porque no tengo. Si tomara un poco, la mente se me aclararía de inmediato, y podría idear buenos planes para dejarla.

12. Puede que los dioses me estén llevando a alguna experiencia nueva a través de tomarla.

13. Es sin duda un error atribuir todas las pequeñas molestias a los efectos de tomarla. Muy probablemente casi todas son ilusiones; el resto, consecuencia de su uso imprudente. Simplemente me estoy asustando a mí mismo para decir «no».

14. Me hace mal moralmente decir «no». No debo ser un cobarde al respecto.

15. No hay ninguna prueba de que el uso razonable de la heroína no alargue la vida. Los chinos afirman, y los médicos ingleses coinciden, que fumar opio, dentro de ciertos límites, es una práctica que favorece la longevidad. ¿Por qué no habría de pasar lo mismo con la heroína? Se ha observado de hecho que los adictos parecen inmunes a la mayoría de las enfermedades que afligen a la gente común.

16. La tomo porque está prohibida. Me niego a que me traten como a un colegial tonto cuando soy un hombre responsable.

(Nota: Entonces no te comportes como un colegial tonto. ¿Por qué dejar que la est

17. A mi amiga le gusta que la tome con ella.

18. Mi capacidad para tomarla demuestra mi superioridad sobre los demás.

19. La mayoría de nosotros cavamos nuestra tumba con los dientes. La heroína me ha quitado el apetito; por lo tanto, me hace bien.

20. En el pasado me metí en toda clase de líos con mujeres. La heroína ha destruido mi interés por ellas.

21. La heroína me ha quitado el deseo de alcohol. Si tengo que elegir, realmente creo que la heroína es mejor.

22. El hombre tiene derecho a la ambición espiritual. Ha evolucionado hasta ser lo que es haciendo experimentos peligrosos. La heroína sin duda me ayuda a obtener una nueva perspectiva espiritual del mundo. No tengo derecho a suponer que la ruina de la salud corporal sea perjudicial; y «todo el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por causa de Mí la hallará».

23. Fulano la ha tomado durante años, y está perfectamente.

24. Fulano la ha tomado durante años, y la sigue tomando, y es el hombre más notable de su siglo.

25. Me siento tan, tan mal, y un poquito, un poquitito, me haría sentir tan, tan bien.

26. No podemos parar mientras la tengamos: la tentación es demasiado fuerte. Lo mejor es terminarla. Probablemente no podremos conseguir más, así que la tomamos para dejar de tomarla.

27. La historia de Rodolphe Hafner de Claude Farrère. Supongamos que me tomo todo este trabajo para dejar las drogas y después me agarra un cáncer o algo así enseguida: ¡qué tonto me voy a sentir!

«¿Le sirve de algo?», preguntó Lamus.

Bueno, sinceramente, no me servía. Yo había pensado la mayoría de esas cosas por mi cuenta en un momento u otro; y me parecía haberlas superado. Es curioso que una vez que uno anota una razón, le disminuye el valor. No se puede seguir usando la misma razón indefinidamente. Ese hecho tiende a demostrar que la supuesta razón es artificial y falsa, que uno simplemente la ha inventado en el momento para excusar sus excesos.

Basil vio mi perplejidad.

«El hecho es», dijo, «que usted toma esta sustancia como la mayoría de la gente va a la iglesia. Es un hábito sin sentido.»

Me repugnaba anotar eso en mi papel. Era confesar que era un autómata. Pero algo en su mirada me obligó. Escribí la palabra, y mientras lo hacía estallé en un espasmo de furia interior. Recordé una historia de mis días en el hospital, la de un hombre que se había suicidado cuando le demostraron que no podía mover la mandíbula superior.

Mientras tanto Lamus miraba mi promedio. Yo había bajado a menos de dos dosis diarias. Pero el resto de las veinticuatro horas lo pasaba esperando el momento en que podría darme el gusto.

Sabía que Lou me llevaba la delantera. Había pasado a lo que Basil llamaba su tercera clase. Tomaba una dosis por día; pero cada día la tomaba más y más tarde. Tenía que atravesar más o menos una hora de ansia verdadera, y la Hermana Athena o la Hermana Cypris, o la Hermana que fuera, siempre intervenía, como por casualidad, y tomaba alguna medida activa para mantener su mente alejada del tema durante esos minutos críticos.

En cuanto uno llegaba a un intervalo de cuarenta y ocho horas entre dosis, entraba en la clase cuatro y dejaba del todo, salvo que surgiera alguna ocasión particular para tomar una dosis.

Me fastidiaba mucho que Lou hubiera avanzado más rápido que yo. Basil me dijo que pensaba que yo necesitaba más ejercicio activo, aunque ya había empezado a interesarme un poco por los deportes del lugar. Hasta había logrado jugar un partido entero de Thelema sin tener que sentarme a jadear.

Pero seguía habiendo un oscuro anhelo de la vida de la droga. Se me había grabado a fuego que los intereses normales no valían la pena.

King Lamus me había llevado a escalar varias veces; pero aunque experimentaba una profunda satisfacción física, no podía superar la actitud moral que en realidad, después de todo, está expresada en el Eclesiastés: «¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!».

Mi relación con la misma Lou estaba envenenada por el mismo sentimiento. La mejoría de nuestra salud física, y el efecto embriagador del clima y del entorno, nos impulsaban a tomar parte en el espectáculo de la naturaleza. Sin embargo, contra todas esas ideas no podíamos dejar de oír la voz insistente de Haidée Lamoureux, que decía que el fin de todas esas cosas es la muerte. Ella había renunciado deliberadamente a la existencia por fútil, y no había respuesta para sus alegatos.

Además de esto, mi mente había agotado su alimento. No tenía literalmente nada en qué pensar salvo la heroína, y descubrí que la heroína me atraía, detrás de todos los velos, como una escapatoria de la vida.

Un hombre que ha conocido alguna vez la vida de la droga encuentra difícil soportar la inanidad de la existencia normal. Se ha vuelto sabio con la sabiduría de la desesperación.

El Gran León y la Hermana Athena agotaron su ingenio buscando cosas con las que yo pudiera ocupar mis horas cansadas y sin rumbo. Pero nada parecía sacarme de la idea fija de que la vida era heroína con intervalos que no contaban.

Durante más o menos una semana King Lamus trató de sacarme de mi rutina dándome cocaína y pidiéndome que empleara el tiempo en escribir un relato de mis aventuras desde que empecé a tomarla. La droga me estimuló enormemente, y por un tiempo me entusiasmé bastante. Escribí la historia de mis aventuras desde la noche en que conocí a Lou hasta nuestro regreso a Inglaterra desde Nápoles.

Pero cuando el episodio terminó, encontré la vieja desesperación de la vida tan fuerte como siempre. La voluntad de vivir estaba realmente muerta en mí.

Pero dos tardes después King Lamus vino a fumar una pipa conmigo en la terraza a la puesta del sol. En la mano traía el registro del Paradiso que yo había escrito. La Hermana Athena lo había pasado a máquina.

«Mi querido amigo», dijo, «lo que no entiendo es por qué tiene que estar tan ciego respecto de sí mismo. El sentido de todo esto debería ser perfectamente obvio. Me temo que no ha captado el sentido de “Haz lo que tú quieras”. ¿Ve cómo lo ha ayudado hasta ahora la aplicación de la Ley?»

«Bueno, por supuesto», dije, «está bastante claro que no vine a este planeta a drogarme hasta la tumba antes de que mis facultades hayan tenido oportunidad de madurar. Me pareció necesario mantenerme alejado de la heroína para darme una oportunidad. Pero me quedé sin nada. La vida se vuelve más tediosa cada día, y la única vía de escape está cerrada por espadas flamígeras.»

«Exactamente», replicó él. «Solo ha descubierto una cosa que no quiere; todavía tiene que encontrar la única cosa que sí quiere. Y sin embargo hay bastantes pistas en este manuscrito suyo. Noto que dice que su jefe de escuadrilla, que no llegó a serlo sin cierta capacidad para tratar con los hombres, le dijo que no era un gran aviador. ¿Cómo fue exactamente que se dedicó a volar?»

Esa simple pregunta provocó una reacción muy sorprendente. No había ninguna razón para que produjera la intensa irritación que produjo.

Basil lo notó, se frotó las manos con regocijo y se puso a tararear «Tipperary». Lo que quería decir era evidente. Había disparado el arco a la ventura, y había herido al rey de Israel por entre las junturas de la armadura. Se levantó con presteza y se fue con un gesto de la mano.

«Piénselo, querido muchacho», dijo, «y mañana por la mañana me cuenta su triste historia.»

Yo estaba en un estado de ánimo muy perturbado. Fui a buscar a Lou, pero había salido a caminar con Cypris, y cuando volvió traía un aire de sabiduría que me resultó insoportable. De todos modos, le conté mi historia. Para mi disgusto, ella simplemente asintió, como si apreciara muchísimo algún chiste muy oscuro. No había modo de sacarle nada sensato. Me fui a la cama de un humor pésimo.

Casi enseguida empezó la lucha de siempre sobre si debía o no tomar una dosis de heroína. En esta ocasión la controversia fue breve. Estaba tan enojado conmigo mismo que tomé una aspirada especialmente grande, al parecer menos para calmarme que para fastidiar indirectamente a otra persona. Era la primera que tomaba en una semana. Había estado reemplazándola con codeína.

En parte por esto y en parte por la crisis psicológica, sus efectos fueron como nunca antes los había experimentado. Pasé toda la noche en un estado entre el sueño y la vigilia, incapaz de pedir ayuda, incapaz de controlar mis pensamientos; y fui transportado a un mundo completamente desconocido. No existía en absoluto, en ningún sentido corriente de la palabra. Era una expresión matemática en un esquema complejo de geometría. Mi equilibrio se mantenía gracias a innumerables otras fuerzas del mismo sistema, y lo que yo llamaba yo mismo estaba encargado, de algún modo misterioso, de la tarea de manipular las otras fuerzas, y estas se me escapaban. Cuando me esforzaba por asirlas, desaparecían. Mis funciones parecían consistir en simplificar expresiones complejas, y después en construir nuevos complejos a partir de los elementos así aislados, de modo de crear simulacros de mi propia expresión en otras formas.

Este proceso continuó, repitiéndose con una intensidad delirante a través de eones interminables. Sufrí la punzada intolerable de perder del todo mi individualidad al confundirla, por así decirlo, con algunas de las expresiones que había formulado. La angustia se volvió tan aguda que sentí la necesidad de que Lou me ayudara. Pero no podía encontrarla en ninguna parte del sistema.

Y sin embargo había algo en la naturaleza misma de las curvas que yo identificaba con ella. Era como si su forma última dependiera de algún modo de ella. Estaba oculta, por así decirlo, en la expresión de las ideas. Estaba implícita en su estructura; y a medida que lo peor de la excitación y la ansiedad se calmaba, encontré un curioso consuelo en el hecho de que ella no era una unidad independiente y en conflicto dentro de este complicado caos de maquinaria, sino que era, por así decirlo, la razón de que adoptara su apariencia real con preferencia a cualquier otra. Y a medida que avanzaba la noche, la enorme complejidad de la visión se fue coordinando. Hubo una sensación de giro y de ascenso comunicada a todo el universo de mi pensamiento. Una especie de vértigo se apoderó de mi espíritu. Era como si se hubiera puesto en movimiento una rueda que fuera aumentando gradualmente su velocidad hasta que ya no se pudieran distinguir los rayos. Se convirtió en un zumbido indefinido. Esta sensación invadió poco a poco toda mi conciencia, de modo que esta quedó reducida a una unidad invariable; pero una unidad compuesta de fuerzas

diversas en movimiento regular. La monotonía devoró la conciencia, de modo que mi sueño despierto se fundió en el verdadero sueño.

Lo más extraño de toda la experiencia fue que me desperté convertido en un hombre completamente nuevo. Me encontré absorto en cálculos abstrusos, poco trabados entre sí, es cierto, pero muy intensos, en torno de una idea que no me había pasado por la mente en meses. Estaba elaborando mentalmente un plan para construir un helicóptero, invento que me había ocupado profundamente cuando estaba sin trabajo. Había sido expulsado por completo de mi mente al convertirme en heredero de los bienes del tío Mortimer.

A medida que recobraba la vigilia plena, me encontré sumamente desconcertado por lo que me rodeaba. De hecho, no podía recordar quién era. La pregunta parecía carecer de sentido de algún modo extraordinario. Cuanto más recobraba la conciencia de mí mismo, de Telepylus y del pasado inmediato, más irreales se volvían esas cosas. El verdadero «yo» era el matemático e ingeniero que trabajaba en el helicóptero, y el intervalo había sido una pesadilla elaborada.

Me lo sacudí todo de encima como un perro cobrador que sale de un estanque con un palo en la boca, y me dediqué a mi trabajo. Me molestó alguna persona o personas desconocidas que me besaban en la nuca y me ponían al lado una bandeja con el desayuno. Tuve conciencia de un vago fastidio subconsciente de que la comida estuviera fría.

Cuando el tam-tam sonó para la Adoración del mediodía, me levanté y me desperecé; tenía el cerebro completamente agotado. Me uní al pequeño grupo de la terraza en el saludo al sol.

«Salve a ti que eres Ahathor en tu triunfo, a ti que eres Ahathor en tu belleza; que viajas por los cielos en tu barca a la mitad de la carrera del Sol. Tahuti se yergue en su esplendor en la proa, y Ra-Hoor permanece al timón. ¡Salve a ti desde las moradas de la mañana!»

Una de las personas del grupo me causó una impresión muy singular. Había algo indefiniblemente mongol en su rostro. Los planos eran chatos; los pómulos, altos; los ojos, oblicuos; la nariz, ancha, corta y vital; la boca, una curva larga, fina y ondulante como un atardecer enloquecido. Los ojos eran diminutos y verdes, con una picante expresión de duende. Su pelo era curiosamente incoloro; era muy abundante; se había enrollado alrededor de la cabeza grandes sogas de él. Me recordaba la armadura de una dinamo. Producía un efecto extraño, esa mezcla del salvaje tipo mongol con el salvaje tipo nórdico. Su pelo extraño me fascinaba. Era de ese delicado tono de lino, tan fino. El rostro era extraordinariamente joven y fresco, todo radiante de sonrisas y rubores.

«Peter, muchacho», me dije, «más te vale ponerte a trabajar, terminar ese helicóptero y ganar algo de dinero, porque esa es la chica con la que te vas a casar.»

Esta convicción se apoderó de mí con la fuerza de una revelación; porque la muchacha me resultaba misteriosamente familiar. Parecía como si la hubiera visto en un sueño o algo así. Me fastidió mucho encontrarme con un brazo que se deslizaba con familiaridad bajo el mío, mientras una voz me decía al oído:

«Podríamos ir caminando hasta el refectorio para almorzar. No ha respondido a mi pregunta sobre cómo llegó a dedicarse a volar.»

«Cuando usted me lo preguntó, no lo tenía nada claro en la cabeza, pero ahora la cadena de causas es bastante evidente.»

Nunca me había sentido a gusto con la medicina. Su procedimiento acientífico, su arrogancia, su esnobismo y su empirismo se combinaban para disgustarme. Había ido al hospital simplemente porque mi padre se había empeñado y no quería poner el dinero para ninguna otra cosa. Yo quería ser ingeniero. Me apasionaban las bicicletas y los automóviles. Ya de chico había tenido una especie de taller propio. El mayor placer de mi infancia habían sido las raras visitas al padre de mi madre, que en su tiempo había sido un gran inventor y había hecho una enorme cantidad de trabajo en relación con el perfeccionamiento mecánico de los viajes en ferrocarril.

Cuando estalló la guerra me había ido derecho a los talleres de ingeniería; y me hice aviador más bien contra mi voluntad, a causa de mi peso y de la escasez de pilotos.

Interrumpí mi arenga entusiasta porque King Lamus se había detenido en la cresta de la loma que separaba la Casa de los Forasteros de la Abadía de los edificios principales.

«La subida lo ha dejado sin aliento», dijo. «Aspire un poco de esto; lo pondrá en forma en un segundo.»

Aparté la mano del hombre con impaciencia, y el montoncito de polvo cayó al suelo.

«Ah, ¿así que es así?», dijo Basil riendo.

Me di cuenta de lo grosero que había sido y empecé a disculparme.

«No tiene importancia», dijo. «Pero, desde luego, no va a librarse de esto tan fácilmente. Uno no deja de comer cordero porque un día comió demasiado y tuvo una indigestión. Ya verá que la heroína es muy útil cuando sepa usarla. Sin embargo, su gesto de recién fue automático. Fue una prueba de que su inconsciente, o su verdadera voluntad, se opone a que tome heroína. Hasta aquí, muy bien en cuanto al lado negativo. Pero la cuestión es: ¿qué quiere realmente su verdadera voluntad que usted haga, en un sentido positivo?»

«¡Al diablo con este tipo y su eterna metafísica!», pensé.

«No tengo la menor idea», contesté con brusquedad, «y, lo que es más, no tengo tiempo que perder con estas cosas ocultistas suyas. No piense que soy grosero. Le estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho por mí.»

Por extraño que parezca, el recuerdo de los últimos meses acababa de volver a mi mente. Sin embargo, no era más que el fondo de la llama ardiente del pensamiento que llenaba mi conciencia.

Basil no respondió, y mientras bajábamos juntos la colina empecé a explicarle mis ideas sobre el nuevo helicóptero. Casi sin darnos cuenta, habíamos llegado a la puerta de la casa grande que la Abadía usaba como refectorio, y nos sentamos en los bancos de piedra que bordeaban su pared noreste, a contemplar el maravilloso panorama.

El refectorio estaba asentado en una pendiente empinada. El terreno caía bruscamente a nuestros pies. A la izquierda, la gran roca se elevaba todavía más tremenda que del otro lado; y a la derecha, las colinas sobre la línea de la costa se alejaban danzando hasta perderse en un púrpura difuso. Al frente había un extraño promontorio dentado, coronado por un fantástico racimo de rocas, y más allá se extendía el gran mar, en masas de verdes, azules y violetas, hasta donde unas cuantas islas volcánicas dormitaban borrosas en el horizonte.

Basil me fastidiaba enormemente intercalando comentarios sobre la belleza del paisaje. No parecía haber manera de interesarlo en el helicóptero. ¿De verdad estaba yo diciendo semejantes tonterías?

«Ya soy demasiado viejo para que me desairen, Sir Peter» (¡Ah, sí, ahora yo era Sir Peter! Claro que lo era), intercaló, sacudiéndome suavemente del hombro.

Yo me había detenido para aclarar en mi mente un punto sobre uno de los manómetros.

«Y debo recordarle que usted es un caballero; y que cuando llegó a esta Abadía, lo primero que hizo fue firmar un formulario de compromiso.»

Repitió las palabras:

«Declaro solemnemente que acepto la Ley de Thelema, que me consagraré a descubrir mi Verdadera Voluntad, y a hacerla.»

«Sí, sí, por supuesto», dije apresuradamente. «No estoy tratando de escabullirme; pero, la verdad, en este momento estoy terriblemente absorto en esta idea del helicóptero.»

«Gracias, con eso basta», dijo King Lamus con viveza. «Se levanta la sesión.»

Sentí cierta irritación por su manera desenvuelta, pero lo seguí adentro a almorzar. Él se puso de pie en un extremo de la mesa, frente a la Hermana Athena, que estaba en el otro.

«Habrá champán en el almuerzo de hoy», dijo.

El anuncio fue recibido con una hilaridad que parecía francamente indecente, y del todo desproporcionada con la buena noticia anunciada. Toda la Abadía parecía haberse vuelto loca de alegría.

Siguiendo el ejemplo del Gran León, todos apuntaron con el índice hacia abajo a la izquierda y lo hicieron girar bruscamente hacia la derecha. Este gesto se repitió tres veces, acompañado de las palabras:

«¡Evoe Ho! ¡Evoe Ho! ¡Evoe Ho!»

Empezaron a batir palmas, pero frenaban el movimiento antes del contacto y solo dejaban que el choque se produjera en la tercera sílaba del gran grito

I A O

A esto siguieron palmadas muy rápidas, tres veces tres, en silencio.

Yo estaba completamente desconcertado por esta demostración, pero no tuve oportunidad de hacer preguntas, porque la Hermana Cypris dijo de inmediato «Voluntad» con Hermes, y el almuerzo comenzó en el silencio invariable, un silencio algo alterado por la hilaridad exuberante de toda la concurrencia.

El champán no alcanzaba a explicarlo todo. Aquel regocijo desenfrenado me recordaba mis primeros días con la cocaína. Sin embargo, yo tenía algo mejor en qué pensar. La cuestión era cómo reducir W a una cantidad indefinidamente pequeña en la fórmula:

[ilegible en la fuente]

¡Maldición!, ¿de qué servía imponer la regla del silencio en las comidas si todo el mundo la rompía en el espíritu, aunque no en la letra? Me puse colorado y me ardían las orejas. Todos, desde el Gran León con su vaso lleno de champán hasta Dionysus con su copita de licor de lo mismo, me lo tendían como si brindaran a mi salud. Me acogí a la regla que nos permite levantarnos de la mesa sin ceremonia. Volvería a la otra casa a trabajar.

Pero se me ocurrió una idea repentina justo al salir por la puerta. Volví a sentarme en los bancos de piedra, saqué de golpe una libreta y empecé mis cálculos. Vi el camino hacia una solución, anoté mi idea y cerré la libreta con un chasquido triunfal.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el Gran León me estaba poniendo un cigarro en la boca, y de que todos se agolpaban a mi alrededor y me estrechaban la mano. ¿Era otra de las bromas estúpidas del bufón?

«¿Con qué fin?», dijo el Gran León, mientras me encendía el cigarro.

Me había hundido en el banco en una especie de triunfo perezoso. Ya nada me molestaba. Veía el camino para resolver mi problema.

«Tienes que decir "pada cumpil la Gan Oba"», dijo Dionysus, en un tono de digno reproche.

«¡Al diablo con la Gran Obra!», respondí malhumorado, y después sentí lástima de mí mismo.

Alcé a mi amiguito pagano, lo senté en mis rodillas y empecé a acariciarle la cabeza. Se acurrucó contra mí de una manera encantadora.

«Tiene que disculparnos», dijo Hermes muy seriamente, «pero estamos todos tan contentos.»

CAPÍTULO VII: AMOR BAJO VOLUNTAD

Empecé a reírme a pesar de mí mismo.

«Bueno», dije, dando una pitada a mi cigarro, «de verdad quisiera que me dijeran de qué se trata todo esto. ¿Renunció Lloyd George?»

«No», dijo el Gran León, «se trata de usted.»

«¿Qué pasa conmigo?», repliqué.

«Pues su éxito, claro», dijo la Hermana Cypris.

Algo, sin duda muy obvio para ellos, permanecía oculto a mi torpe entendimiento.

Me volví hacia Basil sin rodeos.

«¿Qué éxito?», dije. «Es cierto que veo la manera de resolver una fórmula que me tenía preocupado. Pero no veo cómo lo saben ustedes. ¿Acaso Hermes y Dionysus cuentan el cálculo diferencial entre sus conocimientos?»

«Es muy sencillo», dijo el Gran León. «No requiere conocer otra cosa que la Ley; y la Ley, después de todo, no es más que el sentido común más llano. ¿Recuerda que antes del almuerzo le pregunté cuál era su verdadera voluntad?»

«Sí», dije, «lo recuerdo. Y entonces le dije, y se lo vuelvo a decir ahora, que no tengo tiempo para pensar en cosas así.»

«Ese hecho», replicó, «bastó para asegurarme de que la había descubierto.»

«Mire», dije, «usted es un buen tipo y todo eso, pero la verdad es que es un poco raro, y la mitad del tiempo no sé adónde quiere llegar. ¿No puede decirlo en lenguaje claro?»

«Con todo el gusto del mundo», respondió. «Mire los hechos un momento. Hecho uno: su abuelo materno es un genio de la mecánica. Hecho dos: desde su más temprana infancia, los temas de este tipo han ejercido sobre usted la más fuerte fascinación. Hecho tres: cada vez que se aparta de esos temas, es desdichado, fracasa y se mete en toda clase de líos. Hecho cuatro: en cuanto la guerra le da la oportunidad, abandona la medicina y vuelve a la ingeniería. Hecho cinco: pasa a regañadientes del banco de taller al asiento del piloto, y su propio comandante de escuadrilla ve que es un caso de clavija cuadrada en agujero redondo. Hecho seis: en cuanto el Armisticio lo deja en la ruina, vuelve a ocuparse de la idea del helicóptero. Hecho siete: lo arrastra la llegada de una fortuna y se extravía de inmediato con las drogas, prueba clara de que ha perdido su camino. Hecho ocho: en cuanto el aburrimiento de Telepylus limpia su mente de todas sus ideas artificiales, esta vuelve a su inclinación natural. La idea del helicóptero regresa con tanto ímpetu que deja que se le enfríe el desayuno, no reconoce a su esposa cuando se lo trae, y no puede hablar de otra cosa. Por primera vez en su vida, su conciencia de sí mismo queda borrada. Hasta se pone a explicarme sus ideas a mí, aunque yo no sé absolutamente nada del tema. No hace falta ningún genio especial para ver que ha descubierto su verdadera voluntad. Y eso explica el champán y los aplausos del almuerzo.»

Me rasqué la cabeza, todavía sin comprender del todo. Pero una frase del rugido del Gran León me había golpeado con una fuerza espantosa. Recorrí con la vista el círculo de rostros.

«Sí, he descubierto mi voluntad, de acuerdo», dije. «Ahora sé para qué sirvo. Entiendo por qué vine a este planeta tonto. Soy ingeniero. Pero usted dijo “su esposa”. Eso no encaja en absoluto. ¿Dónde está?»

«Bueno, verá», respondió el Gran León con una sonrisa burlona, «no debe imaginarme como un depósito frigorífico de esposas ajenas. Si se me permite arriesgar una conjetura, sin embargo, su esposa ha descubierto cuál es su propia voluntad y se ha ido a hacerla.»

«¡Oh, maldición!», dije. «¡Oiga, eso no lo puedo permitir!»

El Gran León volvió hacia mí su mirada más severa.

«Vamos, Sir Peter», dijo con tono cortante, «domínese. Acaba de descubrir su propia voluntad y, naturalmente, quiere que lo dejen en paz para hacerla. Y sin embargo, a la primera oportunidad, se entromete y quiere interferir en que su propia esposa haga la suya. Permítame decirle sin rodeos que no es asunto suyo lo que ella decida hacer. ¿No ha visto ya bastante daño causado por gente que se mete en los asuntos de los demás? Pero, hombre, por Dios, su primer deber para con su esposa es protegerla.»

«Otra de sus paradojas», gruñí.

En realidad, estaba dividido entre dos actitudes. Lou había sido una compañera ideal en el libertinaje de toda clase. Una mujer así estaba destinada a ser la ruina de un ingeniero trabajador. Al mismo tiempo, yo estaba locamente enamorado de ella, sobre todo después de haberla visto por primera vez esa mañana; y ella me pertenecía.

Me resultaba demasiado claro lo que él quería decir al afirmar que ella había descubierto su verdadera voluntad. Ella lo había mostrado con suficiente claridad cuando le había rogado que se la llevara. Él simplemente me había hecho una de sus tretas diabólicas y se había librado de mí, según creía, haciéndome absorber por mi helicóptero.

Yo tenía que ser el marido complaciente y permitir que mi esposa se fuera con otro hombre delante de mis narices, mientras yo estaba ocupado con mis cálculos. Yo tenía que ser el *mari complaisant*, ¿no?

Bueno, el demonio era ingenioso, pero por una vez había calculado mal. Me levanté y le di una bofetada deliberada en la cara.

«Antes del desayuno», le dijo a la Hermana Athena, «necesitaremos pistolas para dos y café para uno. Pero mientras esperamos la cita fatal», añadió, volviéndose hacia mí con una de sus sonrisas inescrutables, «debo seguir cumpliendo mi juramento. Da la casualidad de que uno de los hermanos de aquí es mecánico. Esa casita del promontorio (señaló mientras hablaba) está equipada como un taller bastante completo. Podríamos bajar caminando juntos y dejarlo instalado. Probablemente habrá muchas cosas que usted necesite y que no tengamos, y puede hacer una lista, y le telegrafiaremos a Lala para que las compre en Londres y las traiga. Llega dentro de tres días. También le pediré que se detenga en París para comprar una de esas bonitas coronas de hierro con flores esmaltadas para poner sobre mi tumba sin nombre.»

La indiferencia del hombre me hizo sentir de pronto una vergüenza furiosa de mí mismo. Tuve que escupir entre dientes que era un canalla indecible.

«Eso es, Sir Peter», replicó el Gran León, «tranquilícese, por todos los medios. "El innombrable Lamus" es la expresión clásica, y se acostumbra acompañarla de un leve estremecimiento; pero quizá un genio como usted tenga derecho a inventar nuevos insultos.»

Me desconcertó abominablemente la actitud de los presentes, cuyos rostros estaban fijos en amplias sonrisas, con la excepción de Dionysus, que vino derecho hacia mí y dijo:

«Hijoeputa», y me pegó en el ojo. «Si le disparas a mi Gan León», añadió, «yo te disparo a ti.»

Toda la compañía estalló en chillidos de risa incontenible. Lamus se levantó con fingida indignación y observó con ferocidad:

«¿Es esta su idea de hacer sus voluntades, holgazanes? ¿Vinieron a este planeta a convertir los asuntos más serios en burla? Deberían estar todos llorando, considerando que dentro de veinticuatro horas tendrán que enterrar a su amado Gran León o a nuestro estimado huésped, que se ha ganado el cariño de todos nosotros con su humor involuntario. Venga, Sir Peter», y deslizó su brazo bajo el mío. «No tenemos tiempo que perder con estos haraganes. En cuanto a Unlimited Lou (empezó a cantar):»

[Aquí la novela cita una canción popular de la época, que no se reproduce.]

Ya estábamos muy abajo en la pendiente, dando zancadas como gigantes. Desde arriba llegaba un coro confuso de gritos y risas.

Hay que ser atleta para correr cuesta abajo del brazo del Gran León. Los cactus no parecían importarle, y cuando llegábamos a una zanja, había que saltarla. Y cuando el sendero daba un pequeño giro cuesta arriba, aprovechaba nuestro impulso para pasarnos por encima de la cresta como en una montaña rusa. Me emborrachaba francamente. La alarma física se combinaba con la euforia física. Sudaba como un cerdo; las sandalias me resbalaban sobre la hierba dura y seca; tenía las piernas desnudas desgarradas por zarzas, aulagas y cactus.

No dejaba de resbalar; pero él siempre convertía el resbalón en un salto. No frenamos la carrera hasta que nos detuvimos ante la puerta de la casa del promontorio.

Me soltó de repente. Me desplomé y quedé tendido de espaldas, jadeando. Él estaba absolutamente sereno; ni se había despeinado. Se quedó mirándome mientras sacaba la pipa, la llenaba y la encendía.

«Nunca pierda tiempo en el camino al trabajo», observó, en un tono que solo puedo describir como seudosanturrón. «¿Se encuentra usted suficientemente repuesto», añadió con fingida inquietud, «como para retomar la posición vertical que distingue a la especie humana de los demás mamíferos? Creo que la observación se debe a Virgilio», prosiguió.

Había en su mirada un brillo que me advirtió que me tenía reservada otra sorpresa; había empezado a darme cuenta de que le causaba un deleite de colegial tomarle el pelo a la gente. Parecía disfrutar llevando a uno de las narices, poniéndolo en una posición falsa y haciendo un misterio de las circunstancias más vulgares. Era sumamente idiota y sumamente fastidioso; pero al mismo tiempo había que admitir que el resultado de su método era añadirle una especie de sabor a la vida.

Recordé una frase de Maisie Jacobs: «Nunca hay aburrimiento donde está Lamus».

Los sucesos habían sido de carácter corriente e insignificante, y sin embargo él había dado un valor a cada uno. Hacía que la vida tuviera el sabor que tiene cuando uno está usando heroína y cocaína, pero lo lograba sin verdadera extravagancia. Pude entender cómo era que tenía su reputación única de llevar una vida fantástica, y sin embargo cómo nadie podía señalar ninguna hazaña en particular como extraordinaria en sí misma.

Me recompuse lentamente y, después de sacarme unas cuantas espinas de las piernas desnudas, fui lo bastante dueño de mí mismo como para decir:

«¿Así que este es el taller?»

«Una vez más, Sir Peter», respondió Lamus, «su intuición ha demostrado ser infalible. Y una vez más su incomparable don de la expresión ha vertido los hechos en una forma escuetamente epigramática que Julio César y Marcial desesperarían de corregir.»

Abrió la puerta de la casa, repitiendo su vieja fórmula:

«Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley.»

Hasta ese momento la frase me había parecido, según el caso, ridícula, fastidiosa o tediosa. Había perdido por completo esos atributos. Los huesos secos cobraron vida. Me estremecí hasta la

médula cuando él la pronunció. Una voz suave y dulce, extrañamente familiar, le respondió desde la sala vasta y en penumbra. En penumbra, porque la cegadora luz del sol del aire libre no alcanzaba a iluminar del todo el interior para mis pupilas contraídas.

«Amor es la ley, amor bajo voluntad.»

Volví a estremecerme, esta vez con una mezcla de sorpresa y exultación curiosamente ininteligible. Entonces vi, en un rincón de la sala, detrás de la hilera de bancos y mesas cubiertos de aparatos cuidadosamente dispuestos, una forma resplandeciente. Estaba de espaldas a nosotros; estaba en el suelo, muy ocupada en limpiar.

«Este es Sir Peter Pendragon», dijo el Gran León, «que viene a hacerse cargo del laboratorio.»

Mis ojos todavía no se habían acostumbrado a la penumbra, pero pude ver que la figura se ponía de pie, hacía una reverencia y avanzaba hacia mí, que estaba parado en el haz de luz que entraba por la puerta entreabierta.

Vestía un traje de bombachos de seda negra. Llevaba sandalias y medias negras.

Reconocí a Lou.

«El Gran León dijo que quizá usted querría empezar a trabajar esta tarde, Sir Peter», dijo ella con dignidad, «así que he estado tratando de poner un poco de orden en el lugar.»

Me quedé absolutamente atónito. Era Lou, pero una Lou que yo nunca había visto ni conocido. Me volví hacia King Lamus en busca de una explicación, pero no estaba allí.

Una onda de risa le recorrió el rostro; la luz del sol ardía en sus ojos magnéticos. Temblé de una emoción indescriptible. Aquí había un enigma indescifrable. ¿O era acaso la respuesta a un enigma, a todos mis enigmas, al enigma de la vida?

No se me ocurrió decir nada más que la banalidad más torpe y desmañada.

«¿Qué haces aquí?», pregunté.

«Mi voluntad, por supuesto», fue la respuesta, y sus ojos chispearon al sol tan insondables como el mar mismo.

«No tienes otro derecho que hacer tu voluntad», citó. «Haz eso y ningún otro dirá que no.»

«Ah, sí», repliqué, con un dejo de fastidio. Todavía sentía una reacción contra el Libro de la Ley. Odiaba someterme a una fórmula, por mucho que mi buen sentido, confirmado por mi experiencia, me instara a rendirme.

«Pero ¿cómo descubriste cuál era tu voluntad?»

«¿Cómo lo descubriste tú?», me devolvió como un relámpago.

«Pues», balbuceé, «el Gran León me mostró cómo mi herencia, mi inclinación natural y la solución de mi crisis apuntaban todas a lo mismo.»

«Tú lo has dicho», respondió suavemente, y disparó otra cita: «La Ley es para todos.»

«Cuéntamelo», dije.

Mi estupefacción y mi fastidio se iban derritiendo. Empecé a percibir vagamente que el Gran León había resuelto toda la situación de manera magistral. Había hecho con su material, nosotros, lo que yo estaba haciendo con mi material, las leyes de la mecánica.

«Descubrí mi voluntad hace cuatro días», dijo muy seriamente. «Fue la noche en que tú y el Gran León escalaron Deep Ghyll y tardaron tanto en la Chimenea del Profesor que se perdieron la cena con champán.»

«Sí, sí», dije con impaciencia, «¿y cuál era?»

Puso las manos detrás de la espalda e inclinó la cabeza. Sus párpados se cerraron sobre sus ojos largos y rasgados, y su boca roja, de serpiente, empezó a temblar.

«Mientras dormías después del almuerzo», dijo, «el Gran León me llevó al asiento semicircular de la colina que está sobre la Casa de los Forasteros y me puso a prueba. Me hizo contarle toda mi vida temprana, y en especial la parte justo antes de conocerte, cuando creía que lo amaba a él. Y me hizo ver que lo único que había hecho era tratar de complacerme a mí misma, y que había fracasado. Mi amor por él era solo el de una hija por su padre. Yo esperaba que él me llevara hacia la vida, pero nada significó nada para mí hasta la noche en que te conocí. En ese momento empecé a vivir. Fuiste tú, y no la asquerosa cocaína de Gretel, lo que llenó mi alma con esa Letanía de Fuller. La había cantado muchas veces, pero nunca me había llegado al fondo. Esa noche la usé para conseguirte. Yo solo había vivido para encontrarte algún día. Y toda mi vida se enroscó, desde ese momento, alrededor de ti. Estaba dispuesta a ir al infierno por ti. Fui al infierno por ti. Salí del infierno por ti. Dejé la heroína solo porque tenía que ponerme en condiciones de ayudarte a hacer tu voluntad. Esa es mi voluntad. Y cuando descubrimos esta mañana cuál era tu voluntad, bajé aquí a preparar el lugar para que la hagas. Voy a mantener este lugar en orden para ti y a ayudarte lo mejor que pueda en tu trabajo, igual que bailé para ti, y fui a ver a McCall por ti, en los días en que estabas ciego. Yo también estaba ciega respecto de tu voluntad, pero siempre seguí mi instinto de hacer aquello para lo que me necesitabas, aun cuando estábamos envenenados y locos.»

Hablaba en tono bajo y sereno, pero temblaba como una hoja. Yo no sabía qué responder. La grandeza de su actitud me avergonzaba. Sentí con la más honda amargura la vergüenza de haber agraviado un amor tan sublime, de haberla arrastrado a semejante infamia.

«¡Dios mío!», dije por fin. «¡Lo que le debemos al Gran León!»

Ella sacudió la cabeza.

«No», dijo, con una sonrisa extraña, «lo hemos ayudado tanto como él nos ha ayudado a nosotros: lo hemos ayudado a hacer su voluntad. El secreto de su poder es que no existe para sí mismo. Su fuerza fluye a través de él sin obstáculos. Tú no habías sido tú mismo hasta esta mañana, cuando te olvidaste de ti, olvidaste quién eras, no supiste quién te besaba y te traía el desayuno.»

Levantó hacia mis ojos una sonrisa lenta, medio avergonzada.

«Y te perdí», dije, «después del almuerzo, cuando me acordé de mí mismo y olvidé mi trabajo. Y todo el tiempo tú estabas aquí ayudándome a hacer mi trabajo. Y yo no lo entendía.»

Nos quedamos un rato en silencio. Nuestros dos corazones hervían con la necesidad contenida de hablar. Pasó mucho, mucho tiempo antes de que yo encontrara una palabra; y cuando llegó, fue

intensa, serena y confiada.

«Te amo.»

Ni toda la concentración que da la heroína, ni la exaltación de la cocaína, podrían igualar aquel momento. Las palabras eran viejas; pero su sentido era maravillosamente nuevo. Nunca había habido ningún «yo» antes, cuando yo pensaba que «yo» era yo; nunca había habido ningún «tú» antes, cuando pensaba en Lou como en un ser independiente y no me había dado cuenta de que era el complemento necesario del instrumento humano que estaba haciendo «mi» trabajo. Ni había habido amor antes, mientras el amor no significaba más que las múltiples cosas estúpidas que la gente suele entender por él. El amor, tal como yo lo entendía ahora, era una afirmación de la unidad inevitable entre las dos mitades impersonales de la obra. Era la encarnación física de nuestra verdad espiritual.

Mi esposa no respondió. No hacía falta. Su comprensión era perfecta. Nos unimos con el éxtasis inconsciente de la naturaleza. El lenguaje humano articulado era una ofensa para nuestro arrobamiento espiritual. Nuestra unión destruyó nuestro sentido de separación respecto del universo del que formábamos parte; el sol, el cielo, el mar, la tierra, participaban con nosotros de aquel sacramento inefable. No hubo discontinuidad entre aquel primer abrazo de nuestro verdadero matrimonio y la ocupación de la tarde, haciendo el inventario de los enseres del laboratorio y tomando nota de las cosas que debíamos pedirle a Lala que nos trajera de Londres. El sol se hundió detrás de la loma, y muy por encima de nosotros, desde el Refectorio, llegó el golpe sonoro del tam-tam que nos anunciaba que la cena estaba lista. Cerramos la casa y subimos corriendo y riendo por las laderas. Ya no nos cansaban ni nos intimidaban. A mitad de camino hacia la casa nos encontramos con el diminuto Dionysus, lleno de importancia. Lo habían encargado de recordarnos la cena. La Hermana Athena (nos reíamos al pensarlo) debía de haberse dado cuenta de que nuestra luna de miel había comenzado; y esta vez no era una exaltación espasmódica que dependiera de la excitación pasajera de la pasión o de los estimulantes, sino del hecho de nuestro verdadero matrimonio espiritual, en el que estábamos esencialmente unidos el uno al otro no por el bien de ninguno de los dos, sino para formar una sola novia cuyo novio era la Obra, que nunca podría saciarse mientras viviéramos, y por eso nunca podría conducir al cansancio y al aburrimiento. Esta luna de miel florecería y daría fruto perennemente, estación tras estación, como la tierra nuestra madre y el sol nuestro padre mismos, un entusiasmo inagotable y sin fricción. Éramos partícipes del sacramento eterno; todo lo que ocurriera era igualmente esencial al ritual. La muerte misma no cambiaba nada; nuestra incandescencia serena y continua rompía las cadenas de las circunstancias y nos dejaba libres para siempre de hacer nuestras voluntades, que eran una sola voluntad, la voluntad de Aquel que nos envió.

La subida al Refectorio fue un largo retozo con Dionysus. ¡Oh, sabia y querida Hermana Athena! ¿Fue por casualidad que elegiste a ese robusto duende de sol para guiarnos colina arriba aquella noche? ¿Sospechabas que nuestros corazones verían en él un símbolo de nuestra propia esperanza serena y espléndida? Nos miramos a los ojos mientras lo llevábamos de las manos por el último sendero empinado y sinuoso entre los olivos, y no hablamos. Pero una llama eléctrica corría a través de su cuerpecito del uno al otro, y supimos por primera vez qué enorme felicidad acechaba emboscada para nuestro amor.

El silencio de la cena brillaba con un lustre sedoso. Duró mucho, tanto, cada instante cargado de letanías de amor.

Cuando llegó el café, el propio Gran León rompió el hechizo.

«Esta noche voy a dormir en la torre; así que usted quedará a cargo de la Casa de los Forasteros, Sir Peter. Los deberes son sencillos; si algún caminante pide nuestra hospitalidad, a usted le toca brindársela en nombre de la Orden.»

Conocíamos a un caminante que vendría, y le daríamos la bienvenida.

«Una antorcha brillante y una ventana abierta de noche
para dejar entrar al cálido Amor.»

«Pero antes de irse para allá, harán bien en acompañarnos, ahora que han descubierto sus verdaderas voluntades, en la Ceremonia de Vísperas de la Abadía, que celebramos todas las noches en el Templo de mi torre. ¡Vamos!»

Lo seguimos, de la mano, por el sendero liso, ancho y curvo que bordeaba el arroyo, hábilmente desviado para correr a lo largo de la cresta de la loma, de modo que su fuerza pudiera aprovecharse para mover varias ruedas de molino. Las sombras que se espesaban nos susurraban al oído líricas sutiles; los aromas de la primavera llevaban a nuestros sentidos imaginaciones soberbias; el ocaso derrochaba su último escarlata sobre el mar, y la noche purpúrea empezaba a estallar en flores de luz de estrellas. Sobre la cima de la colina, delante de nosotros, colgaba la cimitarra dorada de la luna, y en la quietud se oía el débil latido del corazón del mar, como si el órgano de alguna catedral encantada palpitara bajo los dedos de Merlín, transmutando la monótona tristeza de la existencia en un pacífico peán de júbilo inexpresable de triunfo, el Te Deum de la humanidad que celebra su victoria final sobre las hordas paganas de la desesperación.

Un recodo del sendero, y nos encontramos de pronto ante una depresión en forma de caldero en la ladera; en el fondo, un hilo plateado de espuma corría entre enormes peñascos amontonados con ampulosidad a lo largo del lecho del valle. Enfrente, sobresaliendo de las laderas herbosas, se alzaban tres agujas desnudas de roca roja, que brillaban todavía más rojas con alguna salpicadura de carmesí robada del almacén del ocaso; y por encima de la más alta de ellas se lanzaba un repentino fuste de piedra contra el horizonte. Una cúpula ciega de mármol, rodeada de un balcón en la base, coronaba la torre, circular, con muchas ventanas altas de diseño gótico, pero rematadas con flores de lis; y esto se asentaba sobre ocho nobles pilares unidos por arcos que repetían la idea de las ventanas a mayor escala. Cuando llegamos a la torre, por una serie serpenteante de escalones, piedras megalíticas encastradas en la ladera de la montaña, vimos que el piso de la bóveda era un elaborado mosaico. En los cuatro puntos cardinales había cuatro tronos de piedra, y en el centro un altar hexagonal de mármol.

Cuatro de los principales de la Abadía ya estaban revestidos para la ceremonia; pero se proveyeron de cuatro armas, una lanza, un cáliz, una espada y un disco, de un pilar que tenía una puerta y una escalera que constituían el único acceso a las habitaciones superiores.

Basil se sentó en uno de los tronos, la Hermana Athena en otro; mientras que un hombre muy anciano de barba blanca y una mujer joven a quien todavía no habíamos visto ocuparon los otros dos. Sin formalidad de ninguna clase, más allá de una serie de golpes, comenzó la ceremonia. La

impresión fue abrumadora. Por un lado, la inmensidad del anfiteatro, la sublimidad del escenario y la absoluta naturalidad de los celebrantes; por el otro, la asombrosa distinción de la prosa y la nítida claridad e inevitabilidad de las ideas.

Solo puedo recordar una o dos cláusulas del Credo; decían así:

«Y creo en una Iglesia Gnóstica y Católica de Luz, Vida, Amor y Libertad, cuya Palabra de Ley es THELEMA.

»Y creo en la comunión de los Santos.

»Y, puesto que la comida y la bebida se transmutan en nosotros diariamente en sustancia espiritual, creo en el Milagro de la Misa.

»Y confieso un Bautismo de Sabiduría, por el cual realizamos el Milagro de la Encarnación.

»Y confieso mi vida una, individual y eterna, que fue, y es, y ha de venir.»

Siempre me he dicho que no tenía ni una chispa de sentimiento religioso; sin embargo, Basil me dijo una vez que el texto «El temor del Señor es el principio de la sabiduría» debería traducirse «El asombro ante las fuerzas de la naturaleza es el principio de la sabiduría».

Sostiene que todo el que se interesa por la ciencia es necesariamente religioso, y que quienes la desprecian y la detestan son los verdaderos blasfemos.

Pero lo cierto es que siempre me ha repelido la idea de la ceremonia o del ritual de cualquier clase. También en esto las ideas de Basil son fantásticamente distintas de las de los demás. Él dice: ¿y qué hay de las formas y ceremonias que se usan en una usina eléctrica?

Di un pequeño respingo cuando hizo la observación. Era tan destructiva de todas mis ideas.

«La mayor parte del ritual», concedió, «es vana observancia; pero si existe en el hombre algo así como la llamada fuerza espiritual, esta requiere ser generada, recogida, controlada y aplicada mediante las medidas apropiadas, y estas constituyen el verdadero ritual.»

Y, de hecho, la extraña ceremonia que se desarrollaba en su torre titánica produjo en mí un efecto definido, por ininteligible que me resultara en su mayor parte, por un lado, y por repelente que fuera para mis instintos protestantes, por el otro.

No pude evitar quedar impresionado por la primera de las colectas.

«Señor visible y sensible, del cual esta tierra no es más que una chispa helada que gira a tu alrededor con movimiento anual y diurno, fuente de luz, fuente de vida, fuente de libertad, que tu perpetuo resplandor nos aliente al trabajo y al goce continuos; para que, así como somos partícipes constantes de tu generosidad, podamos en nuestra órbita particular dar luz y vida, sustento y alegría a quienes giran a nuestro alrededor, sin disminución de sustancia ni de fulgor, para siempre.»

Las palabras estaban llenas del más profundo sentimiento religioso y vibraban con una exultación misteriosa; y sin embargo, el materialista más empedernido no habría podido objetar ni una sola idea.

Además, tras una invocación de las fuerzas del nacimiento y la reproducción, todos se pusieron de pie y se dirigieron a la Muerte con sublime sencillez, sin disimular nada, sin eludir nada, sino enfrentando el hecho enorme con serena dignidad. El gesto de ponerse de pie para recibir a la Muerte era noblemente imponente.

«Término de todo lo que vive, cuyo nombre es inescrutable, sénos propicio en tu hora.»

El oficio terminó con un himno que retumbó como un trueno entre las colinas y fue devuelto por el eco desde la pared de la gran roca de Telepylus.

Era un detalle muy curioso de la vida en la Abadía que un acto se fundía con el siguiente de manera insensible. No había cambios bruscos. La vida había sido asimilada al principio de la turbina, por oposición al de la máquina alternativa. Cada acto era igualmente un sacramento. La discontinuidad y la brusquedad de la vida ordinaria habían sido eliminadas. En consecuencia, se mantenía una justa proporción entre los diversos intereses. Esto, tanto como cualquier otra cosa, era lo que me había ayudado a recuperarme de la obsesión de las drogas. Mi emancipación se había visto frenada por mi reacción contra el ambiente, en general, y por mis celos latentes de Basil, en particular. Lou, al no haberse visto perturbada por ninguna de las dos cosas, había salido de su hábito tan insidiosamente, si se me permite la palabra, como había entrado en él.

Pero la alegría culminante de mi corazón era la plenitud de la solución de todos mis problemas. No había posibilidad de recaída, porque la causa de mi caída había sido eliminada para siempre. Podía entender perfectamente cómo era que Basil podía tomar una dosis de heroína o de cocaína, o permitirse el hachís, el éter o el opio, con la misma sencillez y utilidad con que el hombre común pide una taza de café negro fuerte cuando le hace falta trabajar hasta tarde por la noche. Se había vuelto completamente dueño de sí mismo, porque había dejado de oponerse a la corriente de fuerza de voluntad espiritual de la cual era el vehículo. No sentía miedo ni fascinación respecto de ninguna de estas drogas. Sabía que esas dos cualidades eran aspectos de una sola reacción: la de la emoción ante la ignorancia. Podía usar la cocaína como un maestro de esgrima usa un florete, como un experto, sin peligro de herirse.

Alrededor de quince días después de nuestra primera visita a la torre, un grupo de nosotros estaba sentado en la terraza de la Casa de los Forasteros. Había una luna brillante, y los campesinos de las casitas vecinas habían venido a disfrutar de la hospitalidad de la Abadía. El canto y el baile estaban en pleno apogeo. Basil y yo nos pusimos a conversar tranquilamente.

«A propósito, ¿cuánto hace», dijo, «que no toma una dosis de nada?»

«No estoy del todo seguro», respondí, mirando soñadoramente a Lou y a Lala, que había llegado hacía una semana con los aparatos que yo necesitaba para mis experimentos, mientras bailaban juntas un vals en el patio. Las dos estaban radiantes. Parecía como si la luna las hubiera dotado de su pura sutileza y esplendor.

«Se lo pregunté», prosiguió el Gran León, chupando una gran pipa de espuma de mar y ámbar, de estilo bóer, que reservaba para las altas horas de la noche, «porque quiero que aproveche al máximo su situación. Ha sido probado en el crisol y ha salido oro puro. Pero no le conviene olvidar los privilegios que ha ganado con su prueba. ¿Recuerda lo que dice el Libro de la Ley?

»“Yo soy la Serpiente que da Conocimiento y Deleite y brillante gloria, y agito los corazones de los hombres con embriaguez. Para adorarme tomad vino y drogas extrañas de las que hablaré a mi profeta, ¡y embriagaos con ellas! No os harán daño alguno.”»

«Sí», dije lentamente, «y me pareció un poco atrevido; podría tentar a la gente a ser temeraria, ¿no le parece?»

«Por supuesto», concedió Basil, «si uno lo lee con descuido y actúa en consecuencia con imprudencia, con la fe ciega de un fanático, bien podría traer problemas. Pero la naturaleza está llena de recursos para eliminar todo lo que no puede dominar su ambiente. Las palabras “para adorarme” son de suma importancia. La única excusa para usar una droga de cualquier clase, sea quinina o sal de Epsom, es ayudar a la naturaleza a superar algún obstáculo para sus funciones propias. El peligro de las llamadas drogas que crean hábito es que lo engañan a uno para que intente esquivar el esfuerzo esencial para el desarrollo espiritual e intelectual. Pero no son simplemente trampas para hombres. No hay nada en la naturaleza que no pueda usarse en nuestro beneficio, y depende de nosotros usarlo con sabiduría. Ahora bien, en el trabajo que ha estado haciendo la última semana, la heroína podría haberlo ayudado a concentrar la mente, y la cocaína a vencer los efectos del cansancio. Y la razón por la que no las usó es que el niño quemado le teme al fuego. Tuvimos el mismo problema al enseñarles a nadar a Hermes y a Dionysus. Se vieron en peligro de ahogarse y pensaron que lo mejor era evitar acercarse al agua. Pero eso no los ayudaba a usar sus facultades naturales de la mejor manera, así que les hice enfrentar el mar una y otra vez, hasta que decidieron que la mejor manera de no ahogarse era aprender a manejarse con los océanos en todos sus detalles. Suena bastante obvio dicho así; y sin embargo, mientras todo el mundo está de acuerdo conmigo en lo de nadar, me abuchean por todos lados cuando aplico los mismos principios al uso de las drogas.»

En ese momento, Lala me reclamó para un vals, y Lou tomó a Basil bajo su protección. Después del baile, nos sentamos los cuatro en el muro del patio y retomé el hilo de la conversación.

«Tiene toda la razón, por supuesto, e imagino que esperaba que le gritaran.»

«No», rió Lamus, «mi amor por la humanidad me convierte en un asno incurablemente optimista en todos esos puntos. No puedo ver los defectos de mi amada. Espero que los hombres sean racionales, valientes y que aplaudan la iniciativa, aunque una lectura elemental de la historia le dice a uno, con espantosa reiteración, cómo ha sido perseguido todo pionero, sea Galileo, Harvey, Gauguin o Shelley; hay un clamor universal contra todo intento de destruir las supersticiones que estorban o fomentan el progreso que favorece el desarrollo de la raza. ¿Por qué habría de librarme yo de la excomunión de Darwin o del ostracismo de Swinburne? En realidad, en mis momentos de debilidad y abatimiento me consuela saber que se me injuria y se me odia con tanta amargura. Me prueba que mi obra, equivocada o no, por lo menos vale la pena. Pero eso es una digresión. Volvamos a las palabras “para adorarme”. Significan que cosas como la heroína y el alcohol pueden y deben usarse con el propósito de adorar, es decir, de entrar en comunión con la “Serpiente que da Conocimiento y Deleite y brillante gloria”, que es el genio que yace “en el núcleo de toda estrella”. Y “Todo hombre y toda mujer es una estrella”. Tomar una droga debería ser un acto religioso cuidadosamente meditado y con un propósito. Solo la experiencia puede enseñarle las condiciones correctas en que el acto es legítimo, es decir, cuando lo ayuda a hacer su voluntad. Si un jugador de billar golpea las bolas a tontas y a locas, pronto pierde el filo de su juego. Pero un golfista sería muy

tonto si dejara su mashie fuera de la bolsa porque en una época le tomó demasiado cariño y lo usó indebidamente, y perdió partidos importantes por eso. Ahora bien, en cuanto a usted y a Lou, no veo que ella tenga ninguna ocasión particular de usar ninguna de estas drogas. Puede hacer su voluntad perfectamente bien sin ellas, y su espiritualidad natural le permite mantenerse en continua comunión con su ser más íntimo, como lo muestra con suficiente claridad su diario mágico. Aun cuando se había envenenado hasta el punto de la locura, sus verdaderos instintos se imponían siempre en una crisis; es decir, en cualquier momento en que usted, el ser al que su función es proteger, estaba en peligro. Pero en su trabajo tiene que haber ocasiones en que "ese poquito más, y cuánto es" podría añadirse a su energía mediante una dosis juiciosa de cocaína, y permitirle vencer las fuerzas acumuladas de la inercia; o, cuando el esfuerzo de concentración es tan severo que la mente insiste en aliviarse distrayendo sus pensamientos del objeto de sus cálculos, un poco de heroína calmaría su clamor el tiempo suficiente para permitirle terminar la tarea. Ahora bien, es completamente equivocado obligarse a trabajar por sentido del deber. Cuanto más a fondo logre analizar su mente, con tanta mayor seguridad llegará a reconocer el momento en que un esfuerzo supremo tiene probabilidades de dar un logro definido. La naturaleza es muy rápida para advertirle a uno cuando comete un error. Una droga debería actuar de manera instantánea y brillante. Cuando no lo hace, usted sabe que no debería haberla tomado, y entonces debe hacer un alto y analizar las circunstancias del fracaso. Aprendemos más de nuestros fracasos que de nuestros éxitos, y su registro mágico le dirá al final del año con tanta exactitud qué circunstancias precisas indican la conveniencia de recurrir a una droga, que en su segundo año tendrá que ser muy tonto para cometer siquiera media docena de errores. Pero, como dice el Libro de la Ley, "El éxito es vuestra prueba". Cuando recurra a expedientes tan potentes y peligrosos para aumentar sus poderes naturales, debe asegurarse de que el fin justifique los medios. Usted es un hombre de ciencia; aténgase a los métodos de la ciencia. La sabiduría es justificada por sus hijos; y me sorprendería que no descubriera en los próximos doce meses que su Gran Experimento, a pesar de los desastres innecesarios que surgieron de que descuidara esas palabras, "para adorarme", ha sido el medio de desarrollar sus más altas cualidades y de ponerlo entre los primeros pensadores de nuestra generación.»

La mandolina de la Hermana Cypris rompió en alegres gorjeos triunfales. Era como un comentario musical a su resumen de la situación. La luna se hundió detrás de la colina, los campesinos terminaron su vino y se fueron cantando a sus casitas; Lou y yo nos encontramos solos bajo las estrellas. La brisa subía el murmullo del mar por las laderas perfumadas. Las luces del pueblo se apagaron. La Estrella Polar estaba sobre la cumbre de la roca. Teníamos los ojos fijos en ella. Podíamos imaginar la precesión de los Equinoccios como idéntica a nuestro propio viaje perpetuo a través del tiempo.

Lou me apretó la mano. Me encontré repitiendo las palabras del credo.

«"Confieso mi vida, una, individual y eterna, que fue, y es, y ha de venir."»

Su voz murmuró en mi oído: «Creo en la comunión de los Santos».

Descubrí que, después de todo, yo era un hombre profundamente religioso. Toda mi vida había buscado un credo que no ofendiera mi sentido moral ni intelectual. Y ahora había llegado a comprender el misterioso lenguaje de la gente de la Abadía de Thelema.

«¡Sea el Sacerdote puro de cuerpo y alma!»

El amor de Lou me había consagrado a hacer mi voluntad, [ilegible en la fuente]

Una paz profunda y eterna se posó como una paloma, como una triple lengua de fuego, sobre nuestras almas, que eran una sola alma para siempre. Cada una de nuestras vidas era una, individual y eterna, pero [ilegible en la fuente]

Además, yo era consciente de que nuestra terrible tragedia había sido necesaria, después de todo, para nuestro logro.

«Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo. Pero si muere, lleva mucho fruto.»

Todo paso en la evolución va acompañado de una catástrofe colosal, o así parece cuando se lo considera como un suceso aislado, fuera de su contexto, por así decir.

¡Qué precio espantoso había pagado el hombre por la conquista del aire! ¡Cuánto mayor debe de ser la indemnización que exige la inercia por la conquista del espíritu! Porque valemos más que muchos pajarillos.

¡Qué ciegos habíamos estado! ¡Por qué abismos espantosos de agonía no nos habían llevado, para que pudiéramos decir que habíamos vencido el problema moral planteado por los descubrimientos de la química orgánica!

«¿El señor de la marea y del trueno contra el jugo de una flor?»

Habíamos desmentido al poeta.

«Esta es la única batalla que nunca se le vio ganar.»

Ya no mirábamos atrás con remordimiento a nuestra locura. Podíamos ver en perspectiva los sucesos del año pasado, y veíamos que habíamos sido conducidos a través de aquel horror macabro. Habíamos seguido al diablo en la danza de la muerte, pero no podía caber duda en nuestras mentes de que el poder del mal había sido permitido con un propósito. Obtuvimos la inefable certeza de la existencia de una energía espiritual que obraba su maravillosa voluntad por caminos demasiado extraños para que el corazón del hombre los comprenda hasta que llegue el momento oportuno.

La pestilencia del pasado nos había inmunizado contra su veneno. El diablo se había derrotado a sí mismo. Habíamos alcanzado una etapa superior de la evolución. Y esta comprensión del pasado nos llenaba de fe absoluta en el futuro.

El caos de las civilizaciones desmoronadas, cuyos monumentos estaban sobre la roca frente a nosotros, había dejado intacta esa roca. Nuestra experiencia nos había fortalecido. Habíamos alcanzado un pináculo más en la cresta dentada que se eleva desde los primeros pedregales de la conciencia de sí hasta una cumbre tan sublime que ni siquiera nos atrevíamos a soñar cuán alto se alzaba por encima de nosotros. Nuestra tarea era trepar de peñasco en peñasco, con cautela y coraje, día tras día, vida tras vida. No nos tocaba especular sobre la meta de nuestro Ir. Nos bastaba con Ir. Conocíamos nuestro camino, porque habíamos encontrado nuestra voluntad; y en cuanto a los medios, ¿no teníamos acaso el amor?

«Amor es la ley, amor bajo voluntad.»

Las palabras no estaban ni en nuestros labios ni en nuestros corazones. Estaban implícitas en cada idea y en cada impresión. Fuimos desde el patio, subiendo los escalones, a través de las puertas vidrieras abiertas, hasta la sala abovedada con sus frescos fantásticos que era la sala de los forasteros de la Abadía de Thelema; y reímos suavemente al pensar que nunca más seríamos forasteros.

---

1. En inglés, «Do what thou wilt» frente a «Do as thou wilt»: la segunda forma suena a «haz lo que se te antoje», que es justamente el malentendido que Crowley denuncia. (N. del T.) ↩

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar